CLÁSICOS CASTELLANOS

BALTASAR GRACIÁN

EL CRITICÓN

I

EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE
EVARISTO CORREA CALDERÓN

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID

WITHDRAWN
UTSA LIBRARIES

C04870606

PQ
6398
.G3
C7
1971
v.1

B6719422

Library
University of Texas
at San Antonio

PRINTED IN U.S.A.

RENEWALS: 691-4574

DATE DUE

APR 27

OCT 11

NOV 21

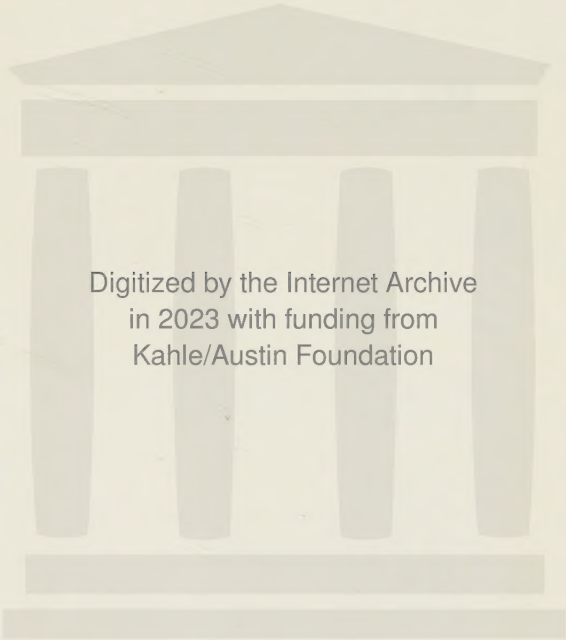
Dec 12

March 10, 2005

43005

5/11/05

Demco, Inc. 38-293



Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/baltasargracian0000unse

BALTASAR GRACIÁN

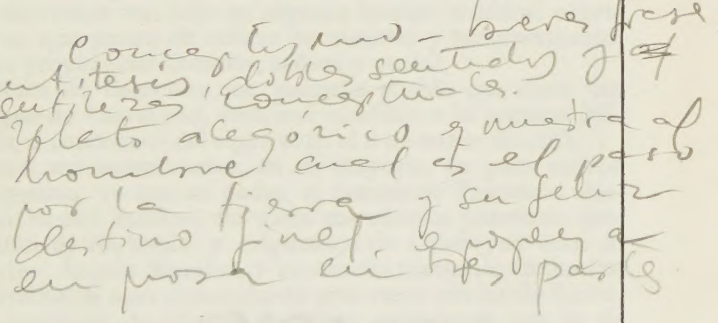
ESPASA
CALPE S.A.

CLÁSICOS CASTELLANOS

BALTASAR GRACIÁN

EL CRITICÓN

I



EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS
DE EVARISTO CORREA CALDERÓN

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID, 1971

ES PROPIEDAD
© Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1971
Printed in Spain

Depósito legal: M. 6.490—1971

LIBRARY
University of Texas
At San Antonio

Talleres tipográficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.
Carretera de Irún, km. 12,200. Madrid-20

INTRODUCCIÓN

Vida de Baltasar Gracián

La vida de Baltasar Gracián corresponde, más o menos, a la de cualquier jesuita estudioso de su tiempo, del cual se diferencia tan sólo en algunos hechos aislados, expresivos, que ponen de relieve su carácter y temperamento, y su propia obra literaria, señera y genial.

Nace en Belmonte, un pequeño pueblo que dista dos leguas de Calatayud, próximo también a la romana Bilbilis, a comienzos del siglo XVII, el 8 de enero de 1601.

Son sus ascendientes, en su mayoría, de pura estirpe aragonesa, ya que su padre, el licenciado Francisco Gracián, doctor médico, así como sus abuelos paternos, procedían de Sariñena, y originarios de Calatayud eran su madre, Ángela Morales, y su abuela materna, Catharina Torrellas, si bien el marido de ésta venía «de los de Soria», la provincia de Castilla la Vieja colindante con la de Zaragoza.

El ambiente familiar en que se desenvuelve la infancia de Gracián debía ser profundamente religioso, como da a entenderlo el hecho, tan significativo, de que todos sus hermanos conocidos profesan en órdenes monásticas: Magdalena, que nace en 1699, toma el hábito de carmelita descalza y llega a ser priora del convento de San Alberto; el padre Felipe Gracián es figura destacada en la Orden de Clérigos Menores; su hermano fray Raimundo ingresa

en los Carmelitas Descalzos. A ambos, en especial al primero, les recordará en *Agudeza* como brillantes oradores sagrados. De un supuesto hermano Lorenzo, del que utiliza su nombre, no se tienen noticias (1). Un primo suyo, fray Raimundo, es dominico, y asimismo es sacerdote seglar un hermano de su padre.

La auténtica religiosidad que le rodea, durante sus primeros años, habrá de influir sin duda en el futuro de su vida, que va a decidirse al trasladarse, todavía muy joven, a Toledo, donde vive en compañía de su tío carnal, Antonio Gracián, capellán de San Pedro de los Reyes. No tenemos noticias de estos años de su adolescencia. Puede suponerse que durante ellos estudió latinidades a conciencia, puesto que algunos años más tarde se le considera gran conocedor de ellas. Tan sólo en una ocasión hace referencia a un sermón que en la catedral toledana oyó al padre Pedro Sanz, «gran religioso de la Compañía de Jesús, aquel apostólico orador, que tan bien supo juntar lo ingenioso con lo desengañado, el aliño en el decir con la eficacia en el convencer» (2).

Cabe pensar que este sermón debió decidir su vocación de religioso, su ingreso en la Compañía, que tiene lugar el año 1619, cuando contaba dieciocho años.

Inicia sus estudios en el Colegio de Tarragona, noviciado de la Provincia de Aragón, en el que hace sus primeros votos el año 1621.

En este mismo año es trasladado al Colegio de Calatayud, donde vuelve a ponerse en contacto con su tierra nativa. Dato significativo es que se le exima de los estudios de latinidad, que con tanto ahínco y aprovechamiento debió estudiar en Toledo y durante su noviciado.

En 1623 inicia sus estudios de Teología en el Colegio de Zaragoza, que durarán cuatro años. Su comportamiento espiritual e intelectual debió ser perfecto, por cuanto es escogido por sus superiores para realizar obras

(1) Miguel Romera-Navarro, «Un hermano imaginario de Gracián», en *HR*, 1935, III, págs. 64-66, refundido en su edición de *El Criticón*, Filadelfia, Londres, Oxford University Press, 3 vols., 1938-1940, págs. 11-14.

(2) *Agudeza y arte de ingenio*, disc. II.

y encomiendas de especial confianza. De esta época contamos con datos de interés sobre la personalidad del futuro escritor. Por ejemplo, el concepto que de él tiene el rector del Colegio de Zaragoza en 1655: «Ingenium bonum et judicium... bonus in litteris profectus.» Es decir, buen ingenio y juicio, buen aprovechamiento en las letras. Hace notar su corta experiencia y edad, pero hay en él posibilidades y cabe esperar que sea útil al ministerio que se consagra: «Speratur et fore aptus ad ministeria» (3).

Por lo que respecta a su modo de ser, a su psicología y a sus condiciones físicas, observará que es «cholericus, sanguineus», características que han de predominar a lo largo de su vida, con pequeñas variantes, ya que en los sucesivos catálogos trienales de la Compañía se le calificará de «biliosus, melancolicus» (1628); «biliosus, sanguineus» (1633, 1636, 1639); «biliosus, melancolicus» (1645); «cholericus, biliosus» (1651); «naturalis complexio colerica, melancolica» (1655) y «complexio colerica», en 1658, el último de su vida. Aunque estas etiquetas simplísimas, sin matices, no sean suficientemente expresivas, puede deducirse que sus superiores le juzgaban como un temperamento sanguíneo, irritable, pesimista, con cierta tendencia al aislamiento, justificable en quien se sentía vivir en un plano superior de espiritualidad.

Debió ordenarse de presbítero el año 1627 en el propio Colegio de Zaragoza, año en el que vuelve al de Calatayud como catedrático de Gramática latina, cargo que desempeña durante tres años, al cabo de los cuales, en 1630, pasa al Colegio de Valencia para hacer su tercera probación.

Un año escaso vive en contacto con Valencia, en el cual debió iniciarse ya su franca antipatía a los valencianos, a los que, desde muy pronto, va a zaherir directa o indirectamente en sus obras, de modo especial en *El Criticón*.

Trasladado a Lérida en 1631, enseña Teología moral en su Colegio y es nombrado consultor de la Casa.

(3) Vid. P. Constancio Eguía, «La formación escolar de Baltasar Gracián», en *BRAE*, 1931, XVII, págs. 61 y sigs.

Dos años más tarde, en 1633, vuelve de nuevo a la región valenciana, al Colegio de Gandía, uno de los centros de enseñanza de mayor importancia de la Compañía, del que es rector el padre Jaime Albert, que había sido profesor suyo en Calatayud. En él va a enseñar Filosofía, disciplina que aún no había profesado, sin duda por considerársele muy versado en ella. En contacto con el padre Albert, de gustos muy afines a los suyos, es posible que por estos años se intensificasen las aficiones literarias de Gracián.

Nombrado consultor del Colegio, parece deducirse, a través de las cartas que por entonces le dirigen el padre general Muzio Vitelleschi (4), y el provincial de Aragón padre Continente (5), que Gracián debió intervenir suasoriamente para amortiguar las discusiones que se producían entre los padres residentes en el famoso Colegio, motivadas en «la diversidad de los reynos», es decir, en el apasionado regionalismo de los valencianos, entonces en número de cinco, que se manifestaba contra el padre Albert y el padre Codina, catalanes, y el propio Gracián y el padre Juan Bautista Gonzalo, aragoneses. Aunque él mismo se sintiese herido, debió practicar entonces su más hábil arte de prudencia, que tanto habría de recomendar después en sus obras, para suavizar las asperezas de orden interno.

Se producían, además, en una época decisiva en su vida, la de su definitiva integración con la Compañía al hacer profesión de los cuatro votos, solemne acto que lleva a cabo el 25 de julio de 1635, precisamente en el Colegio de Gandía.

Hecho trascendental en su vida es el de su traslado al Colegio de Huesca en 1636. Allí debió conocer muy pronto a un joven caballero de la ciudad, don Vincencio Juan de Lastanosa y Baraiz de Vera, que poseía un magnífico palacio en el Coso, la misma calle en que se hallaba el Colegio de la Compañía. Seis años más joven que

(4) Vid. P. Miguel Batllori, *Gracián y el barroco*, Roma. Edizione di Storia e Letteratura, 1958, pág. 181.
(5) Ibid., pág. 50.

Gracián, se establece entre ambos, desde el primer momento, una entrañable amistad, que no se interrumpirá a lo largo de los años.

Lastanosa, gran señor por su nobleza heredada, por su fortuna, por su propia personalidad intelectual, es una figura señera de la cultura aragonesa de su tiempo (6). Acrecienta los bienes y grandezas de su casa en gigantescas proporciones, hasta convertir su palacio en una magnífica biblioteca, un museo de ciencias naturales, un gabinete de física completísimos para su época, y sobre todo al reunir una soberbia colección de obras de arte, en la cual sobresalían sus famosas series de monedas antiguas, que él mismo estudió en dos importantes obras, tituladas *Museo de las Medallas desconocidas españolas* (Huesca, 1645) y *Tratado de la moneda jaquesa* (Zaragoza, 1681).

Pero no le basta a Lastanosa rodearse de este ambiente intelectual para satisfacer su goce físico, sino que completa su residencia con un extenso parque, que cuidan ocho jardineros franceses. Sus paseos sombreados de árboles frutales o de adorno, sus fuentes artísticas, sus brolladores y arroyos, el amplio estanque rectangular bordeado de estatuas, los ligeros esquifes que en él había, el laberinto de arrayanes oculto entre las frondas, le convertían en un lugar delicioso, en un completo jardín botánico, donde se cultivaban las más exóticas plantas y flores. Incluso ocultaba en uno de sus extremos un pequeño parque zoológico, con un león, un tigre, un leopardo, un oso y dos avestruces.

Lastanosa, gran señor, se había rodeado de tantas riquezas y curiosidades, tanto como para gozar de ellas con avaricia, con el afán de comunicarlas y ofrecerlas a sus amigos dilectos, ya fuesen los habituales de la ciudad o cuantos forasteros la visitaban. Con su hermano Orencio, canónigo de la Catedral, rector de la Universidad de Huesca, diputado del Reino de Aragón, que habita con él, recibe a diario o con frecuencia la visita de cuantos en la ciudad cultivan discretamente las letras o las artes, y, entre los más asiduos, a don Manuel de Salinas y Lizana,

(6) Vid. Ricardo del Arco, *La erudición aragonesa en el siglo XVII en torno a Lastanosa*, Madrid, 1934.

asimismo canónigo de la Catedral y también profesor de la Universidad, unido a Lastanosa por lazos de lejano parentesco; el doctor Francisco Andrés de Uztarroz, historiador, arqueólogo y poeta (7), que, residiendo habitualmente en Zaragoza, frecuenta la casa, de la que deja dos curiosas descripciones (8); el doctor Francisco Antonio Fúser, que había sido preceptor suyo y, con anterioridad, ayo y amigo de su padre. Entre los forasteros, son numerosos los eruditos, escritores y grandes señores que acuden a visitarle o —magnífico anfitrión— son huéspedes de su mansión, como los condes de Guimerá y de Aranda, el cronista Ximénez de Urrea, el doctor Francisco Filhol, canónigo de Saint-Etienne de Toulouse, o el caballero veneciano Camilo Locauni; nobles extranjeros, como el duque de Ferrara, Juan de Médicis, el príncipe de Squilache; grandes de España, como los duques de Medinaceli, del Infantado, de Lerma, de Béjar, de Medina de las Torres; los marqueses de Aytona o Camarasa, el condestable de Castilla don Bernardino Fernández de Velasco, que le hace valiosos regalos, y cien más, en especial el propio rey Felipe IV, que honra su palacio en tres ocasiones, o el duque Gastón de Orleáns, que pasa mes y medio de riguroso incógnito en esta acogedora mansión y corresponde a su magnífica hospitalidad invitándole a su vez a que visite su palacio y su país, al tiempo que le envía espléndidos obsequios para sus curiosas colecciones.

Nada era ajeno a las actividades del magnate aragonés y por ello mereció los más rendidos elogios de sus contemporáneos, que uno de sus hijos recogió con filial orgullo (9).

(7) Vid. Ricardo del Arco, *La erudición española en el siglo XVII y el cronista de Aragón Andrés de Uztarroz*, Madrid, Instituto Jerónimo Zurita, 1950.

(8) «Descripción de las antigüedades y jardines de D. Vincencio Juan de Lastanosa, hijo y ciudadano de Huesca, ciudad en el Reyno de Aragón» (Zaragoza, Dormer, 1647), escrita en verso con el seudónimo de *El Solitario*, y en prosa, «Descripción de la casa de Lastanosa», publicada por Del Arco en *La erudición aragonesa...*, págs. 221-251.

(9) «Resumen de los autores impresos y manuscritos que hablan de don Vincencio J. de Lastanosa. Recogidos por mí, Hermenegildo de Lastanosa, su hijo», publicado por Latassa en sus *Memorias literarias de Aragón*, I. páginas 104 y sigs., y reproducido en *RABM*, 1876, VI, págs. 123 y sigs.

En este círculo intelectual, tan sugeridor, que Lastanosa había creado en torno a sí, deslumbrante para un hombre apasionado por las artes y las letras, aparece Gracián al llegar a Huesca. Pronto se establece entre el joven caballero y el jesuita escritor, que tanto gustaba del trato refinado y discreto, una íntima y correspondida amistad, que Gracián va a mantener fidelísima el resto de su vida. Ya en la dedicatoria de la primera edición de *El Héroe*, dirá un año después de su encuentro: «Toda la casa de Vm. es un *non plus ultra* del gusto; su camarín, alcázar de la curiosidad; su librería, esfera de la agudeza; su jardín, elíseo de la primavera.»

La formación literaria de Gracián debió hallar acuciantes estímulos en la contemplación de tantas y tan variadas maravillas como le rodeaban en las lecturas escogidas en tan selecta biblioteca y en el mismo trato íntimo de aquellas gentes discretas que a diario u ocasionalmente concurrían a la tertulia de Lastanosa.

Quizá la pasión intelectual de Gracián se hubiese iniciado desde hacía bastantes años, pero es posible que el choque con estas gratísimas sorpresas decidiese definitivamente su vocación de escritor, ya que un año después de su llegada a Huesca aparece publicada su primera obra. Gracián no debía sentirse seguro de sí mismo, preocupado todavía por un afán de perfección, como puede observarse en el manuscrito de su primera obra, en el que se ve a las claras su voluntad de estilo, patente en sus numerosas correcciones (10), porque fue Lastanosa quien «le sacó con destreza de sus manos varios escritos que le habían dictado la lozanía de su profundo discurso en lo más florido de su mocedad, y juzgándolos asuntos dignos de sus mayores primores, contra su voluntad dio a la estampa *El Héroe* y lo imprimió en Huesca», como dice luego un hijo del prócer (11).

---

(10) Vid. M. Romera-Navarro, «Estudio del autógrafo de "El Héroe" graciano», en *RFE*, Madrid, 1946, anejo XXXV, donde el ilustre crítico destaca la minuciosa labor de revisión a que Gracián somete su original.

(11) Vincencio Antonio de Lastanosa, «Habitación de las Musas, recreo de los doctos, asilo de los virtuosos», en *RABM*, 1877, VII, págs. 29 y sigs.

De esta obra, cuya publicación costea Lastanosa, al igual que otras varias suyas, debieron hacerse dos ediciones en el año 1637. El manuscrito, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, va dedicado a Felipe IV, pero parece deducirse la existencia de una segunda si se tiene en cuenta otra dedicatoria a Lastanosa, que reproduce el doctor Diego Vincencio de Vidania en los elogios que preceden al *Tratado de la moneda jaquesa* del propio Lastanosa.

Trata de disimular Gracián su personalidad con el seudónimo de *Lorenzo Gracián Infanzón* —que en otras obras suyas reducirá a *Lorenzo Gracián*—, pero la Compañía se da por enterada muy pronto del verdadero nombre de su autor, ya que apenas un año después —el 28 de mayo de 1638— el general padre Vitelleschi escribe al provincial padre Ribas sobre la conveniencia de su traslado «porque es cruz de los superiores y ocasión de disgustos y menos paz en dicho colegio... y por haber estampado un libro suyo en nombre de su hermano...».

No era ésta, sin embargo, la culpa mayor de que se le acusaba. Había por medio otra causa que se consideraba más grave: Nada menos que la de haber absuelto, con otros dos compañeros de Orden, sin permiso especial de la jerarquía, los pecados de la carne cometidos por un hermano en religión, y, como dice el padre general, «por aver con poca prudencia tomado por su cuenta la criança de una criatura que se decía era de uno que avía salido de la Compañía, buscando dinero para este fin», posiblemente el mismo a quien había absuelto anteriormente en un acto de magnánima compasión, que muestra su efusión cordial.

El traslado, como correctivo, no debió llevarse a cabo, porque Gracián continúa todavía año y medio en Huesca y sólo abandona la ciudad para ocupar un cargo de delicada confianza, al nombrarle confesor del virrey de Navarra, duque de Nocera, al que sigue a Navarra, y en 1640, a Madrid. Al igual que con Lastanosa, va a unirle a este magnate, brillante guerrero y político de la época, una íntima amistad, que Gracián conservará viva siempre, aún después de caer el duque en desgracia, y al que

recordará incluso bastantes años después de su trágica muerte en el Castillo de Pinto el año 1642.

Durante su breve estancia en Madrid, Gracián visita el palacio del Buen Retiro, que le asombra; las nobles mansiones de los duques de Veragua y de Feria y la casa del sacerdote don Juan de Espina, que contienen valiosas colecciones, y asimismo debió iniciar entonces una cordialísima amistad con el poeta Antonio Hurtado de Mendoza, secretario íntimo del rey, llamado «el discreto de Palacio», al que también recordará su vida entera.

Pero a estas gratas impresiones que recibe, se unen también experiencias amargas, al percibir lo que tiene la Corte de confuso y ficticio. Los servidores son impertinentes; impúdicas, las costumbres; hay doblez en el trato; son venales y estúpidas las gentes. «Todo es embeleco, mentiras, gente soberbia y vana, que les parece no hay hombres ni mundo sino ellos...», escribe a su amigo Lastanosa.

Regresa a Zaragoza en los últimos meses de 1640 para asistir al duque de Nocera, entonces virrey de Aragón, que se halla enfermo.

A él va dedicada su segunda obra, *El Político don Fernando el Católico*, que aparece por esta época, editada por Diego Dormer, en Zaragoza, el año 1640 (edición de la que se conoce el único ejemplar, que posee el profesor Asensio), y que volverá a ser impresa por Lastanosa, en Huesca, el año 1646.

De nuevo vuelve a Madrid a mediados de 1641, donde permanece hasta comienzos del siguiente año. Aunque logra gran éxito y popularidad como orador sagrado en las iglesias cortesanas, hasta el punto de predicar dos veces en el mismo día, y quedar en ocasiones fuera del templo más de cuatro mil personas, como nos dice el padre Hortigas, debió acentuarse, durante esta nueva estancia, su repugnancia por la Corte. Sus observaciones de entonces, más las noticias secretas sobre las monstruosidades y vilezas de la condición humana oídas en el confesionario, a las que hay que añadir las experiencias adquiridas en el trato con gentes de la más diversa índole a lo largo de su vida, van a ser los materiales de que se

sirve para su mordiente sátira del mundo y de los hombres reflejada en *El Criticón*. En su primera parte (cr. XI) asimilará los peligros de la Corte a los que pasa Ulises en la *Odisea*, extrayendo del paralelo una intención moral, acusatoria.

Sus triunfos como predicador en Madrid hacen suponer que el padre Gracián fuese un orador religioso de extraordinaria brillantez y emotividad. Su conocimiento solidísimo de los recursos técnicos y emocionales de la retórica clásica y eclesiástica, así como de los adornos de la elocución poética, lo demuestra el tercero de sus libros, *Arte de ingenio. Tratado de la Agudeza*, que se publica en Madrid en 1642, y refunde y amplía luego con el título de *Agudeza y Arte de ingenio* (Huesca, Juan Nogués, 1648), de igual modo que una de sus últimas obras, *El Comulgatorio*, que pudiera considerarse como refundición y coordinación de diversos pasajes de sus sermones.

Su vida metódica, regulada, oculta, que transcurre en diversos colegios de Aragón o Valencia, consagrada a sus deberes religiosos y a su labor literaria incesante, va a interrumpirse en diversas ocasiones, en las que Gracián se nos muestra como un hombre de carne y hueso, que se preocupa de lo humano, que participa en la candente actualidad. En 1642, año en que tiene lugar la guerra y secesión de Cataluña, se encuentra en Zaragoza, y desde allí refleja en dos de sus cartas su opinión dolorida y pesimista sobre la marcha de los sucesos. Propone remedios, que nadie aplica. Él mismo hubiese querido ser uno más frente al enemigo, y, ya que no como soldado, a mediados del mismo año, aparece como rector interino en el Colegio de Tarragona, que entonces se hallaba situada en la línea de fuego, frente al peligro. Los franceses atacan la ciudad en septiembre de 1643, pero son vencidos. Si no toma parte activa en los momentos decisivos, por hallarse gravemente enfermo «al tiempo del sitio», a él se debió sin duda la labor humanitaria que despliegan sus subordinados al lado de los soldados, en las propias trincheras o en los hospitales. No es tan sólo un espíritu refinado, refugiado en su fervor religioso o en la torre ebúrnea de su intelectualismo, sino también un hombre

humanísimo, que se enfrenta con la vida y sus problemas, que siente en el corazón los males de la patria, como va a demostrarlo un año más tarde.

Pasa al Colegio de Valencia en 1644, tal vez para reponerse de su enfermedad. Va a ocurrir entonces un incidente doloroso en su vida. Consagrado a la predicación, en un alarde de ingenio, muy característico de la oratoria barroca, tan en boga, anuncia que en su próximo sermón leerá una carta recibida del Infierno. Denunciado prontamente, los censores le amonestan a que se retracte ante sus oyentes de tan ingenua invención. En el oscuro origen de este hecho, debió adivinar la sorda animosidad de sus enemigos de Valencia, cuya soberbia regionalista había tenido ocasión de conocer once años antes, al residir en el Colegio de Gandía. A partir de entonces, venga o no a cuento, Gracián aludirá con cáustica ironía a ciertas peculiaridades de carácter de los valencianos, generalizando a toda la región lo que se limitaba a sus émulos.

La respuesta de éstos es injusta y mezquina. El mismo año en que muere el gran escritor, se publica un panfleto titulado *Crítica de reflección y censura de las censuras. Fantasía apologética y moral, escrita por el dotor Sancho Terzón y Muela, professor de Mathemáticas en la villa de Altura. En Valencia, por Bernardo Nogués, junto al molino de Rovella. Año 1658.*

La crítica (12) se esforzó en descubrir al autor encubierto bajo este seudónimo. Ya los superiores de la Compañía intentaron muy pronto su identificación, no tanto por salir en defensa de uno de los suyos, al que consideraban rebelde a sus mandatos, como por tener a bien a

(12) Destaquemos, entre otros, el estudio «El autor de la "Crítica de reflección"», de M. Romera-Navarro, publicado en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, 1950, I, incorporado luego a su libro *Estudios sobre Gracián* (Austin, 1950), en el que se rebatían las conclusiones a que habíamos llegado en la Introducción de *Obras completas de Baltasar Gracián* (Madrid, Aguilar, 1944), conclusiones que considera certeras el padre Miguel Batllori en su recensión de este libro publicada en *Archivum Historicum Societatis Iesu* (Roma, 1953, XXII, 14-18, refundida más tarde en su libro *Gracián y el barroco*, págs. 117-122). Vid. nuestro *Baltasar Gracián. Su vida y su obra*, Madrid, Gredos, 1961, págs. 63-70.

Lastanosa, poderoso magnate a quien se atacaba también. Desde un principio sonó el nombre del prepósito del Colegio de Valencia, padre Paulo de Rajas, asimismo escritor de escasa cuantía, al que Gracián había elogiado en *Agudeza*, autor de otros libelos anónimos semejantes, pero, como si se quisiese evitar la verdad, para que no anduviese el nombre de un jesuita por medio, pronto se desvió la atribución a un don Lorenzo Matheu y Sanz, juez de Valencia, que más tarde ocupa altos cargos en Madrid, y cuyo nombre viene a ser anagrama del seudónimo que aparece en la *Crítica de reflección*. Que el padre Rajas tuvo participación activa en la redacción y publicación del vejamen, aunque se valiese del nombre de un tercero para no comprometerse demasiado, parece evidente.

Quizá Gracián no llegase a conocer tan insidioso ataque, pero, de haberlo tenido en sus manos, debió de llenar de amargura sus últimos días en este mundo. Lo que hoy no pasa de ser una oscura polémica, una mezquina venganza personal, que apenas debió transcender al ámbito literario de la época, es significativo, en cambio, como resultado final de una enemistad larvada que hacia él sentían algunos miembros de la Orden, cuyas delaciones insistentes a los superiores darán lugar a las desventuras de los años finales de su vida.

A partir del incidente de Valencia, que tanto debió dolerle, no volvemos a tener noticias de Gracián hasta fines de 1646. Puede suponérsele entregado, en afanoso aislamiento, a su labor de creación literaria, porque ese mismo año publica *El Discreto* (Huesca, Nogués, 1646).

También este año va a destacarse por un hecho singular, extraordinario en su vida, al designarle el patriarca de Valencia, con otros más, capellán del ejército que, al mando del marqués de Leganés, se formaba por entonces para ir en socorro de Lérida, ocupada por los franceses. Conocemos su valerosa intervención a través de la carta que él mismo escribe a un compañero de Orden tres días después de la batalla (13). Se trata de un relato vivací-

(13) Se conocen varias copias de ella, de las cuales la más difundida hasta ahora es la publicada en *Memorial histórico español*, Madrid, 1864,

simo, en el que Gracián cuenta con suma naturalidad, sin adornos superfluos, tal como se expresa en sus demás cartas, la victoria de las armas españolas, que vencen al conde de Harcourt, llamado *el Invencible*. Con legítimo orgullo, se refiere asimismo a su propia actuación. De los demás religiosos que le acompañan en su menester de capellanes, unos caen enfermos y otros son hechos prisioneros. Él sólo, desarrollando una actividad extraordinaria, ha de exhortar uno a uno a los soldados, absolverlos y concederles el jubileo, y no en retaguardia y lejos del peligro, sino sobre el mismo frente de batalla, como un combatiente más, mientras caen a su lado las balas de artillería o pasan zumbando los disparos de mosquete. «Toda la noche confesé marchando y cuando hacíamos alto; en mi vida trabajé más.» Que debió ser eficacísima su abnegada tarea, nos lo da a entender otro párrafo de su carta: «Venían a porfía por mí los maeses de campo para que les diese ánimo a su gente y absolverlos, y hubo cabo [*id est*, "jefe"] que dijo que importó tanto esto como si le hubieran añadido cuatro mil hombres más.» El triunfo de los españoles es decisivo. Los franceses llevan consigo, en la huida, más de dos mil heridos, y muchos se retuercen entre los muertos que quedan en el campo de batalla. Y en una nueva muestra de su abundancia del corazón, nos contará todavía: «Confesé algunos que aún estaban vivos; otros no querían confesarse, que decían ser de la religión, esto es, herejes.»

Renace en Gracián, en esta actuación castrense, un latente espíritu heroico que en él había alentado toda la vida, que se manifiesta en su propia elección de Orden, por lo que tenía de Compañía religiosa militante, de ejér-

---

XVIII, reproducida por Adolphe Coster, «Baltasar Gracián», en *RHi.*, 1913, XXIX, a la que siguen las dos que se hallan en la Biblioteca Nacional de Madrid, Sec. Mss., 2377, de las que se sirvió el profesor Gili Gaya en su «Relación del Socorro de Lérida», en *Ilerda*, Lérida, 1950, XIV, y que según él «deben ser consideradas como las más próximas a la redacción primitiva». Posteriormente, el padre Batllori, en «El texto más genuino de la relación graciana sobre el Socorro de Lérida», incorporado a su *Gracián y el barroco*, páginas 155-168, reproduce una nueva copia hallada en la Trinity College Library de Dublín.

cito al servicio de Dios, y en sus primeras obras, especialmente *El Héroe*, exaltación del guerrero culminante, y en sus continuados elogios a los grandes capitanes de la antigüedad o contemporáneos. Como si él mismo se sintiese héroe, terminará su relato diciendo con disculpable vanagloria: «...confieso a V. M. que yo tuve alguna parte, de modo que ahora todos los soldados y aun señores, cuando me ven me llaman el padre de la Victoria». Satisfecho de su propia actuación, cumple con el mandato que dará en *Oráculo* (295): «El hombre superior aspire antes a ser heroico que a sólo parecerlo.»

Pero la vida de Gracián, hombre de acción frustrado, que sólo puede satisfacer su pasión heroica en contadas ocasiones, como en ésta, vuelve de nuevo a su pausada vida de religioso e intelectual sedentario.

A finales de 1646 o comienzos de 1647, reaparece en Huesca, en su Colegio y en el acogedor ambiente, en la discreta tertulia de Lastanosa y sus amigos.

Es probable que el gran señor hubiese iniciado por entonces la labor de espigar entre las obras de Gracián, que él mismo había editado, y aun entre algunas inéditas de las que fuese celoso depositario, una serie, una colección de máximas, que viniesen a sintetizar el pensamiento del escritor tan admirado y querido. A Lastanosa hay que atribuir el título pretencioso que figura al frente de ellas, *Oráculo manual*, que sólo podía darle un apasionado admirador.

Se publica *Oráculo manual y Arte de prudencia* en Huesca, por Juan Nogués, el año 1647, y el mismo año, también en Huesca, y por el mismo impresor, una refundición del *Arte de ingenio*, ahora con el título definitivo de *Agudeza y Arte de ingenio*, a la que da mucho mayor desarrollo.

Desde 1647 a 1651 anda por pueblos de Aragón, sobre todo Zaragoza y Huesca, ya sea como predicador o profesor en los Colegios de la Compañía. Son estos, años fecundos en el quehacer intelectual de Gracián, ya que debió comenzar a escribir por entonces *El Criticón*.

Se edita la primera parte del libro en Zaragoza el año 1651, por Juan Nogués, y va dedicada a don Pablo de

Parada, el valeroso general portugués al servicio de España, que tanto se había distinguido en la batalla de Lérida y al cual Gracián recordará con elogio reiteradas veces.

Va firmada, no con el nombre supuesto de *Lorenzo Gracián*, que había utilizado en sus obras anteriores, sino con el seudónimo *García de Marlones*, anagrama de sus apellidos Gracián Morales, a los que añade la partícula *de*. De nada vale este disimulo, acaso como muestra de respeto a la Compañía. Por más que varíe el nombre del autor —*Lorenzo Gracián Infanzón*, o simplemente *Lorenzo Gracián*, y *García de Marlones* en esta primera parte de *El Criticón*—, firmando con su verdadero nombre su única obra de carácter religioso, sus amigos, seglares o religiosos, los avisados lectores, y más todavía sus enemigos, pendientes de todos sus actos, no ignoran ni dudan siquiera a quién deben ser atribuidas tales obras, ya que los temas y el estilo inconfundible bastarían a declararlo.

La Compañía se alarma pronto ante la insistencia con que uno de los suyos publica escritos de carácter profano. No ven en ellos más que lo externo, lo que tienen de aguda sátira de lo humano, sin adivinar su finalidad trascendente, tan conforme con su condición de religioso, que se propone el logro de la perfección moral y la exaltación de la virtud.

Coincide su publicación con la muerte del general padre Piccolomini, que es sustituido por el padre Goswin Nickel, más rígido y autoritario y que va a regir la Orden con mayor rigor. La publicación de la primera parte de *El Criticón* no era, por ello, demasiado oportuna. Las burlas e ironías contra los valencianos que en ella aparecen, pudieron bastar para que desde aquella región se hiciesen llegar hasta los superiores torpes denuncias, con malévola insidia, en las que se mezclaban celos literarios, oscuros resentimientos y supuestas ofensas. Que debieron andar por medio compañeros de la Orden, posiblemente el padre Rajas, nos lo muestra la carta —con detalles que sólo un jesuita podía conocer— que el general envía al padre Piquer, provincial de Aragón, el 13 de abril de 1652: «Avísanme que el padre Balthasar Gracián ha sacado a luz con nombre ajeno, y sin licencia, algunos

libros poco graves, y que desdicen mucho de nuestra profesión, y que en lugar de darle la penitencia que por ello merecía ha sido premiado con la cátedra de Escritura del Colegio de Zaragoza. V. M. examine con diligencia si esto es así, y tratándolo antes con sus consultores, si se averigua es culpado, désele la penitencia que se juzgará sea proporcionada a su culpa...»

La tensión entre los superiores de la Compañía, que creían velar por la disciplina y pureza de sus estatutos, y Gracián se intensificará en los años sucesivos, hasta la muerte del escritor, que tampoco cede en su rebeldía, reavivada en toda ocasión por sus enemigos, cuyo número se refuerza al desintegrarse el círculo intelectual que rodeaba a Lastanosa. Desde 1646 había comenzado a frecuentar el palacio de Huesca el padre carmelita descalzo fray Jerónimo de San José, autor del *Genio de la Historia*. A través de las cartas que el carmelita dirige a Uztarroz (14), tenemos noticia de esta relación y de las incidencias a que dio lugar. Entre los numerosos hijos que había tenido Lastanosa, Catalina, la segunda hija de su matrimonio, sin duda la mujer de la casa, —por haber enviudado el gran señor en 1644—, al cumplir los veinte años, en 1651, siente vocación religiosa y profesa en el convento de monjas carmelitas de Zaragoza, decisión fomentada por fray Jerónimo, con grave disgusto y oposición de su padre don Vincencio Juan y de su tío el canónigo don Orencio. Esto da lugar a que se formen dos grupos antagónicos. De una parte, el entrometido religioso, al que siguen el canónigo Salinas y el cronista Uztarroz, que, a partir de entonces, descubren su doblez y capacidad de intriga; de otra, el noble caballero, su hermano canónigo, y, como podía esperarse, el fiel amigo Gracián, contra el que va a dirigir todas sus malevolencias el opuesto grupo.

La situación se agrava, respecto a Gracián, al surgir una polémica entre él y Salinas, fundada no sólo en mo-

(14) Vid. *Cartas de fray Jerónimo de San José al cronista F. Andrés de Uztarroz*. Edición de José M. Blecua. Zaragoza, Archivo de Filología Aragonesa, 1945.

tivos literarios, sino también en la animadversión provocada por los hechos anteriores. En 1651 don Manuel de Salinas le envía el poema *La casta Susana* y un romance latino para que Gracián les dé su visto bueno y haga las observaciones pertinentes. No conocemos la carta enviada por el jesuita, en la que puede suponerse le hiciese los oportunos reparos y censuras, pero sí la respuesta que le envía Salinas el 17 de marzo de 1652, en la cual, aunque se declara «como discípulo humilde que venerará siempre a V. P. como maestro y verdadero amigo», se revuelve contra las correcciones que le hace, en franca rebeldía contra el que llama «maestro», con impertinencia y seuda erudición. La contestación de Gracián es virulenta y rigurosa, pues va rebatiendo al por menor, con maestría erudita, las impropiedades y solecismos, los hispanismos del romance latino, la pobreza de expresión y el prosaísmo del poema castellano, sus lecturas defectuosas e incluso las autoridades que trae a cuento. Todavía responde Salinas con una carta llena de vesania, de insidias, de larvados rencores, a la que Gracián, desde su altura, no debió contestar, pero que debió colmarle de tristeza, al ver la vileza y maldad del que había considerado amigo hasta entonces y alabado con excesiva generosidad.

La polémica trasciende a los círculos literarios de Aragón. A Gracián y Lastanosa, se suma don Francisco de la Torre Sevil, gran amigo del jesuita a partir de estos incidentes. Se afirma, en cambio, el grupo opuesto, iniciado con motivo de la profesión de la hija de Lastanosa. A Salinas se adhieren fray Jerónimo de San José y Uztarroz, a los que pudiera considerárseles cómplices de sus innobles ataques al jesuita. A pesar de ello, Gracián no debió darse cuenta de esta complicidad de Uztarroz por cuanto elogiará un año después, en 1653, en la segunda parte de *El Criticón*, su veracidad como historiador, a la par de otros tan famosos como Caterino, Guicciardini o Commines, y permite que se publique al frente de ella una «censura» escrita por él, disimulado ataque a su estilo breve, y en la cual el erudito aragonés, vuelca en frases encubiertas su taimado rencor.

Son, desde entonces, enemigos rabiosos, que pretenden anular a su antagonista. Acaso de ellos parten nuevas denuncias a los superiores. Como reflejo de estas malquerencias, Gracián debió ser reprendido severamente, porque el 12 de junio de 1652 escribe desde Zaragoza a su amigo Lastanosa: «Me impiden que imprima y no me faltan envidiosos, pero yo todo lo llevo con paciencia, y no pierdo la gana de comer, cenar, dormir...»

A finales de este año es trasladado al Colegio de Graus, quizá para distanciarle temporalmente de sus enemigos, pero pronto vuelve a aparecer en Zaragoza y de nuevo como maestro de Escritura. Nuevas denuncias al Padre General no logran resultado alguno.

Gracián, despreocupado de estos peligros, se consagra intensamente a su obra literaria, que tanto le apasiona. En 1653 revisa la segunda edición del *Oráculo* y publica la segunda parte de *El Criticón*, que vuelve a firmar con el seudónimo de *Lorenzo Gracián*, usado en sus primeros libros.

Simultáneamente, presenta a la censura de la Orden su libro *El Comulgatorio*, el único, entre los suyos, que se compagina con su profesión de religioso. Después de escrupulosa revisión, se publicará dos años más tarde, por Juan de Ibar, en Zaragoza, el año 1655. Es, asimismo, la única obra que firma con su propio nombre, al que añade: «de la Compañía de Jesús, Letor de Escritura». Representa la culminación ascética de su vida, acaso la síntesis de muchos de sus brillantes sermones, y nunca, como pudo suponerse, un paliativo a su obra de escritor profano, que tanto inquietaba a la Compañía. Dado el temperamento enterizo de Gracián no es admisible que tratase de suavizar con artimañas la severidad de sus jerarquías.

Como lo prueba que, casi al mismo tiempo, siga afanosamente ocupado en su labor literaria. En 1654 se publica en Zaragoza una antología titulada *Poesías varias de grandes ingenios*. Aunque figure José Alfay como colector, puede afirmarse que tal selección fue llevada a cabo por Gracián, cosa que ya sospechaba el marqués de San Felices en carta que le dirige el 15 de agosto de 1654: «se

le deve mucho por el cuidado que ha tenido en hacerlo dar a la estampa y por haber hecho un Ramillete de tan fragantes flores, dignas de su buen gusto y mejor empleo...». Por otra parte, los poetas y muchas de sus composiciones coinciden en su mayoría con los incluidos y elogiados en *Agudeza*. Por lo que al prólogo de esta obra se refiere, es, sin duda, obra de Gracián, como demostró Romera-Navarro (15).

Durante los años 1655-1656 debió gozar de una tranquilidad inalterada, dedicado por entero a su tarea de profesor de Escritura en el Colegio de Zaragoza y a escribir, concentrado intensamente en ella, la última parte de *El Criticón*, que aparece en agosto de 1657, editada en Madrid por Pablo del Val, asimismo firmada por *Lorenzo Gracián*.

Venía esta tercera parte a cerrar la cuarta y última fase de la vida del hombre, con el remate de su muerte. Se repudiaban en ella la vanidad del mundo y las cosas perecederas, mostrando al mismo tiempo cómo la virtud es el único camino que conduce a la Inmortalidad.

La Compañía no tuvo en cuenta la grave y solemne lección de moral, profundamente cristiana, que se contenía en esta obra, y sí, por el contrario, la reiterada indisciplina de uno de los suyos, que sus enemigos pondrían pronto en evidencia. El padre Piquer, provincial de Aragón, más rigorista y severo que el padre Alastuey, su antecesor, actúa con energía, como lo confirma una carta del general padre Nickel, de fecha 16 de mayo de 1658: «V. R. hizo lo que debía dándole reprensión pública, y un ayuno a pan y agua, y privándole de la cátedra de Escritura y ordenándole que saliese de Zaragoza y fuese a Graus.» Todavía seguirá el general acentuando la severidad del castigo: «Pues se sabe ya que no ha guardado el que se le puso cuando sacó dicha segunda parte, conviene celar sobre él, mirarle a las manos, visitarle de cuando en cuando su aposento y papeles y no permitirle cosa cerrada en él, y si acaso se le hallase algún papel o escri-

(15) Vid. «La antología de Alfay», en *Estudios sobre Gracián*, páginas 121-128.

tura contra la Compañía o contra su gobierno... V. P. le encierre y téngale encerrado hasta que esté muy reconocido y reducido, y no se le permita mientras estuviere incluso tener papel, pluma ni tinta...»

Es muy posible que las jerarquías de la Orden se alarmasen, más que por las propias obras de Gracián, que conocerían a través de referencias malévolas, de insidiosas denuncias, por su reincidencia en la rebeldía al publicar con cierta periodicidad libros sobre temas humanos, no sometidos a su propia licencia. De los cuatro votos que le ligaban, dos se referían a la obediencia, que Gracián transgredía de modo evidente, aunque él pensase tal vez que la alta finalidad que perseguía en sus obras significase, tanto como una infracción de sus deberes y obligaciones de religioso, una consagración integral a su sacerdocio, al ofrecer de modo ameno y grato una literatura de profundo sentimiento ascético.

Como si tratase de paliar su severidad, el General deja traslucir al final de su carta una grave cuestión: «El valernos del medio de la inclusión, ya que otros no han sido de provecho, es medio necesario y justa defensa de nuestra Compañía, a la cual estamos obligados en conciencia los Superiores de ella...» La alusión parece evidente. Por aquellos años corrían aires de fronda contra la Compañía. Si en el siglo XVI, apenas nacida, había tenido que enfrentarse contra la Reforma, en el siglo XVII vese obligada a luchar contra los jansenistas, de igual modo que en el siguiente tendrá por enemigo al enciclopedismo. Por los mismos años en que se publica la tercera parte de *El Criticón*, se publican también las *Lettres provinciales* (1656-57) de Pascal, con las que se inicia una lucha sistemática contra la Compañía, que ha de ponerse a la defensiva, replegarse en sí misma, exigir a los suyos una disciplina rigurosa. Así, pues, más que al propio Gracián y a sus obras, se castiga al jesuita rebelde, en un momento de peligro, en el cual la Orden ignaciana ha de defenderse con energía contra los ataques que le dirigen sus antagonistas.

La reacción de Gracián, temperamento inflexible, de gran entereza de ánimo, es violenta, al considerarse in-

justa y excesivamente castigado. Pide licencia para pasarse a otra Orden, la de los monacales o mendicantes, pero, al atenuarse la severidad de sus superiores, debió sobreponerse muy pronto de su congoja y aflicción, por cuanto en abril de 1658, un mes después de la carta del Padre General, se encuentra en la residencia de Tarazona, en la que desempeña cargos de confianza como prefecto de Espíritu, admonitor y consultor, o predicando en Alagón, pueblo próximo a Zaragoza.

Tarazona —donde pasa los últimos meses de su vida, sobre los que no tenemos noticias— es, según la describe Juan Bautista Labaña, que anduvo por estas tierras el año 1611 (16), una ciudad episcopal, de «muy agradable vista, por razón del sitio levantado», «muy fresca en el verano, y en invierno poco fría», con antigua catedral, dos iglesias y seis conventos y monasterios, entre ellos el Colegio de la Compañía, fundado por el obispo don Pedro Cerbuna.

En esta tranquila ciudad eclesiástica —«el Toledo aragonés», la llamará Bécquer dos siglos más tarde—, muere Gracián el 6 de diciembre de 1658, a los cincuenta y siete años de su vida.

Sus obras

Las obras de Gracián, vistas en conjunto, con la amplia perspectiva que el tiempo transcurrido nos ofrece, forman un todo armónico, que se corresponde con la trayectoria de su propia vida. No sólo su pasión expositiva, sino también su propio contenido temático, se sincronizan de modo perfecto con las diferentes etapas de su existencia.

El Héroe, publicada en 1637, cuando el escritor cuenta treinta y seis años, representa su entusiasmo juvenil por el hombre de excepción, tan grato al Renacimiento. Breve libro, dividido en veinte «primores» o capítulos, su riquísimo contenido justifica el elogio que de él hizo

(16) «Itinerario del Reino de Aragón», en *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Aguilar, 1959, II, pág. 253.

Felipe IV: «Es muy donoso este brinquiño; asegúroos que contiene cosas grandes.»

Se trata, en efecto, de una joyita, incluso en lo tipográfico, que, a pesar de su brevedad, contiene un verdadero y completo doctrinal de gobierno, a la manera de los que se venían escribiendo en España desde el 1500, pero de más apretada y concisa elocución. Es posible que Gracián conociese varios de estos tratados, cuyos reflejos pueden percibirse en éste y otros de sus libros, especialmente en *El Político* (17), pero el que sin duda tuvo más presente no fue un libro español, sino *El Príncipe* de Maquiavelo, del cual *El Héroe* puede considerarse réplica. Frente a la carencia de escrúpulos y moral del italiano, Gracián pretende lograr un dechado de hombre cabal, vencedor de sí mismo, con natural dominio sobre los demás, victorioso en todo momento, ya sea monarca, guerrero o gobernante.

Su segundo libro, *El Político don Fernando el Católico* (Zaragoza, Diego Dormer, 1640), es todavía obra de menor tamaño, con las dimensiones de un discurso, acaso leído en alguna academia literaria de su tiempo, celebrada tal vez en Huesca, y ante el duque de Nocera, su gran amigo, al cual alude en el exordio («¡oh, excelentísimo duque, mecenas y maestro mío juntamente!») y en los párrafos finales («gloria máxima de los Carrafas e inmortal corona mía»). No se propone Gracián hacer historia de la vida y hazañas del gran rey, sino la disección de sus aciertos políticos. Partiendo de lo particular —cualidades y virtudes de su modelo—, remonta el vuelo hacia las más trascendentales cuestiones del *ars gubernandi*, y construye un entero y verdadero tratado de filosofía política. Es posible que *El Político*, eliminado el aparato erudito que recarga su expresión, el sinnúmero de nombres de emperadores, reyes y capitanes que toma como ejemplo, pudiera reducirse todavía a mayor síntesis, a un haz de aforismos y apotegmas, a la manera de Tácito, cuyo estilo cortado y sentencioso era tan de su

(17) Vid. Ángel Ferrari, *Fernando el Católico en Baltasar Gracian*, Madrid, Espasa-Calpe, 1945.

gusto, pero Gracián, escritor de pensamiento sintético en lo esencial de las ideas, se complace también en adornar y recargar su expresión con artificiosos ornamentos a la manera barroca. Del mismo modo, la doctrina expuesta a lo largo de las páginas de *El Político* corre oculta y sinuosa. Lo que pudiera creerse, a primera vista, un simple panegírico del rey Católico es, en realidad, un compendio sobre la perfección política, entendida a la manera española y por un eclesiástico de ética rigurosa. Frente a la «razón de Estado», propugnada por Maquiavelo y su seguidor Jean Bodin, a la que repudiará, denominándola «no de Estado, sino de establo», Gracián opondrá la «buena razón de Estado», que venga a conciliar los dos conceptos antinómicos de *política* y *moral*, si bien sea dando una interpretación casuística a los hechos.

Su tercera obra, publicada a los cuarenta y un años, viene a ser una exposición y alarde de su sabiduría literaria. La titula *Arte de ingenio. Tratado de la agudeza*, y se imprime en Madrid, por Juan Sánchez, en 1642, pero, como si no le contentase enteramente, pronto nos ofrece una segunda versión dividida en dos partes, de las cuales la primera trata de la «agudeza suelta» y la segunda, de la «agudeza compuesta», ya con el título definitivo de *Agudeza y Arte de ingenio* (Huesca, Juan Nogués, 1648), total refundición de la inicial. Aunque el libro ha ganado en su propia estructura y en una más sutil precisión de los conceptos, el exceso de traducciones que le añade —entre ellas, las de los epigramas de Marcial, bastante prosaicas y poco felices, realizadas por el canónigo Salinas, todavía amigo suyo—, y de poesías mediocres, de amigos a los que deseaba complacer, constituyen un peso muerto de la nueva obra, que ganaría en interés al ser aligerada de este fárrago inútil.

En ella pretendía Gracián codificar, a su manera, los complejos artificios de la preceptiva, sometidos al gusto barroco. Según se avanza a través de sus «discursos» o capítulos (sesenta y tres en total, agrupados en dos tratados, contra cuarenta y nueve, sin división entre ellos, de la primera edición), se adivina el esfuerzo que el escritor realiza para superar las retóricas al uso, que repetían

mecánicamente las rígidas fórmulas de la preceptiva grecolatina. Comienza por cambiar la nomenclatura de figuras y licencias, intentando darles una denominación que considera más exacta. No se contenta con este simple cambio de rótulos, y pone todo su empeño en analizar minuciosamente el secreto, la magia, la hondura o la agudeza con que se expresan los poetas y prosistas de su dilección, anticipándose a lo que hoy intenta, por distintos caminos y con diferente técnica, la estilística. No pretende realizar una función normativa, sino ofrecer un sistema más sensible que permita reconocer *a posteriori* los fenómenos de la creación poética.

Formado en la *Ratio Studiorum*, implantada por la Compañía en 1599, con la que se acomodaban a la época las teorías retóricas de Aristóteles, Cicerón y Quintiliano, Gracián añade a las reglas y ejemplos que ofrece su perfecto conocimiento de los clásicos latinos, de la sabiduría del Renacimiento y de la Iglesia, pero complica esta vasta cultura con los gustos literarios de su tiempo, lo que convierte su libro en una innovadora preceptiva de difícil catalogación. Menéndez Pelayo concluye que *Agudeza* puede ser considerada como una retórica conceptista (18), juicio que no parece del todo exacto. Si las teorías expuestas y su pasión obsesiva por el concepto, la agudeza, el equívoco y el juego del ingenio, por el estilo artificioso y apretado hasta el máximo, delatan en Gracián su temperamento conceptista y su connatural filiación a esta tendencia, de la cual es, con Quevedo, en ciertos aspectos y afinidades, uno de sus representantes más significados, pronto parecen desmentirlo los numerosos modelos que intercala, muchos de ellos pertenecientes a poetas de la escuela culterana, especialmente Góngora, —si bien se valga tan sólo de sus poemas menores y de su teatro—, al que tributa los mayores elogios. Pero Gracián, él mismo escritor barroco, no se satisface con recordar de modo exclusivo a los escritores de ambas vertientes, sino que, con la máxima objetividad, con un superior eclecticismo, se servirá asimismo de múltiples

(18) *Historia de las ideas estéticas*, Madrid, 1940, I, págs. 355 y sigs.

ejemplos de escritores independientes, que cultivaron lo que él llama «estilo natural» o se distinguieron por su intención ingeniosa, ajenos a una y otra tendencia, difícilmente encajables en ninguna de ellas, como Lope, Mateo Alemán, los Argensola y tantos otros. Esta misma imparcialidad puede observarse en sus predilecciones universales, que son muchas y variadas, desde los clásicos, entre los que destaca a Marcial y Horacio, hasta los renacentistas, sean Alciato, Guarini, Marino, Camoens o Sá de Miranda, escritores calificados como claros y tersos, sin excesivos arrequives y artificios. Si a base de los escritores citados en *Agudeza*, de las veces que los recuerda y de los elogios que les tributa, intentásemos hacer un cómputo de sus preferencias, sacaríamos en conclusión que su tratado se halla tan lejos del conceptismo, con el que coincide en el temperamento y en el modo de ver, como del culteranismo, que repudia, y que en cambio trata de destacar y recoger cuanto considera bello y perfecto, siempre y cuando el escritor muestre agudeza en el decir, ingenio de expresión o sutileza en sus conceptos, lo que permite sintetizar a Curtius: «Gracián nos dio una *summa* de la agudeza. Fue esta una proeza nacional; la tradición española desde Marcial hasta Góngora, quedó así integrada a una perspectiva universal» (19).

De *El Discreto*, su cuarto libro, se publican dos ediciones en Huesca, impresas por Juan Nogués, ambas con la fecha de 1646, con leves diferencias en la portada. Como en *El Héroe* y en *Agudeza*, es Lastanosa quien costea estas ediciones. Al frente de ellas aparece un «Soneto acróstico» de don Manuel de Salinas en el que se declara el verdadero nombre del autor, aunque aparezcan firmadas por el falso nombre de *Lorenzo Gracián*, soneto que el escritor no insertaría, o del cual eliminaría el adjetivo «acróstico», si pensase seguir disimulando su auténtica personalidad.

(19) Ernest Robert Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*. Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1955, pág. 422. Versión castellana de su *Europaïsche Literatur und Lateinisches Mittelalter*, Berna, 1948.

El Discreto, publicado a los cuarenta y cinco años, es en realidad su primer fruto de plena madurez. Gracián ha traspasado la edad decisiva de su vida, en la cual los hervores juveniles han fermentado ya, convertidos en el licor exquisito de un pensamiento pleno y depurado, que sustituye el entusiasmo vital por el juicio y la razón. Aunque con una cierta melancolía, renuncia a utopías y ensueños, y en lugar de los arquetipos ideales del Héroe, del Político, se contentará con un personaje humano, un caballero de carne y hueso, un hombre de mundo, que haga buen papel en los salones, si bien aspire a dotarle de las cualidades y virtudes precisas para que destaque entre los demás, algo así como una variante, en tono menor, del Cortesano del Renacimiento. «Sacar un varón máximo, esto es mi logro de perfección», dirá en el realce XVII. Pero ya no se trata de la Corte, sino del Salón, de la tertulia, y El Discreto será un caballero cumplido, inteligente, mundano, prudente, que se mueve en el círculo de los suyos, gentes discretas como él, con naturalidad y aplauso de todos.

El Discreto reúne un conjunto misceláneo de veinticinco «realces» —equivalentes a los «primores» de *El Héroe*—, que adoptan las más varias formas: *diálogo*, *alegoría*, *apólogo*, *emblema*, *sátira*, *satiricón*, *invectiva*, *crisi* —subtítulos de cada uno, que pudieran considerarse un anticipo de su gran obra—, *carta*, *elogio*, *discurso académico*, *panegiri*, etc. Asimismo debieron ser escritos en distintas épocas. A pesar de ello, su estructura es perfecta. Gracián logra coordinar con arte admirable elementos tan dispares en apariencia, coronándolos con el último *realce* titulado «Culta repartición de la vida de un discreto», en la cual se halla sintetizado, en germen, todo el aparato simbólico de *El Criticón*.

Oráculo manual y Arte de prudencia, su quinta obra, publicada en Huesca, por Juan Nogués, en 1647, está constituida por trescientas máximas, que vienen a ser, en su mayor parte, paráfrasis, amplificaciones o extractos de ideas expuestas anteriormente en *El Héroe* y *El Discreto*. Otras, que no tienen su origen en estas obras, y en las que se alude al «atento», al «galante» [es decir, "corte-

sano"], tal vez procedan de otros libros escritos por Gracián con el título de *Avisos al varón atento* o *El Galante*, a los que el propio autor, Lastanosa o Salinas se refieren diversas veces, que Gracián no debió terminar o pudo incorporar al *Oráculo*, y de los que, desde luego, no hay noticia fuesen publicados.

Se ha discutido la paternidad de esta obra, por constar al pie de su título: «Sacada de los aforismos que discurren en las obras de Lorenzo Gracián. Publícala don Vincencio Juan de Lastanosa.» Tal indicación —aunque su segunda parte sea semejante en todo a la fórmula empleada con los anteriores libros editados a expensas de su gran amigo—, hizo pensar a Coster (20) que en su confección pudiese haber intervenido Lastanosa y sus amigos de Huesca en una especie de «colaboración benévola» con el autor. Ricardo del Arco (21) llegó a considerarla obra exclusiva de Lastanosa, apoyándose en una frase del «Aviso al letor» que figura al frente de ella («Una cosa me has de agradecer... El ofrecerte de un rasgo los doce Gracianes») y en la cual declara, si bien se mira, que es un simple recopilador de las obras de Gracián que había editado anteriormente y tal vez de las que conservaba inéditas o inacabadas. Se apoya, asimismo, para justificar su atribución a Lastanosa en las referencias muy vagas de dos extranjeros, del viajero flamenco Aarsens de Sommerdyck, que firma con el seudónimo *Antoine de Brunel* (22) su *Voyage d'Espagne* (París, Sercy, 1665), y del francés Samuel Chapuzeau, autor del libro *Europe vivante* (Ginebra, 1667), que aluden a Lastanosa como autor del *Oráculo*. Contra estos débiles argumentos, podemos observar que tal atribución no aparece en ningún escritor español de la época y que ni siquiera aluden a ella sus enemigos acérrimos, como el autor o autores de *Crítica de reflección*, o el canónigo Salinas, que convivió

(20) Op. cit., pág. 501.

(21) Ricardo del Arco, «Gracián y su colaborador y mecenas», en *Baltasar Gracián... Curso monográfico celebrado... en el año 1922*. Zaragoza, 1926, págs. 131-158.

(22) Nos atenemos a la atribución que ofrece Charles Clavería, en *RHi.*, 1914, XXX, al frente de la edición moderna de su viaje.

con ambos, y que de haber sospechado la colaboración de Lastanosa, lo hubiera denunciado, muy complacido, en sus cartas, tan envenenadas de rencor.

Es muy significativo que Gracián, que en toda ocasión trata de disimular su personalidad con seudónimos y anagramas, se declare su autor en la dedicatoria a la marquesa de Valdueza que estampa al frente de *El Comulgatorio*, la única obra que firma con su verdadero nombre.

Así, pues, puede afirmarse que la intervención de Lastanosa se redujo a la de un simple antologista de las máximas del escritor, que luego Gracián refundió totalmente, y al título que dio a su labor, como él mismo declara paladinamente: «Una cosa me has de perdonar... El llamar *Oráculo* a este epítome de aciertos del vivir», título que repudia Gracián al referirse con preferencia a su segunda parte, *Arte de prudencia*, más de su gusto y agrado.

Cabe pensar, en efecto, que el fiel amigo, que tanto le admiraba, seleccionase entre sus obras publicadas, e incluso las inéditas que obrasen en su poder, aquellas máximas y sentencias que considerase más certeras, intencionadas y profundas. La identificación de estos aforismos con las ideas expuestas en *El Héroe* y *El Discreto* —y con *El Galante* o *El Atento*, obras anunciadas por su autor y a las que se refieren sus amigos, aunque no se tenga otra noticia de ellas— es fácil y evidente, si bien en cada una se adivine una minuciosa labor de reelaboración, ya sea de amplificación o de síntesis, que sólo pudo llevar a cabo el propio Gracián.

Tal refundición transforma el *Oráculo manual* en una obra totalmente nueva, tal vez su obra más personal y expresiva, que contiene en síntesis fulgurantes todo el genio de Gracián. Al eliminar toda anécdota, toda disquisición superflua, al reducirla a su más mínima e intensa expresión, Gracián logra su obra de calidad y valor más universal, de concentrado e inmarcesible pensamiento, que vale para todas las épocas y es accesible al hombre de los países más dispares, y de ahí su repercusión y excepcional fortuna en toda la Europa culta, desde sus primeras versiones hasta hoy. Ningún otro libro más revelador

que éste puede hallarse en nuestra literatura. Su serie de aforismos constituye, aún hoy día, la más trascendental enseñanza para el hombre que aspire a superarse a sí mismo y a evadirse de las sutiles redes que le tienden sus contrarios.

El Criticón se publica en tres partes separadas, pero entre la segunda y tercera parte, se edita en Zaragoza, por Juan de Ibar, en 1665, su obra *El Comulgatorio*. A pesar de ser la única que firma con su propio nombre, es el libro de Gracián que posee menor personalidad literaria, aunque sea significativo como expresión de su intimidad espiritual, de sus más puros sentimientos religiosos. No parece obra improvisada, sino el fruto maduro de una larga vida de ascesis y de su práctica en la predicación. Apoyándose en las diferencias de estilo que pueden percibirse entre sus obras profanas y ésta, de tema religioso, Romera-Navarro supone que *El Comulgatorio* pudiera ser el resultado de coordinar «trozos selectos de sus piezas de oratoria sagrada» (23).

En efecto, se adivina en estas páginas la elocuente altisonancia del predicador que trata de conmover, de persuadir a sus compungidos oyentes, hablándoles, más que al juicio, al corazón, pero Gracián reduce esta torrencial y patética oratoria a laboriosa estructuración. Subtitula el libro *Varias meditaciones, para que los que frecuentan la Sagrada Comunión puedan prepararse, comulgar y dar gracias*. Son en total cincuenta meditaciones, compuesta cada una de cuatro puntos, a su vez divididos en dos partes, la primera dedicada a exponer el ejemplo bíblico oportuno, y la segunda, deducción ascética dirigida al alma. La brevedad, la proporción de cada uno de estos puntos y partes, muestran a las claras su propósito de sintetizar toda la sabiduría religiosa adecuada en un parvo devocionario, emotivo y fecundo, que le convierten en uno de los libros parenéticos más logrados de la frondosa literatura ascética española.

No puede evitar Gracián el uso de ciertas fórmulas estilísticas o símiles, semejantes a las que prodiga en sus

(23) Vid. ed. cit., págs. 7 y sigs.

obras mundanas, en él connaturales, pero logra comunicar a las páginas de *El Comulgatorio* una sincera piedad, una emoción y congoja auténticas, reflejo de su alma devota.

Su profundo fervor y su mismo asunto, de carácter universal, explican la excepcional difusión que este libro alcanza, no sólo en España y Méjico, sino en su versión latina y en las diferentes lenguas europeas —alemán, inglés, francés, italiano— a que se traduce.

Entre los escritos menores de Gracián se encuentran diversas muestras, como son las aprobaciones que figuran al frente de *Entretenimiento de las Musas*, de Francisco de la Torre Sevil; de *La Perla. Proverbios morales*, de Alonso de Barros; de la *Vida de Santa Isabel*, de Fabio Clymente; la dedicatoria a don Esteban de Esmir de *Predicación fructuosa*, del padre Pedro Jerónimo Continente; probablemente el prólogo de *Poesías varias de grandes ingenios españoles*, que sin duda seleccionó también, editadas por Alfay (Zaragoza, Juan de Ibar, 1654), y sus numerosas cartas, entre las que destacan las dirigidas a Lastanosa, Uztarroz y Francisco de la Torre Sevil, las cruzadas con don Manuel de Salinas y sobre todo las enviadas a un jesuita de Madrid, en las que se refiere a la batalla de Lérida.

Las aprobaciones y prólogos citados, escritos en su estilo peculiar, resultan de escaso interés por su brevedad y su obligado formulismo. Por el contrario, sus escritos epistolares, ya que no por su calidad literaria, merecen destacarse por su valor autobiográfico. En ellos, se muestra Gracián en carne viva, tal como es, con sus pasiones y sentimientos al desnudo, con sus preocupaciones humanas y políticas, como si nada de lo humano le fuese ajeno.

Por definitivamente descartada se da hoy su paternidad de las *Selvas del año* —que se le venían atribuyendo desde su inclusión en la edición de sus *Obras* de Madrid, 1674—, a partir del hallazgo realizado por el profesor Blecua en un manuscrito de 1628 (número 250-2 de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza) en el cual aparece la *Selva al verano*, en versión primitiva, como obra de un

licenciado Ginovés, tal vez el doctor Juan Francisco Ginovés, oscuro poeta zaragozano (24).

Como puede observarse, existe una perfecta sincronización, una admirable concordancia entre la propia biografía del autor y sus obras. Desde *El Héroe*, que corresponde a su época de entusiasmo juvenil por lo heroico y combativo, por el triunfo y la gloria, y en el cual propone un arquetipo sobrehumano y excepcional, Gracián evoluciona sensiblemente.

En *El Político* expresa ya su nostalgia del tiempo antiguo, su descontento de lo contemporáneo, como si renunciase a las posibilidades que pudiese ofrecerle su época. *Agudeza* viene a ser todavía la expresión y síntesis de su múltiple saber adquirido en su juventud ilusionada. *El Discreto*, escrito en la divisoria de los cuarenta años, inicia una etapa de plenitud y reflexión. El escritor, desengañado de sus utopías, se contenta con proponer las virtudes necesarias al varón prudente, que es, después de todo, el que ha de dar una tónica más genérica.

De igual modo, *Oráculo manual*, aunque contenga el meollo de sus obras anteriores, en las que pretendía inculcar las dotes de mando en el hombre superior, en su mayor parte limita sus propósitos a la formación del hombre medio, que se supera a sí mismo y sabe defenderse de las tretas de sus contrarios. Gracián, a la par que envejece, se colma de escepticismo, y en sus escritos predominará un profundo raciocinio sobre otro cualquier sentimiento.

El Criticón, vasta, grandiosa interpretación de lo humano, corresponde a sus años de plena madurez. Sólo quien haya traspasado su cumbre vital y desciende por la opuesta vertiente, podría haber logrado una visión tan desoladora y amarga del mundo. Gracián, gran conocedor de las letras divinas y humanas, colmado de experiencias, nos mostrará, desde su altura espiritual, cómo el hombre, que se revuelca en su estulticia y vileza, sólo puede hallar la salvación en su evasión de lo humano y perecedero, de

(24) «El Cancionero de 1628». Edición y estudio... por José Manuel Blecua, en *RFE*, Madrid, 1945, anejo XXXII, págs. 651 y sigs.

lo cual resulta *El Criticón* una extraña mezcla de pesimismo y esperanza.

El Comulgatorio, en fin, a pesar de no ser cronológicamente su última obra, viene a representar el resumen ascético de su vida de religioso, una meditación profunda ante las postrimerías, frente al oscuro invierno que se acerca.

«El Criticón»

Aunque entre sus segunda y tercera partes se interpola la publicación de *El Comulgatorio*, podemos considerar *El Criticón* como su última obra. Posiblemente concibe el propósito de escribirla hacia el año 1648, diez años antes de su muerte, si bien su núcleo inicial se hallase en germen —como hemos indicado— en el último «realce» de *El Discreto*, publicado en 1646.

No le bastaban a Gracián los estrechos moldes expresivos de que se había valido hasta entonces —el breve ensayo, el discurso, el apotegma— y acaso pensase que tan sólo podría dar libre curso a su fantasía valiéndose de la fabulación, género libérrimo que le permitiría ensartar, a base de una leve anécdota novelesca, alegorías y símbolos, entelequias y caprichos, eutrapelias y fantasías, burlas y veras, lucubraciones y pensamientos de la más varia índole, cuanto se le ocurriese imaginar e idear. «He procurado juntar lo seco de la filosofía con lo entretenido de la invención, lo picante de la sátira con lo dulce de la épica», dirá «A quien leyere», al frente de su obra.

Dándole vueltas al tema que se proponía desarrollar, pensó que la vida del hombre podía dividirse, al igual que el año, en cuatro ciclos que se correspondiesen a sus cuatro edades naturales, *La Primavera de la Niñez*, *El Estío de la Juventud*, *El Otoño de la Viril Edad* y *El Invierno de la Vejez*, vasta concepción con la que podría abarcar todos los aspectos de la existencia.

Pero Gracián, espíritu exigente, que reacciona con pura intransigencia ante las humanas debilidades, no podía contemplarlas con complacencia, describirlas con gratos

colores, sino que tenía que ofrecernos su versión acerba y dolorida. Por ello, su sarcástica interpretación de la vida precisaba un título general suficientemente expresivo. Pensó, sin duda, en *El Satiricón* de Petronio, y en la obra del mismo título de John Barclay, el escritor inglés que tanto admiraba —como ya había subtitulado un «realce» de *El Discreto*—, y dará a la suya un título similar: *El Criticón*.

No es original la arquitectura de su obra, que, en cierto modo, aparecía iniciada por Góngora en sus *Soledades*, aunque con propósitos muy diferentes. Asimilar la vida del hombre a los ciclos del año era lugar común en las literaturas clásicas, desde Pitágoras, Horacio y Ovidio, que tanto Góngora como Gracián conocían muy bien. Pero el tema, que en el poeta cordobés apenas se insinúa y sirve tan sólo de tenue esquema para un complicado ornamento, se convierte en Gracián en la osatura de una grandiosa representación moral y satírica de la existencia humana.

Dividido *El Criticón* en tres partes —unidas *La Primavera de la Niñez* y *El Estío de la Juventud* en una sola— y a su vez cada una de ellas en capítulos o *crisis* —*crisi*, dirá él—, no es fácil sintetizar su asunto de no parafrasear todos y cada uno de sus episodios.

El anciano Critilo, que vuelve de las Indias Orientales, náufrago en aguas de la isla de Santa Elena, es salvado por el joven Andrenio, el cual, criado por una fiera y conviviendo con sus hijos, se halla en estado salvaje. El anciano le enseña a hablar, y una vez que lo logra, Andrenio le cuenta su crianza en una cueva y cómo un terremoto le permitió contemplar la hermosa Naturaleza, obra del Criador. Son salvados por unas naves que les conducen a España. Durante la travesía Critilo le cuenta su vida, sus desgraciados amores y matrimonio con Felisinda, su encarcelamiento en Goa, y la perfidia del capitán que le arroja al mar cuando volvía a España.

Salvo esta inicial anécdota novelesca, el resto de la narración va a seguir una línea sinuosa en la que se multiplican las alegorías morales, las divagaciones satíricas en numerosas digresiones y meandros de toda índole.

No es preciso siquiera la lectura demorada. Basta el simple enunciado de la titulación de cada una de las *crisis* para comprobar el aparato alegórico de que Gracián se vale. Es posible que muchos de los elementos que utiliza tengan su origen en las disputas de la Edad Media o en los apólogos orientales, en las estructuras simbólicas del Alighieri, Juan de Mena, Santa Teresa o el Calderón de los Autos sacramentales. Tampoco es original el jesuita en su topos de la vida como camino difícil, como dolorosa peregrinación, tan utilizado por los místicos anteriores o las novelas caballerescas «a lo divino». Algo semejante ocurre con los temas del desengaño o el de la fugacidad de la vida, de larga tradición en nuestra literatura. Gracián se servirá de tan diversos elementos, en ocasiones de antagónica apariencia, fundiéndolos en una grandiosa concepción, que encubre, reelabora y supera tales reminiscencias. Él les comunicará un contenido ascético y moral, una hondura de pensamiento, una intensa personalidad, que transfiguran y convierten los posibles préstamos en una sarcástica y atroz versión del mundo, y su narración en una poderosa y original fantasmagoría.

Todo en *El Criticón* resulta puro símbolo. No es sólo su propia estructura, y cada uno de sus episodios —a la que dan unidad los dos personajes centrales—, sino que cada uno de los nombres propios de persona —Critilo, Andrenio, Felisinda, Falimundo, Artemia, Falsirena, Virtelia, Honoria...— contienen un oculto y evidente significado, de igual modo que se personifican los substantivos abstractos de vicios y virtudes, que suele escribir con mayúscula, produciéndose en Gracián lo que Spitzer (25) ha denominado «l'appellativisation des noms propres».

Son significativos en extremo los dos párrafos con que Gracián concluye su fabulación:

> «*Ya en esto se fue acercando el Peregrino y suplicó la entrada para sí y sus dos camaradas. Pidióles el Mérito la patente y si venía legalizada del Valor y autenticada de la Reputación. Púsose a examinarla*

(25) Leo Spitzer, «Betlengabor, une erreur de Gracián?», en *RFE*, 1930, XVII, pág. 179.

muy de propósito y comenzó a arquear las cejas, haciendo ademanes de admirado. Y cuando la vio calificada con tantas rúbricas de la Filosofía en el gran teatro del Universo, de la Razón y sus luces en el valle de las fieras, de la Atención en la entrada del mundo, del Propio Conocimiento en la anatomía moral del hombre, de la Entereza en el mal paso del salteo, de la Circunspección en la fuente de los Engaños, de la Advertencia en el golfo cortesano, del Escarmiento en casa de Falsirena, de la Sagacidad en las ferias generales, de la Cordura en la reforma universal, de la Curiosidad en casa de Salastano, de la Generosidad en la cárcel del oro, del Saber en el museo del discreto, de la Singularidad en la plaza del Vulgo, de la Dicha en las gradas de la Fortuna, de la Solidez en el yermo de Hipocrinda, del Valor en su armería, de la Virtud en su palacio encantado, de la Reputación entre los tejados de vidrio, del Señorío en el trono del mando, del Juicio en la jaula de todos, de la Autoridad entre los horrores y honores de Vejecia, de la Templanza en el estanco de los vicios, de la Verdad pariendo, del Desengaño en el mundo descifrado, de la Cautela en el palacio sin puerta, del Saber reinando, de la Humildad en casa de la hija sin padres, del Valer mucho en la cueva de la Nada, de la Felicidad descubierta, de la Constancia en la rueda del Tiempo, de la Vida en la Muerte, de la Fama en la isla de la Inmortalidad, les franqueó de par en par el arco de los triunfos a la mansión de la Eternidad.

Lo que allí vieron, lo mucho que lograron, quien quisiere saberlo y experimentarlo, tome el rumbo de la Virtud insigne, del Valor heroico y llegará a parar al teatro de la Fama, al trono de la Estimación y al centro de la Inmortalidad.»

Incluso es simbólico el paisaje que sirve de fondo a las figuras —símbolos que en él se mueven—, como lo son también los nombres geográficos, que, al asociarlos a una virtud o defecto específicos se convierten, más que en realidad física, en entidades morales.

Se manifiesta a lo largo de *El Criticón* una decidida tendencia a huir de la realidad, si no es para mostrar repugnancia de sus extremosidades, de sus oscuros domi-

nios. En cambio, se mueve a sus anchas entre símbolos y alegorías. Llega al máximo en su evasión de lo real, y así, para el logro de una cierta intemporalidad abstracta, hará uso frecuente, como anota Blecua (26), del artículo *el* ante los nombres comunes, de igual modo que de *un, unos* o de los pronombres *éste, ése, aquél, uno, otro*, empleados en períodos distributivos.

Toda la simbología del relato podría reducirse, sin embargo, a la antinomia *Virtud-Pecado*. Comienza Gracián por polarizar ambas representaciones en sus dos personajes principales: Critilo, que representa el juicio, la razón, la experiencia, y Andrenio, el instinto incontenido, que se deja arrastrar por todos los vicios y pasiones. A lo largo de *El Criticón* pugnan uno y otro, al mismo tiempo que ambos combaten contra los enemigos acérrimos que les acosan. Esta permanente dualidad del Bien y el Mal, en continua lucha, sirve a Gracián para ofrecernos una visión filosófica y desoladora del mundo, de la que se desprende una severa y grave lección de moral, cuando Critilo y Andrenio, al arribar a la meta de sus experiencias vitales, se fundan en uno solo.

Como tratado didáctico, adornado con arrequives anecdóticos, con toda clase de juegos de ingenio, con tremendas invectivas contra los vicios y flaquezas humanos, siempre con el propósito de hacer más grata su lectura, habría que considerar *El Criticón*. Denominarle novela, significaría conceder al género narrativo una amplitud excesiva. Si en sus comienzos, al presentar los personajes centrales, es más perceptible el asunto —que pudo ser tomado, como el de *Hay ben Yacdan* de Abentofail, de un cuento árabe tradicional entre los moriscos aragoneses (27)—, salvada su iniciación novelesca, Gracián dispersa su ideación en innumerables fantasías y disquisiciones de carácter satírico y moralizante, las más de las veces al margen del tenue hilo argumental del asunto: la

(26) José M. Blecua, *El estilo de «El Criticón» de Gracián*, Zaragoza, AFA, 1945, pág. 15.

(27) Vid. Emilio García Gómez, «Un cuento árabe, fuente común de Abentofail y de Gracián», en *RABM*, 1926, XLVII, págs. 1 y sigs.

lenta y penosa peregrinación de dos hombres de distinta edad, el uno anciano y juicioso, el otro joven e impulsivo, en busca de Felisinda, esposa y madre, que sin lograr hallarla, —«ya murió para el mundo y vive para el Cielo. Hallarla hais allá, si la supiéredes merecer en la tierra», les dice el Cortesano en Roma (28)—, rematan su viaje en la Isla de la Inmortalidad.

Se ha pensado si por su técnica de narración —llamémosle así— *itinerante* podría asimilarse a la novela picaresca, como lo hace Montesinos, al decir que «coincide Gracián con los picarescos en su visión desolada del mundo y de la vida, como coincide en muchos aspectos de su técnica. Novela de peregrinación es la suya, novela de camino, de andanzas incesantes remansadas en pocas peripecias» (29), pero, aunque nos parezca del mayor interés la sugerencia del ilustre crítico, más que como novela propiamente tal, habría que considerar *El Criticón* como una serie de fantasías morales, de cuadros yuxtapuestos, enlazados tan sólo por el discurrir y divagar —dando incluso a estos verbos el valor dilógico que puedan tener— de sus dos personajes andantes, de modo semejante a lo que ocurre en los libros satíricos de la época, pongamos por ejemplo, los *Sueños* de Quevedo, *El Diablo Cojuelo* de Vélez de Guevara, los *Antojos de mejor vista* de Fernández de Ribera, *Guía y avisos de forasteros* de Liñán y Verdugo o *Los peligros de Madrid* de Remiro de Navarra, si bien con mayor trascendencia de pensamiento y más cáustico y acre ingenio.

La novela picaresca suele darnos una versión parcial de la vida, a ras de suelo, y siempre a cargo de un protagonista esencial, que cuenta en primera persona sus calamidades y enredos, aunque en algún caso *(Guzmán de Alfarache, La pícara Justina)* el autor trate de paliar las fechorías del personaje con el antídoto de las moralidades que considera oportunas. Por el contrario, en *El Criticón* la interpretación del mundo es total, al ofrecer-

(28) *El Criticón*, III, cr. IX.

(29) José F. Montesinos, «Gracián o la picaresca pura», en *Cruz y Raya*, Madrid, 1933, IV, págs. 37 y sigs.

nos, en contraste permanente, la actuación de los dos antagonistas, tan opuestos entre sí, no sólo en edad, sino también en experiencia y formación espiritual. Si la torpe trayectoria de Andrenio podría asimilarse a la de los pícaros andariegos, ya que uno y otros se dejan arrastrar por el puro instinto, es la personalidad de Critilo, sin embargo, la que dará su amarga tónica, su carácter predominante a la obra. Él es quien conduce y arrastra a su inexperto compañero en su accidentado viaje a través de la vida, ayudándole a salvar, suasoriamente, los incontables obstáculos que las tentaciones del mundo les oponen, y en este aspecto, su dolorosa peregrinación, más que en las incidencias de la novela picaresca, podría hacernos pensar en los místicos obstinados en seguir un difícil camino de perfección o en los caballeros andantes que caminan tras un ideal.

Ni una sola vez recuerda Gracián a Cervantes nominalmente y, si alude a él, lo hace con cierto desdén a su novela genial (*El Discreto*, XX), y sin embargo, no puede afirmarse en rotundo que «en su obra no ha dejado huella alguna el hidalgo alcalaíno», como lo hace Romera-Navarro (30), tan profundo conocedor de la personalidad y la obra del aragonés. Al contrario, creemos que un paralelo entre *Don Quijote* y *El Criticón* podría resultar fecundísimo, y cabría pensar que Gracián leyó con mucho fruto la novela cervantina. ¿No será *El Criticón* un Don Quijote, no «a lo divino», sino «a lo moral»? Son, por de pronto, las dos más salientes narraciones en que sus autores se valen de dos parejas antagónicas, en las que Cervantes enfrenta lo ideal y lo real, y Gracián la experiencia virtuosa de Critilo con los impulsos juveniles de Andrenio. Una y otra obra eran el acierto supremo de don Miguel de Cervantes y la versión moral y filosófica de una dualidad semejante realizada por un jesuita. Al fondo de ambas obras aparece, asimismo, una figura femenina idealizada, el móvil que conduce en sus andanzas al caballero manchego y al prudente Critilo, que permite su-

(30) Ed. de *El Criticón*, I, Introducción, pág. 50.

poner, como lo hace Heger (31), no sólo el paralelismo de Critilo y Andrenio con Don Quijote y Sancho Panza, sino también el de Felisinda con el de Dulcinea.

Incluso podrían estudiarse ciertas huellas de Cervantes en el uso de vocablos y de giros utilizados por Gracián. El propio Romera-Navarro apoya la aclaración del léxico gracianesco en setenta y seis textos de *Don Quijote* y otras veinticuatro veces en diversas obras cervantinas. Y todavía podría observarse la complacencia con que Gracián hace uso de paremias —si bien les dé un trueque ingenioso a muchas de las que usa—, gusto que muy bien pudo aprender de Cervantes, más que del Arcipreste de Hita o de Francisco de Rojas, tan lejanos y dispares de su pensamiento.

El Criticón no es o se semeja en poco a un relato picaresco, a un tratado místico, a una narración bizantina —pongamos por caso, *Theagenes y Cariclea*, de Heliodoro, tantas veces elogiada por Gracián, o su reflejo español, el *Persiles*—, a un conjunto de cuadros satíricos o costumbristas, ni tampoco a una novela caballeresca —ni siquiera las de intención espiritual—, sino algo original, que, si participa de todas estas modalidades, constituye una grandiosa y total alegoría de la vida del hombre, representado en sus más variadas condiciones, edades y estamentos, para cuyo desarrollo asimiló Gracián ideas, sugerencias o anécdotas de las más diversas fuentes y los más varios elementos de la técnica narrativa, reducidos a su esencia e incorporados de tal suerte que resulta casi imposible reconocer su procedencia. Fueron muchas, sin duda, las lecturas de Gracián, —como ya veremos—, pero con suma maestría supo condensar o amplificar, mejorar cuanto le volvió a la memoria, y dar a estos recuerdos un sesgo peculiar, comunicarles un aliento, una hondura, una trascendencia de escritor genial.

Habría que preguntarse cuál es la finalidad última que persigue en esta vasta concepción. En sus primeras obras manifiesta Gracián interés y pasión por cuestiones de las

(31) Klaus Heger, *Baltasar Gracián. Estilo y Doctrina*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1960, pág. 39.

más diversas índoles, desde los problemas localistas o regionales, expresados por su intenso amor a Aragón y aun por su propia tierra nativa, Calatayud, y por sus gentes —que traerá a cuento una y otra vez—, hasta su profunda preocupación por España, cuya irremediable decadencia le invade de tristeza y desaliento, y sobre todo por el hombre —especialmente español, su prójimo inmediato—, al que trata de inculcar en todo instante el mayor número posible de perfecciones deseables, unas reglas esenciales del arte de vivir, «que es lo que más importa». En su última y grandiosa creación, por el contrario, se eleva a lo alto y contempla el mundo en su pequeñez, revuelto y monstruoso, y a los hombres como risibles y deformes entes, a los que sólo pueden salvar los postulados universales del espíritu —inteligencia, prudencia, virtud—, y, en suma, una metafísica del arte de bien morir.

Para Gracián «todo cuanto obró el Supremo Artífice está tan acabado que no se puede mejorar, mas cuanto han añadido los hombres es imperfecto. Criólo Dios muy concertado y el hombre lo ha confundido» (32). De igual modo, si Dios hizo el ser humano a su imagen y semejanza, la vida le corrompe y va a destruir paulatinamente lo que tiene de inmortal e imperecedero para reducirlo a vil materia. El Hombre, en lugar de encaminarse hacia lo alto y difícil, de proponerse metas ideales, prefiere precipitarse por el declive de las pasiones hacia la sima de la Nada.

A pesar de ello, cree Gracián en la perfectibilidad del Hombre, en su salvación. Pero la experiencia, el desengaño adquirido a lo largo de su propia vida, le muestran que de poco valdría avisar a los incautos y advertir a los imprudentes, recurrir al consejo y a la parenesis, como intentó en sus obras anteriores. Aunque eclesiástico de profesión, tampoco se vale del tratado ascético, de la plática rigurosa, de la disquisición teológica o la severa instrucción cristiana —que, en todo caso, reserva a los convencidos de antemano en *El Comulgatorio*—, consi-

(32) *El Criticón*, I, 5.

derados como ineficaces para el logro de sus propósitos, aun a sabiendas de que puedan reprochárselo sus émulos de la propia Orden, tan atentos con fines malignos a su actuación personal o literaria. Como ocurrió, en efecto, al publicarse la *Crítica de reflección*, donde se le reprocha con malévola vileza que en *El Criticón* no se instruya en la fe católica al joven Andrenio: «Y este es el error más intolerable desta obra: lo que te acuso es de no haber instruido su rudeza en los misterios de la verdadera religión, ni haber destinado en la carrera de la vida puesto donde le enseñe, un templo donde se aprenda; y es tanto mayor el delito cuanto en ti más se precisa la obligación de enseñar la doctrina cristiana» (33).

Ya fuese el padre Rajas el autor de este vejamen, o don Lorenzo Matheu y Sanz, aunque lo más probable es que éste sea su firmante responsable y autor disimulado, vese en esta grave acusación, y en otras tantas insinuaciones malintencionadas esparcidas a lo largo del libelo, un afán de recortar las alas del poderoso creador, de limitarle y reducirle a la profesión de simple catequista. Coster acierta a justificar la actitud de Gracián, contra tales reproches, al decir que si «n'a pas parlé de religion, c'est qu'il suppose que le catholicisme est, pour son lecteur comme pour lui à la base de toute chose, et qu'il n'est pas besoin de proclamer à tout propos de vérités qu'on juge incontestables, devant de gens qui ne les contestent pas» (34).

El jesuita es a un tiempo escritor adiestrado en las artes de saber interesar, y se sirve de un modo de expresión más general, más adecuado y sugestivo, para atraer y retener la atención del lector profano, es decir, al que hay que ir a buscar fuera del templo, y mostrarle el difícil camino de perfección moral que debería seguir.

Piensa, entonces, que la burla y el sarcasmo acaso sean los medios más eficaces para lograr su convencimiento, al mostrarle las falacias y liviandades del mundo, reflejados en un espejo deformante; al satirizar, con cáustico

(33) *Crítica de reflección*, pág. 191.
(34) Op. cit., pág. 545.

humor, con sutil ironía, las flaquezas de los humanos, sus congéneres.

Le ayudará a Gracián en su labor proselitista la natural transición física y moral que se opera lentamente en la vida humana. Si el hombre nace perfecto e inocente y el mundo le corrompe con sus múltiples tentaciones, a lo largo de las cuatro estaciones de la vida irá adquiriendo, en una lenta evolución, experiencia y madurez. La vida misma, con sus desengaños; la vejez, que llega pronto, con sus pesadumbres, y, en fin, la muerte siempre en acecho, con su verdad terrible e inexorable (35), transformarán al hombre elemental, aun al más reacio, en un varón justo, prudente, virtuoso, sabio: «Madrastra se mostró la naturaleza con el hombre, pues lo que le quitó de conocimiento al nacer le restituye al morir» (*Crit.*, I, cr. I).

No es el pensador aragonés un filósofo metódico y sistemático, como no lo es tampoco Séneca, con el que coincide en tantos aspectos. Con divagaciones en apariencia aleatorias, que parecen disimular su pensamiento, unas veces, y otras con una ideación oculta en apotegmas, Gracián, al igual que el cordobés, trata de lograr a toda costa el mejoramiento ético del ser humano, si bien difiera de él en el modo de intentarlo, al hacer uso del *castigat ridendo mores* horaciano, aunque con infinitamente mayor violencia y sarcasmo. No es *El Criticón* ni un catecismo ni una homilía ni un tratado teológico, sino una descarnada visión del vivir humano, que se propone, en fin de cuentas, que el hombre se aparte de tal pesadilla, que se encamine hacia la virtuosa sabiduría y alcance, aunque tardíamente, la meta del bien morir. No es preciso, ni para Gracián ni para quienes lean hasta el final

(35) El propio Gracián lo expresará en una sombría y extensa enumeración: «de suerte que, si bien se nota, todo cuanto hay se burla del miserable hombre: el mundo le engaña, la vida le miente, la fortuna le burla, la salud le falta, la edad se pasa, el mal le da priesa, el bien se le ausenta, los años huyen, los contentos no llegan, el tiempo vuela, la vida se acaba, la muerte le coge, la sepultura le traga, la tierra le cubre, la pudrición le deshace, el olvido le aniquila, y el que ayer fue hombre, hoy es polvo, y mañana nada» (*Crit.*, I, cr. VII).

su narración rotular la Isla de la Inmortalidad con nombre cristiano porque se da, para uno y otros, por sobradamente entendida su verdadera denominación.

Su estilo

Si en sus cartas, escribe Gracián lisa y llanamente, con natural espontaneidad, sin artificio, como si hablase con sus correspondientes, aunque con variantes —de simple información, de relato o de acerba crítica— en cambio, en algunas de sus obras (pongamos por ejemplo *El Político*, varios «realces» de *El Discreto*, que pudieran tomarse por modelos de disertación de tipo académico, o *El Comulgatorio*, exposición religiosa de gusto oratorio) adopta una elocución enfática, así como en *El Héroe*, otras partes de *El Discreto* y sobre todo en *Oráculo manual* se sirve de una expresión lacónica, concentrada, de la que elimina todo elemento que considera superfluo. En *El Criticón*, sin concretarse a una u otra forma de lenguaje, se valdrá de un estilo de gran fluidez y plasticidad, muy complejo, en el que se entreveran todas las modalidades expresivas de sus anteriores obras, y así tan pronto hará uso de los más diversos recursos de la retórica como reducirá su prosa a esquemas y síntesis sentenciosas.

La evolución estilística de Gracián, exigida por su ideación fantasista y libérrima, es evidente. Por fuerza habría de valerse de un estilo vario, que se plegase y adaptase al carácter de su exposición narrativa, al tono a que ésta le obligaba.

Se manifiestan en su obra, sin embargo, los propósitos que siempre le guiaron, que en él son connaturales, y que podríamos reducir a los siguientes:

a) Una cierta insistencia en escribir para iniciados, para un tipo de lectores de selección: «¡Oh, gran sabio el que se descontentaba de que sus cosas agradasen a los muchos! Hartazgos de aplauso común no satisfacen a los discretos» (*Orác.*, XXVIII).

b) Su complacencia en disimular y ocultar su pensamiento, para que el lector se esfuerce en su comprensión:

«Quien dice misterio, dice preñez, verdad escondida y recóndita, y toda noticia que cuesta, es más estimada y gustosa» (*Agud.*, VI). Se trata de plantear un problema que exija una resolución: «Cuanto más escondida la razón, y que cuesta más, hace más estimado el concepto, despiértase con el reparo la atención, solicítase la curiosidad, luego lo exquisito de la solución desempeña sazonadamente el misterio» (*Agud.*, VI).

c) Un afán de interesar al lector con sus enigmas y alegorías: «Saber entretener la espectación, irla cebando siempre... No se ha de echar todo el resto al primer lance» (*Orác.*, CV), consejo que Gracián da para la vida, pero que puede aplicarse a su propia obra.

d) El logro de una conjunción íntima de la forma exterior con la expresión interna: «Dos cosas hacen perfecto un estilo, lo material de las palabras y lo formal de los pensamientos, que de ambas eminencias se adecúa la perfección» (*Agud.*, LX).

e) Un ansia de novedad, de originalidad. Pero Gracián, conciliador, se inclina a lo nuevo, sin desdeñar por ello lo que ha quedado en desuso: «Florecieron en un tiempo las alegorías, y poco ha estaban muy validas las semejanzas. Hoy triunfan los misterios y reparos. Importa mucho pensar al uso, no menos que la gala del ingenio; para mi gusto, la agradable alternación, la hermosa variedad, que si *per tropo variar natura é bella* (36), mucho más el Arte» (*Agud.*, LX). Sin embargo, la novedad a ultranza supone un peligro, y él mismo aconseja: «No dar en paradojo por huir de vulgar» (*Orác.*, CXLIII), ya que la novedad, insistirá, «en los asuntos del juicio es peligrosa por lo paradojo» (*Orác.*, CCLXXXIII).

¿Piensa Gracián, acaso, en los excesos expresivos de los culteranos? Ha elogiado en *Agudeza* el ingenio del Góngora de los poemas menores, con escasas alusiones

(36) Endecasílabo de Serafino Aquilano, que se halla en el soneto XLVIII de su *Opere*, Roma, 1515. Vid. A Morel-Fatio, «La fortune en Espagne d'un vers italien», en *RFE*, 1916, III, págs. 63-66, y Enrique Díez Canedo, «Fortuna en España de un verso italiano», en *RFE*, 1916, III, págs. 160-170, que identifica a su autor, pág. 168.

a los poemas más representativos de su personalidad, pero desde su tratado preceptivo a *El Criticón* han evolucionado sus gustos, y así son muchos los reparos que pone a la poesía gongorina: «Si en este culto plectro cordobés hubiera correspondido la moral enseñanza a la heroica composición, los asuntos graves a la cultura de su estilo, la materia a la bizarría del verso, a la sutileza de sus conceptos, no digo yo de marfil, pero de un finísimo diamante merecía formarse su concha» (*Crit.*, II, cr. IV). No obstante, si a Góngora le considera con el máximo respeto, arremete sin piedad contra los poetas gongorizantes, ya maltratados por él en *Agudeza*, LXII, al decir ahora: «Vete al Babel moderno de los cultos y afectados escritos, y cuyas obras son de tramoya, frases sin concepto, hojas sin fruto, tomos sin lomo, cuerpos sin alma, todo confusión y quimera» (*Crit.*, III, cr. III).

¿Qué modalidades de expresión le acercan a ellos? Por más que hoy la crítica trate de acercar, de asimilar las dos facetas del barroco (37), las coincidencias de Gracián con Góngora y sus seguidores, podrían limitarse apenas al uso continuado del hipérbaton, influidos igualmente, culteranos y conceptistas, por los clásicos latinos, y al uso, bastante limitado en Gracián, del lenguaje metafórico. Les separa y enfrenta, por el contrario, el uso y abuso de la mitología por parte de los culteranos, que apenas utiliza Gracián, creando a su vez una simbología moral, de igual manera que la aportación de neologismos grecolatinos por parte de los culteranos se traduce en los conceptistas en la creación de vocablos originales y expresivos, con mayor abundancia en Quevedo que en Gracián.

Así, pues, contra el artificio culterano, que repudia, Gracián va a utilizar en *El Criticón* un estilo suelto, alígero, tan pronto llano, claro y conciso como enfático y elocuente. Se propone lograr a toda costa la plasticidad descriptiva, la hondura del concepto, la agudeza intencionada y la expresión cargada de sugerencias. El idioma

(37) Vid. Fernando Lázaro, «Sobre la dificultad conceptista», en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Madrid, 1956, VI, págs. 355-386, refundido en *Estilo barroco y personalidad creadora*, Salamanca, Anaya, 1966, págs. 11-59.

es para él materia dúctil, moldeable, con la que juega ingeniosamente de continuo, extrayendo de las palabras, sus más ocultas e insospechadas significaciones, pero tales vocablos no surgen al azar, sino que son buscados y rebuscados con una intención precisa (38).

El resultado positivo de este esfuerzo, de esta voluntad de estilo, va a ser la creación de un idioma propio, que le permite enunciar y exprimir los más sutiles matices de su pensamiento trascendente, por lo cual, como afirma Margherita Morreale (39), a Gracián «se le reserva un puesto muy destacado en el estudio de uno de los sectores más atrayentes del léxico castellano, el de las palabras claves que sirven para expresar la observación, descripción y evaluación ética del hombre».

En unos casos, esas palabras, independientes, exentas, tendrán dos o más valores, pero en los más se asociarán con otras, para recargar su significado, o se enfrentarán irreductiblemente para crear un permanente dualismo en la expresión.

El Criticón, más que ninguna de sus demás obras, contiene un variadísimo muestrario de licencias poéticas y figuras retóricas, basadas precisamente en el diverso uso de las palabras. Podría realizarse la curiosa experiencia de sustituir, sin duda con ventaja, los ejemplos de elegancias de lenguaje del más minucioso tratado de preceptiva clásica por otros tantos desperdigados en sus páginas, que en él, sumo conocedor de la antigua sabiduría retórica, clásica y eclesiástica —como lo había demostrado en *Agudeza*—, surgen con naturalidad y sin proponérselo siquiera.

Son válidas para *El Criticón* las continuas declaraciones estéticas que hace en su tratado preceptivo, aunque de uno a otro haya evolucionado en cuanto a su pensamiento y a sus dilecciones. Por ejemplo, su valorización

(38) Para Morel-Fatio, en «Gracián interpreté por Schopenhauer» (*BHi.*, 1910, XII, pág. 407), Gracián «emploie intentionellement certains mots qui gardent chez lui des acceptions spéciales».

(39) M. Morreale, «Castiglione y El Héroe: Gracián y despejo», en *Homenaje a Gracián*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1953, pág. 137. (En adelante, *HaG.*)

del verbo como elemento esencial del lenguaje: «Mas el nervio del estilo consiste en la intensa profundidad del verbo... Preñado ha de ser el verbo, no hinchado, que signifique, no que resuene: verbos con fondo, donde se engolfe la atención, donde tenga que cebarse la comprensión» (*Agud.*, LX).

El juego verbal en Gracián es incesante, como si el verbo fuese el eje de la frase. Tan pronto lo reitera indefinidamente como en [los ojos] «no sólo ven, sino que escuchan, hablan, vocean, preguntan, responden, riñen, espantan, aficionan, agasajan, ahuyentan, atraen y ponderan, y todo lo obran» (*Crit.*, I, cr. IX), incluso en forma de gerundio, en «viendo, observando, advirtiendo, admirando, discurriendo y lográndolo todo con insaciable fruición» (*Crit.*, I, cr. II) como lo elide por sobrentendido o expresado en la cláusula anterior (40).

La elipsis total del verbo *ser*, sobre todo, es continua en numerosos pasajes de sus obras: «Ciencia sin seso, locura doble» (*Orác.*, XVI); «Lo bueno si breve, dos veces bueno. Y aun lo malo, si poco, no tan malo» (ibid., CV), pero es más frecuente el zeugma, del que hace uso insistente: «Si uno callaba, decía que era necio; si hablaba, que un bachiller; si se humillaba, apocado; si se mesuraba, altivo; si sufrido, cobarde, y si áspero, furioso...», para seguir con la eliminación del verbo *tener*: «...si grave le tenían por soberbio; si afable, por liviano; si liberal, por pródigo; si detenido, por avaro; si ajustado, por hipócrita...» (*Crit.*, II, cr. IX). En otros pasajes, prescindirá del verbo *llamar:* «a la desvergüenza, llamaba galantería, a la deshonestidad buen gusto» (ibid.); de *padecer:* «Si es pobre padece mil miserias; si rico, cuidados; si casado, enfados; si soltero, soledad; si sabio, impaciencias; si ignorante, engaños; si honrado, penas; si vil, injurias» (Ibid., II, cr. XIII). De igual modo, dará por sobrentendidos, en innumerables casos, los verbos *estar*, *decir*, *oponer* y tantos otros.

Su concepto y uso del adjetivo es contradictorio. Por una parte, considera que «los adjuntos y epítetos son gran

(40) Vid. Romera-Navarro, *Estudios...*, pág. 127.

parte del aliño del estilo» (*Agud.*, disc. LX), pero «no han de ser continuos ni comunes, sino significativos y selectos» (ibid.), pues «el estilo lacónico los tiene desterrados en primera ley de atender a la intención, no a la extensión» (ibid.). Si en el *Oráculo* elimina, en efecto, todo adorno adjetival que considera innecesario, en *El Criticón*, mezcla de sus varios estilos, rompe con este criterio, y así vemos cómo prodiga los epítetos: «el hipócrita Pirineo» (II, cr. III); «oyose en esto una confusa vocería, vulgar aplauso de una insolente turba» (II, cr. IV); «correspondían lastimeros gritos a los insufribles tormentos» (III, cr. I); «todos fueron verdes abriles y floridos mayos» (III, cr. VIII); los duplica ante el nombre: «aquella infinita increada belleza» (I, cr. II); «una prodigiosa continuada novedad» (I, cr. III); los empareja unidos por la conjunción copulativa: «tan hermosa y perenne variedad» (I, cr. I), «relación tan gustosa y peregrina» (ibid.), «aquel espacioso y alegrísimo hemisferio» (I, cr. II) o los prodiga en largas sartas: «Y así se cría vicioso, vengativo, colérico, glotón, terco, mentiroso, desenvuelto, llorón, lleno de amor propio» (I, cr. V).

Ahora bien, tanto la elipsis del verbo como su reiteración y la exclusión del adjetivo, o el uso reiterativo que de él hace, no pasan de ser en Gracián rasgos estilísticos peculiares. Por el contrario, es el sustantivo el que en su prosa se carga de significaciones. Si lo emplea aisladamente, tratará de hallarle —valiéndose de peregrinas etimologías— un sentido dilógico: de *Dios* dirá «que del dar, del hacernos todo bien, tomó el Señor su Santísimo y Augustísimo renombre de *Dí-os* en nuestra lengua española» (*Agud.*, disc. XXXII); el *corazón* «llámese así de la palabra latina *cura*, que significa cuidado; que el que rige y manda siempre fue el centro dellos» (*Crit.*, I, cr. IX); *moneda*, de *monendo*, "persuadir" (ibid., II, cr. III); *mercadería*, de *Mercurio* (ibid., II, cr. V) o *Germania*, de «germinando, la que todo lo produce y engendra» (ibid., III, cr. III).

En su afán de hallar el término expresivo, no recela en inventarlo, ya sea a base de composición o derivación, y así alguna vez recrea, ya que no sea con la prodigalidad

con que lo hace Quevedo, vocablos insólitos *(espantaignorantes, arrapaltares, marivenido, masecuentos, niquilote, reconsejo, titibilicios)*.

Pero más que en los valores de la propia palabra suelta e independiente, Gracián se complace en la dicotomía significativa de las palabras usaderas. Un recurso muy insistente del que se vale es el de ofrecer en el nombre una disemia burlesca: *río* (de reír) y *río; prima* (pariente) y *prima* (cuerda), *gota* (agua) y *gota* (enfermedad), *gatos* (animales) y *gatos* (bolsas de dinero). Con semejante intención irónica, descompondrá la palabra a su conveniencia *(devoto -de bota, casamiento- casa y miento, cumplimiento -cumplo y miento)*, de igual modo que lo hará con otras formas oracionales *(suave -su ave, acaballo -a caballo)* si bien se da cuenta del inconveniente de que los equívocos «no se pueden pasar a otra lengua» (*Agud.*, discurso XXXIII).

Con la misma insistencia con que reitera la elipsis del verbo, lo hará respecto del sustantivo, que elimina por innecesario repetidas veces: «Muchos, por faltos de sentido, no lo pierden» (*Orác.*, XXXV); «Dieron luego conmigo en un calabozo cargándome de hierros, que este fue el fruto de los míos» (*Crit.*, I, cr. IV), donde complica la elipsis del nombre con la dilogía *hierros-yerros*, o «Daba un loco tan buenas razones que les hizo dudar si las tendría» (ibid., II, cr. XIII), donde se sobrentiende *razones*, aunque en singular.

En otros casos, prescindirá del término real para denominar las cosas, en su complacencia por el lenguaje tropológico, en especial por la metáfora, que le acerca a los culteranos: Andrenio ante el mar sentirá «hidrópica la vista de los líquidos cristales»; un navío que atraviesa el Atlántico será «portátil Europa»; el mar, «inconstante elemento»; el navío, «frágil leño»; el cantar de los pájaros, «los clarines de la aurora».

Hará uso, asimismo, de dos sustantivos de significación aproximados, ajustados —como anota Heger (41)—, a los topos tradicionales *fortitudo-sapientia* o *arma-litterae*.

(41) Op. cit., págs. 160 y sigs.

El número de las correlaciones que establece es infinito: *discreción-heroicidad, mente-corazón, espíritu-valor, cabeza-manos, saber-valer, virtud-honra, tener-poder, ingenio-juicio.*

En ocasiones, esta correlación se extiende a numerosos sinónimos, más o menos equivalentes: «Qué gozo, qué fruición, qué dicha, qué felicidad, qué gloria» (Ibid., I, cr. II).

Pero lo más frecuente es que confronte conceptos o cosas opuestas, que son los pequeños núcleos de donde parte la continua antinomia que rige toda la narración. Heger (42) ha estudiado con detalle su «estructura dualística» al anotar cómo Gracián enfrenta de continuo entidades contrarias: *alma-cuerpo, verdad-artificio, saber-parecer, disimulo-ostentación, uso-abuso, pensar-obrar, razón-acción*, y así indefinidamente, si bien esta varia oposición pudiera reducirse a las de *el Bien* y *el Mal*, la de *Hombre* y *Dios* o la de la *Tierra* y *Cielo*, representadas desde un comienzo por sus dos personajes centrales antagónicos. Todo en *El Criticón* es una continua antítesis de los valores eternos —que admira Critilo— con los conceptos fugaces, perecederos y falsos que atraen y subyugan a Andrenio.

Gracián, sin embargo, no puede resistir demasiado el tono severo, amargo, de su exposición, y recurre al humor y da a este permanente dualismo un sesgo ingenioso, valiéndose de la paronomasia: *hierros-yerros, cielo-cieno, tálamo-túmulo, joyas-hoyas, vestal-bestial, gusto-gasto, cargo-carga*, y en otros innumerables ejemplos.

No le basta, con todo, exprimir hasta el máximo —para valernos de un verbo tan de su gusto— el sentido de las palabras, ya sean independientes, emparejadas o enfrentadas con sus contrarias, sino que ampliará la contrastación a la frase, a la cláusula, y así hará uso frecuente de la paradoja, si bien declare que «las paradojas han de ser como la sal, raras y plausibles» (*Agud.*, disc. XXIII): «darse buena vida es acabar», «el que hace el simple, sabe más» (*Crit.*, I, cr. VII) o «todo el mundo lleno de vacío» (ibid., II, cr. XIII), y de igual manera se valdrá del re-

(42) Ibid., págs. 58 y sigs.

truécano, figura muy adecuada para la expresión de sus conceptos antitéticos: «para ver por donde andamos y andar por donde vemos» (ibid., I, cr. IV); el hombre «no come ya para vivir, sino que vive para comer» (ibid., cr. X); los españoles «tienen tales virtudes como si no tuviesen vicios, y tienen tales vicios como si no tuviesen tan relevantes virtudes» (ibid., II, cr. III); «así que de todo hay en el mundo: unos que siendo viejos quieren parecer mozos, y otros que siendo mozos quieren parecer viejos» (ibid., III, cr. I).

La alternativa y contraposición de las ideas en las paradojas y retruécanos van a dar lugar en la prosa de Gracián a una expresión paralelística insistente, que muy bien pudiera tener su origen en la lectura de los libros sapienciales de la *Biblia* (43), que tan al pormenor conocía, como lo muestran las numerosas alusiones y paráfrasis a textos bíblicos que se hallan en sus obras, y así los períodos bimembres se suceden a cada página: «Las aguas limpias y fecundas, los vientos purifican y vivifican» (ibid., I, cr. III); «los necios son los venturosos, los ignorantes favorecidos y premiados» (ibid., II, cr. VI); la muerte «a los ricos les parece intolerable y a los pobres llevadera; para los buenos viene vestida de verde y para los malos de negro, para los poderosos no hay cosa más triste, ni para los desdichados más alegre» (ibid., III, cr. XI).

Serían innumerables los ejemplos de grupos bimembres que pudieran recordarse, y que constituyen evidentes muestras de las diversas variantes del paralelismo sinonímico, sintético o antitético, de las que Hatzfeld (44) ha llegado a anotar la proporción de las sílabas en cada período entre las que se hallan en el *Oráculo* y que, sin duda, surgirán con mayor abundancia en *El Criticón*, donde Gracián volcó toda la gama de su sabiduría retórica, profana y eclesiástica.

(43) Francisco Yndurain, en «Gracián, un estilo», en *HaG*, pág. 165, afirma que «en efecto, la inmensa mayoría de las frases gracianescas se articulan en un ritmo dual o bimembre», aunque se inclina a pensar en «antecedentes senequistas o ciceronianos».

(44) Vid. Helmut Hatzfeld, «The Barroquismo of Gracián's: El oráculo manual», en *HaG*, págs. 114 y sigs.

Con todo, tanto como la propia palabra y las combinaciones a que la somete, le importa y preocupa la significación trascendente del lenguaje, a fin de que la frase, la cláusula contengan tantos conceptos y alusiones como los vocablos de que están compuestas.

Las teorías sobre el estilo que aparecen expuestas a lo largo de *Agudeza y Arte de ingenio*, y de modo especial en el discurso LXI, donde dice: «Descendiendo a los estilos en su hermosa variedad, dos son los capitales, redundante el uno y conciso el otro, según su esencia: asiático y lacónico, según la autoridad. Yerro sería condenar cualquiera, porque cada uno tiene su perfección y su ocasión. El dilatado es propio de oradores, el ajustado de filósofos morales...», muestran que Gracián no comete el yerro de desdeñar ninguno de ellos, como va a demostrarlo años después en *El Criticón*, donde tan pronto hará uso de un estilo fluyente, enfático —más que asiático diríamos rodio—, en el que se vale de todos los recursos de la retórica, como reducirá su prosa a puras síntesis, en una extremada economía del léxico. Persigue, más que la forma en sí, la intensa significación del lenguaje, porque, como dirá más adelante «uno y otro han de tener alma conceptuosa, participando el ingenio de su inmortalidad».

Ya sea uno u otro estilo, viene a decirnos, lo que le preocupa es que cada palabra realice la función que él quiere asignarle, que contenga cada una un valor expresivo, en busca continuada del concepto, de la agudeza, y para lograrlo, si la posible dilogía de la palabra aislada no bastase, la asociará a otra semejante, o la enfrentará a ella, la destacará en un lugar determinado de la cláusula, y a su vez, confrontará una frase y otra, ateniéndose a su significado, dándoles un ritmo pendular en cuanto a la forma.

Pudiera creerse que su condensación del sentido esencial, que la tortura a que somete el estilo, ya sea breve o abierto y amplio, convierten su prosa en un lenguaje gnóstico y enigmático, y acaso lo sea en una primera e improvisada lectura, pero una vez descifrados sus secretos, desentrañados sus recursos originales, que repite una vez y otra, Gracián resulta un escritor perfectamente claro en cuanto a la forma externa, ya que no lo sea

tanto por lo que se refiere a su contenido ideológico, a la profundidad e intención de su pensamiento, que es donde más se oculta.

Resulta expresiva por demás una frase suya: «A pocas palabras, buen entendedor», en la que trastrueca las palabras de un conocido refrán. La traemos a cuento porque es curioso observar cómo Gracián, que en toda ocasión da a entender que se dirige a un tipo de lector selecto y minoritario, sienta tanta complacencia en hacer uso reiterado del proverbio, de la filosofía popular, aunque tergiverse con frecuencia su verdadero sentido o forma, a fin de darle mayor alcance, y que asimismo se valga continuamente de locuciones adverbiales o forje otras similares con fines ingeniosos, pero esta contradicción aparente no lo es tanto si comparamos la similitud de estas expresiones con sus propias cláusulas simplísimas, simétricas, hasta en consonancia, al igual que el refrán demótico, como si, en fin de cuentas, tanto como en el lector culto y exquisito, pensase en derramarse en un círculo más amplio, entre todas las gentes. Que lo consiguió en parte nos lo muestra el hecho de que, si su obra total es menos accesible al gusto y al entendimiento de la mayoría, acaso sea uno de los escritores españoles más traído y llevado por sus máximas sueltas, tan semejantes en su contextura a paremias populares.

Son muy diversas, pues, las modalidades y fórmulas estilísticas en la obra de Gracián, más concretas en sus primeras obras, muy complejas en *El Criticón*, su obra de mayor aliento, y por ello, difíciles de reducir a síntesis y esquemas, pero esta misma variedad de rasgos y peculiaridades de su prosa le convierten, en cuanto al estilo, en uno de los escritores más originales de la literatura española.

Sus fuentes

Para el conocimiento de las abundantes y muy diversas lecturas de Gracián, contamos con dos registros de inestimable valor: *Agudeza y Arte de ingenio*, que puede considerarse como panorama cultural de su inicial etapa

creadora, y *El Criticón*, donde tantas alusiones se hallan a obras y autores, por las que confirma o rectifica sus gustos precedentes, de acuerdo con el saber literario de su madurez. En una y otra obra se transparentan —aunque en ocasiones deja de mencionar su procedencia, por sobradamente conocida—, su repulsa o sus preferencias por determinados autores, que nunca disimula.

No quiere decir esto, ni mucho menos, que sus escritos vengan a ser algo así como resumen o mezcla de esas lecturas, una poliantea de sedimentos o reminiscencias de unos y otros autores. Si sus fuentes se muestran muy visibles en la mayor parte de los casos, declaradas o no, cuantos elementos esenciales aprovecha aparecen transfigurados, dislocados, asimilados de tal modo, tan íntimamente incorporados a su pensamiento original, que dan por resultado una síntesis o una amplificación personalísimas.

Son estos préstamos, sin duda alguna, lo que menos cuenta en sus libros, lo que en ellos es aleatorio, simples citas de nombres que le sirven de arquetipos, o anécdotas y fragmentos cuya eliminación incluso mejoraría el texto, que quedaría más condensado y expresivo. Lo que importa y sobresale en su obra total es su poderosa y esencial personalidad, tan dispar de cualquier otro escritor precedente o de su época.

Si en sus primeros libros podría pensarse en la influencia de los tratadistas políticos italianos —Maquiavelo, Boccalini, Botero— o del francés Jean Bodin, vemos que este influjo es de signo contrario y que le sirve tan sólo de simple estímulo para escribir con pasión contra sus teorías. En todo caso, aprovechará dichos y hechos que ellos cuentan, como se valdrá de las historias y miscelá-neas de Valerio Máximo, de Plutarco, de Diógenes Laercio, de Suetonio o Plinio *el Joven* referidas a la antigüedad o las de Paulo Giovio, Pierre Matthieu o Felipe de Commines respecto a los personajes más próximos a su tiempo, y de Tácito y los tacitistas españoles en cuanto a las ideas y el estilo.

El Discreto, que pudiera creerse un reflejo de *El Cortesano* de Castiglione, se diferencia totalmente de su posible modelo, sin parangón alguno. Son dos mentalidades

distintas, y en el transcurso de un siglo —del Renacimiento al Barroco— ha evolucionado la idea del caballero.

En *Agudeza y Arte de ingenio*, verdadero mosaico de poemas, fragmentos y anécdotas, todo este aluvión ajeno aparece declarado nominalmente o encubierto apenas, de tal manera que puede identificarse sin mayor esfuerzo a sus autores. Recogerá apólogos de don Juan Manuel o pasajes de Mateo Alemán, autores que admira por su ingenio, pero muy distantes de él en estilo y propósito; apotegmas y chanzas de Juan Rufo; expresivos emblemas de Alciato; epigramas de Marcial, al que le acerca, tanto como su agudo ingenio, el orgullo de una patria común; poemas de la más varia índole, traídos a cuento como muestras de sutil agudeza, a lo que se añaden nuevas —o reiteradas— anécdotas de Plutarco, Giovio o Botero. Todo ello, sin embargo, pudiera considerarse como aditamentos pegadizos, justificables tan sólo como ejemplos para apoyar sus teorías estéticas, y cuya eliminación parcial o total, nos las presentaría con mayor intensidad e igual evidencia.

Un caso especial es el de Matteo Pellegrini, al que Gracián ni siquiera cita y con el que hay que relacionarle necesariamente. En 1639 se publica en Italia un breve tratado que lleva por título *Delle Acutezze che altrimenti, Spriti, vivezze e Concetti*, y tres años después, en 1642, el libro de Gracián *Arte de ingenio. Tratado de la Agudeza*, refundido en 1648. Aunque Lastanosa en 1646, al dirigirse a los lectores de *El Discreto*, diga, tal vez de buena fe, que el libro italiano es una traducción del de Gracián, las fechas lo desmienten. No se trata de un plagio ni mucho menos, ya que las coincidencias son insignificantes, referidas a una cierta semejanza con el título y a algunas expresiones y ejemplos. En el resto, se oponen incluso. Como observa Coster (45), mientras el italiano arremete contra el conceptismo, Gracián lo defiende a ultranza; mientras el español admira la expresión ingeniosa, Pellegrini la juzga como manifestación inferior de la inteligencia.

(45 Op. cit., págs. 621 y sigs.

Algo semejante ocurre con *L'Honneste-Home, ou l'Art de Plaire à la court* (París, 1630), del francés Nicolás Faret, traducido al español por Ambrosio de Salazar cuatro años después de su aparición. También las fechas hacen imposible que este libro sea una versión de *El Discreto*, publicado en 1640, como vuelve a suponer Lastanosa al frente del *Oráculo*. Que Gracián debió conocer el libro de Faret resulta evidente, si bien las influencias que pudieran descubrirse se reduzcan a alguna expresión como «palabras de seda» —que ya aparecía en Plutarco— y a ciertas similitudes con los títulos de varios «primores» de *El Héroe*. Aubrun (46), que establece una justa relación entre uno y otro, resumirá su juicio al decir que «les chetives paroles de Faret trouvent toujours une geniale transcription sous la plume de Gracián».

En ambos casos, tanto por lo que se refiere a Pellegrini como a Faret, puede afirmarse que los préstamos son mínimos, y que Gracián se vale de los libros de ambos como sugerencia inicial, como punto de partida de un tema, de una materia que le es grata, que luego desfigura y amplifica, mejora y supera, hasta el punto de hacer olvidar el posible modelo.

Al dirigirse al lector en la primera parte de *El Criticón* nos dirá que «en cada uno de los autores de buen genio he atendido a imitar lo que siempre me agradó: Las alegorías de Homero, las ficciones de Esopo, lo doctrinal de Séneca, lo juicioso de Luciano, las descripciones de Apuleyo, las moralidades de Plutarco, los empeños de Heliodoro, las suspensiones de Ariosto, las crisis del Boquelino y las mordacidades de Barclayo», declaración que parece retórica y libresca en exceso, porque si, en efecto, pudo gozar con la lectura de estos autores, el reflejo de sus obras en la suya es casi imperceptible. Si acaso, le acercaba a Esopo su gusto por la fábula; a Séneca, su complacencia en el estilo breve y sentencioso; a Luciano de Samosata, su intención satírica; a Plutarco, los datos curiosos de sus biografías o el propósito de sus apotegmas. De Homero, Apuleyo, Heliodoro o Ariosto

(46) Charles V. Aubrun, «Gracián contre Faret», en *HaG*, pág. 16.

y las peripecias de sus obras, escasas huellas podrían hallarse en *El Criticón*, que persigue tan distinta finalidad. Sus referencias al Boquelino y Barclayo nos muestran cómo Gracián practica un eclecticismo admirable. Trajano Boccalini, partidario de Maquiavelo, enemigo de España, contra la que arremete en su *Pietra del paragone político*, y aun de los jesuitas, y a pesar de ello tan elogiado y recordado por él, pudo influir, como observa Ferrari (47), en la estructura del *Oráculo* con sus *I Ragguagli di Parnaso*, asimismo dividido en centurias, que después de todo no significaría más que la aceptación de una modalidad de técnica literaria. Su preferencia por John Barclay, también declarado enemigo de los jesuitas, es una prueba más de su espíritu independiente. De sus obras recuerda con insistencia el poema *Argenis*, que debió conocer a través de su versión al castellano publicada por Pellicer de Salas en 1626, y menos su novela *Euphormio sive Satyricon*, que, sin embargo, pudo influir en diversos pasajes y tal vez en el título de *El Criticón*.

No, no puede afirmarse que los autores grecolatinos y extranjeros que declara como modelos dignos de imitar sean precisamente los que más influyen en su estilo y en su pensamiento. Más evidentes aparecen en uno y otro las huellas de la *Biblia*, hasta el punto de que Romera-Navarro (48) puede afirmar que «sólo en los tratados de índole religiosa y didáctica se hallará igual riqueza de alusiones bíblicas».

A los libros sapienciales hay que añadir las posibles influencias de escritores españoles. Algunas aparecen suficientemente declaradas, mientras otras permanecen disimuladas y ocultas. Autores hay cuyo reflejo en Gracián es manifiesto, aunque no los cite, y éste es el caso de fray Antonio de Guevara, de fray Luis de Granada —tan opuestos a él, sin embargo, por su estilo redundante y enfático—, o a los que alude vagamente, como Cervantes o San Ignacio. De Quevedo elogiará su prosa de moralista

(47) Op. cit., pág. 404.
48) Ed. cit., Introducción, pág. 44.

o satírico, tan afín a la suya, que pudo servirle de acicate, pero recordará tan sólo sus versos agudos o conceptuosos. También podrían rastrearse en sus obras mínimos aprovechamientos de noticias, dichos, facecias acopiados de la que se considera literatura menor, que Gracián debió leer con verdadera fruición: los epigramistas ya citados, que siguen la trayectoria iniciada por su entrañable Marcial; las misceláneas de cosas diversas, como la *Silva de varia lección* (Sevilla, 1540), de Pero Mexía; el *Jardín de flores curiosas* (Salamanca, 1570), de Antonio de Torquemada, o el *Tesoro de diversa lección* (París, 1636), de Ambrosio de Salazar; los aforismos y cartas de Antonio Pérez; las series de anécdotas de Timoneda, Melchor de Santa Cruz o Francisco Asensio; los escolios del aragonés Juan Vitrián a *Las Memorias de Felipe de Comines* (Amberes, 1643); las interpretaciones morales que Pérez de Moya da a la mitología pagana en su *Philosophia secreta* (Madrid, 1585) o las colecciones de paremias populares, como las de Palmireno o Hernán Núñez, de las que se servirá de continuo por más que las deforme y cargue de intención.

Al anotar sus obras hemos podido comprobar que Gracián debió consultar con frecuencia el *Tesoro de la lengua castellana o española* (Madrid, 1611) de Covarrubias, con el que podrían identificarse numerosas concomitancias de expresión de *El Criticón* y del que asimismo aprovecha múltiples noticias curiosas, que tan útiles le han sido a Romera-Navarro para sus notas del texto.

Son, con todo, meras sugerencias, leves reminiscencias, acervo erudito no mayor, y desde luego más asimilado, que en cualquier otro escritor de su época.

Así, pues, más que por lo que respecta al influjo de las ideas, que su pensamiento original no precisaba, las influencias más patentes en la obra de Gracián podrían referirse al tono moral o burlesco, al estilo, a la técnica literaria de que se vale. La *Biblia*, con su solemne y concisa sabiduría y la elocución paralelística tan de su gusto; Tácito, con su brevedad de estilo sentencioso; Séneca, con sus esquemas morales; Quevedo, con sus cáusticas deformaciones y donaires; San Ignacio, maes-

tro de rigurosa y severa moral; los adagios del pueblo, con su filosofía práctica, producto de una experiencia secular, le enseñan a Gracián el arte de reducir su pensamiento a pura esencia. Los tratadistas políticos, los historiadores, los oradores sagrados o los escritores ingeniosos, que se complacen en equívocos y juegos de palabras, le sirven tan sólo de apoyatura, de punto de partida para el vuelo. Si en algún caso, se vale de ideas o temas ajenos, éstos quedan oscurecidos, disminuidos, transfigurados por la versión genial que él les da.

Decía Farinelli (49) que «el estudio de las fuentes de Gracián presenta infinitas dificultades. La experiencia propia se cubre con la experiencia ajena». Nosotros, por el contrario, diríamos que más que las vagas influencias literarias que sobre él pudieran pesar, cuenta en especial su propia observación, su propia personalidad frente a la vida, que es para él el mejor libro del mundo, el que mejor conoció y le hizo meditar con mayor ansiedad.

Su fortuna y trascendencia

Sin poner en ello orgullo o vanagloria, percibía Gracián que su labor profunda habría de trascender a otras épocas y países, como lo deja adivinar en distintos pasajes de sus obras: «No hay cosa más inmediata a la muerte que la Inmortalidad... Ningún hombre, por eminente que sea, es estimado en la vida...» (50). «Son las patrias madrastras de las mismas eminencias» (51). «¡Oh, alabanza, que siempre vienes de los extraños! ¡Oh, desprecio, que siempre llegas de los propios!» (52).

En efecto, aunque *El Héroe* se traduce al francés y al inglés durante su vida, su obra —hecha excepción de *Agudeza y Arte de ingenio*— no comenzará a tener la

(49) Arturo Farinelli, «Gracián y la literatura áulica en Alemania», (1896), en *Divagaciones hispánicas*, Barcelona, 1936, II, pág. 117.
(50) *El Criticón*, III, cr. 12.
(51) *Oráculo*.
(52) *El Discreto*.

resonancia que logra más tarde, sino a partir de su muerte, y de modo especial en los países cultos de Europa.

Por lo que respecta a España, si bien se multiplican las ediciones castellanas de sus *Obras* desde 1663 hasta 1784, impresas en Madrid, Barcelona, Sevilla o Amberes, y se publican repetidas veces sus libros sueltos durante el siglo XVII, pesa sobre Gracián una especie de maldición similar a la que cayó sobre el Góngora de los poemas mayores, todavía más grave si se tiene en cuenta que el poeta cordobés contaba al menos con apasionados defensores y comentaristas. Respecto a Gracián habría que pensar si este aislamiento, este silencio de la crítica o sus juicios desdeñosos, que persisten hasta los comienzos del siglo actual, podrían deberse a la incomprensibilidad de su obra, a su estilo cerrado y a la difícil interpretación de su doctrina, pero esto no parece razón suficiente, por cuanto durante todo el resto del siglo XVII son bastantes los escritores que le comprenden muy bien, puesto que le imitan y calcan sin escrúpulo alguno, aunque no citen siquiera su nombre para mejor encubrir sus expolios.

Uno de ellos, fray José Laynez traslada páginas enteras de *El Héroe* a los capítulos XVI, XX y XXIV de su libro *El Privado Christiano* (Madrid, 1641), plagio que ya denuncia Lastanosa en su preámbulo de *El Discreto* (53). Algo semejante ocurre con el padre Francisco Garau, precisamente jesuita, que a partir de la muerte de Gracián entra a saco en sus obras, de las que son vulgar trasunto sus libros *El sabio instruido de la naturaleza, en cuarenta máximas políticas y morales* (Barcelona, 1675) y *El Olimpo del sabio, instruido de la naturaleza y segunda parte de las máximas políticas y morales* (Barcelona, 1681), que se difunden en nuevas ediciones, y en los que la Compañía tal vez no sospechase la peligrosidad de su modelo, todavía en entredicho. No se trata, como en el caso del padre Laynez, de un calco descarado, pero sí de una mimética imitación del estilo

(53) De igual manera plagiará varios pasajes de *El Político*, en *El Daniel cortesano* (Madrid, 1644), y otros de *El Discreto* y algunas máximas del *Oráculo*, en *El Josué* (Madrid, 1653).

acerado y de la ideología profunda de Gracián, deformados por una excesiva e hinchada erudición, en la que se traen a cuento todos los autores habidos y por haber, sin que ni una sola vez se recuerde al escritor imitado.

Un nuevo aprovechamiento casi literal del *Oráculo* hemos hallado en una obra manuscrita, de la que Gallardo (54) reproduce un amplio extracto, del doctor Gaspar Caldera de Heredia, titulado *Arancel político, Defensa del honor*, y *Práctica de la vida de nuestro siglo*, fechado en Sevilla el año 1641, pero cuyas últimas partes fueron escritas veinte años después, como lo da a entender su autor en el folio 111 cuando dice: «Lo mismo sucedió este año de 1662...»; o sea quince años después de haberse publicado la obra de Gracián.

Para comprobar el evidente plagio podrá servir esta breve muestra:

Porque no todos los siglos son a propósito para las eminencias en el arte o sciencia que cada uno profesa, y que hasta las eminencias son al uso...

«Los sujetos raros dependen de los tiempos... y así no todos tuvieron el aplauso que merecían, y muchos, aunque lo tuvieron, no acertaron a lograrle.

Fueron dignos algunos de mejor siglo, y a otros se le hizo la fortuna, que no todo lo bueno triunfa siempre; pero lleva una ventaja el sabio, que es eterno, y si éste no es su siglo, muchos otros lo serán...»

Doctor Caldera: «A el que leyere estas Direcciones cristianas y políticas.»

Los sujetos eminentemente raros dependen de los tiempos. No todos tuvieron el que merecían, y muchos, aunque lo tuvieron, no acertaron a lograrle. Fueron dignos algunos de mejor siglo, que no todo lo bueno triunfa siempre; tienen las cosas su vez, hasta las eminencias son al uso. Pero lleva una ventaja lo sabio, que es eterno, y si éste no es su siglo, muchos otros lo serán.»

Gracián: *Oráculo Manual*, 20.

(54) Bartolomé José Gallardo, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, Madrid, 1866, II, págs. 167-182.

Pero donde el delito de plagio toma caracteres graves, es en el libro III de esta obra, «que contiene las 263 máximas políticas, económicas y singulares deducidas de estas reglas y preceptos generales, para la conservación y aumento de la nobleza media entre los reyes y los grandes señores», de las que Gallardo reproduce sesenta y tres, las cuales son en su mayor parte copias literales o paráfrasis de los aforismos contenidos en el *Oráculo*, como podría observarse trascribiendo unas y otras a dos columnas. Aunque el doctor Caldera de Heredia se excuse en el folio 222 al decir que «en estas máximas están cifrados los ápices de más de 200 libros políticos que fatigaron las noticias de los que escribieron con sudor y inmortal trabajo», es, si tenemos en cuenta las que reproduce Gallardo, a Gracián casi exclusivamente a quien plagia con descaro, no sólo por lo que se refiere al contenido, sino a su estilo breve e incluso a su vocabulario peculiar.

Con igual desenfado, aunque al menos le recuerde con indiferencia una vez, procede Francisco Santos, autor, entre otras, de varias obras de carácter costumbrista como *Los gigantones de Madrid por defuera* (Madrid, 1666) o *Periquillo el de las gallineras* (Madrid, 1671). Cuando pudiera pensarse que el escritor fuese una consecuencia del Quevedo satírico o de los costumbristas de su época, como Zabaleta, un meritísimo trabajo de John Hayes Hammond (55) demuestra que Santos traslada a las obras citadas cuantos elementos y pasajes de Gracián le convienen, que, transcritos a dos columnas, permiten observar cómo el costumbrista apenas se tomó la molestia de variar un poco a fin de adaptarlos a sus fines (56).

Seguir el rastro de su posible influencia sobre los tratados de carácter ascético, político, histórico o retórico publicados durante los años finales del siglo XVII y los

(55) John Hayes Hammond, *Francisco Santos indebtedness to Gracian*, Austin, University of Texas Hispanic Studies, 1950.

(56) Que también plagió a Saavedra Fajardo nos lo muestra Monroe Z. Hafter en su artículo «Saavedra Fajardo plagiado en "El no importa de España", de Francisco Santos», en *BH*, 1959, LXI, págs. 5-11.

primeros del XVIII, podría ofrecernos, asimismo, resultados reveladores. Por más que en apariencia se olvide su nombre y la crítica le sea adversa —comenzando por el libelo del padre Rajas o Matheu y Sanz, el mismo año de su muerte—, Gracián debió contar con un círculo de apasionados lectores, constituido en su mayor parte por gentes letradas, que eran las que mejor podían comprenderle, como lo comprueban las numerosas ediciones españolas de sus obras, ya sea publicadas independientemente o en conjunto, y esta intensa difusión tenía que ejercer por fuerza una influencia decisiva —positiva o de signo negativo— en quienes le leyesen.

En contraste con el extranjero, donde su nombre y su obra son revalorizados por los jesuitas franceses, a los que se debe en gran parte su resonancia europea, vemos cómo dos jesuitas españoles, el padre Javier Lampillas y el padre Juan Andrés, significados críticos literarios de nuestro siglo XVIII, o le olvidan, como el primero, o censuran su estilo, como el segundo, táctica que han de seguir de modo gregario todos los autores de manuales literarios del siglo siguiente.

Excepciones honrosas son las páginas que, aún no finalizado el siglo XVIII, le dedica Antonio de Capmany, en las cuales, si bien se refiera con severas reservas al resto de sus obras, en especial a su oscuridad, se hacen vivos y comprensivos elogios de *El Criticón:* «¿Cuál es el escritor de su tiempo de tantas dotes y caudal nativo para ser el más fecundo y elegante, sabiendo, como lo manifestó, en dónde estaban las delicadezas y los donaires, esto es, lo amargo, lo dulce, lo picante, lo salado de la lengua castellana? ¡Qué rara fecundidad en su natural inventiva! ¡Qué imaginación tan varia, florida y extendida! ¡Qué prontitud y facilidad en proponer y desempeñar los reparos! ¡Qué soltura, naturalidad y variedad para manejar el idioma del diálogo!» (57).

Otra actitud comprensiva con respecto a Gracián es la de Adolfo de Castro, al incluir tres de sus libros más

(57) *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española,* Madrid, 1794, V, página 10.

significativos *(El Discreto, Oráculo manual* y *El Héroe)* en sus *Obras escogidas de filósofos* (58) y al justipreciar los valores del jesuita en su estudio preliminar, así como al estudiar la repercusión de estas obras en Francia.

Menéndez Pelayo, que muestra su disconformidad con *Agudeza y Arte de ingenio*, «la única poética que podía convenir a hombres que de tal manera habían perdido el tino mental y el sentido de lo bello», enjuicia al «ingeniosísimo» Baltasar Gracián, como «talento de estilista de primer orden», aunque lo considere «maleado por la decadencia literaria», pero no puede menos de proclamarle, como autor de *El Criticón*, «el segundo de aquel siglo en originalidad de invenciones fantástico-alegóricas, en estro satírico, en alcance moral, en bizarría de expresiones nuevas y pintorescas, en humorismo profundo y de ley, en vida y movimientos y efervescencia continua; de imaginación tan varia, tan amena, tan prolífica, sobre todo en su *Criticón*, que verdaderamente maravilla y deslumbra, atando de pies y manos el juicio, sorprendido por las raras ocurrencias y excentricidades del autor, que pudo no tener gusto, pero que derrochó un caudal de ingenio como para ciento. El que quiera hacerse dueño de las inagotables riquezas de nuestra lengua tiene todavía mucho que aprender en *El Criticón*, aún después de haber leído a Quevedo» (59).

A pesar de estos honrosos tanteos, la revisión total de Gracián no se inicia hasta comienzos del siglo actual. En 1900 se editan sus tratados políticos con un importante estudio preliminar de Arturo Farinelli. En 1902 se publican estudios y ensayos valiosos de Liñán de Heredia, Rahola, *Azorín*. En 1913 aparece *El Criticón*, no editado independientemente desde el siglo XVII, prologado por un jesuita, el padre Cejador, separado de la Compañía.

Este tardío reconocimiento de la significación y categoría de Gracián por parte de España, resalta más todavía al reparar en la enorme resonancia que adquiere su obra, ya iniciada en vida de su autor y muy significativa

(58) En *BAE*, Madrid, 1873, LXV.
(59) *Ideas estéticas*, ed. cit., pág. 354.

en los siglos siguientes, en todos los países europeos, lo cual le convierte en uno de nuestros clásicos más universales.

Son los traductores franceses, preferentemente, quienes logran su gran difusión en los idiomas cultos. *El Héroe*, por ejemplo, aparece traducido al francés por Nicolás Gervaise en 1645, ocho años después de haber sido publicado, y en el mismo año es plagiado y adulterado con intención política por el señor de Ceriziers, con el título de *Le Héros François ou L'idée du grand capitaine*.

Sin embargo, su definitivo conocimiento en Francia se debe a Amelot de la Houssaie, que traduce *El Príncipe* de Maquiavelo en 1638 y un año después *Oráculo manual*, al que confirma con el título *L'Homme de cour*, con el que ha de correr el mundo entero. Él es quien inicia la coordinación de las máximas del pensador español con otras de autores clásicos y modernos y con las contenidas en *El Héroe* y *El Discreto*. La versión de Amelot de la Houssaie logra un éxito extraordinario, como lo demuestra el hecho de editarse treinta y dos veces, hasta el año 1808, en París, Lyón, La Haya, Amberes y Rotterdam, y de ella se valdrán la mayor parte de los traductores para trasladarlo a otras lenguas.

También a finales del siglo XVII se vierten al francés *El Comulgatorio* y la primera parte de *El Criticón*, por Manoury (París, Jacques Collombat, 1696), traducción de la que se publican varias ediciones.

Pero es a comienzos del siglo XVIII cuando entran en juego los jesuitas, que son, en realidad, los principales difusores de Gracián en Francia. Ya en 1671 el padre Dominique Bouhours, en sus *Entretiens d'Ariste et d'Eugène*, no había recelado en aprovecharse sin escrúpulos de su pensamiento, y, ya fuese rebatiéndole o parafraseándole, el citarle repetidas veces le había rendido un excelente servicio. Es, sin embargo, el padre Courbeville quien va a emprender la difícil tarea de trasladar al francés la mayor parte de sus obras, y así traduce, en versión bastante libre, *El Discreto* al que da el título de *L'Homme Universel* (1723), con el cual trasciende a otras lenguas; *El Héroe* (*Le Héros*, 1725); *Oráculo manual* (*Maximes de*

Baltasar Gracián, 1730), y *El Político* (*Le Politique Dom Ferdinand le Catholique*, 1732).

Con anterioridad a esta traducción se había publicado otra versión de *El Político* titulada *Réflexions politiques de Baltasar Gracián sur les plus grands princes, et particulièrement sur Ferdinand le Catholique* (1730), firmada con las iniciales M. D. S., que ocultaban el nombre del joven Etienne de Silhouette, inducido a esta labor por el famoso jesuita padre Tournemine, según aclararán un año después las *Nouvelles ecclésiastiques*, donde también se dice: «On sait l'empressement qu'ont les Jesuites de traduire en françois tous les Ouvrages de ce bel esprit Espagnol leur Confrère, tout occupé à traiter de la Politique dans le goût d'une moral profane...»

Así, pues, salvo *Agudeza y Arte de ingenio*, de interés más limitado, y la segunda y tercera parte de *El Criticón*, fueron trasladadas al francés todas las demás obras de Gracián en menos de un siglo y reproducidas en múltiples ediciones.

Esta gran difusión necesariamente habría de reflejarse en la literatura francesa del siglo XVIII, en especial en sus moralistas, y así la crítica pudo hallar influencias muy manifiestas de Gracián en La Rochefoucauld, La Bruyère, Saint Evremond, el Caballero de Méré, Chamfort, Fenelon, el *Maître de Claville*, Vauvenargues, *Voltaire* e incluso en Corneille (60).

Las traducciones italianas son más limitadas y tardías. Sin embargo, *Oráculo manual* (*Oracolo*, Venecia, 1669) se traduce catorce años antes que al francés y se reimprime en nueve ediciones hasta 1790. El mismo libro vuelve a ser traducido, en 1698, a base de la versión francesa, por el abate Francesco Tosques, con el título *L'Uomo di Corte*.

En 1679 publica Pietro Cattaneo su traducción de *El Criticón*, de la que se hacen seis nuevas ediciones, y se traducen, asimismo, *El Comulgatorio* (1675 y 1713); *El Héroe*, por distintos autores, en 1695, 1706 y 1729;

(60) Remitimos de nuevo a nuestro *Baltasar Gracián*, Madrid, Gredos, 1961, págs. 300-303.

El Político (1703) y *El Discreto*, en diversas versiones, en 1679, 1704 y 1709.

Su difusión en Inglaterra es también menor que en Francia y además, en gran parte, consecuencia de ella. Con todo, *El Héroe (The Heroe)* se traduce en 1652, todavía en vida de Gracián, y de nuevo en Londres, 1726.

En el siglo XVII se traducen también *El Criticón* (*The Critik*, Londres, 1681) por Paul Rycaut, y *Oráculo* en 1685, libro que vuelve a ser trasladado diversas veces al inglés en los siglos siguientes, de igual modo que se traducen *El Discreto* y *El Comulgatorio*.

Oráculo manual es, entre las obras de Gracián, la que logra mayor fortuna, merced a la versión de Amelot de la Houssaie, de la que se valen los diversos traductores a las más varias lenguas: al holandés en 1696, 1724 y 1907; al ruso, en 1739 y reimpresa en 1760; al húngaro, en 1770, 1772, 1787, 1790 y 1837; al rumano, en 1944; al latín, en 1692, 1731, 1734 y 1752.

De igual modo, son traducidos *El Político* al sueco en el siglo XVII y *El Discreto* al holandés en 1724.

Es en Alemania, sin embargo, donde Gracián logra una repercusión e influencia excepcionales. Salvo *El Héroe*, *Agudeza* y *El Discreto*, sus demás libros se difunden en múltiples traducciones, reimpresas repetidas veces, especialmente *Oráculo manual*, del que se registran diez diversas traducciones desde 1686 hasta 1934, entre las que sobresale la realizada por Schopenhauer, que se reimprime, hasta 1953, doce veces, valoradas las últimas, a partir de la de 1935, con un importante estudio de Karl Vossler. Si en las primeras aparecía amplificado o adulterado en demasía el original, al servirse de otras intermedias, como la francesa de Amelot de la Houssaie o la italiana del abate Tosques, la traducción de Schopenhauer, al decir de Vossler, «es la más fiel, la más congenial y alocutiva», hasta el punto de lograr el texto alemán «una suelta fluidez que para los lectores españoles no tuvo el texto español nunca» (61).

(61) K. Vossler, «Introducción a Gracián», en *Revista de Occidente*, 1935, CXLVII, págs. 345 y sigs.

También se traduce *El Político* al alemán en 1672 y asimismo *El Comulgatorio* en 1734, 1738 y 1874.

De *El Criticón* se hicieron dos versiones, una de Gaspar Gottschling, en 1708, reimpresa en 1710 y 1721, y otra de Hanns Studniczka en 1957.

Tal número de traducciones y reimpresiones de *El Criticón* y sobre todo del *Oráculo*, dan lugar a que el pensamiento de Gracián se difunda ampliamente por Alemania e influya sobre su literatura áulica de los siglos XVII y XVIII, pero esta influencia es, sin embargo, más efectiva y trascendental sobre sus filósofos del XIX, y de modo especial sobre Schopenhauer y Nietzsche.

Farinelli (62) se refiere a la posibilidad de que Schopenhauer fuese animado al estudio de Gracián por Goethe, que conocía el *Oráculo*, como lo da a entender en sus *Tagebücher*. Schopenhauer se apasiona por las obras del pensador español, y llega a decir en *El Mundo como Voluntad y Representación* (1818), que *El Criticón* era «quizá la más grande y la más bella alegoría que había sido escrita jamás», admiración consecuente que expresa catorce años después, en carta del 16 de abril de 1832: «Mi escritor preferido es este filósofo Gracián. He leído todas sus obras. Su *Criticón* es para mí uno de los mejores libros del mundo.» Que conocía *El Discreto* se comprueba por un pasaje de su *Parerga y Paralipómena*. No llegó a traducir *El Criticón* —como se proponía—, del que sólo traslada al alemán un fragmento, el que se refiere al charlatán (III, cr. 4), que intercala en el prólogo de su obra *Dos problemas fundamentales de la moral*. Su entusiasmo por Gracián se manifiesta, sobre todo, en su versión del *Oráculo*, para la cual se valió posiblemente de alguna traducción anterior, acaso la de Sauter o Weisbach, si bien se valiese también del original español. Fruto de su paciente y escrupulosa labor es el admirable texto que logra, obra maestra de la lengua alemana.

La apasionada lectura de Gracián, más penetrante por el hecho de haber traducido sus obras íntegra o parcialmente, por fuerza habría de influir en el pensamiento de

(62) Op. cit., pág. 104.

Schopenhauer, si bien sea el pesimismo de ambos de signo contrario y antagónica la intención ideológica que cada uno perseguía.

Como ocurre con Nietzsche, que asimismo conocía al pensador español a través de la versión del *Oráculo*, y al que alude seis veces en sus escritos póstumos y en sus cartas. En una de ellas, dirá: «Europa no ha producido nada más fino ni más complicado en materia de sutileza moral.» Aunque *Azorín* (63) había intuido en 1902 la posible identificación de Gracián con Nietzsche, la influencia del jesuita español sobre el pensador alemán es muy sutil y aparece muy diluida, al ser fundamentales las divergencias que les separan.

Así, pues, como podemos comprobar por la fortuna que alcanza su obra después de su muerte y en todos los países cultos, los felices augurios que Gracián imaginaba para su obra, han sido confirmados por la posteridad.

Nuestra edición

Al publicar en 1944 las *Obras completas* de Gracián, reconocíamos ya, respecto a la edición de *El Criticón*, en cuánto éramos acreedores a la magnífica edición crítica y comentada del maestro don Miguel Romera-Navarro, al que proclamábamos «acaso el investigador y crítico más destacado entre cuantos han estudiado a Gracián, que ha desentrañado las oscuras alusiones y difíciles pasajes de la obra más hermética del gran escritor aragonés con especial amor y auténtica abnegación», deuda que se ha acrecido con sus admirables ediciones del *Oráculo manual*, *El Discreto*, su importante *Estudio sobre el autógrafo de «El Héroe»* y sus interesantes *Estudios sobre Gracián*.

Nuestra admiración hacia el ilustre gracianista sigue en pie, y al preparar esta edición hemos aceptado de la de Romera-Navarro muchos de los que él considera errores tipográficos, así como alguna de sus precisas observaciones al texto, y también bastantes notas que se refieren

(63) Azorín, «Un Nietzsche español», en *El Globo*, Madrid, 1902.

al reconocimiento de personajes —de igual modo que nos servimos de las oportunas aclaraciones de comentaristas posteriores—, por considerar natural y legítimo que todo trabajo erudito se valga de los avances y noticias que puedan ofrecerle los investigadores precedentes, siempre y cuando se cite la procedencia. Con todo, hemos procurado añadir en algunos casos datos esenciales a sus notas biográficas, rectificar los que consideramos erróneos y anotar bastantes palabras y giros que él pasó por alto.

En nuestras anotaciones, a fin de no recargar esta edición de un aparato crítico superfluo, nos hemos limitado a dar la acepción pertinente a través del *Tesoro de la lengua castellana o española* de Covarrubias —una de las fuentes más utilizadas por Gracián—, del llamado *Diccionario de Autoridades*, y, en su defecto, del *Diccionario* académico de 1780, refundición del anterior, del que se han eliminado los ejemplos de los grandes escritores, y que a pesar de haber sido publicado tan sólo cuarenta años después, supone en muchos casos un avance decisivo en cuanto al número de nuevas acepciones.

Por lo que se refiere al texto, hemos respetado con la mayor pulcritud el vocabulario peculiar del autor, incluso con las deformaciones propias de su época, así como las contracciones hoy en desuso. Simplificamos, en cambio, los signos fonéticos hoy sin validez —que Gracián, por otra parte, emplea con gran vacilación— en palabras como *debaxo*, *fuesse*, *çahiere*, *qual*, *hazedor*, ya que en su obra no suponen ninguna aportación de interés, y que tan sólo respetamos en los textos aducidos para justificar la acepción de los vocablos.

Abreviaturas y siglas usadas

AFA = *Archivo de Filología Aragonesa*. Zaragoza.
BAE = *Biblioteca de Autores Españoles*.
BAH = *Boletín de la Academia de la Historia*. Madrid.
BBMP = *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. Santander.
BHi = *Bulletin Hispanique*.
BHS = *Bulletin of Hispanic Studies*. Liverpool.

BRAE = *Boletín de la Real Academia Española*. Madrid.
Biblióf. españ. = *Bibliófilos españoles*. Madrid.
Casares = Julio Casares. *Diccionario ideológico de la lengua española*. Barcelona, 1954.
Corominas = Joan Corominas. *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*.
Correas = Gonzalo Correas. *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*. Madrid, 1924.
Covarrubias = Sebastián de Covarrubias. *Tesoro de la lengua castellana o española* según la impresión de 1611, con las adiciones de Benito Remigio Noydens publicadas en la de 1674. Barcelona. Ed. de Martín de Riquer, 1943.
Dic. Aut. = *Diccionario de la lengua castellana...* compuesto por la Real Academia Española. 6 tomos, Madrid, 1726-39. Ed. Biblioteca Románica Hispánica. 3 tomos, Madrid, 1963.
Dic. Moreri = Luis Moreri. *El gran diccionario histórico o Miscelánea curiosa de la historia sagrada y profana...* Traducido del francés por don Joseph de Miravel y Casadevante. 10 tomos, París y León de Francia, 1753.
Dic. 1780 = *Diccionario de la lengua castellana compuesto por la Real Academia Española, reducido a un tomo para su más fácil uso*. Madrid, 1780.
EMP = *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*. Madrid, 1950-62.
Fil = *Filología*. Buenos Aires.
Franciosini = Lorenzo Franciosini. *Vocabolario italiano e spagnolo*. 2 tomos, Venecia, 1735.
HaG = *Homenaje a Gracián*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1958.
HR = *Hispanic Review*. Filadelfia.
Millé = Góngora. *Obras completas*. Ed. Juan e Isabel Millé. Madrid, Aguilar, 1943.
NRFH = *Nueva Revista de Filología Hispánica*.
PMLA = *Publications of the Moderne Language Association of America*. Baltimore.
RABM = *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. Madrid.
RF = *Romanische Forschungen*. Erlangen.
RHi = *Revue Hispanique*.
RFE = *Revista de Filología Española*. Madrid.
ROcc = *Revista de Occidente*. Madrid.
RUM = *Revista de la Universidad de Madrid*.
R y F = *Razón y Fe*. Madrid.

BIBLIOGRAFÍA

a) Ediciones independientes de «El Criticón»

EL CRITICÓN / PRIMERA PARTE / EN / LA PRIMAVERA / DE LA NIÑEZ, / Y EN EL ESTÍO DE LA JUVENTUD. / AVTOR / GARCÍA DE MARLONES. / Y LO DEDICA / AL VALEROSO CAVALLERO / DON PABLO DE PARADA, / DE LA ORDEN DE CHRISTO, / General de la Artillería, y Governa / dor de Tortosa. / CON LICENCIA. / EN ZARAGOZA, por IVAN NOGUÉS, y a su costa. / Año MDCLI.

En 8.º, 4 hs., 288 págs.

British Museum y *Bibl. Nac.*, Madrid: 5/5213.

EL CRITICÓN / SEGUNDA PARTE. / IVYZIOSA CORTESANA / FILOSOFÍA, / EN EL OTOÑO DE LA / VARONIL EDAD. / POR / LORENZO GRACIÁN. / Y / LO DEDICA / AL SERENÍSSIMO SEÑOR / D. IVAN DE AVSTRIA. / CON LICENCIA, / En Huesca: por Ivan Noguès. Año 1653. / *A costa de Francisco Lamberto, Mercader de Libros. Véndese en la Carrera de San Gerónimo.*

En 8.º, 8 hs., 288 págs.

British Museum; Bibl. Nat., París, y *Bibl. Nac.*, Madrid.

EL CRITICÓN, / PRIMERA PARTE. / EN / LA PRIMAVERA / DE LA NIÑEZ, / Y / EN EL ESTÍO DE LA JUVENTUD. / SU AUTOR / LORENZO GRACIÁN. / LISBOA. / *Con todas las licencias necesarias.* En la Officina de Henrique Valente / de Oliveira. Año 1656.

En 8.º, 4 hs., 280 págs.

Bibl. Nac., Lisboa.

EL CRITICÓN, / SEGUNDA PARTE. / JVIZIOSA CORTESANA FILOSOFÍA, / EN EL OTOÑO DE LA / VARONIL EDAD. / POR / LORENZO GRACIÁN. / LISBOA. / *Con todas las licencias necesarias.* / En la Officina de Henrique Valente / de Oliveira. Año 1657.

En 8.º, 8 hs., 288 págs.

Bibl. Nac., Lisboa.

EL CRITICÓN. / TERCERA PARTE. / EN / EL INVIERNO DE LA VEJEZ. / POR / LORENZO GRACIÁN. / Y LO DEDICA / AL DOCTOR DON / Lorenço Frances de Vrritigoyti, / Dean de la Santa Iglesia / de Siguença. / CON PRIVILEGIO. / En Madrid. *Por Pablo de Val.* Año 1657. / *A costa de Francisco Lamberto, véndese en su casa en la Carrera de San Gerónimo.*

En 8.º, 8 hs., 350 págs.

British Museum; Bibl. Nat., París y *Bibl. Nac.*, Madrid: 5/5276.

EL CRITICÓN, / PRIMERA PARTE. / EN / LA PRIMAVERA / DE LA NIÑEZ, / Y EN EL ESTÍO DE LA IVVENTUD. / *Su autor Lorenço Gracián.* / Y LO DEDICA / AL VALEROSO CAVALLERO D. / *Pablo de Parada, de la orden de Christo, General de la Artillería: y Gouernador de Tortosa.* / CON LICENCIA. / En Madrid. Por Pablo de Val. Año 1658. / *Véndese en casa de la viuda de Francisco Lamberto en la carrera de San Gerónimo.*

En 8.º, 4 hs., 288 págs.

Bibl. Nat., París.

EL CRITICÓN, / TERCERA PARTE. / EN EL INVIERNO / DE LA VEJEZ. / POR / LORENZO GRACIÁN. / LISBOA. / *Con licencia.* / En la Officina de Henrique Valente de / Oliveira Impressor del Rey N. S. / Año 1661.

En 8.º, 4 hs., 349 págs.

Bibl. Nac., Lisboa.

TRES PARTES DE / EL CRITICÓN. / PRIMERA PARTE. / EN LA PRIMAVERA DE LA NIÑEZ, / Y / EN EL ESTÍO DE LA IVVENTUD. / SEGUNDA PARTE. / IVYZIOSA CORTESANA FILOSOFÍA, / EN / El Otoño de la Varonil Edad. / TERCERA PARTE. / EN EL INVIERNO DE LA VEJEZ. / *Su autor Lorenço Gracián.* / Y LAS DEDICA. / *La Primera: Al valeroso Cavallero Don Pablo de Parada: de la orden de Christo, General de la Artillería: y Governador de Tortosa.* / *La Segunda: Al Serenissimo*

Señor Don Iuan de Austria. / La Tercera: Al Doctor Don Lorenço Frances de Vrritigoyti, Dean de la Santa Iglesia de Siguença. / CON LICENCIA. / En Barcelona: Por Antonio Lacavallería. Año 1664. / *Véndense en la misma Imprenta.*

En 4.º, a 2 columnas, 3 hs., págs. 1-138; 1 h., págs. 141-290; 3 hs., págs. 297-459, 9 hs.

Bibl. Nac., Madrid.

TRES PARTES / DE EL CRITICÓN. / PRIMERA PARTE, / EN LA PRIMAVERA DE LA NIÑES, / Y / EN EL ESTÍO DE LA IVVENTUD. / SEGUNDA PARTE. / IVYZIOSA CORTESANA FILOSOFÍA, / EN / El Otoño de la Varonil Edad. / TERCERA PARTE. / EN EL INVIERNO DE LA VEJEZ. / *Su autor Lorenço Gracián. /* Y LAS DEDICA. / *La Primera: Al veleroso Cavallero Don Pablo de Parada: de la orden de Christo, / General de la Artillería: y Governador de Tortosa. / La Segunda: Al Serenissimo Señor Don Iuan de Austria. / La Tercera: Al Doctor Don Lorenço Frances de Vrritigoyti, Dean de la / Santa Iglesia de Siguença. / Con licencia:* En Barcelona. Por Antonio Lacavallería. Año 1682. *Véndense en la misma imprenta.*

En 4.º, a 2 columnas, 3 hs., págs. 1-138; 1 h., págs. 141-290, 4 hs.; 3 hs., págs. 297-459, 9 hs.

British Museum; Hispanic Society, Nueva York.

EL CRITICÓN. Edición y prólogo de Julio Cejador, Madrid, Biblioteca Renacimiento, 1913-1914, 2 tomos en 8.º, XXIV-308 y XI-360 págs.

EL CRITICÓN. Edición y prólogo de Rafael Seco, Madrid, C. I. A. P., s. a. [1929], 3 t. en 8.º alargado, IX-217, 240 y 289 págs.

El Criticón. Edición transcrita, revisada y anotada por Félix F. Corso, Buenos Aires, Biblioteca Clásica Universal, 1938. 2 t. en 8.º, 299 págs., 2 hs., y 341 págs., 3 hs.

EL CRITICÓN. Edición crítica y comentada por M. Romera-Navarro, catedrático de la Universidad de Pensilvania, 3 vols. en 4.º, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1938, I, VIII-404 págs. London, Humphrey Milford, 1939, II, 383 págs. Oxford, University Press, 1940, III, 507 págs.

b) Ediciones de «El Criticón» en Obras de Gracián:

Obras de Lorenzo Gracián, Madrid, Imprenta Real, [1663], 2 t. en 4.º: I, 3 hs., 536 págs., 8 hs.

Bibl. de Cataluña, Barcelona.

Sobre el segundo tomo, vid. Lucas de la Torre, en *RHi*, 1933, LXXXI, 85-86.

Obras de Lorenzo Gracián, Madrid, Pablo de Val, 1664, 2 t. en 4.º, a dos columnas: I, 4 hs., 536 págs., 16 hs.; II, 4 hs., 442 págs., 2 hs., 89 págs., 2 hs., 18 hs.

British Museum; Bibl. Nat., París; *Bibl. Nac.*, Madrid.

Obras de Lorenzo Gracián, Barcelona, J. Suriá y Antonio Lacavallería, 1667, 2 t. en 4.º [cit. por Palau, número 106.836].

Obras de Lorenzo Gracián, Barcelona, Antonio Lacavallería, 1669, 2 t. en 4.º, a dos columnas: I, 15 hs., 459 págs.; II, 4 hs., 101-459 págs., 2 hs., 88 págs.

Bibl. Nat., París; *Bibl. Univ.*, Valladolid.

Obras de Lorenzo Gracián, Amberes, Geronymo y Juan Baut. Verdussen, 1669, 2 t. en 4.º: I, 3 hs., págs. 1-126, 4 hs.; 4 hs., págs. 127-258, 6 hs.; 4 hs., págs. 259-418, 4 hs.; 1 h., págs. 421-491, 5 hs.; 1 h., págs. 495-530, 7 hojas; 2 hs., páginas 535-562, 7 hs.; II, 4 hs., págs. 1-367, 4 hs.; 1 hoja, páginas 371-440, 4 hs.; 1 h., 69 págs. 4 hs., 1h., 97 páginas, 6 hs.

British Museum; Bibl. de Cataluña, Barcelona, y *Bibl. Nat.*, París.

Obras de Lorenzo Gracián, Madrid, Imprenta Real de la Santa Cruzada, 1674, 2 t. en 4.º, a dos columnas: I, 6 hs., 536 págs. y 8 hs.; II, 2 hs., 426 págs. 2 hs., 89 págs. y 8 hs.

Bibl. Universitaria, Barcelona.

Obras de Lorenzo Gracián, Madrid, Imprenta Real, s. a. [cit. por Palau, núm. 106.839].

Obras de Lorenzo Gracián, Barcelona, Antonio Lacavallería, 1683, 2 t. en 4.º, a dos columnas: I, 3 hs., págs. 1-138, 8 hs.; 1 h., págs. 141-290, 12 hs.; 3 hojas, págs. 297-459, 9 y 16 hs.; págs. 1-64; págs. 65-88 y 89-101. II, 2 hs., páginas 1-341, 342-406, 406-441, págs. 1-88, 2 hs.

British Museum.

Obras de Lorenzo Gracián, Barcelona, 2 t. en 4.º: I, Juan Jolis, 1700; 4 hs., 537 págs. y 7 hs. II, Jaime Suriá, s. a. [1700]; 2 hs., 524 págs. y 16 hs.

Library of the Congress, Washington.

Obras de Lorenzo Gracián, Barcelona, Jaime Suriá, s. a. [cit. por Palau, núm. 106.841].

Obras de Lorenzo Gracián, Amberes, Juan Bautista Verdussen, 1700, 2 t. en 4.º: I, 4 hs., 502 págs.; II, 4 hs., 372 páginas, 2 hs.

Obras de Lorenzo Gracián, Amberes, Henrico y Cornelio Verdussen, 1702, 2 t. en 4.º, a 2 columnas: I, 3 hs., páginas 1-116; 4 hs., págs. 117-239; 4 hs., págs. 241-388; 2 hs., páginas 389-447; 1 h., págs. 449-480; 2 hs., págs. 481-502. II, 4 hs., págs. 1-240; 1 h., págs. 243-296; 1 h., páginas 299-372, 2 hs.

Bibl. Nac., Madrid.

Obras de Lorenzo Gracián, Madrid, Antonio Gonçalez de Reyes, 1720, 2 t. en 4.º: I, 3 hs., 519 págs., 6 hs.; II, 3 hs., 539 págs., 2 hs.

British Museum; Bibl. Nac., Madrid.

Obras de Lorenzo Gracián, Amberes, Juan Bautista Verdussen, 1725, 2 t. en 4.º, a dos columnas.

Reproduce a plana y renglón la edición de Amberes, 1702.

British Museum; Bibl. Nac., Madrid.

Obras de Lorenzo Gracián, Sevilla, *A costa de don Juan Leonardo*, 1732, 2 t. en 4.º: I, 3 hs., 519 págs., 6 hs.; II, 3 hs., 538 págs., 3 hs.

Hispanic Society, Nueva York.

Obras de Lorenzo Gracián, Barcelona, Joseph Giralt, 1734, 2 t. en 4.º: I, 3 hs., 519 págs., 6 hs.; II, 3 hs., 539, 2 hs.

Bibl. Nat., París; *Bibl. Nac.*, Madrid.

Obras de Lorenzo Gracián, Amberes, J. B. Verdussen, 1735, 2 t. en 4.º. [cit. por Palau, número 106.845].

Obras de Lorenzo Gracián, Barcelona, Pedro Escuder y Pablo Nadal, 1748, 2 t. en 4.º: I, 4 hs., 519 págs., 7 hs.; II, 4 hs., 539 págs., 3 hs.

British Museum; Bibl. Filos. y Letr., Madrid; *Hispanic Society*, Nueva York.

Obras de Lorenzo Gracián, Barcelona, María Ángela Martí y Galí, 1757, 2 t. en 4.º: I, 3 hs., 531 págs., 6 hs.; II, 3 hs., 575 págs., 4 hs.

British Museum; Bibl. Nac., Madrid.

Obras de Lorenzo Gracián, Madrid, Pedro Marín, 1773, 2 t. en 4.º, a dos columnas: I, 2 hs. 678 págs., 1 h.; II, 1 h., 624 págs., 5 hs.

Obras de Lorenzo Gracián, Barcelona, 1784, 2 t. en 4.º [cit. por Palau, número 106.850].

Baltasar Gracián: *Obras completas*. Introducción, recopilación y notas de E. Correa Calderón; Madrid, Aguilar, 1944, en 4.º, CLVI-990 págs.

Baltasar Gracián: *Obras completas*. Estudio preliminar, edición bibliografía y notas de Arturo del Hoyo; Madrid, Aguilar, 1960, en 4.º, CCLXXII-1320 págs.

c) Selecciones y pasajes de «El Criticón»

Vando que el Coronado Saber ha mandado publicar en todos sus dominios, con la crítica reforma de los vulgares Refranes: y Sueño primero de don Ángel Iañez; Madrid, Vda. Muñoz, 1753, en 4.º, 12 hojas.

Sbarbi, en su *Monografía*, pág. 381, cree que en rigor se trata de una ampliación del pasaje de Gracián en *El Criticón*, «desempeñado con tal maestría y tan exquisito tacto, que no parece sino hechura de un mismo ingenio».

«Isla de Santa Elena», en *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, 1836, pág. 159.

Sbarbi, J. M.: «Crítica reforma de los comunes refranes», en *Refranero general*, Madrid, 1878, vol. IX, págs. 93 y sigs.

Algo del «Criticón». Critilo y Andrenio. Dibujos de Seriñá. Barcelona, Biblioteca ilustrada, 1893; en 8.º, 129 págs.

Con igual título: Barcelona, Maucci, s. a., y Barcelona, Bauzá, s. a.

El Criticón. Pasajes selectos. Madrid, B. del Amo, 1927; en 8.º, 95 págs.

El Criticón. Selección, estudio y notas por José Manuel Blecua. Zaragoza, *Clásicos Ebro*, 1958, en 8.º, 143 págs.

El Criticón. Barcelona, Editorial Fama, 1950.

d) Traducciones

The Critik. Written originally in Spanish; by Lorenzo Gracián. One of the Beste Wits of Spain, and translated into English by Paul Ricaut esq. Londres, 1681; en 8.º.

El Criticón overo Regole della vita Politica Morale di don Lorenzo Gracián. Tradotto dallo Spagnuolo in Italiano da Gio. Pietro Cattaneo. Divisa in tre Parti: la Prima, La Primavera della Fancivllezza. La Seconda, L'Estate della Gioventù. La Terza, L'Inverno della Vecchiezza. Venecia, 1679.

Otras ediciones:
Venecia, Niccolò Pezzana, 1685, en 4.º, 312 páginas.
Venecia, 1698.
Venecia, 1709; en 4.º.
Venecia, Pezzana, 1720; en 16.º, 5 hs., 508 págs.
Venecia, Pezzana, 1730.
Venecia, 1745; en 8.º, 6 hs., 508 págs.

L'Homme détrompé, ou le Criticón de Baltasar Gracián, Traduit de l'Espagnol en François [trad. de la Primera Parte por Manoury]. A Paris, Chez Jacques Collombat, rue S. Jacques, près la Fontaine Saint Severin au Pelican. MDCXCVI. En 8.º, 8 hs., 282 págs., 5 hs.

Otras ediciones:
Bruselas, 1696 [cit. por Palau, núm. 106.974].
Bruselas, Serstevens, 1697; en 12.º
Colonia, 1707; en 8.º [cit. por Palau, número 106.975].
La Haya, J. van Duren, 1705-1717; 2 vols. en 12.º [cit. por Palau, núm. 106.974]. Continúa la trad. de Manoury.

L'Homme détrompé. Trad. de l'Espagnol par Mr. le Duc de Villahermosa [cit. por Palau, núm. 106.978]. París, s. a., en 12.º

Menéndez Pelayo, en carta a Morel-Fatio (22-agosto-1890) le da noticia de un manuscrito en el que se contiene una traducción incompleta de *El Criticón* al francés hecha por el duque de Villahermosa. Vid. Enrique Sánchez Reyes, «Epistolario de Morel-Fatio y Menéndez Pelayo», en *BBMP*, 1952, XXVIII, pág. 326.

De Mensch Buyten Bedroch, of den Nauwkeurigen Ordeelder, van Balthazar Gracián. [Trad. de M. Smallegangue.] Gravenhage [La Haya], Jacobus A. van Ellinkhuyssen, 1701.

Otras ediciones:

Continuada la traducción de Manoury y editada por Van Ellinkhuysen en:
La Haya, 1709; 3 vols. en 12.º, 320, 360 y 438 páginas.
La Haya, 1723.
Ginebra, 1725.
La Haya, 1734.

Vid. Geers, «Traducciones neerlandesas de obras de Gracián», en *RFE*, 1920, págs. 84-188.

I. van Praag, «Traducciones neerlandesas de Gracián», en *HR*, 1939, VII, págs. 237-241.

Der Entdeckte Selbstbetrug oder Balthazar Graciáns Criticón, über die Allgemeinen Laster des Menschens, welche dem selben in der Jugend, in dem männlichen und hohem Alter ankleben; welche aus der Frantzösischen Sprache, in die Deutsche übersetzt worden ist, und nunmerhr zum zum andermahl herausgegeben wird. Von M. Gaspar Gottschling, Francfort, 1708; en 8.º.

Otras ediciones:

Leipzig, 1710; en 8.º.

Leipzig, 1721; 3 vols. en 8.º, 296, 351 y 416 páginas.

Criticón oder über die Allgemeinen der Menschen. Erstmals, ins Deutsche übertragen Von Hanns Studniczka. Mit einem Essay Zum Verständnis des Werkes und einer Bibliographie Von Hugo Friedrich, Hamburgo, Rowohlts; 230 págs.; en 8.º.

Vid. G. Sobejano, en *RF*, 1957, LXIX, páginas 201-204, y M. Romera Navarro, «Ediciones de *El Criticón*», en *El Criticón*, ed. cit., págs. 60-66.

Critil şi Andronius. Traducción parcial al rumano de autor anónimo, publicada en Moldavia en el siglo XVIII.

e) Obras generales sobre Gracián

Narciso J. de Liñán y Heredia: *Baltasar Gracián. 1601-1658*, Madrid, 1902, 106 págs.; en 8.º.

F. Rahola y Trémols: *Baltasar Gracián, escriptor satirich, moral i polítich del segle XVII*, Barcelona, 1902, 32 páginas; en 4.º mayor.

Alfred Morel-Fatio: «Notes bibliographiques sur Gracián», en *BHi.*, 1909, XI, págs. 450 y sigs.

A. Morel-Fatio: «Sur les moralistes espagnols du XVII^e siècle et en particulier sur Balthasar Gracián», en *BHi*, 1910, XII, págs. 201-204 y 330-334.

A. Morel-Fatio: «Liste chronologique des lettres de Balthasar Gracián dont l'existence a été signalée ou dont le texte a été publié», en *BHi*, 1910, XII, págs. 204-206.

A. Morel-Fatio: «Gracián interprété par Schopenhauer», en *BHi*, 1910, XII, págs. 377-407.

Ricardo del Arco: «Don Vincencio Juan de Lastanosa. Apuntes bio-bibliográficos», en *BAH*, 1910, LVI, págs. 301 y siguientes.

Adolphe Coster: «Baltasar Gracián», en *RHi*, 1913, XXIX, páginas 347-754.

Francisco Maldonado: *Gracián, como pesimista y político*, Salamanca, 1916.

A. F. G. Bell: «Baltasar Gracián», en *Hispanic Notes and Monographs*, Oxford, 1921.

José María López Landa: «El retrato de Gracián», en *Athenaeum*, Zaragoza, mayo, 1922.

José María de Cossío: «Gracián, crítico literario», en *BBMP*, 1923, V, págs. 69-74.

Reproducido en *Siglo XVII. Notas y estudios*. Madrid, Espasa-Calpe, 1939.

André Rouveyre: «Baltasar Gracián», en *Mercure de France*, 15 marzo 1924.

Jean Cassou: «Baltasar Gracián», en *Mercure de France*, junio 1924.

Arturo Farinelli: «Baltasar Gracián y la literatura de corte en Alemania», (1896), en *Ensayos y discursos de crítica literaria hispano-europea*, Roma, 1925, II, págs. 443 y sigs.

Más tarde con el título «Gracián y la literatura áulica en Alemania», en *Divagaciones hispánicas*, Barcelona, 1936, II, págs. 97 y sigs.

G. Marone: *Morale e politica di Baltasar Gracián. Schopenhauer e Gracián. La attualità di Gracián. Il problema morale. La virtú eroica. Gracián e Machiavelli. Il politico. L'estetica di Gracián*, Nápoles, 1925.

Baltasar Gracián. Escritor aragonés del siglo XVII. Curso monográfico en honor suyo, por la Universidad Literaria y el Ateneo de Zaragoza, Zaragoza, 1926.

Américo Castro: «Gracián y España», en *Santa Teresa y otros ensayos*, Santander, 1929, págs. 255-264.

Constancio Eguía Ruiz, S. J.: «La formación escolar y religiosa de Baltasar Gracián», en *BRAE*, 1931, XVIII, páginas 160 y sigs.

Reproducido en *Cervantes, Calderón, Lope, Gracián. Nuevos temas crítico-biográficos*, Madrid, C. S. I. C., 1951, págs. 143-158.

Leo Spitzer: «Über die Eigennamen bei Gracián», en *Romanische Stil und Literaturstudien*, Marburg, 1931, II, páginas 181-188.

R. del Arco: *La erudición aragonesa en el siglo XVII en torno a Lastanosa*, Madrid, 1934, 378 págs.; en 4.º.

Miguel Romera-Navarro: «Un hermano imaginario de Gracián», en *HR*, 1935, III, págs. 64-66.

Refundido en su ed. de *El Criticón*, I, págs. 11-14.

Karl Vossler: «Introducción a Gracián», en *ROcc*, 1935, páginas 330-348.

M. Romera-Navarro: «Reflexiones sobre los postreros días de Gracián», en *HR*, 1936, IV, págs. 179-183.

M. Romera-Navarro: «Bibliografía graciana», en *HR*, 1936, IV, págs. 11-40.

K. Vossler: «Baltasar Gracián», en *Poesie der Einsamkeit in Spanien*, Munich, 1938.

Guillermo Díaz-Plaja: *El espíritu del barroco*, Barcelona, 1940.

Fritz Schalk: «Baltasar Gracián und dás Ende des Siglo de Oro», en *RF*, 1940, LIV, págs. 265-283, y 1941, LV, páginas 113-127.

R. M. Hornedo: «¿Hacia una desvalorización del barroco?», en *R y F*, 1942, págs. 47-60 y 361-364.

Ramón Menéndez Pidal: «Oscuridad, dificultad entre culteranos y conceptistas», en *RF*, 1942, LVI, págs. 211-218.

Reproducido en *Castilla. La tradición. El idioma*, Buenos Aires, Austral, 1945, págs. 219-232.

José Sánchez: «Nombres que reemplazan a "capítulo" en libros antiguos», en *HR*, 1943, XI.

Evaristo Correa Calderón: Introducción a *Obras completas de Gracián*, Madrid, Aguilar, 1944, I, CLVI.

José Manuel Blecua: «Cartas de Fray Jerónimo de San José al cronista F. Andrés de Ustarroz», en *AFA*, Zaragoza, 1945, 124 págs.; en 4.º.

Angel Ferrari: *Fernando el Católico en Baltasar Gracián*, Madrid, Espasa-Calpe, 1945, 720 págs., en 4.º.

Vittorio Borghini: *Baldasar Gracián scrittore morale e teórico del concettismo*, Milán, Ancora, 1947, X, 283 págs.

Werner Krauss: *Gracians Lebenslehre*. Frankfurt a. M., Klostermann, 1947.

Louis Stinglhamber: *Dans le jardin des Hesperides. Essai sur l'Espagne et sa littérature*, Gembloux, Duculot, 1947, 192 págs.; en 8.º.

Estudia a Gracián en págs. 151-191.

R. del Arco: *La erudición española en el siglo XVII y el cronista de Aragón Andrés de Uztarroz*, Madrid, C. S. I. C., 1950,VIII-1124 págs.; 2 vols. en 4.º.

R. del Arco: «Las ideas literarias de Baltasar Gracián y los escritores aragoneses», en *AFA*, 1950, III, págs. 27-80.

J. Hayes Hammond: *Francisco Santos'Indebtedness to Gracián*. Austin, University of Texas Hispanic Studies, 1950.

T. H. May: «Gracian's Idea of the "Concepto"», en *HR*, 1950, XVIII, págs. 15-41.

M. Romera-Navarro: *Estudios sobre Gracián*, Austin, University of Texas Hispanic Studies, 1950; VI-146 páginas, en 4.º.

Contiene: I, «Interpretación del carácter de Gracián»; II, «Su amistad y rompimiento con Salinas»; III, «El autor de la *Crítica de Reflección*»; IV, «Felipe IV visto por Gracián»; V, «En torno a la obra maestra»; VI, «El humorismo y la sátira graciana»; VII, «Las alegorías de *El Criticón*»; VIII, «La antología de Alfay»; IX, «Dos aprobaciones».

Klaus Heger: *Baltasar Gracián. Eine Untersuchung zu Sprache und Moralistik als Ausdrucksweisen der Literarischen Haltung des Conceptismo*, 1952, Tesis doctoral de la Universidad de Heidelberg, mecanografiada, con portada impresa, 264 págs.; en fol.

Traducción española con el título, *Baltasar Gracián. Estilo lingüístico y doctrina de valores. Estudio literario sobre la actitud literaria del Conceptismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1960, 230 págs.; en 4.º.

G. Díaz-Plaja: *Defensa de la crítica y otras notas*. Barcelona, Editorial Barna, 1953.

Referencia a Gracián en las páginas 91-117.

P. González Casanova: «Verdad y agudeza en Gracián», en *Cuadernos Americanos*, México, 1953, LXX, págs. 143-160.

L. Stinglhamber: «Baltasar Gracián et la Compagnie de Jésus», en *HR*, 1954, XXII, págs. 195-207.

G. Díaz-Plaja: *El Estilo de San Ignacio y otras páginas*, Barcelona, 1956.

Contiene: «Una introducción a Gracián» (páginas 129-147).

Fernando Lázaro: «Sobre la dificultad conceptista», en *EMP*, 1956, VI, págs. 335-386.

Reproducido en *Estilo barroco y personalidad creadora*, Salamanca, Anaya, 1966, págs. 11-59.

José Luis Aranguren: «La moral de Gracián», en *RUM*, 1958, XXVII.

Eugenio Asensio: «Un libro perdido de Baltasar Gracián», en *NRFH*, 1958, XII, págs. 390-394.

Charles V. Aubrun: «Gracián contra Faret», en *Homenaje a Gracián*. [En adelante, *HaG*]. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1958.

P. Miguel Batllori, S. J.: *Gracián y el Barroco*, Roma, Edizione di Storia e Letteratura, 1958, 200 págs.; en 4.º.

P. M. Batllori: «La muerte de Gracián y la muerte en Gracián», en *R y F*, 1958, CLVIII, págs. 405-412.

P. M. Batllori: «Gracián entre la Corte y Cataluña en armas», en *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, 1958, C, páginas 167-193.

E. Correa Calderón: «Lastanosa y Gracián», en *HaG*, 1958, págs. 65-76.

Refundido en *Baltasar Gracián. Su vida y su obra*. Madrid, Gredos, 1961.

E. Correa Calderón: «Baltasar Gracián, español universal», en *ABC*, Madrid, 6 diciembre 1958.

Manuel García Blanco: «Baltasar Gracián y las letras españolas contemporáneas», en *HaG*, 1958, págs. 77-88.

Samuel Gili Gaya: «Agudeza, modismos y lugares comunes», en *HaG*, 1958, págs. 89-97.

Hellmut Jansen: *Die Grundbegriffe des Baltasar Gracián*, Genève, Droz y París, Minard, 1958, X, 232 págs.; en 4.º.

Francisco Maldonado de Guevara: «El "cogito" de Baltasar Gracián», en *RUM*, 1958, XXVIII.

F. Maldonado de Guevara: «Del "ingenium" de Cervantes al de Gracián», en *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, 1958, C, págs. 147-164.

F. Maldonado de Guevara: «Baltasar Gracián y las Indias», en *HaG*, págs. 131-135.

José Antonio Maravall: «Las bases antropológicas del pensamiento de Gracián», en *RUM*, 1958, XXVII.

Pierre Mesnard: «Baltasar Gracián devant la conscience française», en *RUM*, 1958, XXVII.

Margarita Morreale: «Castiglione y "El Héroe": Gracián y despejo», en *HaG*, págs. 137-143.

Ceferino Peralta, S. J., y Miguel Batllori, S. J.: «Índice cronológico de la biografía de Baltasar Gracián», en *Archivum Historicum Societatis Jesu*, Roma, 1958, XXVIII, páginas 327-338.

E. Sarmiento: «Sobre la idea de una escuela de escritores conceptistas en España», en *HaG*, págs. 145-153.

Karl Ludwig Selig: «Some remarks on Gracian's literary taste and judgements», en *HaG*, págs. 155-162.

Francisco Yndurain: «Gracián, un estilo», en *HaG*, páginas 163-188.

Delfín L. Garasa: «Apostillas sobre el estilo de Baltasar Gracián», en *Universidad*, Santa Fe, 1959, XXXIX, páginas 57-88.

Karl-Ludwig Selig: *The Library of Vincencio Juan de Lastanosa, Patrón of Gracián*, Genève, 1960.

E. Correa Calderón: *Baltasar Gracián. Su vida y su obra.* Madrid, Biblioteca Románica Hispánica, Gredos, 1961.

H. Hatzfeld: *Estudios sobre el barroco.* Madrid, Gredos, 1964.

Charles V. Aubrun: «Crisis en la moral. Baltasar Gracián, S. J. (1601-1658)», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 1965, número 182, págs. 1-6.

Eunice J. Gates: «An unpublished Autobiographical Poem by Uztarroz», en *Homenaje a Rodríguez Moñino*, Madrid, Castalia, 1966, I, págs. 179-192.

Monroe Z. Hafter: *Gracián and Perfectio. Spanish Moralist of the Seventeenth Century.* Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1966.

M. Z. Hafter: «Gracián's reputation in Eighteen-century Spain», en *Homenaje a Rodríguez Moñino*, Madrid, Castalia, 1966, I, págs. 233-240.

Constantino Láscaris Comneno: *Estudios de Filosofía Moderna.* El Salvador, Ministerio de Educación, 1966.

Contiene: «El estoicismo en el barroco español» (págs. 31-48) y «Baltasar Gracián» (páginas 49-50).

Bernardo Blanco González: *Del cortesano al discreto (Examen de una «decadencia»).* Madrid.

María Dolores Cabré: «El poeta oscense Salinas y Gracián», en *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1963-1965, núms.16-18, páginas 275-293.

Félix Monge: «Culteranismo y conceptismo a la luz de Gracián», en *Estudios de Filología e Historia literaria lusohispanas e iberoamericanas, publicados para celebrar el tercer lustro del Instituto de Estudios Hispánicos, portugueses e iberoamericanos de la Universidad estatal de Utrecht*, La Haya, 1966, págs. 355-381.

Antonio García Berrio: «España e Italia ante el Conceptismo», en *RFE*, Madrid, 1966, anejo LXXXVII.

e) Obras y estudios sobre «El Criticón»:

Federico Rahola: *Estudio crítico sobre Baltasar Gracián y su «Criticón»*, Barcelona, 1908.

Julio Cejador: «Prólogo» a la edición de *El Criticón*, I-XXIV. Madrid, Renacimiento, 1913.

Eduardo Ovejero y Maury: «El Criticón», en *La España Moderna*, Madrid, septiembre, 1913.

Emilio García Gómez: «Un cuento árabe, fuente común de Abentofail y de Gracián», en *RABM*, 1926, XLVII, páginas 1 y sigs.

Antonio Rodríguez Pastor: *The Idea of Robinson Crusoe*. Londres, Góngora Press, 1930.

M. Romera-Navarro: «Une note sur "El Criticón" et "l'Ecclésiaste"», en *BHi*, 1932, XXXIV, págs. 190 y sigs.

Edward Sarmiento: «Une note sur "El Criticón" et "l'Ecclésiaste"», en *BHi*, 1932, XXXIV.

José Fernández Montesinos: «Gracián o la picaresca pura», en *Cruz y Raya*, Madrid, 1933, IV, págs. 37 y sigs.

Reproducido en *Ensayos y estudios de Literatura española*, Méjico, Ediciones de Andrea, 1959, páginas 132-145.

M. Romera-Navarro: «Citas bíblicas de "El Criticón"», en *HR*, 1933, I, págs. 323-334.

E. Sarmiento: «A preliminary survey of Gracián's "Criticón"», en *Philological Quaterly*, Iowa, 1933.

M. Romera-Navarro: «Reminiscencias de Botero y Boccalini en "El Criticón"», en *BHi*, 1934, XXXVI, páginas 149-158.

M. Romera-Navarro: «Góngora, Quevedo y algunos literatos más en "El Criticón"», en *RFE*, 1934, XXI, páginas 248-273.

E. Sarmiento: «A note on Gracián», en *HR*, 1934, II, página 177.

M. Romera-Navarro: «Autores latinos en "El Criticón"», en *HR*, 1934, II, págs. 103-133.

M. Romera-Navarro: «Evolución de la crítica sobre "El Criticón"», en *HR*, 1936, IV, págs. 140-150.

Refundido en su ed. de *El Criticón*, I, «Introducción».

M. Romera-Navarro: «Una página curiosa del "Criticón" Introduction and text of...», en *HR*, 1936, IV, págs. 367-371.

Refundido en las notas de su ed. de *El Criticón*, II, págs. 135 y sigs.

V. O. Sordelli: «La noche primera de "El Criticón" de Gracián», en *Boletín Acad. Argentina de Letras*, Buenos Aires, IV, págs. 430-434.

Dorothy M. Mc Ghee: «Voltaire's "Candide" and Gracián's "El Criticón"», en *PMLA*, 1937, LII, págs. 778-784.

M. Romera-Navarro: «Evolución de la crítica sobre "El Criticón"», en *HR*, 1937, V, págs. 140-150.

M. Romera-Navarro: «Las alegorías de "El Criticón"», en *HR*, 1941, IX, págs. 151-175.

M. Romera-Navarro: «El humorismo y la satírica de Gracián», en *HR*, 1942, X, págs. 126-146.

M. Romera-Navarro: «El claroscuro graciano», en *HR*, 1943, XI, págs. 258-269.

Irene Behn: «Baltasar Gracián und sein "Criticón"», en *Ibero-Americanisches Archiv*, Berlín, 1944, XVIII, páginas. 8-22.

José Manuel Blecua: «El estilo de "El Criticón" de Gracián», en *AFA*, 1945, B, I, págs. 7-32.

Francisco Maldonado de Guevara: *El ocaso de los héroes en «El Criticón»*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1945.

Reproducido en *Cinco salvaciones*, en *Revista de Occidente*, Madrid, 1953, págs. 63-102.

Delfín L. Garasa: «Algunas notas a "El Criticón" de Gracián», en *Fil*, 1950, II, págs. 80-85.

M. Romera-Navarro: *Estudios sobre Gracián*. Austin, University of Texas Hispanic Studies, 1950.

De especial interés, con relación a *El Criticón*, los capítulos VI y VII.

Leo Spitzer: «Sobre dos pasajes de "El Criticón"», en *Fil*, 1950, II.

Hipólito Jerez, S. J.: «El Criticón», en *Revista Javeriana*, Bogotá, 1951, XXXVI, págs. 154-163.

Otis H. Green: «On the Meaning of "crisi"(s) before "El Criticón"», en *HR*, 1953, XXI, págs. 218-220.

Fernando Lázaro: «Libro verde de "El Criticón", de Gracián», en *RFE*, 1954, XXXVII, págs. 216-225.

Luis Jaime Cisneros: «Una nota a "El Criticón"», en *RFE*, 1954, XXXVIII, págs. 281-282.

Norberto Cuesta Dutari: «Para un texto más correcto del "Criticón"», en *BBMP*, Santander, 1955, XXXI, págs. 19-50.

Mariano Baquero Goyanes: «Perspectivismo y sátira en "El Criticón"», en *HaG*, págs. 27-56.

Otis H. Green: «Sobre el significado de "Crisi"(s) antes de "El Criticón". Una nota para la historia del Conceptismo», en *HaG*, 1958, págs. 99-102.

Enrique Moreno Báez: «Filosofía del "Criticón"», Santiago de Compostela, 1959, 24 págs.; en 4.º.

L. B. Walton: «Two alegorical journeys. A comparison between Bunyan's "Pilgrim's Progress" and Gracián's "El Criticón"», en *BHS*, 1959, págs. 28-36.

Luis Yrache: «Tres alusiones curiosas en "El Criticón"», en *Papeles de Son Armadans*, Madrid-Palma de Mallorca, 1966, XLIII, págs. 259-264.

EL CRITICÓN

PRIMERA PARTE

CENSURA

Del padre don Antonio Liperi, clérigo regular, doctor en Teología y en ambos Derechos. Por comisión del excelentísimo señor conde de Lemos y de Castro, Virrey y Capitán General deste Reyno

He leído con atención, según la orden de V. E., el libro intitulado *El Criticón*, y su primera parte, *En la primavera de la niñez y en el estío de la juventud*, compuesto por el licenciado García de Marlones, y en él no he hallado cosa opuesta a las regalías de Su Majestad, ni a las buenas costumbres, ni a la doctrina sana y católica de nuestra santa fe: antes lo en él escrito, muy conforme a todo ello. Contiene muchos y saludables documentos morales, declarados con sutil ingenio y con ingeniosa sutileza, y con un lenguaje gravemente culto y dulcemente picante; y cuanto más picante, más dulce y más provechoso para la buena política y reformación de costumbres, pudiendo preciarse su autor de que *miscuit utile dulci*,

---

5 *deste reyno*, del reino de Aragón, del que fue virrey don Francisco Fernández de Castro por los años de 1643 a 1652. En el palacio de este magnate, al que Gracián se había referido en *El Discreto*, VII, se celebraban, mientras residió en Zaragoza, las reuniones de una Academia literaria, a la que asistían los principales escritores aragoneses.

9 *García de Marlones*. En la segunda edición, de 1658, publicada el mismo año de la muerte de Gracián, se sustituye este seudónimo por *el padre Lorenço Gracián*.

18 *miscuit...*, Horacio, *Ad Pisones*, v. 343.

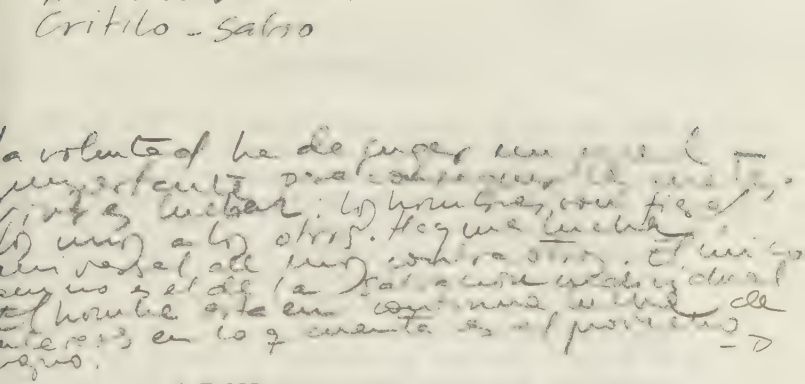
cosas bien dificultosas de juntar. Debajo de una ingeniosa fábula o de una ficción trágica y cómica, introduce a un desdichado padre, a quien muchas y propias desdichas cubrieron anticipadamente de canas de senil prudencia, que sin conocer que fuese hijo suyo propio el con quien dichosamente encontró, atiende a educarle lo más loablemente que puede, enseñándole no sólo a hablar y a estudiar en las ciencias liberales, sino a admirar la bella y armoniosa máquina deste mundo material y su mayor y más bella maravilla, que es el hombre, y la admirable potencia y providencia de su Hacedor. Tras eso, para desviarle de la senda de los vicios en el bivio pitagórico de su edad, los zahiere y muerde con tanta sal y con tan salados, aunque fabulosos, discursos, que la mayor sal y gracia, así de su decir como de su discurrir, demuestra en su más donosa y provechosa mordacidad. Enseña, en fin, a ser una persona en la primavera de su niñez, y a que no se deje abrasar de los ardores sensuales en los estivales incendios de la juventud. Y todo ello, con tan culto y tan claro estilo, y con tan vario artificio y artificiosa y entretenida variedad de cosas, que el que empezare a leer el libro podrá ser que con dificultad le suelte de las manos sin llegar primero a su fin. Así lo siento, y lo firmo de mi mano. En Zaragoza, 6 de Junio de 1651.

DON ANTONIO LIPERI,
Clérigo regular, doctor en Teología y en ambos Derechos.

Imprimatur:
Vidit CANALES, *Reg.*

---

12 *bivio*, cruce de dos caminos, que Pitágoras representó con la *Y*, y al que Gracián volverá a referirse en la cr. V.



A DON PABLO DE PARADA

Caballero de Christo, General de la Artillería y Gobernador de Tortosa

Si mi pluma fuera tan bien cortada como la espada de V. S. es cortadora, aun pareciera excusable la ambición del patrocinio: ya que no llegue a tanto, solicita una muy valiente defensa. Nació con V. S. el valor en su patria Lisboa, creció en el Brasil entre plausibles bravezas y ha campeado en Cataluña entre célebres victorias. Rechazó V. S. al bravo mariscal de la Mota en los asaltos que dio a Tarragona por el puesto de San Fran-

---

1 Gracián siente por este militar portugués, al que acompaña en la victoria de Lérida contra los franceses, una vivísima admiración, y no sólo por sus dotes de mando, sino también por su inteligencia, hasta el punto de recordar dichos suyos, como hace en *Oráculo manual*, 201, y en *El Criticón*, y asimismo un singular afecto, que testimoniará repetidas veces. Le cita en *Agudeza* (discs. XXVIII y LXIII), le dedica esta primera parte de *El Criticón* y le aludirá en el resto de la obra, venga o no a cuento, proponiéndole siempre como arquetipo. Su mayor elogio, sin embargo, lo hará en la carta en que relata la batalla de Lérida, (24-XII-1646), donde dice: «él es el hombre más valiente y dichoso que tiene el Rey. Es portugués, hermano del corregidor de Lisboa, a quien los portugueses llaman "el traidor Prada" y los nuestros, el más leal y valeroso al Rey nuestro Señor. Así deben llamar a quien después de Nuestro Señor se le debe esta victoria».

10 *Mariscal de la Mota*. El conde Felipe de La Mothe-Houdancourt, mariscal de Francia, vencido en la batalla de Lérida, desempeñó durante dos etapas el cargo de virrey en la Cataluña independiente, protegida por los franceses.

cisco, que V. S. con su tercio y su valor tan bizarramente defendió. Desalojó después al que llamaban el invencible conde de Ancuhurt, sacándole de las trincheras sobre Lérida, acometiendo con su regimiento de la Guarda el fuerte Real, que ocupó y defendió contra el general recelo. Y desta calidad pudiera referir otras muchas facciones, aconsejadas primero de la prudencia militar de V. S. y ejecutadas después de su gran valor. Émula dél la felicidad, le asistió a V. S. siendo general de la flota para que la condujese a España con tanta prosperidad y riqueza: Y de aquí se ha ocasionado aquella altercación entre los grandes Ministros, si es V. S. mejor para las armadas de mar o para las de tierra, siendo eminente en todas. Por no hacer sospechosas estas verdades (aunque tan sabidas) con el afecto de amigo, quisiera hablar por boca de algún enemigo, pero ninguno le hallo a V. S. Sólo uno que, para desconocer obligaciones, quiso afectarlo, no pudo; pues él mismo decía (brava cosa) que quisiera decir mal deste hombre y no halló qué poder decir. Pero lo que yo más celebro es que, siendo V. S. hombre tan sin embeleco se haya hecho lugar en la mayor estimación de nuestro siglo. El cielo la prospere.

B. L. M. de V. S. su más apasionado.

García de Marlones

---

3 *Ancuhurt.* Enrique de Lorraine, conde de Harcourt (1601-1666), al que se llamaba —como le nombra Gracián— *el invencible.*

6 *desta,* por 'de esta', así como las contracciones *deste, desto, dél, della,* son habituales en la ortografía de Gracián.

7 *facciones,* de *facción:* «término castrense, *latine factio;* un cierto acometimiento de adunados, para ganar gloria y honra con menoscabo y afrenta de los enemigos». (Covarrubias.)

10 *general de la flota...* En efecto, don Pablo de Parada había desempeñado el cargo de general de la Armada de Nueva España a comienzos del año 1647.

21 *embeleco:* «Embuste, fingimiento engañoso, mentira disfrazada con razones aparentes.» *(Dic. Aut.)*

24 *García de Marlones.* En la ed. de 1658, igual que en la portada, se sustituye este seudónimo por el de *Lorenço Gracián.*

A QUIEN LEYERE

Esta filosofía cortesana, el curso de tu vida en un discurso, te presento hoy, lector juicioso, no malicioso, y aunque el título está ya provocando ceño, espero que todo entendido se ha de dar por desentendido, no sintiendo mal de sí. He procurado juntar lo seco de la filosofía con lo entretenido de la invención, lo picante de la sátira con lo dulce de la épica, por más que el rígido Gracián lo censure juguete de la traza en su más sutil que provechosa *Arte de ingenio*. En cada uno de los autores de buen genio he atendido a imitar lo que siempre me agradó: las alegorías de Homero, las ficciones de Esopo, lo doctrinal de Séneca, lo juicioso de Luciano, las descripciones de Apuleyo, las moralidades de Plutarco, los empeños de Heliodoro, las suspensiones del Ariosto, las crisis del Boquelino y las mordacidades de

---

5-6 *sintiendo*, por 'oyendo'.

10 Alude a su *Arte de ingenio: tratado de la agudeza* (1642), primera versión de *Agudeza y Arte de ingenio* (1648).

15 Se refiere a Heliodoro y a su novela bizantina *Teágenes y Cariclea*, y al sistema que emplea en su narración para intrigar al lector.

16 Traiano Boccalini (1556-1613), escritor satírico de temas políticos y de costumbres. Vivió en Roma y Venecia. Escribió varias obras, de las cuales la más citada por Gracián es *I Ragguagli di Parnaso* (Venecia, 1612). Gracián siente una especial atracción hacia este escritor italiano, al que cita reiteradamente en *Agudeza* y en *El Criticón* (II, cr. IV, y III, cr. IX), a pesar de ser declarado enemigo de los españoles, contra los cuales aplicó su acerba crítica en *Pietra del paragone político* (1614).

Barclayo. Si lo habré conseguido, siquiera en sombras, tú lo has de juzgar. Comienzo por la hermosa naturaleza, paso a la primorosa arte y paro en la útil moralidad. He dividido la obra en dos partes, treta de discurrir lo penado, dejando siempre picado el gusto, no molido; si esta primera te contentare, te ofrezco luego la segunda, ya dibujada, ya colorida, pero no retocada, y tanto más crítica cuanto son más juiciosas las otras dos edades de quienes se filosofa en ella.

1 John Barclay (1582-1621), escritor satírico inglés, uno de los autores favoritos de Gracián, a pesar de su manifiesta animadversión contra los jesuitas, con los que se educó. Vivió en Londres y París. Acusado de herejía marchó a Roma en 1616, donde fue protegido por Paulo V, que le concedió una pensión. Entre sus obras, destacan *Satyricón* (París y Londres, 1603) y *Argenis* (París, 1622), que fue traducido por don José Pellicer de Salas y Tovar (Madrid, 1626).

4 Gracián da a entender que, en un principio, pensó desarrollar *El Critición* en dos partes: La primera, compuesta por *La primavera de la niñez y el estío de la juventud*, que corresponde a la que conocemos, y una segunda, que comprendería *El otoño de la varonil edad* y *El invierno de la vejez*, que luego, en el desarrollo de la obra, amplificó en dos partes independientes, la segunda y tercera.

5 *penado*, penoso.

5 *picado*, en la acepción de 'excitado, estimulado'.

PRIMERA PARTE

CRISI PRIMERA

Náufrago Critilo encuentra con Andrenio, que le da prodigiosamente razón de sí

Ya entrambos mundos habían adorado el pie a su universal monarca el católico Filipo, era ya real corona suya la mayor vuelta que el sol gira por el uno y otro hemisferio, brillante círculo en cuyo cristalino centro yace engastada una pequeña isla, o perla del mar o esmeralda de la tierra: dióla nombre augusta emperatriz, para que ella lo fuese de las islas, corona del Océano. Sirve, pues, la isla de Santa Elena (en la escala de un mundo al otro) de descanso a la portátil Europa, y ha sido siempre

---

2 Como en sus obras anteriores, Gracián eliminará la *s* final de ciertas formas, como *crisis, antítesis, metamorfosis*, cuando las usa en singular, pero no así en plural, *crisis*, según O. G. Green («Sobre el significado de *crisi(s)* antes de *El Criticón*. Una nota para la historia del conceptismo», en *HaG*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1958, págs. 99-102) pudo tomar Gracián este vocablo, con el sentido que él le da del *Manual de avisos del perfecto cortesano, reducido a un político Secretario de Príncipes, embajadores u de grandes Ministros*, Madrid, 1631: «Crítico se deriva de crisis, que es tanto como primor del entendimiento.»

6 Alusión a Felipe IV.

13 *portátil Europa*, las gentes europeas que transportan las naves que pasan por la isla de Santa Elena.

venta franca, mantenida de la divina próvida clemencia en medio de inmensos golfos, a las católicas flotas del Oriente.

Aquí, luchando con las olas, contrastando los vientos y más los desaires de su fortuna, mal sostenido de una tabla, solicitaba puerto un náufrago, monstruo de la naturaleza y de la suerte, cisne en lo ya cano y más en lo canoro, que así exclamaba entre los fatales confines de la vida y de la muerte:

—¡Oh vida, no habías de comenzar, pero ya que comenzaste no habías de acabar! No hay cosa más deseada
Vida ni más frágil que tú eres, y el que una vez te pierde, tarde te recupera: desde hoy te estimaría como a perdida. Madrastra se mostró la naturaleza con el hombre, pues lo que le quitó de conocimiento al nacer le restituye al morir: allí porque no se perciban los bienes que se reciben, y aquí porque se sientan los males que se conjuran. ¡Oh tirano mil veces de todo el ser humano aquel primero que con escandalosa temeridad fió su vida en un frágil leño al inconstante elemento! Vestido dicen que tuvo el pecho de aceros, mas yo digo que revestido de yerros. En vano la superior atención separó las naciones con los montes y los mares si la audacia de los hombres halló puentes para trasegar su malicia. Todo cuanto inventó la industria humana ha sido perniciosamente fatal y en daño de sí misma: la pólvora es un horrible estrago de las vidas, instrumento de su mayor ruina, y una nave no es otro que un ataúd anticipado. Parecíale a la muerte teatro angosto de sus tragedias la tierra y buscó modo cómo triunfar en los mares, para que en todos elementos se muriese. ¿Qué otra grada le queda a un desdichado para perecer, después que pisa la tabla de un bajel,

1 *venta franca,* como *posada franca.* «El hospedage o aposentamiento que se hace sin interés, en alguna ocasión, por servicio del Rey u del público.» *(Dic. Aut.)*

4 *contrastando,* resistiendo, haciendo frente.

22 *yerros.* Equívoco muy usado por Gracián, que juega con las palabras *yerros* y *hierros,* aunque aquí *aceros.*

28 *otro,* por 'otra cosa'.

30 *...en todos...* Elíptico, *los cuatro.*

cadahalso merecido de su atrevimiento? Con razón censuraba el Catón aun de sí mismo entre las tres necedades de su vida el haberse embarcado por la mayor. ¡Oh suerte oh cielo oh fortuna!, aun creería que soy algo, pues así me persigues; y cuando comienzas no paras hasta que apuras: válgame en esta ocasión el valer nada para repetir de eterno.

Desta suerte hería los aires con suspiros, mientras azotaba las aguas con los brazos, acompañando la industria con Minerva. Pareció ir sobrepujando el riesgo, que a los grandes hombres los mismos peligros o les temen o les respetan; la muerte a veces recela el emprenderlos, y la fortuna les va guardando los aires: perdonaron los áspides a Alcides, las tempestades a César, los aceros a Alejandro y las balas a Carlos Quinto. Mas ¡ay!, que como andan encadenadas las desdichas, unas a otras se introducen, y el acabarse una es de ordinario el engendrarse otra mayor: cuando creyó hallarse en el seguro regazo de aquella madre común, volvió de nuevo a temer que enfurecidas las olas le arrebataban para estrellarle en uno de aquellos escollos, duras entrañas de su fortuna; Tántalo de la tierra, huyéndosele de entre las manos cuando más segura la creía, que un desdichado no sólo no halla agua en el mar, pero ni tierra en la tierra.

Grandes hombres

Fluctuando estaba entre uno y otro elemento, equívoco entre la muerte y la vida, hecho víctima de su fortuna, cuando un gallardo joven, ángel al parecer y mucho más

---

3 *la mayor...* La fuente de este dicho pudo hallarla Gracián en Pero Mexía, uno de sus autores favoritos, y en su *Silva de varia lección*, primera parte, cap. IV: «De Catón Censorino leemos en su vida que solía decir entre sus amigos, que de tres cosas se arrepentía él siempre, si alguna vez las hacía: la primera de haber descubierto algún secreto, señaladamente a mujer; la otra, de haber andado por mar el camino que se pudiera andar por tierra...» Ed. *Bibliót. españ.*, Madrid, 1933, págs. 31 y sigs.

10 *Minerva*, por 'inteligencia'.

12 *emprenderlos*, por 'enfrentarse con ellos'.

13 *guardar:* «preservar alguna cosa del daño que le puede sobrevenir». *(Dic. Aut.)*

14 *las tempestades a César*. Alude a una frase de César, recogida por Plutarco, *Vidas paralelas, César*, § XLIV: «Amigo mío, continúa tu ruta y exponte a todo sin nada temer; conduces a César y a su fortuna.»

al obrar, alargó sus brazos para recogerle en ellos, amarras de un secreto imán, si no de hierro, asegurándole la dicha con la vida. En saltando en tierra, selló sus labios en el suelo logrando seguridades, y fijó sus ojos en el cielo rindiendo agradecimientos. Fuese luego con los brazos abiertos para el restaurador de su vida, queriendo desempeñarse en abrazos y en razones. No le respondió palabra el que le obligó con las obras: sólo daba demonstraciones de su gran gozo en lo risueño, y de su mucha admiración en lo atónito de el semblante. Repitió abrazos y razones el agradecido náufrago, preguntándole de su salud y fortuna, y a nada respondía el asombrado isleño. Fuéle variando idiomas, de algunos que sabía, mas en vano, pues desentendido de todo se remitía a las extraordinarias acciones, no cesando de mirarle y de admirarle, alternando extremos de espanto y de alegría. Dudara con razón el más atento, ser inculto parto de aquellas selvas, si no desmintieran la sospecha lo inhabitado de la isla, lo rubio y tendido de su cabello, lo perfilado de su rostro, que todo le sobrescribía europeo: del traje no se podían rastrear indicios, pues era sola la librea de su inocencia. Discurrió más el discreto náufrago: si acaso viviría destituido de aquellos dos criados del alma, el uno de traer, y el otro de llevar recados, el oír y el hablar. Desengañóle presto la experiencia, pues al menor ruido prestaba atenciones prontas, sobre el imitar con tanta propriedad los bramidos de las fieras y los cantos de las aves, que parecía entenderse mejor con los brutos que con las personas: tanto pueden la costumbre y la crianza. Entre aquellas bárbaras acciones rayaba como en vislumbres

2 *si*, por 'aunque'.
6 *restaurador*, el que recupera o recobra.
6-7 *desempeñarse*, por 'pagar la deuda'.
16 *espanto*, con el valor de 'asombro'.
20 *sobreescribía*, sin duda de *sobreescrito:* «met. La fisonomía del rostro». *(Dic. Aut.)*
21 *la librea de su inocencia*. Es decir, el «vestuario» de su desnudez.
30 *rayaba* de *rayar la luz de la razón:* «empezar a ilustrarse el entendimiento en el conocimiento de las cosas. Dícese de los niños, quando entran en el uso de la razón». *(Dic. Aut.)*

la vivacidad de su espíritu, trabajando el alma por mostrarse: que donde no media el artificio, toda se pervierte la naturaleza.

Crecía en ambos a la par el deseo de saberse las fortunas y las vidas, pero advirtió el entendido náufrago que la falta de un común idioma les tiranizaba esta fruición. Es el hablar efecto grande de la racionalidad, que quien no discurre no conversa. «Habla, dijo el filósofo, para que te conozca.» Comunícase el alma noblemente produciendo conceptuosas imágenes de sí en la mente del que oye, que es propriamente el conversar. No están presentes los que no se tratan, ni ausentes los que por escrito se comunican: viven los sabios varones ya pasados y nos hablan cada día en sus eternos escritos, iluminando perenemente los venideros. Participa el hablar de lo necesario y de lo gustoso, que siempre atendió la sabia naturaleza a hermanar ambas cosas en todas las funciones de la vida; consíguense con la conversación, a lo gustoso y a lo presto, las importantes noticias y es el hablar atajo único para el saber: hablando los sabios engendran otros, y por la conversación se conduce al ánimo la sabiduría dulcemente. De aquí es que las personas no pueden estar sin algún idioma común, para lá necesidad y para el gusto, que aun dos niños arrojados de industria en una isla se inventaron lenguaje para comunicarse y entenderse. De suerte que es la noble conversación hija del discurso, madre del saber, desahogo del alma, comercio de los corazones, vínculo de la amistad, pasto del contento y ocupación de personas.

Conversación

Conociendo esto el advertido náufrago, emprendió luego el enseñar a hablar al inculto joven, y púdolo conseguir fácilmente favoreciéndole la docilidad y el deseo. Comenzó por los nombres de ambos, proponiéndole el suyo, que era el de Critilo, y imponiéndole a él el de

8 *Habla...* Se trata, más que de una sentencia de autor conocido, de una frase proverbial.

14 A la lectura de estos «eternos escritos» llama Gracián en *El Discreto*, XXV, «hablar con los muertos».

34 *Critilo*, que en griego significa 'el crítico', 'el juicioso', como más abajo aclara Gracián.

Andrenio, que llenaron bien el uno en lo juicioso y el otro en lo humano. El deseo de sacar a luz tanto concepto por toda la vida represado y la curiosidad de saber tanta verdad ignorada picaban la docilidad de Andrenio. Ya comenzaba a pronunciar, ya preguntaba y respondía, probábase a razonar ayudándose de palabras y de acciones, y tal vez lo que comenzaba la lengua lo acababa de exprimir el gesto. Fuele dando noticias de su vida a centones y a remiendos, tanto más extraña cuanto menos entendida, y muchas veces se achacaba al no acabar de percibir lo que no se acababa de creer. Mas cuando ya pudo hablar seguidamente y con igual copia de palabras à la grandeza de sus sentimientos, obligado de las vivas instancias de Critilo y ayudado de su industria, comenzó a satisfacerle desta suerte:

Conocimiento

—Yo —dijo— ni sé quién soy ni quién me ha dado el ser, ni para qué me lo dio: *¡qué de veces, y sin voces*, me lo pregunté a mí mismo, tan necio como curioso! Pues si el preguntar comienza en el ignorar, mal pudiera yo responderme. Argüíame tal vez, para ver si empeñado me excedería a mí mismo; duplicábame, aun no bien singular, por ver si apartado de mi ignorancia podría dar alcance a mis deseos. Tú, Critilo, me preguntas quién soy yo, y yo deseo saberlo de ti. Tú eres el primer hombre que hasta hoy he visto, y en ti me hallo retratado más al vivo que en los mudos cristales de una fuente que muchas veces mi curiosidad solicitaba y mi ignorancia aplaudía. Mas si quieres saber el material suceso de mi vida, yo te lo referiré, que es más prodigioso que prolijo. La vez primera que me reconocí y pude hacer concepto de mí mismo me hallé encerrado dentro de las entrañas de aquel monte que entre los demás se descuella, que aun entre peñascos debe ser estimada la eminencia. Allí

---

1 *Andrenio*, también de origen griego, 'humano', como indica el propio Gracián en la línea siguiente.
4 *picaban*, excitaban, estimulaban.
7 *tal vez*, algunas veces.
9 *centón*, por 'reunión de retazos o fragmentos'.
12 *copia*, abundancia.

me ministró el primer sustento una de estas que tú llamas fieras y yo llamaba madre, creyendo siempre ser ella la que me había parido y dado el ser que tengo: corrido lo refiero de mí mismo.

—Muy proprio es —dijo Critilo— de la ignorancia pueril el llamar a todos los hombres padres y a todas las mujeres madres; y del modo que tú hasta una bestia tenías por tal, creyendo la maternidad en la beneficencia, así el mundo en aquella su ignorante infancia a cualquier criatura su bienhechora llamaba padre y aun le aclamaba dios. Niñez

—Así yo —prosiguió Andrenio—, creía madre la que me alimentaba fiera a sus pechos; me crié entre aquellos sus hijuelos, que yo tenía por hermanos, hecho bruto entre los brutos, ya jugando y ya durmiendo. Dióme leche diversas veces que parió, partiendo conmigo de la caza y de las frutas que para ellos traía. A los principios no sentía tanto aquel penoso encerramiento: antes con las interiores tinieblas del ánimo desmentía las exteriores del cuerpo, y con la falta de conocimiento disimulaba la carencia de la luz, si bien algunas veces brujuleaba unas confusas vislumbres que dispensaba el cielo, a tiempos, por lo más alto de aquella infausta caverna. Pero llegando a cierto término de crecer y de vivir, me salteó de repente un tan extraordinario ímpetu de conocimiento, un tan grande golpe de luz y de advertencia, que revolviendo sobre mí comencé a reconocerme haciendo una y otra reflexión sobre mi propio ser: ¿Qué es esto, decía, soy o no soy? Pero pues vivo, pues conozco y advierto, ser tengo. Mas, si soy, ¿quién soy yo? ¿Quién me ha dado este ser y para qué me lo ha dado? Para estar aquí metido grande infelicidad sería. ¿Soy bruto como éstos? Pero no, que observo entre ellos y entre mí palpables diferencias: ellos están vestidos de pieles, yo desabrigado, menos favorecido de quien nos dio el ser; también experimento en mí todo el cuerpo muy de otra La luz de la razón

1 *ministró*, de «*Ministrar*, ajutare, servire». (Franciosini.)

24 *salteó*, de *saltear:* «Por alusión significa sorprehender los sentidos, potencias o afectos con poderoso y eficaz impulso.» *(Dic. Aut.)*

suerte proporcionado que en ellos; yo río y yo lloro, cuando ellos aúllan; yo camino derecho, levantando el rostro hacia lo alto, cuando ellos se mueven torcidos y inclinados hacia el suelo. Todas éstas son bien conocidas diferencias, y todas las observaba mi curiosidad y las confería mi atención conmigo mismo. Crecía de cada día el deseo de salir de allí, el conato de ver y de saber; si en todos natural y grande, en mí, como violentado, insufrible. Pero lo que más me atormentaba era ver que aquellos brutos, mis compañeros, con extraña ligereza trepaban por aquellas iniestas paredes, entrando y saliendo libremente siempre que querían, y que para mí fuesen inaccesibles, sintiendo con igual ponderación que aquel gran don de la libertad a mí sólo se me negase. Probé muchas veces a seguir [a] aquellos brutos arañando los peñascos, que pudieran ablandarse con la sangre que de mis dedos corría; valíame también de los dientes; pero todo en vano y con daño, pues era cierto el caer en aquel suelo regado con mis lágrimas y teñido en mi sangre. A mis voces y a mis llantos acudían enternecidas las fieras, cargadas de frutas y de caza, con que se templaba en algo mi sentimiento y me desquitaba en parte de mis penas. ¡Qué de soliloquios hacía tan interiores, que aun este alivio del habla exterior me faltaba! ¡Qué de dificultades y de dudas trababan entre sí mi observación y mi curiosidad, que todas se resolvían en admiraciones y en penas! Era para mí un repetido tormento el confuso ruido de esos mares, cuyas olas más rompían en mi corazón que en estas peñas. Pues ¿qué diré cuando sentía el horrísono fragor de los nublados y sus truenos? Ellos se resolvían en lluvia, pero mis ojos en llanto. Lo que llegó ya a ser ansia de reventar y agonía de morir

6 *confería*, de *conferir:* «Cotejar una cosa con otra.» *(Dic. Aut.)*
6 *cada día (de)*, por 'de día en día'.
7 *conato*, por 'afán, ansiedad'.
11 *iniestas*, enhiestas.
15 [*a*] *aquellos...* La construcción actual exigiría el uso de la preposición *a*.
19 Hoy diríamos *con*, que Gracián sustituye por *en*, acaso para no reiterar la misma preposición.

era que a tiempos, aunque para mí de tarde en tarde, percibía acá fuera unas voces como la tuya (al comenzar con grande confusión y estruendo, pero después poco a poco más distintas) que naturalmente me alborozaban y se me quedaban muy impresas en el ánimo. Bien advertía yo que eran muy diferentes de las de los brutos que de ordinario oía, y el deseo de ver y de saber quién era el que las formaba, y no poder conseguirlo, me traía a extremos de morir. Poco era lo que unas y otras veces percibía, pero discurríalo tan mucho como de espacio. Una cosa puedo asegurarte: que con que imaginé muchas veces y de mil modos lo que habría acá fuera, el modo, la disposición, la traza, el sitio, la variedad y máquina de cosas, según lo que yo había concebido, jamás di en el modo, ni atiné con el orden, variedad y grandeza desta gran fábrica que vemos y admiramos.

Concierto del Universo

—Qué mucho —dijo Critilo—, pues si aunque todos los entendimientos de los hombres que ha habido ni habrá se juntaran antes a trazar esta gran máquina del mundo y se les consultara cómo había de ser, jamás pudieran atinar a disponerla; ¡qué digo el universo!: la más mínima flor, un mosquito, no supieran formarlo. Sola la infinita sabiduría de aquel Supremo Hacedor pudo hallar el modo, el orden y el concierto de tan hermosa y perene variedad. Pero, dime, que deseo mucho saberlo de ti y oírtelo contar, ¿cómo pudiste salir de aquella tu penosa cárcel, de aquella sepultura anticipada de tu cueva? Y, sobre todo, si es posible el exprimirlo, ¿cuál fue el sentimiento de tu admirado espíritu aquella primera vez que llegaste a descubrir, a ver, a gozar y admirar este plausible teatro del universo?

—Aguarda, —dijo Andrenio—, que aquí es menester tomar aliento para relación tan gustosa y peregrina.

---

10 *tan mucho,* tanto tiempo.

13 *máquina:* «muchedumbre, copia y abundancia de alguna cosa». *(Dic. Aut.,* sub. *machina.)*

25 *perene.* Como se ve también en sus obras anteriores, Gracián reduce las consonantes dobles de origen etimológico.

28 *exprimirlo,* de *exprimir:* «especificar, decir con claridad y expresamente las cosas para su perfecta noticia y conocimiento». *(Dic. Aut.)*

CRISI SEGUNDA

El gran teatro del Universo

Luego que el Supremo Artífice tuvo acabada esta gran fábrica del mundo, dicen trató repartirla, alojando en sus estancias sus vivientes. Convocólos todos, desde el elefante hasta el mosquito; fuéles mostrando los repartimientos y examinando a cada uno cuál dellos escogía para su morada y vivienda. Respondió el elefante que él se contentaba con una selva, el caballo con un prado, el águila con una de las regiones del aire, la ballena con un golfo, el cisne con un estanque, el barbo con un río y la rana con un charco. Llegó el último el primero, digo el hombre, y examinado de su gusto y de su centro, dijo que él no se contentaba con menos que con todo el universo, y aún le parecía poco. Quedaron atónitos los circunstantes de tan exorbitante ambición, aunque no faltó luego un lisonjero que defendió nacer de la grandeza de su ánimo; pero la más astuta de todos:

La ambición humana

—Eso no creeré yo —les dijo— sino que procede de la ruindad de su cuerpo. Corta le parece la superficie de la tierra, y así penetra y mina sus entrañas en busca del oro y de la plata para satisfacer en algo su codicia;

---

4 *trató*. Hoy diríamos *trató de*.

10 *regiones del aire*. La región del aire «se divide en tres, que son: suprema, media y ínfima». *(Dic Aut.)*

18 Alude a la zorra.

ocupa y embaraza el aire con lo empinado de sus edificios, dando algún desahogo a su soberbia; surca los mares y sonda sus más profundos senos solicitando las perlas, los ámbares y los corales para adorno de su bizarro desvanecimiento, obliga todos los elementos a que le tributen cuanto abarcan, el aire sus aves, el mar sus peces, la tierra de sus cazas, el fuego la sazón, para entretener, que no satisfacer, su gula; y aun se queja de que todo es poco: ¡Oh monstruosa codicia de los hombres!

Tomó la mano el soberano dueño y dijo:

—Mirad, advertid, sabed que al hombre le he formado yo con mis manos para criado mío y señor vuestro, y como rey que es pretende señorearlo todo. Pero entiende, ¡oh hombre! (aquí hablando con él), que esto ha de ser con la mente, no con el vientre, como persona, no como bestia. Señor has de ser de todas las cosas criadas, pero no esclavo de ellas: que te sigan, no te arrastren. Todo lo has de ocupar con el conocimiento tuyo y reconocimiento mío; esto es, reconociendo en todas las maravillas criadas las perfecciones divinas y pasando de las criaturas al Criador.

A este grande espectáculo de prodigios, si ordinario para nuestra acostumbrada vulgaridad, extraordinario hoy para Andrenio, sale atónito a lograrlo en contemplaciones, a aplaudirlo en pasmos y a referirlo de esta suerte:

—Era el sueño —proseguía— el mismo vulgar refugio de mis penas, especial alivio de mi soledad; a él apelaba de mi continuo tormento y a él estaba entregado una noche (aunque para mí siempre lo era) con más dulzura

---

5 *desvanecimiento*, por 'envanecimiento'.

11 *tomar la mano:* «comenzar a razonar y discurrir sobre alguna materia que se ventilaba». *(Dic. Aut.)*

28 El catedrático de Matemáticas don Norberto Cuesta Dutari ha publicado en *BBMP* (XXXI, 19-50, 1955) un artículo titulado *Para un texto más correcto de «El Criticón»*, que revela una lectura minuciosa de las ediciones más autorizadas del gran libro de Gracián. Como fruto de estas observaciones, propone algunas correcciones razonables, como en este caso, en el que cree debería decir: «Era el sueño —proseguía el mismo— vulgar...»

que otras, presagio infalible de alguna infelicidad cercana, y así fue, pues me lo interrumpió un extraordinario ruido que parecía salir de las más profundas entrañas de aquel monte: conmovióse todo él, temblando aquellas firmes paredes, bramaba el furioso viento vomitando en tempestades por la boca de la gruta, comenzaron a desgajarse con horrible fragor aquellos duros peñascos y a caer con tan espantoso estruendo que parecía quererse venir a la nada toda aquella gran máquina de peñas.

La instabilidad

—Basta —dijo Critilo— que aun los montes no se libran de la mudanza, expuestos al contraste de un terremoto y sujetos a la violencia de un rayo, contrastando la común instabilidad su firmeza.

—Pero si las mismas peñas temblaban, ¡qué haría yo! —prosiguió Andrenio—. Todas las partes de mi cuerpo parecieron quererse desencajar también, que hasta el corazón, dando saltos, no hice poco en detenerlo: fuéronme destituyendo los sentidos y halléme perdido de mí mismo, muerto y aun sepultado entre peñas y entre penas. El tiempo que duró aquel eclipse del alma, paréntesis de mi vida, ni pude yo percibirlo ni de otro alguno saberlo. Al fin, ni sé cómo, ni sé cuándo, volví poco a poco a recobrarme de tan mortal deliquio, abrí los ojos a la que comenzaba a abrir el día, día claro, día grande, día felicísimo, el mejor de toda mi vida: notélo bien con piedras y aun con peñascos. Reconocí luego quebrantada mi penosa cárcel, y fue tan indecible mi contento, que al punto comencé a desenterrarme, para nacer de nuevo a todo un mundo en una bien patente ventana que señoreaba todo aquel espacioso y alegrísimo hemisferio. Fui acercándome dudosamente a ella, violentando mis deseos, pero ya asegurado, llegué

11 *basta*, con el infinitivo correspondiente sobrentendido, es expresión corriente en el estilo de Gracián.

19 *destituyendo*, desamparando.

25 *a la*. Se sobrentiende *hora*.

27 Alusión a la costumbre que tenían los antiguos de señalar los días afortunados con piedras blancas, y con piedras negras, los aciagos.

30-31 *patente*, por 'abierta'.

a asomarme del todo a aquel rasgado balcón del ver y del vivir, tendí la vista aquella vez primera por este gran teatro de tierra y cielo: toda el alma con extraño ímpetu, entre curiosidad y alegría, acudió a los ojos, dejando como destituidos los demás miembros, de suerte que estuve casi un día insensible, inmoble y como muerto, cuando más vivo. Querer yo aquí exprimirte el intenso sentimiento de mi afecto, el conato de mi mente y de mi espíritu, sería emprender cien imposibles juntos: sólo te digo que aún me dura, y durará siempre, el espanto, la admiración, la suspensión y el pasmo que me ocuparon toda el alma.

—Bien lo creo, —dijo Critilo—, que cuando los ojos ven lo que nunca vieron, el corazón siente lo que nunca sintió.

—Miraba el cielo, miraba la tierra, miraba el mar, ya todo junto, ya cada cosa de por sí, y en cada objeto de estos me transportaba sin acertar a salir dél, viendo, observando, advirtiendo, admirando, discurriendo y lográndolo todo con insaciable fruición.

—¡Oh lo que te envidio —exclamó Critilo— tanta felicidad no imaginada, privilegio único del primer hombre y tuyo!: llegar a ver con novedad y con advertencia la grandeza, la hermosura, el concierto, la firmeza y la variedad desta gran máquina criada. Fáltanos la admiración comúnmente a nosotros porque falta la novedad, y con ésta la advertencia. Entramos todos en el mundo con los ojos del ánimo cerrados, y cuando los abrimos al conocimiento ya la costumbre de ver las cosas, por

La novedad

3 Adolphe Coster, «Baltasar Gracián», en *RH*, 1913, XXIX, 347-794, páginas 517 y sigs., cree ver una influencia de este admirable pasaje de Gracián, en *El Paraíso perdido*, de Milton, comenzado hacia 1655 y terminado hacia 1665, y concretamente en el canto VIII, cuando Adán relata al arcángel Rafael el momento en que despierta a la vida, pero más cabe pensar que se trate de una mera coincidencia, ya que la primera traducción inglesa de *El Criticón*, hecha por Paul Rycaut, fue publicada en 1681 y son posteriores las versiones a otros idiomas europeos, y tampoco parece posible que Milton conociese *El Criticón* en su lengua original.

6 *inmoble*, por 'inmóvil'.

10 *espanto*, como en nota anterior, 'asombro'.

19-20 *ograr*, gozar.

maravillosas que sean, no deja lugar a la admiración. Por eso los varones sabios se valieron siempre de la reflexión, imaginándose llegar de nuevo al mundo, reparando en sus prodigios, que cada cosa lo es, admirando sus perfecciones y filosofando artificiosamente. A la manera que el que paseando por un deliciosísimo jardín pasó divertido por sus calles, sin reparar en lo artificioso de sus plantas ni en lo vario de sus flores, vuelve atrás cuando lo advierte y comienza a gozar otra vez poco a poco y de una en una cada planta y cada flor, así nos acontece a nosotros que vamos pasando desde el nacer al morir sin reparar en la hermosura y perfección de este universo; pero los varones sabios vuelven atrás, renovando el gusto y contemplando cada cosa con novedad en el advertir, si no en el ver.

—La mayor ventaja mía —ponderaba Andrenio— fue llegar a gozar este colmo de perfecciones a deseo y después de una privación tan violenta.

—Felicidad fue tu prisión —dijo Critilo— pues llegaste por ella a gozar todo el bien junto y deseado, que cuando las cosas son grandes y a deseo, dos veces se logran. Los mayores prodigios, si son fáciles y a todo querer, se envilecen; el uso libre hace perder el respeto a la más relevante maravilla, y en el mismo sol fue favor que se ausentase de noche para que fuese deseado a la mañana. ¡Qué concurso de afectos sería el tuyo, qué tropel de sentimientos! ¡Qué ocupada andaría el alma repartiendo atenciones y dispensando afectos! Mucho fue no reventar de admiración, de gozo y de conocimiento.

—Creo yo —respondió Andrenio— que ocupada el alma en ver y en atender, no tuvo lugar de partirse, y atropellándose unos a otros los objetos, al paso que la entretenían la detenían. Pero ya en esto, los alegres mensajeros de ese gran monarca de la luz que tú llamas sol, coronado augustamente de resplandores, ceñido de la guarda de sus rayos, solicitaban mis ojos a rendirle vene-

---

7 *divertido:* «Estar divertido, no estar uno en lo que haze.» (Covarrubias.)

7 *artificioso*, por 'artístico'.

raciones de atención y de admiración. Comenzó a ostentarse por ese gran trono de cristalinas espumas, y con una soberana callada majestad se fue señoreando de todo el hemisferio, llenando todas las demás criaturas de su esclarecida presencia. Aquí yo quedé absorto y totalmente enajenado de mí mismo, puesto en él, émulo del águila más atenta.

—¡Oh qué será —alzó aquí la voz Critilo— aquella inmortal y gloriosa vista de aquel infinito sol divino, aquel llegar a ver su infinitamente perfectísima hermosura! ¡Qué gozo, qué fruición, qué dicha, qué felicidad, qué gloria!

—Crecía mi admiración —prosiguió Andrenio— al paso que mi atención desmayaba, porque al que deseé distante ya le temía cercano; y aun observé que a ningún otro prodigio se rindió la vista sino a éste, confesándole inaccesible y con razón sólo.

Sol, espejo divino

—Es el sol —ponderó Critilo— la criatura que más ostentosamente retrata la majestuosa grandeza del Criador. Llámase sol, porque en su presencia todas las demás lumbreras se retiran: él sólo campea. Está en medio de los celestes orbes como en su centro, corazón del lucimiento y manantial perene de la luz; es indefectible, siempre el mismo, único en la belleza, él hace que se vean todas las cosas y no permite ser visto, celando su decoro y recatando su decencia; influye y concurre con las demás causas a dar el ser a todas las cosas, hasta el hombre mismo; es afectadamente comunicativo de su luz y de su alegría, esparciéndose por todas partes y penetrando hasta las mismas entrañas de la tierra; todo lo baña, alegra, ilustra, fecunda y influye; es igual, pues nace para todos, a nadie ha menester de sí abajo, y todos le reconocen dependencias: es, al fin, criatura de ostentación, el más luciente espejo en quien las divinas grandezas se representan.

—Todo el día —dijo Andrenio— empleé en él, contemplándole ya en sí, ya en los reflejos de las aguas, olvidado de mí mismo.

---

28 *afectadamente* de *afectar:* «apetecer y procurar alguna cosa con ansia y ahínco». (Covarrubias.)

—Ahora no me espanto —ponderó Critilo— de lo que dijo aquel otro filósofo: que había nacido para ver el sol. Dijo bien, aunque le entendieron mal y hicieron burla de sus veras. Quiso decir este sabio que en ese sol material contemplaba él aquel divino, realzadamente filosofando que si la sombra es tan esclarecida, ¡cuál será la verdadera luz de aquella infinita increada belleza!

—Mas ¡ay! —dijo lamentándose Andrenio—, que al uso de acá bajo, la grandeza de mi contento se convirtió presto en un exceso de pesar al ver, digo, al no verle, trocóse la alegría del nacer en el horror del morir, el trono de la mañana en el túmulo de la noche: sepultóse el sol en las aguas y quedé yo anegado en otro mar de mi llanto. Creí no verle más, con que quedé muriendo. Pero volví presto a resucitar entre nuevas admiraciones a un cielo coronado de luminarias, haciendo fiesta a mi contento. Asegúrote que no me fue menos agradable vista ésta, antes más entretenida cuanto más varia.

El cielo estrellado

—¡Oh gran saber de Dios! —dijo Critilo—, que halló modo cómo hacer hermosa la noche, que no es menos linda que el día. Impropios nombres la dio la vulgar ignorancia llamándola fea y desaliñada, no habiendo cosa más brillante y serena; injúrianla de triste, siendo descanso del trabajo y alivio de nuestras fatigas. Mejor la celebró uno de sabia, ya por lo que se calla, ya por lo que se piensa en ella, que no sin enseñanza fue celebrada la lechuza en la discreta Atenas por símbolo del saber. No es tanto la noche para que duerman los ignorantes cuanto para que velen los sabios. Y si el día ejecuta, la noche previene.

Noche serena

—En otra gran fruición y más a lo callado me hallaba muy hallado con la noche, metido en aquel laberinto de las estrellas, unas centelleantes, otras lucientes. Íbalas registrando todas, notando su mucha variedad en la grandeza, puestos, movimientos y colores, saliendo unas y ocultándose otras.

Estrellas, su variedad

---

2 Gracián pudo leer en Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres, Anaxágoras*, § 4: «Preguntado una vez para qué fin había nacido, dijo que para contemplar el sol, la luna y el cielo.» Cit. por la traducción de José Ortiz y Sanz, Madrid, 1792.

—Ideando —dijo Critilo— las humanas, que todas caminan a ponerse.

—En lo que yo mucho reparé —dijo Andrenio— fue en su maravillosa disposición. Porque ya que el Soberano Artífice hermoseó tanto esta artesonada bóveda del mundo con tanto florón y estrella, ¿por qué no las dispuso, decía yo, con orden y concierto, de modo que entretejieran vistosos lazos y formaran primorosas labores? No sé cómo me lo diga ni cómo lo declare.

—Ya te entiendo —acudió Critilo—, quisieras tú que estuvieran dispuestas en forma ya de un artificioso recamado, ya de un vistoso jardín, ya de un precioso joyel, repartidas con arte y correspondencia.

—Sí, sí, eso mismo, porque a más de que campearan otro tanto y fuera un espectáculo muy agradable a la vista, brillantísimo artificio, destruía con eso del todo el divino Hacedor aquel necio escrúpulo de haberse hecho acaso y declaraba de todo punto su divina providencia.

—Reparas bien —dijo Critilo—, pero advierte que la divina sabiduría que las formó y las repartió desta suerte atendió a otra más importante correspondencia, cual lo es la de sus movimientos y aquel templarse las influencias. Porque has de saber que no hay astro alguno en el cielo que no tenga su diferente propriedad, así como las yerbas y las plantas de la tierra: unas de las estrellas causan el calor, otras el frío, unas secan, otras humedecen, y desta suerte alternan otras muchas influencias, y con esa esencial correspondencia unas a otras se corrigen y se templan. La otra disposición artificiosa que tú dices fuera afectada y uniforme: quédese para los juguetes del arte y de la humana niñería. De este modo, se nos hace cada noche nuevo el cielo y nunca enfada el mirarlo, cada uno proporciona las estrellas como quiere; a más que en esta variedad natural y confusión grave parecen tanto más que el vulgo las juzga inumerables, y con esto queda como en enigma la suprema asistencia: si bien para los sabios muy clara y entendida.

---

1 *ideando*, por 'dando una idea de...'.
35 En la ed. de 1658, *llama* en lugar de *juzga*.

—Celebraba yo mucho aquella gran variedad de colores —dijo Andrenio—: unas campean blancas, otras encendidas, doradas y plateadas; sólo eché menos el color verde, siendo el más agradable a la vista.

—Es muy terreno, —dijo Critilo—. Quédanse las verduras para la tierra: acá son las esperanzas, allá la feliz posesión. Es contrario ese color a los ardores celestes, por ser hijo de la humedad corruptible. ¿No reparaste en aquella estrellita que hace punto en la gran plana del cielo, objeto de los imanes, blanco de sus saetas? Allí el compás de nuestra atención fija la una punta y con la otra va midiendo los círculos que va dando en vueltas (aunque de ordinario rodando) nuestra vida.

—Confiésote que se me había pasado por pequeña —dijo Andrenio—, a más de que ocupó luego toda mi curiosidad aquella hermosa reina de las estrellas, presidente de la noche, sustituta del sol y no menos admirable, ésa que tú llamas luna. Causóme, si no menos gozo, mucha más admiración con sus uniformes variedades, ya creciente, ya menguante, y poco rato llena.

—Es segunda presidente del tiempo —dijo Critilo—. Tiene a medias el mando con el sol: si él hace el día, ella la noche; si el sol cumple los años, ella los meses; calienta el sol y seca de día la tierra, la luna de noche la refresca y humedece; el sol gobierna los campos, la luna rige los mares: de suerte que son las dos balanzas del tiempo.

Luna, símbolo del hombre

Pero lo más digno de notarse es que, así como el sol es claro espejo de Dios y de sus divinos atributos, la luna lo es del hombre y de sus humanas imperfecciones: ya crece, ya mengua; ya nace, ya muere; ya está en su lleno, ya en su nada, nunca permaneciendo en un estado; no tiene luz de sí, participala del sol, eclípsala la tierra cuando se le interpone, muestra más sus manchas, cuando está más lucida; es la ínfima de los planetas en el puesto y en el ser, puede más en la tierra que en el cielo: de modo que es mudable, defectuosa, manchada, inferior, pobre, triste, y todo se le origina de la vecindad con la tierra.

---

3 *eché menos*, por *eché de menos*.
10 ...*saetas*. Alusión a la estrella Polar.

—Toda esta noche y otras muchas —dijo Andrenio— pasé en tan gustoso desvelo, haciéndome tantos ojos como el cielo mismo: yo por mirarle y él para ser visto. Mas ya los clarines de la aurora, en cantos de las aves, comenzaron a hacer salva a la segunda salida del sol, tocando a despejar estrellas y despertar flores. Volvió él a nacer y yo a vivir con verle. Saludéle con afectos ya más tibios.

—Que aun el sol —dijo Critilo— a la segunda vez ya no espanta, ni a la tercera admira.

—Sentí menos viva la curiosidad, cuanto más despierta la hambre. Y así, después de agradecidos aplausos, valiéndome de su luz (en que conocí que era criatura y que como paje de luz me servía), traté de descender a la tierra, obligándome la asistencia del cuerpo a faltar al ánimo, abatiéndome de la más alta contemplación a tan materiales empleos. Fui bajando, digo, humillándome, por aquella mal segura escala que formaron las mismas ruinas, que de otro modo fuera imposible, y ese favor más reconocí al cielo. Pero antes de estampar la primera huella en tierra me falta ya el aliento y aun la voz; y así, te ruego me socorras de palabras para poder exprimir la copia de mis sentimientos, que otra vez te convido a nuevas admiraciones, aunque en maravillas terrenas.

CRISI TERCERA

La hermosa naturaleza

Condición tiene de linda la varia naturaleza, pues quiere ser atendida y celebrada. Imprimió para ello en nuestros ánimos una viva propensión de escudriñar sus puntuales efectos. Ocupación pésima la llamó el mayor sabio: y de verdad lo es cuando para en sola una inútil curiosidad. Menester es se realce a los divinos aplausos, alternados con agradecimientos; y si la admiración es hija de la ignorancia, también es madre del gusto. El no admirarse procede del saber en los menos, que en los más del no advertir. No hay mayor alabanza de un objeto que la admiración (si calificada), que llega a ser lisonja porque supone excesos de perfección, por más que se retire a su silencio. Pero está ya muy vulgarizada, que nos suspenden las cosas, no por grandes, sino por nuevas; no se repara ya en los superiores empleos por conocidos, y así andamos mendigando niñerías en la novedad para acallar nuestra curiosa solicitud con la extravagancia. Gran hechizo es el de la novedad, que como todo lo tenemos tan visto, pagámonos de juguetes nuevos, así de la naturaleza como del arte, haciendo vulgares agravios a los antiguos prodigios por conocidos: lo que ayer fue un pasmo, hoy viene a ser desprecio, no porque haya perdido de su perfección, sino de nuestra estimación; no

6 *el mayor sabio.* Alude a Salomón.

porque se haya mudado, antes porque no, y porque se nos hace de nuevo. Redimen esta civilidad del gusto los sabios con hacer reflexiones nuevas sobre las perfecciones antiguas, renovando el gusto con la admiración. Mas si ahora nos admira un diamante por lo extraordinario, una perla peregrina, ¡qué ventaja sería en Andrenio llegar a ver de improviso un lucero, un astro, la luna, el sol mismo, todo el campo matizado de flores y todo el cielo esmaltado de estrellas! Díganoslo él mismo, que así proseguía su gustosa relación:

—En este centro de hermosas variedades, nunca de mí imaginado, me hallé de repente dando más pasos con el espíritu que con el cuerpo, moviendo más los ojos que los pies. En todo reparaba como nunca visto y todo lo aplaudía como tan perfecto; con esta ventaja, que ayer cuando miraba al cielo sólo empleaba la vista, mas aquí todos los sentidos juntos, y aun no eran bastantes para tanta fruición: quisiera tener cien ojos y cien manos para poder satisfacer curiosidades del alma, y no pudieran. Discurría embelesado mirando tanta multitud de criaturas, tan diferentes todas en propriedades y en esencias, en la forma, en el color, efectos y movimientos; cogía una rosa, contemplaba su belleza, percibía su fragancia, no hartándome de mirarla y admirarla; alargaba la otra mano a alguna fruta, empleando de más en más el gusto, ventaja que llevan los frutos a las flores. Halléme a poco rato tan embarazado de cosas, que hube de dejar unas para lograr otras, repitiendo aplausos y renovando gustos. Lo que yo mucho celebraba era el ver tanta multitud de criaturas con tanta diferencia entre sí, tanta pluralidad con tan rara diversidad, que ni una hoja de una planta, ni una pluma de un pájaro se equivoca con las de otra especie.

Fecundidad de la tierra

Diversa multitud de criaturas

---

1 *porque no.* Se sobrentiende *se haya mudado.*

2 *civilidad:* «Vale también miseria, mezquindad, ruindad.» *(Dic. Aut.)*

19-20 *no pudieran, l. e.,* 'y aun bastaran'.

28 *lograr.* Como en notas anteriores, por 'gozar, disfrutar de'.

32-33 *equivoca (se): «equivocarse una cosa con otra.* Vale semejarse a ella y parecer una misma, siendo distintas». *(Dic. Aut.)*

—Es que atendió —ponderó Critilo— aquel sabio Hacedor no sólo a la precisa necesidad del hombre, para quien todo esto se criaba, sino a la comodidad y regalo, ostentando en esto su infinita liberalidad para obligarle a él que con la misma generosidad le sirva y le venere.

—Conocí luego —prosiguió Andrenio— muchas de aquellas frutas, por habérmelas traído mis brutos a la cueva, mas tuve especial gusto de ver cómo nacen y se crían en sus ramas, cosa que jamás pude atinar, aunque lo discurrí mucho; burláronme otras no conocidas con su desazón y acedía.

—Ese es otro bien admirable asunto de la divina providencia —dijo Critilo—, pues previno que no todos los frutos se sazonasen juntos, sino que se fuesen dando vez según la variedad de los tiempos y necesidad de los vivientes: unos comienzan en la primavera, primicias más del gusto que del provecho, lisonjeando antes por lo temprano que por lo sazonado; sirven otros, más frescos, para aliviar el abrasado estío, y los secos, como más durables y calientes, para el estéril invierno; las hortalizas frescas templan los ardores del julio y las calientes confortan contra los rigores de el diciembre: de suerte, que acabado un fruto, entra el otro, para que con comodidad puedan recogerse y guardarse, entreteniendo todo el año con abundancia y con regalo. ¡Oh próvida bondad del Criador, y quién puede negar aun en el secreto de su necio corazón tan atenta providencia?

—Hallábame —proseguía Andrenio— en medio de un tan agradable laberinto de prodigios en criaturas gustosamente perdido, cuando más hallado; sin saber dónde acudir, dejábame llevar de mi libre curiosidad siempre hambrienta; cada empleo era para mí un pasmo, cada objeto una nueva maravilla. Cogía esa y aquella flor, solicitado de su fragrancia, lisonjeado de su belleza, no me hartaba de verlas y de olerlas, descogiendo sus hojas

---

34 *esa.* En la ed. de 1658, *esta.*

36 *descoger:* «Desplegar, extender o soltar lo que está plegado, arrollado u recogido.» *(Dic. Aut.)*

y haciendo prolija anotomía de su artificiosa composición. Y de aquí pasaba a aplaudir toda junta la belleza que en todo el universo resplandece. De modo, ponderaba yo, que si es hermosa una flor, mucho más todo el prado; brillante y linda una estrella, pero más vistoso y lindo todo el cielo: porque ¿quién no admira, quién no celebra tanta hermosura junta con tanto provecho?

Utilidad con hermosura

—Tienes buen gusto —dijo Critilo—, mas no seas tú uno de aquellos que frecuentan cada año las florestas atentos no más que a recrear los materiales sentidos, sin emplear el alma en la más sublime contemplación. Realza el gusto a reconocer aquella beldad infinita del Criador que en esta terrestre se representa, infiriendo que si la sombra es tal, ¡cuál será su causa y la realidad a quien sigue! Haz el argumento de lo muerto a lo vivo, y de lo pintado a lo verdadero; y advierte que, cual suele el primoroso artífice en la real fábrica de un palacio no sólo atender a su estabilidad y firmeza, a la comodidad de la habitación, sino a la hermosura también y a la elegante sinmetría para que le pueda gozar el más noble de los sentidos, que es la vista, así aquel divino Arquitecto de esta gran casa del orbe no sólo atendió a su comodidad y firmeza, sino a su hermosa proporción. De aquí es que no se contentó con que los árboles rindiesen solos frutos, sino también flores; júntese el provecho con las delicias: fabriquen las abejas sus dulces panales, y para esto soliciten de una en una toda flor; distílense las aguas saludables y odoríferas, que recreen el olfato y conforten el corazón: tengan todos los sentidos su gozo y su empleo.

—Mas, ¡ay! —replicó Andrenio—, que lo que me lisonjearon las flores primero tan fragrantes, me entristecieron después ya marchitas.

—Retrato al fin —ponderó Critilo— de la humana fragilidad. Es la hermosura agradable ostentación del co-

1 *anotomía*, forma usada habitualmente por Gracián, ya en sus obras anteriores, por 'anatomía'.

27 *distilar*, en Covarrubias y *Dic. Aut.*, aunque este último remita a *destilar*.

menzar: nace el año entre las flores de una alegre primavera, amanece el día entre los arreboles de una risueña aurora, y comienza el hombre a vivir entre las risas de la niñez y las lozanías de la juventud; mas todo viene a parar en la tristeza de un marchitarse, en el horror de un ponerse, y en la fealdad de un morir, haciendo continuamente del ojo la inconstancia común al desengaño especial.

—Después de haber solazado la vista deliciosamente —dijo Andrenio— en un tan extraño concurso de beldades, no menos se recreó el oído con la agradable armonía de las aves. Íbame escuchando sus regalados cantos, sus quiebros, trinos, gorjeos, fugas, pausas y melodía, con que hacían en sonora competencia bulla el valle, brega la vega, trisca el risco y los bosques voces, saludando lisonjeras siempre al sol que nace. Aquí noté, con no pequeña admiración, que a solas las aves concedió la naturaleza este privilegio del cantar, alivio grande de la vida, pues no hallé bruto alguno de los terrestres, con que los examiné uno a uno, que tuviese la voz agradable; antes todos las forman, no sólo insuaves, pero positivamente molestas y desapacibles: debe de ser por lo que tienen de bestias.

Excelencias de las aves

—Es que las aves —acudió Critilo—, como moradoras del aire, son más sutiles, no sólo le cortan con sus alas, sino que le animan con sus picos; y es en tanto grado esta sutileza alada, que ellas solas llegan a remedar la voz humana, hablando como personas: si ya no es que digamos, realzando más este reparo, que a las aves, como vecinas al cielo, se les pega, aunque materialmente, el entonar las alabanzas divinas. Otra cosa quiero que ob-

---

7 *hacer* o *hacerse del ojo:* «Guiñar con él. Es señal que ordinariamente se hace para aviso o advertencia de alguna cosa.» *(Dic. Aut.)*

15 *brega:* «Vale en la significación común y recibida, quistión o alboroto.» (Covarrubias.)

15 *trisca:* «El ruido que se hace con los pies en alguna cosa que se quebranta, como avellanas, nueces, etc., y por extensión se dice de otra cualquier bulla o estruendo.» *(Dic. Aut.)*

19-20 *con que,* por más que.

21 *pero,* por 'sino'.

serves, y es que no se halla ave alguna que tenga el letífero veneno, como muchos de los animales, y aquellos más que andan arrastrando, cosidos con la tierra, que della sin duda se les pega esta venenosa malicia, avisando al hombre se realce y se retire de su proprio cieno.

—Gusté mucho —ponderaba Andrenio— de verlas tan bizarras, tan matizadas de vivos colores, con tan vistosa y vana plumajería.

—Y entre todas —añadió Critilo—, así aves como fieras, notarás siempre que es más galán y más vistoso el macho que la hembra, apoyando lo mismo en el hombre, por más que lo desmienta la femenil inclinación y lo disimule la cortesía.

—Lo que yo mucho admiraba y aun lo celebro —dijo Andrenio— es este tan admirable concierto con que se mueve y se gobierna tanta y tan varia multitud de criaturas sin embarazarse unas a otras: antes bien, dándose lugar y ayudándose todas entre sí.

—Ese es —ponderó Critilo— otro prodigioso efecto de la infinita sabiduría del Criador, con la cual dispuso todas las cosas en peso, con número y medida; porque, si bien se nota, cualquier cosa criada tiene su centro en orden al lugar, su duración en el tiempo y su fin especial en el obrar y en el ser. Por eso verás que están subordinadas unas a otras conforme al grado de su perfección. De los elementos que son los ínfimos en la naturaleza, se componen los mixtos, y entre éstos los inferiores sirven a los superiores. Esas yerbas y esas plantas que están en el más bajo grado de la vida, pues sóla gozan la vegetativa, moviéndose y creciendo hasta un punto fijo de su perfección en el durar y crecer, sin poder pasar de allí, éstas sirven de alimento a los sensibles vivientes, que están en el segundo orden de la vida, gozando de la sensible sobre la vegetante, y son los animales de la tierra, los peces del mar y las aves del aire: ellos pacen la yerba.

Subordinación de criaturas

---

2 *letífero*, adjetivo no registrado en los diccionarios, que Gracián pudo haber formado por contaminación de *letal* y *mortífero*.

3 *arrastrando*. Hoy emplearíamos este verbo como reflexivo.

11 *apoyando*, por 'confirmando'.

pueblan los árboles, comen sus frutas, anidan en sus ramas, se defienden entre sus troncos, se cubren con sus hojas y se amparan con su toldo. Pero unos y otros, árboles y animales, se reducen a servir a otro tercer grado de vivientes mucho más perfectos y superiores que sobre el crecer y el sentir añaden el raciocinar, el discurrir y entender; y éste es el hombre, que finalmente se ordena y se dirige para Dios, conociéndole, amándole y sirviéndole. Desta suerte, con tan maravillosa disposición y concierto, está todo ordenado, ayudándose las unas criaturas a las otras para su aumento y conservación. El agua necesita de la tierra que la sustente, la tierra del agua que la fecunde, el aire se aumenta del agua, y del aire se ceba y alienta el fuego. Todo está así ponderado y compasado para la unión de las partes y ellas, en orden a la conservación de todo el universo. Aquí son de considerar también con especial y gustosa observación los raros modos y los convenientes medios de que proveyó a cada criatura la suma providencia para el aumento y conservación de su ser, y con especialidad a los sensibles vivientes, como más importantes y perfectos, dándole a cada uno su natural instinto para conocer el bien y el mal, buscando el uno y evitando el otro, donde son más de admirar que de referir las exquisitas habilidades de los unos para engañar y de los otros para escapar del engañoso peligro.

El mar —Aunque todo para mí era una prodigiosa continuada novedad —dijo Andrenio— renové la admiración al explayar el ánimo con la vista por esos inmensos golfos. Parécese que envidioso el mar de la tierra, haciéndose lenguas en sus aguas, me acusaba de tardo y a las voces de sus olas me llamaba atento a que emplease otra gran porción de mi curiosidad en su prodigiosa grandeza. Cansado pues yo de caminar, que no de discurrir, sentéme en una de estas más eminentes rocas, repitiendo tantos pasmos cuantas el mar olas. Ponderaba mucho aquella su maravillosa prisión, el ver un tan horrible y espantoso

1 *frutas*. En la ed. de 1658, *frutos*, que parece más adecuado al contexto.

monstruo reducido a orillas y sujeto al blando freno de la menuda arena. ¿Es posible, decía yo, que no haya otra muralla para defensa de un tan fiero enemigo sino el polvo?

—Aguarda —dijo Critilo—, dos bravos elementos encarceló suavemente fuerte la prevención divina que, a estar sueltos, hubieran ya acabado con la tierra y con todos sus pobladores: encerró el mar dentro de los límites de sus arenas, y el fuego en los duros senos de los pedernales; allí está de tal modo encarcelado que, a dos golpes que le llamen, sale pronto, sirve, y en no siendo menester, se retira o se apaga; que si esto no fuera, no había mundo para dos días, pereciera todo, o sumergido o abrasado.

—No me podía saciar —dijo Andrenio—, volviendo al agua, de mirar su alegre transparencia, aquel su continuo movimiento, hidrópica la vista de los líquidos cristales.

—Dicen que los ojos —ponderó Critilo—, se componen de los dos humores ácueo y cristalino, y ésa es la causa por que gustan tanto de mirar las aguas, de suerte que sin cansarse estará embebido un hombre todo un día viéndolas brollar, caer y correr.

—Sobre todo —dijo Andrenio— cuando advertí que iban surcando sus entrañas cristalinas tantos peces tan diversos de las aves y de las fieras. Puedo decir con toda propriedad que quedó mi admiración agotada. Aquí sobre esta roca, a mis solas y a mi ignorancia, me estaba contemplando esta armonía tan plausible de todo el universo, compuesta de una tan extraña contrariedad que, según es grande, no parece había de poder mantenerse el mundo un solo día. Esto me tenía suspenso, porque ¿a quién no pasma ver un concierto tan extraño, compuesto de oposiciones?

Composición de oposiciones

---

17 *hidrópica:* «en su acepción figurada, tan corriente en la poesía clásica, de insaciable». Romera-Navarro, *El Criticón.* Ed. crítica y comentada, I, pág. 136 *n.* Londres, 1938.

23 *brollar:* «Dícese propriamente del agua quando mana y salta hacia arriba de las venas de la tierra.» *(Dic. Aut.)* En Sevilla, *brollador,* 'surtidor'.

—Así es —respondió Critilo—, que todo este universo se compone de contrarios y se concierta de desconciertos: Uno contra otro, exclamó el filósofo. No hay cosa que no tenga su contrario con quien pelee, ya con victoria, ya con rendimiento. Todo es hacer y padecer: Si hay acción, hay repasión. Los elementos, que llevan la vanguardia, comienzan a batallar entre sí; síguenles los mixtos, destruyéndose alternativamente; los males asechan a los bienes, hasta la desdicha a la suerte. Unos tiempos son contrarios a otros, los mismos astros guerrean y se vencen, y aunque entre sí no se dañan a fuer de príncipes, viene a parar su contienda en daño de los sublunares vasallos: de lo natural pasa la oposición a lo moral; porque ¿qué hombre hay que no tenga su émulo? ¿dónde irá uno que no guerree? En la edad, se oponen los viejos a los mozos; en la complexión, los flemáticos a los coléricos; en el estado, los ricos a los pobres; en la región, los españoles a los franceses, y así, en todas las demás calidades, los unos son contra los otros. Pero ¿qué mucho, si dentro del mismo hombre, de las puertas a dentro de su terrena casa, está más encendida esta discordia?

—¿Qué dices? ¿un hombre contra sí mismo?

Contrariedad en el hombre

—Sí, que por lo que tiene de mundo, aunque pequeño, todo él se compone de contrarios. Los humores comienzan la pelea: según sus parciales elementos, resiste el húmido radical al calor nativo, que a la sorda le va limando y a la larga consumiendo. La parte inferior está siempre de ceño con la superior, y a la razón se le atreve el apetito y tal vez la atropella. El mismo inmortal espíritu no está exento de esta tan general discordia, pues combaten entre sí (y en él) muy vivas las pasiones: el temor

---

3 *el filósofo*. Alude a Séneca, y a un pasaje de sus *Cuestiones naturales*, VII, 27.

8 *asechan*, acechan

23 En *El Discreto*, I, y en *Agudeza* había recordado ya esta comparación. Pérez de Moya, *Philosophia secreta* (Madrid, 1585), libr. II, cap. V, da una definición semejante: «y por esto los filósofos le llamaron *Microcosmos*, que quiere decir mundo menor». Cit. por la ed. de Madrid, *Los clásicos olvidados*, 1928.

29 *tal vez*, es decir, 'por veces'.

las ha contra el valor, la tristeza contra la alegría; ya apetece, ya aborrece; la irascible se baraja con la concupiscible; ya vencen los vicios, ya triunfan las virtudes, todo es arma y todo guerra. De suerte que la vida del hombre no es otro que una milicia sobre la haz de la tierra. Mas ¡oh maravillosa, infinitamente sabia providencia de aquel gran moderador de todo lo criado, que con tan continua y varia contrariedad de todas las criaturas entre sí, templa, mantiene y conserva toda esta gran máquina del mundo!

—Ese portento de atención divina —dijo Andrenio— era lo que yo mucho celebraba, viendo tanta mudanza con tanta permanencia, que todas las cosas se van acabando, todas ellas perecen, y el mundo siempre el mismo, siempre permanece.

—Trazó las cosas de modo el supremo Artífice —dijo Critilo— que ninguna se acabase que no comenzase luego otra; de modo que de las ruinas de la primera se levanta la segunda. Con esto verás que el mismo fin es principio, la destrucción de una criatura es generación de la otra. Cuando parece que se acaba todo, entonces comienza de nuevo: la naturaleza se renueva, el mundo se remoza, la tierra se establece y el divino gobierno es admirado y adorado.

Alternación de los tiempos

—Más adelante —dijo Andrenio— fui observando con no menor reparo la varia disposición de los tiempos, la alternación de los días con las noches, del invierno con el estío, mediando las primaveras porque no se pasase de un extremo a otro.

---

2 *barajar:* «Reñir, contender, tener pendencias y altercar.» *(Dic. Aut.)*

5 *otro que,* por 'otra cosa que'.

5 La conocida sentencia que aparece en el *Libro de Job* (VII, I), tuvo larga fortuna en nuestros clásicos. Mateo Alemán (*Guzmán,* I, libr. I, capítulo VII) la reproduce casi textualmente: «La vida del hombre milicia es en la Tierra; no hay cosa segura ni Estado que permanezca, perfecto gusto ni contento verdadero.» Se halla también en Quevedo (*Visita de los Chistes, BAE,* XXIII, pág. 55): «Guerra es la vida del hombre mientras se halla en este Mundo.» Gracián complica su sentido oponiendo con sutil paronomasia *milicia-malicia,* juego de palabras que pudo tomar, según opina Ángel Ferrari, *Fernando el Católico en Baltasar Gracián,* pág. 211, Madrid, 1945, en Huarte de San Juan: «La malicia y la milicia casi convienen en el mismo nombre y tienen la mesma definición.»

22 *establecer,* por 'constituir, ordenar de nuevo'.

—Aquí sí que se declaró bien la divina asistencia —ponderó Critilo— en disponer, no sólo los puestos y los centros de las cosas, sino también los tiempos. Sirve el día para el trabajo, y para el descanso la noche. En el invierno arraigan las plantas, en la primavera florecen, en el estío fructifican y en el otoño se sazonan y se logran. ¿Qué diremos de la maravillosa invención de las lluvias?

—Eso admiré yo mucho —dijo Andrenio—, ver descender el agua tan repartida, con tanta suavidad y provecho.

—Y tan a sazón —añadió Critilo—, en los dos meses que son llaves del año: el octubre para la sementera y el mayo para la cogida. Pues la variedad de las lunas no favorece menos a la abundancia de los frutos y a la salud de los vivientes, porque unas son frías, otras abrasadas, airosas, húmedas y serenas, según los doce meses. Las aguas limpian y fecundan, los vientos purifican y vivifican, la tierra estable donde se sustenten los cuerpos, el aire flexible para que se muevan y diáfano para que puedan verse. De suerte que sola una omnipotencia divina, una eterna providencia, una inmensa bondad pudieran haber dispuesto una tan gran máquina, nunca bastantemente admirada, contemplada y aplaudida.

—Verdaderamente que es así —prosiguió Andrenio—, y así lo ponderaba yo, aunque rudamente. Todos los días y las horas era mi gustoso empleo andarme de un puesto en otro, de una en otra eminencia, repitiendo admiraciones y repasando discursos, volviendo a contemplar una y muchas veces cada objeto, ya el cielo, ya la tierra, esos prados y esos mares, con insaciable entretenimiento. Pero donde mi atención insistía era en las trazas con que la eterna sabiduría supo ejecutar cosas tan dificultosas con tan fácil y primoroso artificio.

Perenidad de los ríos

—Gran traza suya fue la firmeza de la tierra en el medio, como fundamento estable y seguro de todo el edificio —ponderó Critilo—, ni fue menor invención la de los ríos, admirables por cierto en sus principios y fines:

aquellos con perenidad y estos sin redundancia; la variedad de los vientos, que se perciben y no se sabe de dónde nacen y acaban; la hermosura provechosa de los montes, firmes costillas del cuerpo muelle de la tierra, aumentando su hermosa variedad: en ellos se recogen los tesoros de las nieves, se forjan los metales, se detienen las nubes, se originan las fuentes, anidan las fieras, se empinan los árboles para las naves y edificios, y donde se guarecen las gentes de las avenidas de los ríos, se fortalecen contra los enemigos y gozan de salud y de vida. Todos estos prodigios, ¿quién sino una infinita sabiduría pudiera ejecutarlos? Así que con razón confiesan todos los sabios que aunque se juntaran todos los entendimientos criados y alambicaran sus discursos, no pudieran enmendar la más mínima circunstancia ni un átomo de la perfecta naturaleza. Y si aquel otro rey aplaudido de sabio, porque conoció cuatro estrellas (tanto se estima en los príncipes el saber) se arrojó a decir que si él hubiera asistido al lado del divino Hacedor en la fábrica del universo, muchas cosas se hubieran dispuesto de otro modo y otras mejorado, no fue tanto efecto de su saber, cuanto defecto de su nación que, en este achaque del presumir, aun con el mismo Dios no se modera.

Conveniencias de los montes

—Aguarda —dijo Andrenio—, óyeme esta última verdad, la más sublime de cuantas he celebrado: Yo te confieso que aunque reconocí y admiré en esta portentosa fábrica del universo estos cuatro prodigios entre muchos, tanta multitud de criaturas con tanta diferencia, tanta hermosura con tanta utilidad, tanto concierto con tanta contrariedad, tanta mudanza, con tanta permanencia, portentos todos dignos de aclamarse y venerarse: con todo esto, lo que a mí más me suspendió fue el conocer un

1 *redundancia,* de *redundar:* «Rebosar, salirse alguna cosa de sus límites o bordes, por demasiadamente llenos y abundantes. Dícese regularmente de los líquidos.» *(Dic. Aut.)* Aquí, valdría por 'desbordamientos'.

7 *empinarse:* «En lo insensible, como los árboles, cerros, montañas, torres, etc., es elevarse y tener gran altura.» (Ibid.)

16 *aquel otro rey.* Alude a Alfonso X *el Sabio.* En *El Político* aparece más evidente esta alusión.

Divinidad descifrada

Criador de todo tan manifiesto en sus criaturas y tan escondido en sí, que aunque todos sus divinos atributos se ostentan, su sabiduría en la traza, su omnipotencia en la ejecución, su providencia en el gobierno, su hermosura en la perfección, su inmensidad en la asistencia, su bondad en la comunicación, y así de todos los demás, que, así como ninguno estuvo ocioso entonces, ninguno se esconde ahora: con todo eso, está tan oculto este gran Dios, que es conocido y no visto, escondido y manifiesto, tan lejos y tan cerca; eso es lo que me tiene fuera de mí y todo en él, conociéndole y amándole.

—Es muy connatural —dijo Critilo— en el hombre la inclinación a su Dios, como a su principio y su fin, ya amándole, ya conociéndole. No se ha hallado nación, por bárbara que fuese, que no haya reconocido la divinidad: grande y eficaz argumento de su divina esencia y presencia; porque en la naturaleza no hay cosa de balde ni inclinación que se frustre; si el imán busca el norte, sin duda que le hay donde se quiete; si la planta al sol, el pez al agua, la piedra al centro y el hombre a Dios, Dios hay que es su norte, centro y sol a quien busque, en quien pare y a quien goce. Este gran Señor dio el ser a todo lo criado, mas él de sí mismo le tiene, y aun por eso es infinito en todo género de perfección, que nadie le pudo limitar ni el ser, ni el lugar, ni el tiempo. No se ve, pero se conoce, y, como soberano Príncipe, estando retirado a su inaccesible incomprehensibilidad, nos habla por medio de sus criaturas. Así que con razón definió un filósofo este universo espejo grande de Dios. Mi libro, le llamaba el sabio indocto, donde en cifras de criaturas estudió las divinas perfecciones. Convite es, dijo Filón Hebreo, para todo buen gusto donde el espíritu se apacienta. Lira acordada, le apodó Pitágoras, que con la melodía

Universo definido

19 *quietar:* «Lo mismo que *aquietar.*» *(Dic. Aut.)*

29 *espejo grande de Dios.* Según Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 143 *n,* se halla en fray Luis de Granada —del cual el ilustre crítico halla numerosas reminiscencias y ecos en estas primeras crisis de *El Criticón*— y en su *Introducción al símbolo de la fe,* que a su vez pudo tomarlo del *Libro de la sabiduría,* VII, 26.

30 *el sabio indocto.* Alude a Job.

de su gran concierto nos deleita y nos suspende. Pompa de la majestad increada, Tertuliano, y armonía agradable de los divinos atributos, Trismegisto.

—Éstos son —concluyó Andrenio— los rudimentos de mi vida, más bien sentida que relatada; que siempre faltan palabras donde sobran sentimientos. Lo que yo te ruego ahora es que, empeñado de mi obediencia, satisfagas mi deseo contándome quién eres, de dónde y cómo aportaste a estas orillas por tan extraño rumbo. Dime si hay más mundo y más personas, infórmame de todo, que serás tan atendido como deseado.

A la gran tragedia de su vida que Critilo refirió a Andrenio, nos convida la siguiente crisi.

---

3 *Hermes Trismegisto*, es decir, «tres veces grande», filósofo egipcio, de existencia legendaria, casi mitológica, al que se atribuyen múltiples invenciones y numerosas obras de medicina, astrología y teología.

CRISI CUARTA

El despeñadero de la vida

Cuentan que el Amor fulminó quejas y exageró sentimientos delante de la Fortuna, que esta vez no se apeló como solía a su madre, desengañado de su flaqueza.

—¿Qué tienes, ciego niño?, le dijo la Fortuna.

Y él:

—¡Qué bien viene eso con lo que yo pretendo!

—¿Con quién las has?

—Con todo el mundo.

—Mucho me pesa, que es mucho enemigo, y según eso, nadie tendrás de tu parte.

—Tuviésete yo a ti, que eso me bastaría: así me lo enseña mi madre y así me lo repite cada día.

—¿Y te vengas?

—Sí, de mozos y de viejos.

—Pues sepamos qué es el sentimiento.

—Tan grande como justo.

—¿Es acaso el prohijarte a un vil herrero, teniéndote por concebido, nacido y criado entre hierros?

—No, por cierto, que no me amarga la verdad.

---

4 *no se apeló*. En la ed. de 1658, *no apeló*, aceptada por Romera-Navarro, op. cit., I, pág. 145.

17 *qué*, por 'cuál'.

19 *vil herrero*. Alusión a Vulcano, esposo de Venus, madre de Cupido, es decir, del Amor.

—¿Tampoco será el llamarte hijo de tu madre?

—Menos, antes me glorio yo de eso; que ni yo sin ella, ni ella sin mí: ni Venus sin Cupido, ni Cupido sin Venus.

—Ya sé lo que es —dijo la Fortuna.

—¿Qué?

—Que sientes mucho el hacerte heredero de tu abuelo el Mar en la inconstancia y engaños.

—No, por cierto, que ésas son niñerías.

—Pues si éstas son burlas, ¡qué serán las veras!

—Lo que a mí me irrita es que me levanten testimonios.

—Aguarda, que ya te entiendo. Sin duda es aquello que dicen, que trocaste el arco con la muerte y que desde entonces no se llaman ya amor, de amar, sino de morir: *Amor a morte;* de modo que amor y muerte todo es uno. Quitas la vida, robas hasta las entrañas, hurtas los corazones, transponiéndolos donde aman más que donde animan.

—Todo eso es verdad.

—Pues si esto es verdad, ¿qué quedará para mentira?

—Ahí verás que no paran hasta sacarme los ojos, a pesar de mi buena vista, que siempre la suelo tener buena; y si no, díganlo mis saetas. Han dado en decir que soy ciego (¿hay tal testimonio, hay tal disparate?) y me pintan muy vendado: no sólo los Apeles, que eso es pintar como querer, y los poetas, que por obligación mienten y por regla fingen, pero que los sabios y los filósofos estén con esta vulgaridad no lo puedo sufrir. ¿Qué pasión hay, dime por tu vida, Fortuna amiga, que no ciegue? ¿Qué, el airado, cuando más furioso, no está ciego de la cólera? ¿Al codicioso, no le ciega el interés? ¿El confiado no va a ciegas, el perezoso no duerme, el desvanecido no es un topo para sus menguas, el hipócrita no trae la viga en los ojos? ¿El soberbio, el jugador, el glotón, el bebedor

Pasión ciega

---

12 *trocaste el arco con la muerte. Agudeza,* XXXV, expone y reproduce el emblema de Alciato, «De Morte et Amore».

14 *Amor a morte.* Gracián hace aquí un juego de palabras semejante a los que comenta en *Agudeza,* XXXII.

23 *testimonio,* en su acepción de 'calumnia', aunque hoy sea preciso para darle tal valor anticipar *falso.*

24 *Apeles,* en un sentido genérico, por 'pintores'.

y cuantos hay, no se ciegan con sus pasiones? Pues ¿por qué a mí más que a los otros me han de vendar los ojos, después de sacármelos, y querer que por antonomasia me entienda el ciego? Y más, siendo esto tan al contrario: que yo me engendro por la vista, viendo crezco, del mirar me alimento y siempre querría estar viendo, haciéndome ojos como el águila al sol, hecho lince de la belleza. Éste es mi sentimiento. ¿Qué te parece?

—Que me pareces —respondió la Fortuna—. Lo mismo me sucede a mí, y así, consolémonos entrambos. A más de que, mira, Amor, tú y los tuyos tenéis una condición bien rara, por la cual con mucha razón y con toda propiedad os llaman ciegos: y es que a todos los demás tenéis por ciegos; creéis que no ven, ni advierten, ni saben. De modo que piensan los enamorados que todos los demás tienen los ojos vendados. Ésta, sin duda, es la causa de llamarte ciego, pagándote con la pena del Talión.

Quien quisiere ver esta filosofía confirmada con la experiencia, escuche esta agradable relación que dedica Critilo a los floridos años y más al escarmiento.

—Mándasme renovar —dijo— un dolor que es más para sentido que para dicho. Cuan gustosa ha sido para mi tu relación, tan penosa ha de ser la mía. Dichoso tú que te criaste entre las fieras, y ¡ay de mí!, que entre los hombres, pues cada uno es un lobo para el otro si ya no es peor el ser hombre. Tú me has contado cómo viniste al mundo; yo te diré cómo vengo dél y vengo tal, que aun yo mismo me desconozco; y así, no te diré quién soy, sino quién era. Dicen que nací en el mar, y lo creo, según es la inconstancia de mi fortuna.

Al pronunciar esta palabra mar, puso los ojos en él, y al mismo punto se levantó a toda prisa. Estuvo un rato como suspenso, entre dudas de reconocer y no conocer, mas luego, alzando la voz y señalando:

---

9 *que me pareces.* El mismo juego de palabras atribuye a Augusto en *Agudeza,* XXXIII, donde recuerda también un dicho semejante del poeta Gregorio Silvestre.

25 *...un lobo para el otro.* Versión de la ya proverbial sentencia, que aparece en la *Asinaria* de Plauto: «Lupus est homo homini.»

—¿No ves, Andrenio —dijo—, no ves? Mira allá, acullá lejos. ¿Qué ves?

—Veo —dijo éste— unas montañas que vuelan, cuatro alados monstruos marinos, si no son nubes, que navegan.

—No son sino naves —dijo Critilo—, aunque bien dijiste nubes, que llueven oro en España.

Estaba atónito Andrenio mirándoselas venir con tanto gusto como deseo. Mas Critilo comenzó a suspirar, ahogándose entre penas.

—¿Qué es esto? —dijo Andrenio—. ¿No es ésta la deseada flota que me decías?

—Sí.

—¿No vienen allí hombres?

—También.

—¿Pues de qué te entristeces?

—Y aun por eso. Advierte, Andrenio, que ya estamos entre enemigos: y ya es tiempo de abrir los ojos, ya es menester vivir alerta. Procura de ir con cautela en el ver, en el oír y mucha más en el hablar; oye a todos y de ninguno te fíes; tendrás a todos por amigos, pero guardarte has de todos como de enemigos.

Estaba admirado Andrenio oyendo estas razones, a su parecer tan sin ella, y arguyóle desta suerte:

—¿Cómo es esto? Viviendo entre las fieras, no me previniste de algún riesgo, ¿y ahora con tanta exageración me cautelas? ¿No era mayor el peligro entre los tigres, y no temíamos, y ahora de los hombres tiemblas?

Humana fiereza

—Sí —respondió con un gran suspiro Critilo—, que si los hombres no son fieras es porque son más fieros, que de su crueldad aprendieron muchas veces ellas. Nunca mayor peligro hemos tenido que ahora que estamos entre ellos. Y es tanta verdad ésta que hubo rey que temió y resguardó un favorecido suyo de sus cortesanos (¡qué

---

6 *...que llueven oro en España.* Alusión a las naves de Indias que volvían a España.

26 *cautelar:* «Prevenir, precaver en el modo posible que no suceda algún engaño, inconveniente u otro contratiempo.» *(Dic. 1780.)*

30 *...aprendieron muchas veces ellas.* Cfr. *Agudeza,* XX, donde alude a un epigrama de Marcial.

hiciera de villanos!) más que de los hambrientos leones de un lago; y así, selló con su real anillo la leonera para asegurarle de los hombres cuando le dejaba entre las hambrientas fieras. ¡Mira tú cuáles serán estos! Verlos has, experimentarlos has, y dirásmelo algún día.

—Aguarda —dijo Andrenio—, ¿no son todos como tú?

—Sí y no.

—¿Cómo puede ser eso?

Variedad de genios

—Porque cada uno es hijo de su madre y de su humor, casado con su opinión, y así, todos parecen diferentes: cada uno de su gesto y de su gusto. Verás unos pigmeos en el ser y gigantes de soberbia; verás otros al contrario, en el cuerpo gigantes y en el alma enanos; toparás con vengativos que la guardan toda la vida y la pegan aunque tarde, hiriendo como el escorpión con la cola; oirás, o huirás, los habladores, de ordinario necios, que dejan de cansar y muelen; gustarás que unos se ven, otros se oyen; se tocan, y se gustan, otros de los hombres de burlas, que todo lo hacen cuento sin dar jamás en la cuenta; embarazarte han los maniacos que en todo se embarazan. ¿Qué dirás de los largos en todo, dando siempre largas? Verás hombres más cortos que los mismos navarros; corpulentos sin sustancia; y, finalmente, hallarás muy pocos hombres que lo sean: fieras, sí, y fieros también, horribles monstruos del mundo que no tienen más que el pellejo y todo lo demás borra, y así son hombres borrados.

—Pues dime, ¿con qué hacen tanto mal los hombres, si no les dio la naturaleza armas como a las fieras? Ellos no tienen garras como el león, uñas como el tigre, trompas como el elefante, cuernos como el toro, colmillos como el jabalí, dientes como el perro y boca como el lobo: pues ¿cómo dañan tanto?

—Y aun por eso —dijo Critilo— la próvida naturaleza privó a los hombres de las armas naturales y como a gente sospechosa los desarmó: no se fió de su malicia. Y si

---

1-2 *lago de leones:* «El lugar subterráneo o cueva en que los cerraban.» *(Dic. Aut.)*

20 *maniacos:* «persona inútil, de corta habilidad y talento». (Ibid.)

esto no hubiera prevenido, ¡qué fuera de su crueldad! Ya hubieran acabado con todo. Aunque no les faltan otras armas mucho más terribles y sangrientas que ésas, porque tienen una lengua más afilada que las navajas de los leones, con que desgarran las personas y despedazan las honras; tienen una mala intención más torcida que los cuernos de un toro y que hiere más a ciegas; tienen unas entrañas más dañadas que las víboras, un aliento venenoso más que el de los dragones, unos ojos invidiosos y malévolos más que los del basilisco, unos dientes que clavan más que los colmillos de un jabalí y que los dientes de un perro, unas narices fisgonas (encubridoras de su irrisión) que exceden a las trompas de los elefantes. De modo que sólo el hombre tiene juntas todas las armas ofensivas que se hallan repartidas entre las fieras, y así, él ofende más que todas. Y, porque lo entiendas, advierte que entre los leones y los tigres no había más de un peligro, que era perder esta vida material y perecedera, pero entre los hombres hay muchos más y mayores: ya de perder la honra, la paz, la hacienda, el contento, la felicidad, la conciencia y aun el alma. ¡Qué de engaños, qué de enredos, traiciones, hurtos, homicidios, adulterios, invidias, injurias, detracciones y falsedades que experimentarás entre ellos! Todo lo cual no se halla ni se conoce entre las fieras. Créeme que no hay lobo, no hay león, no hay tigre, no hay basilisco, que llegue al hombre: a todos excede en fiereza. Y así dicen por cosa cierta, y yo la creo, que habiendo condenado en una república un insigne malhechor a cierto género de tormento muy conforme a sus delitos (que fue sepultarle vivo en una profunda hoya llena de profundas sabandijas, dragones, tigres, serpientes y basiliscos, tapando muy bien la boca

Armas de hombre

4 *navajas*, en dos de lasv arias acepciones que ofrece el *Dic. Aut.*: «Por semejanza se llaman los colmillos del jabalí; y también los aguijones cortantes de algunos insectos» y «la lengua de los maldicientes y murmuradores, porque con ella cortan y hieren la honra y el crédito».

12 *tener largas narices:* «metaphóricamente significa antever o presentir alguna cosa que está para suceder». (Ibíd.)

23 *invidias*. En esta y en anteriores ocasiones, Gracián escribirá *envidia* en su forma etimológica.

porque pereciese sin compasión ni remedio), acertó a pasar por allí un extranjero, bien ignorante de tan atroz castigo, y sintiendo los lamentos de aquel desdichado, fuése llegando compasivo y, movido de sus plegarias, fue apartando la losa que cubría la cueva: al mismo punto saltó fuera el tigre con su acostumbrada ligereza, y cuando el temeroso pasajero creyó ser despedazado, vio que mansamente se le ponía a lamer las manos, que fue más que besárselas. Saltó tras él la serpiente, y cuando la temió enroscada entre sus pies, vio que los adoraba; lo mismo hicieron todos los demás, rindiéndosele humildes y dándole las gracias de haberles hecho una tan buena obra como era librarles de tan mala compañía cual la de un hombre ruin, y añadieron que en pago de tanto beneficio le avisaban huyese luego, antes que el hombre saliese, si no quería perecer allí a manos de su fiereza; y al mismo instante echaron todos ellos a huir, unos volando, otros corriendo. Estábase tan inmoble el pasajero cuan espantado, cuando salió el último el hombre, el cual, concibiendo que su bienhechor llevaría algún dinero, arremetió para él y quitóle la vida para robarle la hacienda, que éste fue el galardón del beneficio. Juzga tú ahora cuáles son los crueles, los hombres o las fieras.

Crueldad humana

—Más admirado, más atónito estoy de oír esto —dijo Andrenio— que el día que vi todo el mundo.

—Pues aún no haces concepto cómo es —ponderó Critilo—. ¿Y ves cuán malos son los hombres? Pues advierte que aún son peores las mujeres y más de temer: ¡mira tú cuáles serán!

—¿Qué dices?

—La verdad.

—Pues ¿qué serán?

—Son, por ahora, demonios, que después te diré más.

22 *...el galardón del beneficio.* Romera-Navarro, ed. cit., I, 153-154, da como posibles fuentes de este apólogo un texto de Raimundo Lulio *(Félix de les maravelles del mon)* y otro del *Libro de los ensemplos.* Una coincidente versión de la ingratitud del hombre la ofrece como verídica, Luis Zapata en su *Miscelánea,* «De ingratitud», escrita hacia 1592, que aunque inédita hasta la edición de Gayangos en 1859, reunía materia proverbial, esparcida en anteriores florestas y silvas.

Sobre todo te encargo, y aun te juramento, que por ningún caso digas quién somos ni cómo tú saliste a luz ni cómo yo llegué acá: que sería perder no menos que tú la libertad y yo la vida. Y aunque hago agravio a tu fidelidad, huélgome de no haberte acabado de contar mis desdichas, en esto sólo dichosas, asegurando descuidos. Quede doblada la hoja para la primera ocasión, que no faltarán muchas en una navegación tan prolija.

Ya en esto se percibían las voces de los navegantes y se divisaban los rostros. Era grande la vocería de la chusma, que en todas partes hay vulgo, y más insolente donde más holgado. Amainaron velas, echaron áncoras, y comenzó a saltar la gente en tierra. Fue recíproco el espanto de los que llegaban y de los que les recibían. Desmintieron sus muchas preguntas con decir se habían quedado descuidados y dormidos cuando se hizo a la vela la otra flota, conciliando compasión y aun agasajo.

Estuvieron allí detenidos algunos días cazando y refrescando, y hecha ya agua y leña, se hicieron a la vela en otras tantas alas para la deseada España. Embarcáronse juntos Critilo y Andrenio hasta en los corazones en una gran carraca, asombro de los enemigos, contraste de los vientos y yugo del Océano. Fue la navegación tan peligrosa cuan larga, pero servía de alivio la narración de sus tragedias, que a ratos hurtados prosiguió Critilo desta suerte:

—En medio destos golfos nací, como te digo, entre riesgos y tormentas. Fue la causa que mis padres, españoles ambos y principales, se embarcaron para la India con un grande cargo, merced del gran Filipo que en todo

2 *quien,* por 'quienes'.

14 *espanto,* de nuevo, por 'asombro'.

15 *desmintieron,* por 'disimularon, eludieron'.

17 *conciliar:* «atraher, grangear, ganar las voluntades, los ánimos, la benevolencia...». *(Dic. Aut.)*

22 *carraca:* «Especia de navío, *quasi* curraca o curruca, por alguna similitud, que devieron notar en ella propria del carro, y será llevar mucha carga.» (Covarrubias.)

30 *el gran Filipo.* Alude a Felipe II, como se verá al referirse a Goa como «corte del imperio Católico en el Oriente», por hallarse unidos entonces Portugal y España bajo su reinado.

el mundo manda y premia. Venía mi madre con sospechas de traerme en sus entrañas (que comenzamos a ser faltas de una vil materia), declaróse luego el preñado bien penoso, y cogióla el parto en la misma navegación, entre el horror y la turbación de una horrible tempestad, para que se doblase su tormento con la tormenta. Salí yo al mundo entre tantas aflicciones, presagio de mis infelicidades: tan temprano comenzó a jugar con mi vida la fortuna arrojándome de un cabo del mundo al otro. Aportamos a la rica y famosa ciudad de Goa, corte del imperio católico en el Oriente, silla augusta de sus virreyes, emporio universal de la India y de sus riquezas.

Juventud viciosa

Aquí mi padre fue aprisa acaudalando fama y bienes, ayudado de su industria y de su cargo. Mas yo, entre tanto bien, me criaba mal; como rico y como único, cuidaban más mis padres fuese hombre que persona. Pero castigó bien el gusto que recibieron en mis niñeces el pesar que les di con mis mocedades, porque fui entrando de carrera por los verdes prados de la juventud, tan sin freno de razón cuan picado de los viles deleites: cebéme en el juego, perdiendo en un día lo que a mi padre le había costado muchos de adquirir, desperdiciando ciento a ciento lo que él recogió uno a uno; pasé luego a la bizarría, rozando galas y costumbres, engalanando el cuerpo lo que desnudaba el ánimo de los verdaderos arreos, que son la virtud y el saber. Ayudábanme a gastar el dinero y la conciencia malos y falsos amigos, lisonjeros, valientes, terceros y entremetidos, viles sabandijas de las haciendas, polillas de la honra y de la conciencia. Sentía esto mi padre, pronosticando el malogro de su hijo y de su casa; mas yo, de sus rigores apelaba a la piadosa impertinencia de una madre que cuando más me amparaba me perdía. Pero donde acabó de perder mi padre las esperanzas, y aun la vida, fue cuando me vio enredado en el obscuro laberinto del amor. Puse ciegamente los ojos en una dama que (aunque noble y con todas las demás prendas de la naturaleza, de hermosa, discreta y

Laberinto del amor

19 *carrera (de):* «con celeridad y presteza. Y metaphóricamente sin hacer reflexión ni detenerse a pensar lo que se hace». *(Dic. Aut.)*

de pocos años, pero sin las de la fortuna, que son hoy las que más se estiman), comencé a idolatrar en su gentileza, correspondiéndome ella con favores. Lo que sus padres me deseaban yerno, los míos la aborrecían nuera. Buscaron modos y medios para apartarme de aquella afición, que ellos llamaban perdición; trataron de darme otra esposa más de su conveniencia que de mi gusto. Mas yo, ciego, a todo enmudecía. No pensaba, no hablaba, no soñaba en otra cosa que en Felisinda, que así se llamaba mi dama, llevando ya la mitad de la felicidad en su nombre. Con estos y otros muchos pesares acabé con la vida de mi padre, castigo ordinario de la paternal conivencia: él perdió la vida, y yo amparo, aunque no lo sentí tanto como debía. Llorólo mi madre por entrambos, con tal exceso, que en pocos días acabó los suyos, quedando yo más libre y menos triste; consoléme presto de haber perdido padre por poder lograr esposa, teniéndola por tan cierta como deseada, mas por atender a filiales respetos, hube de violentar mi intento por algunos días, que a mí me parecieron siglos. En este breve ínterin de esposo, ¡oh inconstancia de mi suerte!, se barajaron de modo las materias, que la misma muerte que pareció haber facilitado mis deseos los vino a dificultar más y aun los puso en estado de imposibles. Fue el caso, o la desdicha, que en este breve tiempo murió también un hermano de mi dama, mozo galán y único, mayorazgo de su casa, quedando Felisinda heredera de todo. Y fénix a todas luces, juntándose la hacienda y la hermosura, doblaron su estimación, creció mucho en sólo un día, y más su fama, adelantándose a los mejores empleos de esta corte. Con un tan impensado incidente alteráronse mucho las cosas, mudaron de cara las materias: sola Felisinda no se trocó, y si lo fue, en mayor fineza. Sus padres y sus deudos, aspirando a cosas mayores, fueron los primeros que se entibiaron en

9 *Felisinda,* nombre con el que Gracián encubre el de *Felicidad,* parece compuesto de *Félix* —«llevando ya la mitad de la felicidad en su nombre»— e *inda,* por 'natural de la India'.

30 *empleo:* «la dama a quien uno sirve y galantea». *(Dic. Aut.)*

32 *y si lo fue,* es decir, 'y si se trocó'.

favorecer mi pretensión, que tanto la habían antes adelantado. Pasaron sus tibiezas a desvíos, encendiendo más con esto recíprocas voluntades. Avisábame ella de cuanto se trataba, haciéndome de amante secretario. Declarábanse luego otros competidores, tan poderosos como muchos, pero amantes heridos más de las saetas que les arrojaba la aljaba de su dote que el arco del amor: con todo, me daban cuidado, que es todo temores el amor. El que acabó de apurarme fue un nuevo rival que, a más de ser mozo, galán y rico, era sobrino del virrey, que allá es decir a par de numen y ramo de divinidad: porque allí, el gustar un virrey es obligar, y sus pensamientos se ejecutan aun antes que se imaginen. Comenzó a declararse pretensor de mi dama, tan confiado como poderoso. Competíamos los dos al descubierto, asistidos cada uno, él del poder, y yo del amor. Parecióle a él y a los suyos que era menester más diligencia para derribar mi pretensión, tan arraigada como antigua, y para esto dispusieron las materias; despertando a quien dormía, prometieron su favor y industria a unos contrarios míos porque me pusiesen pleito en lo más bien parado de mi hacienda, ya para torcedor de mi voluntad, ya para acobardar a los padres de Felisinda. Vime presto solo y enredado en dos dificultosos pleitos, del interés y del amor, que era el que más me desvelaba. No fue bastante este temor de la pérdida de mi hacienda para hacer volver un paso atrás mi afición, que como la palma crecía más a más resistencia. Pero lo que en mí no pudo, obró en los padres y deudos de mi dama, que, poniendo los ojos en mayores conveniencias del interés y del honor, trataron... mas ¿cómo lo podré decir? no sé si acertaré: mejor será dejarlo.

Instó Andrenio en que prosiguiese. Y él:

—¿Eh, qué es morir?: pues resolvieron matarme, dando mi vida a mi contrario, que lo era mi dama. Avisóme ella la misma noche desde un balcón, como solía; con-

4 *secretario,* por 'confidente'.

14 *pretensor:* «Lo mismo que *pretendiente.*» *(Dic. Aut.)*

22 *torcedor:* «algunas vezes sinifica la sin razón que se haze a alguno para necesitalle a que venga en lo que se le pide». (Covarrubias.)

sultando y pidiéndome el remedio, derramó tantas lágrimas, que encendieron en mi pecho un incendio, un volcán de desesperación y de furia. Con esto, al otro día, sin reparar en inconvenientes ni en riesgos de honra y de vida, guiado de mi pasión ciega, ceñí, no un estoque, sino un rayo penetrante del aljaba del amor, fraguado de celos y de aceros; salí en busca de mi contrario, remitiendo las palabras a las obras y las lenguas a las manos; desnudamos los estoques de la compasión y de la vaina, fuímonos el uno para el otro, y a pocos lances le atravesé el acero por medio del corazón, sacándole el amor con la vida: quedó él tendido, y yo preso, porque al punto dio conmigo un enjambre de ministros, unos picando en la ambición de complacer al virrey, y los más en la codicia de mis riquezas. Dieron luego conmigo en un calabozo, cargándome de hierros, que éste fue el fruto de los míos. Llegó la triste nueva a oídos de sus padres, y mucho más a sus entrañas, deshaciéndose en lágrimas y voces. Gritaban los parientes la venganza, y los más templados justicia; fulminaba el virrey una muerte en cada extremo; no se hablaba de otro, los más condenándome, los menos defendiéndome, y a todos pesaba de nuestra loca desdicha. Sola mi dama se alegró en toda la ciudad, celebrando mi valor y estimando mi fineza. Comenzóse con gran rigor la causa, pero siempre por tela de juicio; y lo primero, a título de secresto; dieron saco verdadero a mi casa, cebándose la venganza en mis riquezas como el irritado toro en la capa del que escapó: solas pudieron librarse algunas joyas por retiradas al sagrado de un convento donde me las guardaban. No se dio por contenta mi fortuna en perseguirme tan criminal, sino que, también civil, me dio luego sentencia en contra en el pleito de la hacienda. Perdí bienes, perdí amigos, que siempre corren parejas. Todo esto fuera nada si no me

Fruto de los vicios

16 *de los míos.* Sobrentendido *de mis yerros,* para el juego de palabras con *hierros.*

25 *por tela de juicio,* con apariencias de legalidad.

26 *secresto:* «Lo mismo que sequestro, que es como oy se dice.» *(Dic. Aut.)*

26 *saco,* por *saqueo. dieron saco* también podría valer por 'entraron a saco'.

sacudiera el último revés, que fue acabarme de todo punto. Aborrecidos los padres de Felisinda de su desgracia, ecos ya de las mías, habiendo perdido en un año hijo y yerno, determinaron dejar la India y dar la vuelta a la corte, con esperanzas de un gran puesto, por sus servicios merecido y con favores del virrey facilitado. Convirtieron en oro y plata sus haberes, y en la primera flota, con toda su hacienda y casa, se embarcaron para España, llevándoseme...

Aquí interrumpieron las palabras los sollozos, ahogándose la voz en el llanto.

—Lleváronseme dos prendas del alma de una vez, con que fue doblado y mortal mi sentimiento: la una era Felisinda, y otra más que llevaba en sus entrañas, desdichada ya por ser mía. Hiciéronse a la vela, y aumentaban el viento mis suspiros. Engolfados ellos y anegado yo en un mar de llanto, quedé en aquella cárcel eternizado en calabozos, pobre y de todos, si no de mis enemigos, olvidado. Cual suele el que se despeña un monte abajo ir sembrando despojos, aquí deja el sombrero, allá la capa, en una parte los ojos y en otra las narices, hasta perder la vida quedando reventado en el profundo: así yo, luego que deslicé en aquel despeñadero de marfil, tanto más peligroso cuando más agradable, comencé a ir rodando y despeñándome de unas desdichas en otras, dejando en cada tope, aquí la hacienda, allá la honra, la salud, los padres, los amigos y mi libertad, quedando como sepultado en una cárcel, abismo de desdichas. Mas no digo bien, pues lo que me acarreó de males la riqueza, me restituyó en bienes la pobreza. Puédolo decir con verdad, pues que aquí hallé la sabiduría (que hasta entonces no la había conocido), aquí el desengaño, la experiencia y la salud de cuerpo y alma. Viéndome sin amigos vivos, apelé a los muertos. Di en leer, comencé a

Amor, despeñadero

Pobreza sabia

2 *aborrecido:* «ant. Lo mismo que *aburrido*». *(Dic. 1780.)*

2-3 *su desgracia.* Cuesta Dutari, op. cit., corrige «sus desgracias».

34 *apelé a los muertos.* Cfr. *El Discreto,* XXV, «Culta repartición de la vida de un discreto», que se sintetiza en *Oráculo,* 229: «Gástese la primera estancia del bello vivir en hablar con los muertos; nacemos para saber y sabernos, y los libros con fidelidad nos hacen personas.»

saber y a ser persona (que hasta entonces no había vivido la vida racional, sino la bestial), fui llenando el alma de verdades y de prendas, conseguí la sabiduría y con ella el bien obrar, que ilustrado una vez el entendimiento, con facilidad endereza la ciega voluntad: él quedó rico de noticias, y ella de virtudes. Bien es verdad que abrí los ojos cuando no hubo ya que ver, que así acontece de ordinario. Estudié las nobles artes y las sublimes ciencias, entregándome con afición especial a la moral filosofía, pasto del juicio, centro de la razón y vida de la cordura. Mejoré de amigos, trocando un mozo liviano por un Catón severo, y un necio por un Séneca: un rato escuchaba a Sócrates y otro al divino Platón. Con esto pasaba con alivio y aun con gusto aquella sepultura de vivos, laberinto de mi libertad. Pasaron años y virreyes y nunca pasaba el rigor de mis contrarios; entretenían mi causa, queriendo, ya que no podían conseguir otro castigo, convertir la prisión en sepultura. Al cabo de un siglo de padecer y sufrir, llegó orden de España (solicitado en secreto de mi esposa) que remitiesen allá mi causa y mi persona. Púsolo en ejecución el nuevo virrey, menos contrario si no más favorable, en la primera flota. Entregáronme con título de preso a un capitán de un navío, encargándole más el cuidado que la asistencia. Salí de la India el primer pobre, pero con tal contento, que los peligros de la mar me parecieron lisonjas. Gané luego amigos, que con el saber se ganan los verdaderos; entre todos, el capitán de la nave: de superior se me hizo confidente, favor que yo estimé mucho, celebrando por verdadero aquel dicho común que con la mudanza del lugar se muda también de fortuna. Mas aquí has de admirar un prodigio del humano engaño, un extremo de mal proceder; aquí, la porfía de una contraria fortuna y a donde llegaron mis desdichas. Este capitán y caballero obligado por todas partes a bien proceder, maleado de la ambición, llevado del parentesco con el virrey mi enemigo y sobornado (a lo que yo más

19 Gracián da a *orden* género masculino, al concertarlo con *solicitado*.
24 *cuidado*, por 'vigilancia'.

creo) de la codicia vil de mi plata y mis alhajas, reliquias de aquella antigua grandeza (¡mas a qué no incitará los humanos pechos la execrable sed del oro!), resolvióse a ejecutar la más civil bajeza que se ha oído. Estando solos una noche en uno de los corredores de popa gozando de la conversación y marea, dio conmigo, tan descuidado como confiado, en aquel profundo de abismos; comenzó él mismo a dar voces, para hacer desgracia de la traición, y aun llorarme, no arrojado sino caído. Al ruido y a las voces, acudieron mis amigos ansiosos por ayudarme, echando cables y sogas; pero en vano, porque en un instante pasó mucho mar el navío, que volaba, dejándome a mí luchando con las olas y con una dos veces amarga muerte. Arrojáronme algunas tablas por último remedio, y fue una dellas sagrada áncora que las mismas olas, lastimadas de mi inocencia y desdicha, me la ofrecieron entre las manos: asíla tan agradecido cuan desesperado, y besándola la dije: ¡Oh despojo último de mi fortuna, leve apoyo de mi vida, refugio de mi última esperanza, serás siquiera un breve ínterin de mi muerte! Desconfiado de poder seguir el navío fugitivo, me dejé llevar de las olas al albedrío de mi desesperada fortuna. Tirana ella una y mil veces, aun no contenta de tenerme en tal punto de desdichas, echando el resto a su fiereza conjuró contra mí los elementos en una horrible tormenta, para acabarme con toda solemnidad de desventuras; ya me arrojaban tan alto las olas, que tal vez temí quedar enganchado en alguna de las puntas de la luna o estrellado en aquel cielo; hundíame luego tan en el centro de los abismos, que llegué a temer más el incendio que el ahogo. Mas ¡ay!, que los que yo lamentaba rigores fueron favores: que a veces llegan tan a los extremos los

3 *...sed de oro.* Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 163 *n*, recuerda respecto a esta frase los versos de Virgilio: «Quid non mortalia pecora cogis, / Auri sacra fames.» (*Aeneis*, III, 56-57.)

6 *marea:* El viento blando, benigno y suave que sopla de la mar.» *(Dic. Aut.)*

15 *sagrada áncora:* «La muy grande llamaron los antiguos *sacra ancora*, por ser el postrer remedio en la tempestad.» (Covarrubias.) También se le llamaba *áncora de la esperanza.*

males, que pasan a ser dichas. Dígolo porque la misma furia de la tempestad y corriente de las aguas me arrojaron en pocas horas a vista de aquella pequeña isla tu patria, y para mí gran cielo, que de otro modo fuera imposible poder llegar a ella, quedando en medio de aquellos mares rendido de hambre y hartando las marinas fieras: en el mal estuvo el bien. Aquí, ayudándome más el ánimo que las fuerzas, llegué a tomar puerto en esos brazos tuyos, que otra vez y otras mil quiero enlazar, confirmando nuestra amistad en eterna.

Desta suerte dio fin Critilo a su relación, abrazándose entrambos, renovando aquella primera fruición y experimentando una secreta simpatía de amor y de contento.

Emplearon lo restante de su navegación en provechosos ejercicios, porque a más de la agradable conversación, que toda era una bien proseguida enseñanza, le dio noticias de todo el mundo y conocimiento de aquellas artes que más realzan el ánimo y le enriquecen, como la gustosa historia, la cosmografía, la esfera, la erudición y la que hace personas: la moral filosofía. En lo que puso Andrenio especial estudio fue en aprender lenguas: la latina, eterna tesorera de la sabiduría, la española, tan universal como su imperio, la francesa, erudita, y la italiana, elocuente, ya para lograr los muchos tesoros que en ellas están escritos, ya para la necesidad de hablarlas y entenderlas en su jornada del mundo. Era tanta la curiosidad de Andrenio como su docilidad, y así, siempre estaba confiriendo y preguntando de las provincias, repúblicas, reinos y ciudades, de sus reyes, gobiernos y naciones, siempre informándose, filosofando y discurriendo con tanta fruición como novedad, deseando llegar a la perfección de noticias y de prendas.

Las nobles artes

Con tan gustosa ocupación, no se sintieron las penalidades de un viaje tan penoso, y al tiempo acostumbrado aportaron a este nuestro mundo. En qué parte, y lo que en él les sucedió, nos lo ofrece referir la crisi siguiente.

---

19 *la esfera,* es decir, 'la astronomía'.

27 *conferir:* «tratar, comunicar y consultar algún negocio o materia con otro las razones que hai en pro y en contra, para assegurar el acierto en la resolución». *(Dic. Aut.)*

CRISI QUINTA

Entrada del Mundo

Cauta, si no engañosa, procedió la naturaleza con el hombre al introducirle en este mundo, pues trazó que entrase sin género alguno de conocimiento, para deslumbrar todo reparo: a escuras llega, y aun a ciegas, quien comienza a vivir, sin advertir que vive y sin saber qué es vivir. Críase niño, y tan rapaz, que cuando llora, con cualquier niñería le acalla y con cualquier juguete le contenta. Parece que le introduce en un reino de felicidades, y no es sino un cautiverio de desdichas; que cuando llega a abrir los ojos del alma, dando en la cuenta de su engaño, hállase empeñado sin remedio, vese metido en el lodo de que fue formado: y ya ¿qué puede hacer sino pisarlo, procurando salir dél como mejor pudiere? Persuádome que si no fuera con este universal ardid, ninguno quisiera entrar en un tan engañoso mundo, y que pocos aceptaran la vida después si tuvieran estas noticias antes. Porque ¿quién, sabiéndolo, quisiera meter el pie en un reino mentido y cárcel verdadera a padecer tan muchas como varias penalidades?: en el cuerpo, hambre, sed, frío, calor, cansancio, desnudez, dolores, enfermedades; y en el ánimo, engaños, persecuciones, envidias, desprecios, deshonras, ahogos, tristezas, temores, iras, desesperaciones; y salir al cabo condenado a mise-

5-6 *deslumbrar:* «dexar a uno dudoso, incierto y confuso...». (Ibid.)

rable muerte, con pérdida de todas las cosas, casa, hacienda, bienes, dignidades, amigos, parientes, hermanos, padres y la misma vida cuando más amada. Bien supo la naturaleza lo que hizo, y mal el hombre lo que aceptó. Quien no te conoce, ¡oh vivir!, te estime; pero un desengañado tomara antes haber sido trasladado de la cuna a la urna, del tálamo al túmulo. Presagio común es de miserias el llorar al nacer, que aunque el más dichoso cae de pies, triste posesión toma; y el clarín con que este hombre rey entra en el mundo no es otro que su llanto, señal que su reinado todo ha de ser de penas: pero ¿cuál puede ser una vida que comienza entre los gritos de la madre que la da y los lloros del hijo que la recibe? Por lo menos, ya que le faltó el conocimiento, no el presagio de sus males, y si no los concibe, los adivina.

Ya estamos en el mundo —dijo el sagaz Critilo al incauto Andrenio, al saltar juntos en tierra—. Pésame que entres en él con tanto conocimiento, porque sé te ha de desagradar mucho. Todo cuanto obró el Supremo Artífice está tan acabado que no se puede mejorar; mas todo cuanto han añadido los hombres es imperfecto. Criólo Dios muy concertado, y el hombre lo ha confundido: digo, lo que ha podido alcanzar; que aun donde no ha llegado con el poder, con la imaginación ha pretendido trabucarlo. Visto has hasta ahora las obras de la naturaleza y admirádolas con razón; verás de hoy adelante las del artificio, que te han de espantar. Contemplado has las obras de Dios; notarás las de los hombres y verás la diferencia. ¡Oh cuán otro te ha de parecer el mundo civil del natural y el humano del divino! Ve prevenido en este punto, para que ni te admires de cuanto vieres, ni te desconsueles de cuanto experimentares.

Mundo civil y natural

Comenzaron a discurrir por un camino tan trillado como solo y primero, mas reparó Andrenio que ninguna de las humanas huellas miraba hacia atrás: todas pasa-

6 *tomara,* por 'prefiriera'.

22 *...y el hombre lo ha confundido.* Rousseau dirá más tarde: «Tout est bien sortant des mains de l'Auteur des choses; tout degenère entre les mains des hommes.» (*Émile,* II, lib. I.)

Niñez inculta

ban adelante, señal de que ninguno volvía. Encontraron a poco rato una cosa bien donosa y de harto gusto: era un ejército desconcertado de infantería, un escuadrón de niños de diferentes estados y naciones, como lo mostraban sus diferentes trajes. Todo era confusión y vocería. Íbalos primero recogiendo y después acaudillando una mujer bien rara, de risueño aspecto, alegres ojos, dulces labios y palabras blandas, piadosas manos, y toda ella caricias, halagos y cariños. Traía consigo muchas criadas de su genio y de su empleo para que los asistiesen y sirviesen; y así, llevaban en brazos los pequeñuelos, otros de los andadores, y a los mayorcillos de la mano, procurando siempre pasar adelante. Era increíble el agasajo con que a todos acariciaba aquella madre común, atendiendo a su gusto y regalo, y para esto llevaba mil invenciones de juguetes con que entretenerlos. Había hecho también gran provisión de regalos, y en llorando alguno, al punto acudía afectuosa haciéndole fiestas y caricias, concediéndole cuanto pedía a trueque de que no llorase; con especialidad cuidaba de los que iban mejor vestidos, que parecían hijos de gente principal, dejándoles salir con cuanto querían. Era tal el cariño y agasajo que esta al parecer ama piadosa les hacía, que los mismos padres la traían sus hijuelos y se los entregaban, fiándolos más della que de sí mismos.

Mucho gustó Andrenio de ver tanta y tan donosa infantería, no acabando de admirar y reconocer al hombre niño. Y tomando en sus brazos uno en mantillas, decíale a Critilo:

—¿Es posible que éste es el hombre? ¡Quién tal creyera que este casi insensible, torpe y inútil viviente ha de venir a ser un hombre tan entendido a veces, tan prudente y tan sagaz como un Catón, un Séneca, un conde de Monterrey!

Conde de Monterrey

28 *es*, por *sea*.

32 *Monterrey*. Parece se trata de don Juan Domingo de Haro y Guzmán, VI conde de Monterrey, por matrimonio con doña Inés Francisca de Zúñiga y Fonseca, el cual desempeñó los cargos de virrey de Cataluña, gobernador de los Países Bajos y presidente del Consejo de Flandes, y más tarde comendador mayor de Castilla, Trece de la Orden de Santiago y gentilhombre de cámara del rey Carlos II. Era hijo de don Luis Méndez de Haro, primer ministro de Felipe IV.

—Todo es extremos el hombre —dijo Critilo—. Ahí verás lo que cuesta el ser persona. Los brutos luego lo saben ser, luego corren, luego saltan; pero al hombre cuéstale mucho porque es mucho.

—Lo que más me admira —ponderó Andrenio— es el indecible afecto desta rara mujer: ¿qué madre como ella?, ¿puédese imaginar tal fineza? Desta felicidad carecí yo, que me crié dentro de las entrañas de un monte y entre fieras; allí lloraba hasta reventar, tendido en el duro suelo, desnudo, hambriento y desamparado, ignorando estas caricias.

—No envidies —dijo Critilo— lo que no conoces, ni la llames felicidad hasta que veas en qué para. Destas cosas toparás muchas en el mundo, que no son lo que parecen, sino muy al contrario. Ahora comienzas a vivir; irás viviendo y viendo.

Caminaban con todo este embarazo sin parar ni un instante, atravesando países; aunque sin hacer estación alguna, y siempre cuesta abajo, atendiendo mucho la que conducía el pigmeo escuadrón a que ninguno se cansase ni lo pasase mal; dábales de comer una vez sola, que era todo el día.

Hallábanse al fin de aquel paraje metidos en un valle profundísimo rodeado a una y otra banda de altísimos montes, que decían ser los más altos puertos deste universal camino. Era noche, y muy oscura, con propiedad lóbrega. En medio desta horrible profundidad, mandó hacer alto aquella engañosa hembra, y mirando a una y otra parte, hizo la señal usada: con que al mismo punto (¡oh maldad no imaginada!, ¡oh traición nunca oída!) comenzaron a salir de entre aquellas breñas y por las bocas de las grutas ejércitos de fieras, leones, tigres, osos, lobos, serpientes y dragones, que arremetiendo de improviso dieron en aquella tierna manada de flacos y desarmados corderillos, haciendo un horrible estrago y sangrienta carnicería, porque arrastraban a unos, despedazaban a otros, mataban, tragaban y devoraban cuantos podían: monstruo había que de un bocado se tragaba

2 *luego,* por 'pronto'.

dos niños y, no bien engullidos aquéllos, alargaba las garras a otros dos; fiera había que estaba desmenuzando con los dientes el primero y despedazando con las uñas el segundo, no dando treguas a su fiereza. Discurrían todas por aquel lastimoso teatro, babeando sangre, teñidas las bocas y las garras en ella. Cargaban muchas con dos y con tres de los más pequeños y llevábanlos a sus cuevas para que fuesen pasto de sus ya fieros cachorrillos. Todo era confusión y fiereza, espectáculo verdaderamente fatal y lastimero. Y era tal la candidez o simplicidad de aquellos infantes tiernos, que tenían por caricias el hacer presa en ellos y por fiesta el despedazarlos, convidándolas ellos mismos risueños y provocándolas con abrazos.

Quedó atónito, quedó aterrado Andrenio viendo una tan horrible traición, una tan impensada crueldad; y, puesto en lugar seguro, a diligencias de Critilo, lamentándose decía:

—¡Oh traidora, oh bárbara, oh sacrílega mujer, más fiera que las mismas fieras!, ¿es posible que en esto han parado tus caricias?, ¿para esto era tanto cuidado y asistencia?, ¡oh inocentes corderillos, qué temprano fuisteis víctima de la desdicha!, ¡qué presto llegasteis al degüello!, ¡oh mundo engañoso!, ¿y esto se usa en ti?, ¿destas hazañas tienes? Yo he de vengar por mis propias manos una maldad tan increíble.

Diciendo y haciendo, arremetió furioso para despedazar con sus dientes aquella cruel tirana; mas no la pudo hallar, que ya ella, con todas sus criadas, habían dado la vuelta en busca de otros tantos corderillos para traerlos vendidos al matadero: de suerte que ni aquéllas cesaban de traer, ni éstas de despedazar, ni de llorar Andrenio tan irreparable daño.

En medio de tan espantosa confusión y cruel matanza, amaneció de la otra parte del valle, por lo más alto de los montes, con rumbos de aurora, una otra mujer (y

---

5 *teatro,* por 'escenario'.
20 *han,* por 'hayan'.
36 *rumbo:* «pompa, ostentación y aparato costoso». *(Dic. Aut.)*

con razón otra) que, tan cercada de luz como rodeada de criadas, desalada cuando más volando, descendía a librar tanto infante como perecía. Ostentó su rostro muy sereno y grave: que de él y de la mucha pedrería de su recamado ropaje despedía tal inundación de luces, que pudieron muy bien suplir, y aun con ventajas, la ausencia del rey del día. Era hermosa por extremo y coronada por reina entre todas aquellas beldades sus ministras. ¡Oh dicha rara!, al mismo punto que la descubrieron las encarnizadas fieras, cesando de la matanza, se fueron retirando a todo huir y, dando espantosos aullidos, se hundieron en sus cavernas. Llegó piadosa ella y comenzó a recoger los pocos que habían quedado; y aun esos, muy mal parados de araños y de heridas. Íbanlos buscando con gran solicitud aquellas hermosísimas doncellas, y aun sacaron muchos de las oscuras cuevas y de las mismas gargantas de los monstruos, recogiendo y amparando cuantos pudieron. Y notó Andrenio que eran éstos de los más pobres y de los menos asistidos de aquella maldita hembra; de modo que en los más principales, como más lucidos, habían hecho las fieras mayor riza. Cuando los tuvo todos juntos, sacólos a toda priesa de aquella tan peligrosa estancia, guiándolos de la otra parte del valle el monte arriba, no parando hasta llegar a lo más alto, que es lo más seguro. Desde allí se pusieron a ver y contemplar con la luz que su gran libertadora les comunicaba el gran peligro en que habían estado, y hasta entonces no conocido. Teniéndolos ya en salvo fue repartiendo preciosísimas piedras, una a cada uno, que, sobre otras virtudes contra cualquier riesgo, arrojaban de sí una luz tan clara y apacible que hacían de la noche día; y lo que más se estimaba era el ser indefectible. Fuélos encomendando a algunos sabios varones, que los apadrinasen y guiasen siempre cuesta arriba hasta la gran ciudad del mundo.

Ya en esto, se oían otros tantos alaridos de otros tantos niños que, acometidos en el funesto valle de las

2 *desalada,* con ansiedad, aceleradamente.
14 *araños,* arañazos.
21 *riza:* «el destrozo y estrago que se hace en alguna cosa». *(Dic. Aut.)*

fieras, estaban pereciendo. Al mismo punto, aquella piadosa reina, con todas sus amazonas, marchó volando a socorrerlos.

Estaba atónito Andrenio de lo que había visto, parangonando tan diferentes sucesos, y en ellos la alternación de males y de bienes de esta vida.

—¡Qué dos mujeres éstas tan contrarias! —decía—. ¡Qué asuntos tan diferentes! ¿No me dirás, Critilo, quién es aquella primera, para aborrecerla, y quién esta segunda, para celebrarla?

—¿Qué te parece —dijo— de esta primera entrada del mundo? ¿No es muy conforme a él y a lo que yo te decía? Nota bien lo que acá se usa. ¡Y si tal es el principio, dime cuáles serán sus progresos y sus fines!: para que abras los ojos y vivas siempre alerta entre enemigos. Saber deseas quién es aquella primera y cruel mujer que tú tanto aplaudías: créeme que ni el alabar ni el vituperar ha de ser hasta el fin. Sabrás que aquella primera tirana es nuestra mala inclinación, la propensión al mal. Inclinación mala anticipada

Ésta es la que luego se apodera de un niño, previene a la razón y se adelanta; reina y triunfa en la niñez, tanto que los proprios padres con el intenso amor que tienen a sus hijuelos condescienden con ellos, y porque no llore el rapaz le conceden cuanto quiere, déjanle hacer su voluntad en todo y salir con la suya siempre: y así, se cría vicioso, vengativo, colérico, glotón, terco, mentiroso, desenvuelto, llorón, lleno de amor proprio y de ignorancia, ayudando de todas maneras a la natural, siniestra inclinación. Apodéranse con esto de un muchacho sus pasiones, cobran fuerza con la paternal conivencia, prevalece la depravada propensión al mal, y ésta, con sus caricias, trae un tierno infante al valle de las fieras a ser presa de los vicios y esclavo de sus pasiones. De modo que cuando llega la Razón, que es aquella otra reina de la luz, madre del desengaño, con las virtudes sus compañeras, ya los halla depravados, entregados a los vicios, y muchos de ellos sin remedio; cuéstale mucho sacarlos de las uñas de sus malas inclinaciones, y halla grande dificultad en encaminarlos a lo alto y seguro de la virtud, porque es llevarlos cuesta arriba. Perecen muchos y Aurora de la vida

quedan hechos oprobio de su vicio, y más los ricos, los hijos de señores y de príncipes, en los cuales el criarse con más regalo es ocasión de más vicio; los que se crían con necesidad y tal vez entre los rigores de una madrastra son los que mejor libran, como Hércules, y ahogan estas serpientes de sus pasiones en la misma cuna.

—¿Qué piedra tan preciosa es esta —preguntó Andrenio— que nos ha entregado a todos con tal recomendación?

—Has de saber —le respondió Critilo— que lo que fabulosamente atribuyeron muchos a algunas piedras, aquí se halla ser evidencia, porque ésta es el verdadero carbunclo que resplandece en medio de las tinieblas, así de la ignorancia como del vicio; éste es el diamante finísimo que entre los golpes del padecer y entre los incendios del apetecer está más fuerte y brillante; ésta es la piedra de toque que examina el bien y mal; ésta, la imán atenta al norte de la virtud; finalmente, ésta es la piedra de todas las virtudes que los sabios llaman el dictamen de la razón, el más fiel amigo que tenemos.

Así iban confiriendo, cuando llegaron a aquella tan famosa encrucijada donde se divide el camino y se diferencia el vivir: estación célebre por la dificultad que hay, no tanto de parte del saber cuanto del querer, sobre qué senda y a qué mano se ha de echar.

Vióse aquí Critilo en mayor duda, porque siendo la tradición común ser dos los caminos, (el plausible, de la mano izquierda, por lo fácil, entretenido y cuesta abajo, y al contrario el de mano derecha, áspero, desapacible y cuesta arriba), halló con no poca admiración que eran tres los caminos, dificultando más su elección.

Bivio humano

—¡Válgame el cielo! —decía—: ¿y no es éste aquel tan sabido bivio donde el mismo Hércules se halló perplejo sobre cuál de los dos caminos tomaría?

Miraba adelante y atrás, preguntándose a sí mismo:

17-18 *la imán.* Sobrentendido *piedra,* usada en la línea anterior y en la siguiente.

21 *confiriendo.* Vid. cr. IV, n. 45.

33 *bivio,* latinismo, por 'lugar donde se bifurca una vía'.

—¿No es ésta aquella docta letra de Pitágoras, en que cifró toda la sabiduría, que hasta aquí procede igual y después se divide en dos ramos, uno espacioso del vicio y otro estrecho de la virtud, pero con diversos fines, que el uno va a parar en el castigo y el otro en la corona? Aguarda —decía—, ¿dónde están aquellos dos aledaños de Epicteto, el *abstine* en el camino del deleite y el *sustine* en el de la virtud? Basta que habemos llegado a tiempos que hasta los caminos reales se han mudado.

—¿Qué montón de piedras es aquél —preguntó Andrenio— que está en medio de las sendas?

—Lleguémonos allá —dijo Critilo—, que el índice del numen vial juntamente nos está llamando y dirigiendo. Éste es el misterioso montón de Mercurio, en quien significaron los antiguos que la sabiduría es la que ha de guiar y que por donde nos llama el cielo habemos de correr: eso está voceando aquella mano.

—Pero el montón de piedras ¿a qué propósito? —replicó Andrenio—: ¡Extraño despejo del camino, amontonando tropiezos!

—Estas piedras —respondió suspirando Critilo— las arrojan aquí los viandantes, que en eso pagan la enseñanza: ése es el galardón que se le da a todo maestro, y entiendan los de la verdad y virtud que hasta las piedras se han de levantar contra ellos. Acerquémonos a esta coluna, que ha de ser el oráculo en tanta perplejidad.

Mediocridad de oro

Leyó Critilo el primer letrero, que con Horacio decía: *Medio hay en las cosas; tú no vayas por los extremos.*

---

1 *letra de Pitágoras:* «Llámase la *Y* letra de Pythágoras porque se supone que este philósopho la añadió al alphabeto griego, tomando su figura de la que forman al volar las grullas.» *(Dic. Aut.)*

7-8 *abstine-sustine.* Ya había recordado esta sentencia de Epicteto, en *Agudeza,* XXIX, y *Oráculo,* 159.

8 *Basta.* Sobrentendido *decir.*

13 *numen vial,* por 'deidad de los caminos'.

14 *montón de Mercurio.* En la remota antigüedad, los viandantes solían echar cada uno una piedra delante de las estatuas erigidas a Mercurio, dios de los caminantes, formando un montón de ellas, que se llamaba *Acervus Mercurii.*

28 *...por los extremos.* Gracián traduce los versos 106-107 de una de las *Saturae* (I, I) de Horacio.

Estaba toda ella, de alto a bajo, labrada de relieve con extremado artificio, compitiendo los primores materiales de la simetría con los formales del ingenio; leíanse muchos sentenciosos aforismos, y campeaban historias alusivas. Íbalas admirando Andrenio y comentándolas Critilo con gustoso acierto. Allí vieron al temerario joven montando en la carroza de luces, y su padre le decía: *Ve por el medio y correrás seguro.*

—Éste fue —declaró Critilo— un mozo que entró muy orgulloso en un gobierno, y por no atender a la mediocridad prudente (como le aconsejaban sus ancianos), perdió los estribos de la razón, y tantos vapores quiso levantar en tributos, que lo abrasó todo, perdiendo el mundo y el mando.

Seguíase Ícaro desalado en caer, pasando de un extremo a otro, de los fuegos a las aguas, por más que le voceaba Dédalo: *¡Vuela por el medio!*

—Éste fue otro arrojado —ponderaba Critilo— que no contento con saber lo que basta, que es lo conveniente, dio en sutilezas mal fundadas, y tanto quiso adelgazar, que le mintieron las plumas y dio con sus quimeras en el mar de un común y amargo llanto: que va poco de pennas a penas. Aquél es el célebre Cleóbulo que está escribiendo en tres cartas consecutivas esta palabra sola, Modo

3 *formales*, 'espirituales', en oposición a *materiales*.

8 *...y correrás seguro*. Según Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 176, alude a la fábula de Faetón y a unos versos de las *Metamorfosis* (II, vs. 136-137) de Ovidio.

13-14 *...perdiendo el mundo y el mando*. Alusión evidente al rey don Sebastián de Portugal, muerto en la batalla de Alcazarquivir en 1578.

17 Encerrados por Minos en el laberinto, Dédalo y su hijo Ícaro tratan de evadirse. Para ello, Dédalo, siempre ingenioso, inventa unas alas de cera y plumas para librarse de la cautividad elevándose en los aires. Él mismo coloca las que destina a su hijo y le recomienda no se eleve demasiado alto para que el ardor del sol no funda la cera que sostenía las plumas, ni tampoco demasiado bajo —es decir, en un justo medio—, pero el joven Ícaro olvida las advertencias de su padre, y derretida la cera, cae en el mar.

23 *pennas*, forma latina de *plumas*, que utiliza Gracián para uno de sus característicos juegos de palabras.

Modo, al rey que en otras tres le había pedido un consejo digno de su saber para reinar con acierto. Mira aquel otro de los siete de la Grecia eternizado sabio por sola aquella sentencia: *Huye en todo la demasía*, porque siempre dañó más lo más que lo menos.

Estaban de relieve todas las virtudes con plausibles empresas en tarjetas y roleos. Comenzaban por orden, puesta cada una en medio de sus dos viciosos extremos y en lo bajo la Fortaleza (asegurando el apoyo a las demás) recostada sobre el cojín de una coluna media entre la Temeridad y la Cobardía. Procediendo así todas las otras, remataba la Prudencia como reina, y en sus manos tenía una preciosa corona con este lema: *Para el que ama la mediocridad de oro*. Leíanse otras muchas inscripciones que formaban lazos y servían de difiniciones al Artificio y al Ingenio. Coronaba toda esta máquina elegante la Felicidad muy serena, recodada en sus varones sabios y valerosos, ladeada también de sus dos extremos, el Llanto y la Risa, cuyos atlantes eran Heráclito y Demócrito, llorando siempre aquél, y éste riendo.

Maestra Filosofía

---

1 *modo*. Diógenes Laercio en op. cit., *Cleóbulo*, § 4, no aclara la anécdota que refiere Gracián, sino que se limita a decir: «Su apotegma es: "La medida es la mejor de todas las cosas"», en el cual, *medida* y *modo* son equivalentes. Gracián había utilizado ya este apotegma de Cleóbulo, en *El Discreto*, XXII.

3 *los siete*, sobrentendido *sabios*.

4 «*Huye en todo la demasía.*» Sentencia que atribuye a Pítaco en esta misma Primera Parte, cr. XIII. También Alciato hace uso de ella en su emblema «Dicta septem sapientum», de donde debió tomarla Gracián.

7 *empresa:* «Cierto symbolo o figura enigmática, con un mote breve y conciso, enderezado a manifestar lo que al ánimo quiere o pretende.» *(Dic. Aut.)*

7 *tarjeta*, pequeño escudo sobrepuesto a un miembro arquitectónico, en el que figuraba alguna inscripción o emblema.

7 *roleo:* «Adorno en la Architectura, que va formando uno como rollo o caracol.» *(Dic. Aut.)*

14 *...de oro.* Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 178, identifica esta frase con otra de Horacio, *Od.*, II, X, vs. 5-6.

19 En *Agudeza*, XXIII, había reproducido Gracián el emblema CLI de Alciato, titulado «In vitam humanam», sobre Heráclito y Demócrito, y asimismo un soneto de Bartolomé Leonardo de Argensola sobre el mismo tema.

Mucho gustó Andrenio de ver y de entender aquel maravilloso oráculo de toda la vida. Mas ya en esto se había juntado mucha gente en pocas personas, porque los más, sin consultar otro numen que su gusto, daban por aquellos extremos llevados de su antojo y su deleite. Llegó uno, y sin informarse, muy a lo necio echó por otro extremo bien diferente del que todos creyeron, que fue por el de presumido, con que se perdió luego. Tras éste venía un vano que tan mal y sin preguntar, pero con lindo aire, tomó el camino más alto; y como él estaba vacío de hueco y el viento iba arreciando, vencióle presto y dio con él allí abajo, con venganza de muchos: que, como iba tan alto, el subir y el caer fue a vista y a risa de todo el mundo. Había un camino sembrado de abrojos, y cuando se persuadió Andrenio que ninguno iría por él, vio que muchos se apasionaban y había puñadas sobre cuál sería el primero. El carril de las bestias era el más trillado, y preguntándole a un hombre (que lo parecía) cómo iba por allí, respondió que por no irse solo. Junto a éste estaba otro camino muy breve, y todos los que iban por él hacían gran prevención de manjares y de regalos, mas no caminaban mucho, que más son los que mueren de ahíto que de hambre. Pretendían algunos ir por el aire, pero desvanecíaseles la cabeza, con que caían; y éstos de ordinario no daban en cielo ni en tierra. Encarrilaban muchos por un paseo muy ameno y delicioso, íbanse de prado en prado muy entretenidos y placenteros, saltando y bailando, cuando a lo mejor caían rendidos, sudando y gritando, sin poder dar un paso, haciendo malísimas caras por haberlas hecho buenas. De un paso se quejaban todos que era muy peligroso, infestado siempre de ladrones; y con que lo sabían, echaban no pocos por él, diciendo que ellos se entenderían con los otros: y al cabo, todos se hacían ladrones, robándose unos a otros. Preguntaban unos, (con no poca admiración de Andrenio y gusto de Critilo, por topar quien reparase y se informase), pedían cuál

Vanos

Vengativos

Glotones

Lascivos

Avaros

32 *con que,* por 'a pesar de que'
37 *pedían,* por 'preguntaban'.

era el camino de los perdidos: creyeron que para huir dél, y fue al contrario, que en sabiéndolo, tomaron por allí la derrota.

—¿Hay tal necedad? —dijo Andrenio.

Y viendo entre ellos algunos personajes de harta importancia, preguntáronles cómo iban por allí, y respondieron que ellos no iban, sino que los llevaban. No era menos calificada la de otros que todo el día andaban al rededor, moliéndose y moliendo, sin pasar adelante ni llegar jamás al centro. No hallaban el camino otros: todo se les iba en comenzar a caminar, nunca acababan, y luego paraban, no acertando a dar un paso, con las manos en el seno y si pudieran aun metieran los pies: éstos jamás llegaban al cabo con cosa. Dijo uno que él quería ir por donde ningún otro hubiese caminado jamás: nadie le pudo encaminar; tomó el de su capricho y presto se halló perdido.

—¿No adviertes —dijo Critilo— que casi todos toman el camino ajeno y dan por el extremo contrario de lo que se pensaba? El necio da en presumido, y el sabio hace del que no sabe; el cobarde afecta el valor y todo es tratar de armas y pistolas y el valiente las desdeña; el que tiene da en no dar y el que no tiene desperdicia; la hermosa afecta el desaliño y la fea revienta por parecer; el príncipe se humana y el hombre bajo afecta divinidades; el elocuente calla, y el ignorante se lo quiere hablar todo; el diestro no osa obrar, y el zurdo no para. Todos, al fin, verás que van por extremos, errando el camino de la vida de medio a medio. Echemos nosotros por el más seguro, aunque no tan plausible, que es el de una prudente y feliz medianía, no tan dificultoso como el de los extremos por contenerse siempre en un buen medio.

Pocos le quisieron seguir, mas luego que se vieron encaminados sintieron una notable alegría interior y una grande satisfación de la conciencia. Advirtieron más que

---

25 *humanarse:* «Familiarizarse, baxarse y deponerse de aquel estado elevado que se gozaba, haciéndose tratable a las gentes.» *(Dic. Aut.)*

36 *más,* además.

aquellas preciosas piedras, ricas prendas de la razón, comenzaron a resplandecer tanto, que cada una parecía un brillante lucero, haciéndose lenguas en rayos y diciendo: «¡Éste es el camino de la verdad, y la verdad de la vida!» Al contrario, todas las de aquellos que siguieron sus antojos se vieron perder su luz; de modo que parecieron quedar de todo punto ofuscadas, y ellos eclipsados: tan errado el dictamen como el camino.

Viendo Andrenio que caminaban siempre cuesta arriba, dijo:

—Este camino más parece que nos lleva al cielo que al mundo.

—Así es —le respondió Critilo—, porque son las sendas de la eternidad, y aunque vamos metidos en nuestra tierra, pero muy superiores a ella, señores de los otros y vecinos a las estrellas; ellas nos guíen, que ya estamos engolfados entre Scila y Caribdis del mundo.

Esto dijo al entrar en una de sus más célebres ciudades, gran Babilonia de España, emporio de sus riquezas, teatro augusto de las letras y las armas, esfera de la nobleza y gran plaza de la vida humana.

Quedó espantado Andrenio de ver el mundo, que no le conocía; mucho más admirado que allá cuando salió a verlo de su cueva. Pero ¿qué mucho?, si allí lo miraba de lejos y aquí tan de cerca, allí contemplando, aquí experimentando: que todas las cosas se hallan muy trocadas cuando tocadas. Lo que más novedad le causó fue el no topar hombre alguno, aunque los iban buscando con afectación, en una ciudad populosa y al sol de medio día.

—¿Qué es esto —decía Andrenio—, dónde están estos hombres? ¿Qué se han hecho? ¿No es la tierra su patria

---

17 *Scila* y *Caribdis*, escollo y abismo situados en el estrecho de Mesina, de difícil paso entre uno y otro por el torbellino que en él se forma, lo que ha dado lugar a un tema tópico de las literaturas clásicas.

19 *gran Babilonia de España*. Alusión a Madrid.

29 *con afectación*, es decir, 'con ansia', como ya queda anotado.

29-30 *...al sol de mediodía*. Alude a la anécdota de Diógenes Cínico, contada por Diógenes Laercio, trad. cit., VI, *Diógenes*, § 15: «Encendía de día un candil y decía: «Voy "buscando un hombre."»

y tan amada, el mundo su centro, y tan requerido? Pues ¿cómo lo han desamparado, dónde habrán ido que más valgan?

Iban por una y otra aparte solícitamente buscándolos sin poder descubrir uno tan sólo, hasta que.... Pero cómo y dónde los hallaron, nos lo contará la otra crisi.

2-3 ...*que más valgan*. Expresión familiar, corriente en toda España.

CRISI SEXTA

Estado del Siglo

Quien oye decir mundo concibe un compuesto de todo lo criado muy concertado y perfecto, y con razón, pues toma el nombre de su misma belleza: mundo quiere decir lindo y limpio; imagínase un palacio muy bien trazado, al fin por la infinita sabiduría, muy bien ejecutado por la omnipotencia, alhajado por la divina bondad para morada del rey hombre, que como partícipe de razón presida en él y le mantenga en aquel primer concierto en que su divino Hacedor le puso. De suerte que mundo no es otra cosa que una casa hecha y derecha por el mismo Dios y para el hombre, ni hay otro modo cómo poder declarar su perfección. Así había de ser, como el mismo nombre lo blasona, su principio lo afianza y su fin lo asegura; pero cuán al contrario sea esto y cuál le haya parado el mismo hombre, cuánto desmienta el hecho al dicho, pondérelo Critilo, que con Andrenio se hallaban ya en el mundo, aunque no bien hallados en fee de tan personas.

En busca iban de los hombres sin poder descubrir uno, cuando al cabo de rato y cansancio toparon con medio, un medio hombre y medio fiera. Holgóse tanto Critilo cuanto se inmutó Andrenio, preguntando:

---

6 Si *inmundo* es «el sucio, el no limpio» (Covarrubias), *mundo*, sin el prefijo, será, en efecto, lo contrario, como indica Gracián y como lo confirma la etimología de la palabra.

—¿Qué monstruo es éste tan extraño?

—No temas —respondió Critilo—, que éste es más hombre que los mismos: éste es el maestro de los reyes y rey de los maestros, éste es el sabio Quirón. ¡Oh qué bien nos viene y cuán a la ocasión!, pues él nos guiará en esta primera entrada del mundo y nos enseñará a vivir, que importa mucho a los principios.

Fuese para él, saludándole, y correspondió el centauro con doblada humanidad; díjole cómo iban en busca de los hombres y que después de haber dado cien vueltas no habían podido hallar uno tan sólo.

Estéril siglo

—No me espanto —dijo él—, que no es este siglo de hombres: digo, aquellos famosos de otros tiempos. ¿Qué, pensabais hallar ahora un don Alonso el Magnánimo en Italia, un Gran Capitán en España, un Enrico IV en Francia haciendo corona de su espada y de sus guarniciones lises? Ya no hay tales héroes en el mundo, ni aun memoria dellos.

—¿No se van haciendo? —replicó Andrenio.

—No llevan traza, y para luego es tarde.

—Pues de verdad que ocasiones no han faltado: ¿cómo no se han hecho? —preguntó Critilo.

—Porque se han desecho. Hay mucho que decir en ese punto —ponderó el Quirón—. Unos lo quieren ser todo, y al cabo son menos que nada: valiera más no hubieran sido. Dicen también que corta mucho la envi-

---

4 *Chirón.* «Centauro, hijo de Saturno y de Phillyra... el qual siendo ya mancebo se fue a las montañas y se dio a conocer y esperimentar las virtudes de las yervas y plantas, demanera que salió un valentíssimo médico... Este crió a Achilles y le enseñó la música y el uso de las yervas en medicina, en la cual fue maestro de Esculapio, y a Hércules enseñó la astrología...» (Covarrubias.) En *El Político,* Gracián dará a este nombre, en su tendencia a convertir los nombres propios en apelativos, la acepción de maestro, al referirse a Nerón: «¡Y cuál hubiera sido a no haber tenido un Séneca por Chirón!»

8 En la ed. de 1651, *corespondió.*

14 Alfonso V, rey de Aragón, que conquistó Nápoles en 1443, reunió en su Corte a humanistas y escritores italianos, castellanos y catalanes, lo que da lugar a una espléndida época de nuestra literatura. Gracián le recuerda múltiples veces.

dia con las tijerillas de Tomeras; pero yo digo que ni es eso, ni esotro, sino que mientras el vicio prevalezca no campeará la virtud, y sin ella no puede haber grandeza heroica. Creedme que esta Venus tiene arrinconadas a Belona y a Minerva en todas partes, y no trata ella sino con viles herreros que todo lo tiznan y todo lo yerran. Al fin, no nos cansemos, que él no es siglo de hombres eminentes ni en las armas ni en las letras. Pero, decidme, dónde los habéis buscado.

Y Critilo:

—¿Dónde los habemos de buscar sino en la tierra? ¿No es ésta su patria y su centro?

—¡Qué bueno es eso! —dijo el centauro—. ¡Mirá cómo los habíais de hallar! No los habéis de buscar ya en todo el mundo, que ya han mudado de hito: nunca está quieto el hombre, con nada se contenta.

—Pues menos los hallaremos en el cielo —dijo Andrenio.

—Menos, que no están ya ni en cielo ni en tierra.

—Pues ¿dónde los habemos de buscar?

—¿Dónde?: en el aire.

—¿En el aire?

—Sí, que allí se han fabricado castillos, en el aire, torres de viento, donde están muy encastillados sin querer salir de su quimera.

Castillos en el aire

---

1 Se alude a la conocida leyenda de la campana de Huesca, novelada por Cánovas del Castillo, considerada hoy como invención histórica. Al suceder Ramiro II, que había sido monje en un convento de Narbona, a su hermano Alfonso I como rey de Aragón, encuentra soliviantados contra él a los nobles aragoneses. Va a consultarse con su antiguo superior, el abad de Tomeras, y éste, sin responderle, vase al jardín del monasterio y con unas tijeras pónese a podar los mirtos, cortando los que más sobresalían. Entendida la respuesta por Ramiro *el Monje*, mandó cortar las cabezas de los magnates más levantiscos y que fuesen colgadas en forma de campana, a fin de que fuese conocido el hecho y sirviese de ejemplo en todo el reino.

6 *viles herreros*. Nueva alusión a Vulcano.

13 *mirá*. La supresión de la *d* final en las formas imperativas es frecuente en nuestros clásicos y lo es mucho más en el lenguaje popular.

15 *mudar de hito:* «Mudar de asiento, no estar fixo en una parte.» *(Dic. 1780.)*

—Según eso —dijo Critilo—, todas sus torres vendrán a serlo de confusión, y por no ser Janos de prudencia, les picarán las cigüeñas manuales señalándolos con el dedo y diciendo: «Este ¿no es aquel hijo de aquel otro?» De suerte que con lo que ellos echaron a las espaldas los demás les darán en el rostro.

—Otros muchos —prosiguió el Quirón— se han subido a las nubes, y aun hay quien no levantándose del polvo pretende tocar con la cabeza en las estrellas; paséanse no pocos por los espacios imaginarios, camaranchones de su presunción, pero la mayor parte hallaréis acullá sobre el cuerno de la luna, y aun pretenden subir más alto, si pudieran.

—¡Tiene razón —voceó Andrenio—, acullá están, allá los veo! Y aun allí andan empinándose, tropezando unos y cayendo otros, según las mudanzas suyas y de aquel planeta, que ya les hace una cara, y ya otra; y aun ellos también no cesan entre sí de armarse zancadillas, cayendo todos con más daño que escarmiento.

—¿Hay tal locura? —repetía Critilo—. ¿No es la tierra su lugar proprio del hombre, su principio y su fin? ¿No les fuera mejor conservarse en este medio, y no querer encaramarse con tan evidente riesgo? ¿Hay tal disparate?

—Sí lo es grande —dijo el semihombre—; materia de harta lástima para unos, y de risa para otros, ver que

---

2 *Janos de prudencia*, es decir, prudentes como Jano bifronte, que tenía dos rostros, con los que podía mirar el pasado y el futuro.

3 Con *cigüeñas manuales* parece referirse Gracián a un pasaje que aparece en Covarrubias (sub. *cigüeña*), que comprueba una vez más la frecuente consulta que debió hacer de su *Tesoro:* «Y rematemos este discurso con un término de irrisón, que oy día se usa en Italia, para dezir de uno, que detrás dél le van haziendo cocos y burlas, dizen *ciconia;* y trae origen que yéndole detrás hazían con la mano y los dedos una forma de pico de cigüeña, como que le abre y le cierra, y juntamente haziéndole gestos. Y esto es lo que quiso dezir Persio, *satyra prima: O Iane a tergo, quem nulla ciconia pinsit.* Por quanto figuravan a Jano con dos caras, una delante y otra atrás.»

10 *camarachón:* «desván de la casa, o lo más alto de ella, que sirve para tener trastos viejos u otras cosas excusadas». *(Dic. Aut.)*

12 Es locución frecuente, para hablar de un elogio excesivo, decir: «Poner por los cuernos de la luna.»

el que ayer no se levantaba de la tierra, ya le parece poco un palacio; ya habla sobre el hombro el que ayer llevaba la carga en él; el que nació entre las malvas pide los artesones de cedro; el desconocido de todos, hoy desconoce a todos; el hijo tiene el puntillo de los muchos que dio su padre; el que ayer no tenía para pasteles, asquea el faisán; blasona de linajes el de conocido solar; el vos es señoría. Todos pretenden subir y ponerse sobre los cuernos de la luna, más peligrosos que los de un toro, pues estando fuera de su lugar es forzoso dar abajo con ejemplar infamia.

Fieras ciudadanas

Fuelos guiando a la Plaza Mayor, donde hallaron paseándose gran multitud de fieras, y todas tan sueltas como libres, con notable peligro de los incautos: había leones, tigres, leopardos, lobos, toros, panteras, muchas vulpejas; ni faltaban sierpes, dragones y basiliscos.

—¿Qué es esto? —dijo turbado Andrenio—, ¿dónde estamos? ¿Es ésta población humana o selva ferina?

—No tienes que temer; que cautelarte, sí —dijo el centauro.

—Sin duda que los pocos hombres que habían quedado se han retirado a los montes —ponderó Critilo— por no ver lo que en el mundo pasa, y que las fieras se han venido a las ciudades y se han hecho cortesanas.

---

2 *ya habla sobre el hombro*, expresión equivalente a «mirar por encima del hombro».

6 *que dio su padre*. Dicho con ironía, por haber sido sastre.

6 *pastel:* «Es refugio de los que no pueden hazer olla, y socorre muchas necessidades.» (Covarrubias.)

7 *conocido solar*, no con la acepción primera que ofrece Covarrubias: «El suelo de la casa antigua de donde decienden hombres nobles», sino con la más intencionada de «qualquier otro suelo donde se edifica casa», y aun acaso con el simple valor de 'lugar en que se ha nacido'.

8 *vos-señoría*. Sobre el uso de *vos*, como tratamiento para inferiores, es muy expresivo lo que dice Gracián Dantisco en su *Galateo español:* «quien llamase de vos a otro no siendo muy más calificado, le menosprecia y hace ultraje en nombrarle, pues se sabe que con semejantes palabras llaman a peones y trabajadores». *Señoría:* «es cortesía que se da a los señores titulados» (Covarrubias).

18 *ferina:* «cosa perteneciente a fiera, o que tiene su condición y propiedades». *(Dic. Aut.)*

—Así es —respondió Quirón—. El león de un poderoso, con quien no hay poderse averiguar, el tigre de un matador, el lobo de un ricazo, la vulpeja de un fingido, la víbora de una ramera, toda bestia y todo bruto han ocupado las ciudades; esas rúan las calles, pasean las plazas y los verdaderos hombres de bien no osan parecer, viviendo retirados dentro de los límites de su moderación y recato.

—¿No nos sentaríamos en aquel alto —dijo Andrenio— para poder ver cuando no gozar, con seguridad y señorío?

—Eso no —respondió Quirón—. No está el mundo para tomarlo de asiento.

—Pues arrimémonos aquí a una de estas colunas —dijo Critilo.

—Tampoco, que todos son falsos los arrimos de esta tierra: Vamos paseando y pasando.

El rico, más rico

Estaba muy desigual el suelo, porque a las puertas de los poderosos, que son los ricos, había unos grandes montones que relucían mucho.

—¡Oh qué de oro! —dijo Andrenio.

Y el Quirón:

—Advierte que no lo es todo lo que reluce.

Llegaron más cerca y conocieron que era basura dorada.

El pobre, más pobre

Al contrario, a las puertas de los pobres y desvalidos había unas tan profundas y espantosas simas, que causaban horror a cuantos las miraban; y así, ninguno se acercaba de mil leguas: todos las miraban de lejos. Y es lo bueno que todo el día, sin cesar, muchas y grandes bestias estaban acarreando hediondo estiércol, y lo echaban sobre el otro, amontonando tierra sobre tierra.

—¡Cosa rara —dijo Andrenio—, aun enconomía no hay! ¿No fuera mejor echar toda esta tierra en aquellos gran-

---

2 *averiguarse con:* «Avenirse con alguno, sujetarle o reducirle a la razón.» *(Dic. 1780.)*

5 *ruar,* pasear la calle.

12 *tomar de asiento,* por *estar o quedarse de asiento,* «que vale establecerse en algún pueblo o parage». *(Dic. 1780.)*

31 *enconomía.* Se trata, sin duda, de una errata, ya que la forma *enconomía,* por 'economía', no aparece registrada en los diccionarios de la época ni en los posteriores.

des hoyos de los pobres, con que se emparejara el suelo y quedara todo muy igual?

—Así había de ser para bien ir —dijo Quirón—. Pero ¿qué cosa va bien en el mundo? Aquí veréis platicado aquel célebre imposible tan disputado de los filosófos, conviniendo todos en que no se puede dar vacío en la naturaleza: he aquí que en la humana esta gran monstruosidad cada día sucede. No se da ya en el mundo a quien no tiene, sino a quien más tiene. A muchos se les quita la hacienda porque son pobres, y se les adjudica a otros porque la tienen. Pues las dádivas, no van sino a donde hay, ni se hacen los presentes a los ausentes. El oro dora la plata; ésta acude al reclamo de otra. Los ricos son los que heredan, que los pobres no tienen parientes; el hambriento no halla un pedazo de pan, y el ahíto está cada día convidado; el que una vez es pobre, siempre es pobre: y desta suerte, todo el mundo le hallaréis desigual.

—Pues ¿por dónde iremos? —preguntó Andrenio.

—Echemos por el medio y pasaremos con menos embarazo y más seguridad.

—Paréceme —dijo Critilo— que veo ya algunos hombres: por lo menos, que ellos lo piensan ser.

—Ésos lo serán menos —dijo Quirón—, verlo has presto.

Necios ensalzados

Asomaban ya por un cabo de la plaza ciertos personajes que caminaban, de tan graves, con las cabezas hacia abajo por el suelo, poniéndose del lodo, y los pies para arriba muy empinados, echando piernas al aire, sin acertar a dar un paso: antes, a cada uno caían, y aunque se maltrataban harto, porfiaban en querer ir de aquel modo tan ridículo como peligroso. Comenzó Andrenio a admirar y Critilo a reír.

—Haced cuenta —dijo el Quirón— que soñáis despiertos. ¡Oh qué bien pintaba el Bosco!; ahora entiendo

---

27 *echar piernas:* «preciarse de lindo, de mui galán y también de valiente y guapo». *(Dic. Aut.)*

33 Jerónimo Van Aken, *el Bosco* (1463-1516), pintor flamenco, cuyos cuadros suelen desarrollar asuntos fantásticos. Vid. Xavier de Salas, *El Bosco en la literatura española*, Barcelona, 1943, y Ricardo del Arco, *Estimación española del Bosco en los siglos XVI y XVII*, en *Revista de Ideas Estéticas*, 1952, XL.

Sabios abatidos

su capricho. Cosas veréis increíbles. Advertid que los que habían de ser cabezas por su prudencia y saber, esos andan por el suelo, despreciados, olvidados y abatidos; al contrario, los que habían de ser pies por no saber las cosas ni entender las materias, gente incapaz, sin ciencia ni experiencia, esos mandan. Y así va el mundo, cual digan dueñas: mejor fuera dueños. No hallaréis cosa con cosa. Y a un mundo que no tiene pies ni cabeza, de merced se le da el descabezado.

No bien pasaron éstos, que todos pasan, cuando venían otros, y eran los más y que se preciaban de muy personas. Caminaban hacia atrás, y a este modo todas sus acciones las hacían al revés.

—¡Qué otro disparate! —dijo Andrenio—. Si tales caprichos hay en el mundo, llámese casa de orates hermanados.

—¿No nos puso —ponderó Critilo— la próvida naturaleza los ojos y los pies hacia delante para ver por dónde andamos y andar por donde vemos con seguridad y firmeza? Pues ¿cómo estos van por donde no ven y no miran por dónde van?

—Advertid —dijo Quirón— que los más de los mortales, en vez de ir adelante en la virtud, en la honra, en el saber, en la prudencia y en todo, vuelven atrás. Y así, muy pocos son los que llegan a ser personas: cual y cual,

Conde de Peñaranda

un conde de Peñaranda. ¿No veis aquella mujer lo que forceja, cejando en la vida? No querría pasar de los veinte, ni aquella otra de los treinta, y en llegando a un cero se hunden allí, como en trampa de los años, sin querer pasar adelante; aún mujeres no quieren ser: siem-

---

9 *se le da el.* Parece que debiera sobrentenderse *nombre de,* como lo exigiría una perfecta construcción.

25 *cual y cual:* «cioe rari, pochi». (Franciosini.)

26 Don Gaspar de Bracamonte y Guzmán, III conde de Peñaranda, consejero de Estado, virrey de Nápoles, ministro plenipotenciario en Münster, y uno de los gobernadores de la monarquía a la muerte de Felipe IV.

27 *forcejear:* «Hacer fuerza, resistirse para defenderse o escabullirse de quien le tiene asido.» *(Dic. Aut.)*

27 *cejando,* retrocediendo.

pre niñas. Mas ¡cómo estira dellas aquel vejezuelo coxo, y la fuerza que tiene! ¿No veis cómo las arrastra llevándolas por los cabellos? Con todos los de aquella otra se ha quedado en las manos, todos se los ha arrancado. ¡Qué puñada le ha pegado a la otra! No la ha dejado diente. Hasta las cejas las harta de años. ¡Oh qué mala cara le hacen todas!

—Aguardá, ¿mujeres? —dijo Andrenio—, ¿dónde están? Mujeres ¿Cuáles son?, que yo no las distingo de los hombres. ¿Tú no me dijiste, ¡oh Critilo!, que los hombres eran los fuertes y las mujeres las flacas, ellos hablaban recio y ellas delicado, ellos vestían calzón y capa, y ellas basquiñas? Yo hallo que todo es al contrario, porque, o todos son ya mujeres, o los hombres son los flacos y afeminados; ellas, las poderosas: Ellos tragan saliva, sin osar hablar, y ellas hablan tan alto, que aun los sordos las oyen; ellas mandan el mundo, y todos se les sujetan. Tú me has engañado.

—Tienes razón —aquí suspirando Critilo—, que ya los hombres son menos que mujeres. Más puede una lagrimilla mujeril que toda la sangre que derramó el valor, más alcanza un favor de una mujer que todos los méritos del saber. No hay vivir con ellas, ni sin ellas. Nunca más estimadas que hoy: todo lo pueden y todo lo pierden. Ni vale haberlas privado la atenta naturaleza del decoro de la barba, ya para nota, ya para dar lugar a la vergüenza, y todo no basta.

—Según eso —dijo Andrenio—, ¿el hombre no es el rey del mundo, sino el esclavo de la mujer?

—Mirad —respondió el Quirón—, él es el rey natural, sino que ha hecho a la mujer su valido, que es lo mismo que decir que ella lo puede todo. Con todo eso, para que las conozcáis, aquéllas son que cuando más han menester el juicio y el valor, entonces les falta más. Pero sean excepción de mujeres las que son más que hombres: la

---

1 *estira*, de *estirar*, en la acepción de *tirar*, en Franciosini.

1 *vejezuelo coxo*, el Tiempo, como lo representaban los escritores satíricos. *coxo:* «Por antonomasia se entiende el tiempo.» *(Dic. Aut.)*

Princesa de Rosano. Doña Elvira Ponce

gran Princesa de Rosano y la excelentísima señora Marquesa de Valdueza.

Más admiración les causó uno que, yendo a caballo en una vulpeja, caminaba hacia atrás, nunca seguido, sino torciendo y revolviendo a todas partes; y todos los del séquito, que no eran pocos, procedían del mismo modo, hasta un perro viejo que de ordinario le acompañaba.

—¿Veis a éste? —advirtió Quirón—; pues yo os aseguro que no se mueve de necio.

—Yo lo creo —dijo Critilo—, que todos me parece van por extremos en el mundo. ¿Quién es éste, dinos, que pica más en falso que en falto?

Caco político

—¿No habéis oído nunca nombrar el famoso Caco? Pues éste lo es de la política: digo, un caos de la razón de Estado. De este modo corren hoy los estadistas, al revés de los demás; así proceden en sus cosas para desmentir toda atención ajena, para deslumbrar discursos. No querrían que por las huellas les rastreasen sus fines: señalan a una parte y dan en otra; publican uno y ejecutan otro; para decir no, dicen sí; siempre al contrario, cifrando en las encontradas señales su vencimiento. Para estos es menester un otro Hércules que, con la maña y la fuerza, averigüe sus pisadas y castigue sus enredos.

Observó de buena nota Andrenio que los más hablaban a la boca, y no al oído, y que los que escuchaban, no sólo no se ofendían de semejante grosería, sino que antes bien gustaban tanto de ello que abrían las bocas de par en par, haciendo de los mismos labios orejas, hasta distilárseles el gusto.

—¿Hay tal abuso? —dijo el mismo—. Las palabras se oyen, que no se comen ni se beben, y éstos todo se lo tragan; verdad es que nacen en los labios, pero mueren

---

1 *Princesa de Rosano*. Hija de Juan Jorge Aldobrandini, príncipe de Rossano, casada primero con Pablo Borghese, príncipe de Sulmona, y en segundas nupcias con Camillo Pamphili, sobrino de Inocencio X, en 1647. Murió sin sucesión en 1681.

2 Doña Elvira Ponce, marquesa de Valdueza, camarera mayor de la reina, a la cual Gracián dedicará *El Comulgatorio*.

21 *vencimiento*, con significación de 'triunfo'.

en el oído y se sepultan en el pecho. Éstos parece que las mascan y que se relamen con ellas.

—Gran señal —dijo Critilo— de poca verdad, pues no les amargan.

—¡Oh! —dijo Quirón—, ¿no veis que ya se usa hablarle a cada uno al sabor de su paladar? ¿No advertes, ¡oh Andrenio!, aquel señor cómo se está saboreando con las lisonjas de azúcar? ¡Qué hartazgos se da de adulación! Créeme que no oye, aunque lo parece, porque todo se lo lleva el viento. Repara en aquel otro príncipe qué hace de engullir mentiras: todo se lo persuade; mas hay una cosa, que en toda su vida dejó de creer mentira alguna, con que escuchó tantas, ni creyó verdad, aunque oyó tan pocas. Pues aquel otro necio desvanecido ¿de qué piensas tú que está tan hinchado? ¡Eh!, que no es de sustancia: no es sino aire y vanidad. Lisonja valida

—Ésta debe ser la causa —ponderó Critilo— que oyen tan pocas verdades los que más debrían: ellas amargan, y como ellos las escuchan con el paladar, o no se las dicen, o no tragan alguna; y la que acierta a pasar les hace tan mal estómago, que no la pueden digerir.

Lo que les ofendió mucho fue el ver unos vilísimos esclavos de sí mismos arrastrando eslabonados hierros: las manos (no con cuerdas, ni aun con esposas) atadas para toda acción buena, y más para las liberales; el cuello, con la argolla de un continuo, aunque voluntario, ahogo; los pies con grillos, que no les dejaban dar un paso por el camino de la fama; tan cargados de hierros cuan desnudos de aceros. Y con una nota tan descarada, estaban muy entronizados, cortejados y aplaudidos, mandando a hombres muy hombres, ingenuos y principales, gente toda de noble condición; éstos servían a aquéllos, obedeciéndolos en todo, y aun los llevaban en peso, poniendo el hombro a tan vil carga. Aquí ya dio voces Andrenio, sin poderlo tolerar:

—¡Oh quién pudiera llegar —decía— y barajar aquellas

29 *acero:* «Metaphóricamente significa esfuerzo, ardimiento, valor y denuedo.» *(Dic. Aut.)*

31 *ingenuos*, por 'libres'.

suertes! ¡Oh cómo derribara yo a puntillazos aquellas mal empleadas sillas y las trocara en lo que habían de ser y ellos tan bien merecen!

—No grites —dijo Quirón—, que nos perdemos.

—¿Qué importa, si todo va perdido?

—¿No ves tú que son éstos los poderosos, los que etcétera?

—¿Éstos?

Esclavos mandan

—Sí, estos esclavos de sus apetitos, siervos de sus deleites, los Tiberios, los Nerones, los Calígulas, Heliogábalos y Sardanápalos, ésos son los adorados; y al contrario, los que son los verdaderos señores de sí mismos, libres de toda maldad, ésos son los humillados. En consecuencia de esto, mira aquéllos muy sanos de corazón tendidos en el suelo, y aquéllos otros tan malos muy en pie; los de buen color en todas sus cosas andan descaecidos, y aquéllos a quienes su mala conciencia les ha robado el color, por lo que robaron, están empinados; los de buenas entrañas no se pueden tener ni conservar, y los que las tienen dañadas corren; los que les huele mal el aliento están alentados, los cojos tienen pies y manos, todos los ciegos tienen palo: de suerte que todos los buenos van por tierra y los malos andan ensalzados.

—¡Oh qué bueno va el mundo! —dijo Andrenio.

Pero lo que les causó gran novedad, y aun risa, fue ver un ciego que no veía gota (aunque sí bebía muchas), con unos ojos más oscuros que la misma vileza, con más nubes que un mayo: con toda esta ceguera, venía hecho guía de muchos que tenían la vista clara; él los guiaba ciego y ellos le seguían mudos, pues en nada le repugnaban.

Ciegos guían

—¡Ésta sí —exclamó Andrenio— que es brava ceguera!

—Y aun torpe también —dijo Critilo—. Que un ciego guíe a otro, gran necedad es, pero ya vista, y caer ambos en una profundidad de males; pero que un ciego de todas

---

1 *puntillazo:* «El golpe dado con la punta del pie.» *(Dic. Aut.)*

22 *palo:* «*Tener el mando y el palo.* Phrase que vale tener absoluto poder y dominio sobre alguna cosa.» (Ibid.)

30-31 *repugnar:* «Contradezir.» (Covarrubias.)

maneras, quiera guiar a los que ven, ése es disparate nunca oído.

—Yo —dijo [Andrenio]— no me espanto que el ciego pretenda guiar a los otros, que, como él no ve, piensa que todos los demás son ciegos y que proceden del mismo modo, a tientas y a tontas; mas ellos, que ven y advierten el peligro común, que con todo eso le quieran seguir, tropezando a cada punto y dando de ojos a cada paso hasta despeñarse en un abismo de infelicidades, ésa es una increíble necedad y una monstruosa locura.

—Pues advertid —dijo Quirón— que éste es un error muy común, una desesperación transcendental, necedad de cada día y mucho más de nuestros tiempos. Los que menos saben tratan de enseñar a los otros; unos hombres embriagos intentan leer cátedra de verdades. De suerte que habemos visto que un ciego de la torpe afición de una mujer tan fea cuan infame, llevó infinitas gentes tras sí, despeñándose todos en un profundo de eterna calamidad: y ésta no es la octava maravilla, el octavo monstruo sí, que el primer paso de la ignorancia es presumir saber, y muchos sabrían si no pensasen que saben.

Oyeron en esto un gran ruido, como de pendencia, en un rincón de la plaza, entre diluvios del populacho. Era una mujer, origen siempre del ruido, muy fea, pero muy aliñada: mejor fuera prendida. Servíala de adorno todo un mundo, cuando ella le descompone todo. Metía a voces su mal pleito, y a gritos se formaba cuando más se deshacía. Habíalas contra otra mujer muy otra en todo, y aun por eso su contraria. Era ésta tan linda cuan desaliñada, mas no descompuesta. Iba casi desnuda: unos decían que por pobre, otros que por hermosa. No respondía palabra, que ni osaba ni la oían. Todo el mundo la iba en contra, no sólo el vulgo, sino los más principales, y aun..., pero más vale enmudecer con ella: todos se

3 [*Andrenio*], por confusión, en la ed. de 1651 y siguientes, *Critilo*.
8 «*dar de ojos* es caer sobre el rostro». (Covarrubias.)
15 «*embriago*, el borracho.» (Ibid.)
19-20 *el octavo monstruo*, alusión a Enrique VIII de Inglaterra.
25 *prendida*, dilogía peculiar en Gracián, con la que quiere significar 'ataviada' y 'presa'.

conjuraron en perseguirla. Pasando de las burlas a las veras, de las voces a las manos, comenzaron a maltratarla; y cargó tanta gente, que casi la ahogaban, sin haber persona que osase ni quisiese volver por ella.

Aquí, naturalmente compasivo, Andrenio fue a ponérsele al lado, mas detúvole el Quirón, diciendo:

Mentira plausible

—¿Qué haces? ¿Sabes con quién te tomas y por quién vuelves? ¿No adviertes que te declaras contra la plausible Mentira, que es decir contra todo el mundo, y que te han de tener por loco? Quisiéronla vengar los niños con sólo decirla, mas como flacos y contra tantos y tan poderosos, no fue posible prevalecer: con lo cual quedó de todo punto desamparada la hermosísima Verdad, y poco a poco, a empellones, la fueron todos echando tan lejos que aun hoy no parece ni se sabe dónde haya parado.

—Basta que no hay justicia en esta tierra— decía Andrenio.

—¡Cómo no! —le replicó el Quirón—, pues de verdad que hay hartos ministros suyos: justicia hay, y no puede estar muy lejos estando tan cerca la Mentira.

Asomó en esto un hombre de aspecto agrio, rodeado de gente de juicio; y así como le vio, se fue para él la Mentira a informarle con muchas razones de la poca que tenía. Respondióla que luego firmara la sentencia en su favor, a tener plumas. Al mismo instante, ella le puso en las manos muchos alados pies, con que volando firmó el destierro de la Verdad, su enemiga, de todo el mundo.

Malos jueces

—¿Quién es aquél —preguntó Andrenio— que para andar derecho lleva por apoyo el torcimiento en aquella flexible vara?

—Éste —respondió Quirón— es juez.

—Ya el nombre se equivoca con el vendedor del Justo.

---

1 ...*en perseguirla.* Cfr. *Agudeza,* XXVIII, donde transcribe un apólogo de Mateo Alemán, que pudo servirle para este pasaje.

30 *torcimiento,* equívoco entre el significado directo: «Dobladura o convadura de lo que estaba derecho.» *(Dic. Aut.)* y su acepción metafórica, que alude al torcimiento moral.

33 ...del Justo. Es decir, *Judas.* Para Gracián *juez* y *Judas* pueden confundirse.

Notable cosa, que toca primero para oír después. ¿Qué significa aquella espada desnuda que lleva delante, y para qué la lleva?

—Ésa —dijo Quirón— es la insignia de la dignidad, y juntamente instrumento del castigo; con ella corta la mala yerba del vicio.

—Más valiera arrancarla de cuajo —replicó Critilo—. Peor es a veces segar las maldades, porque luego vuelven a brotar con más pujanza y nunca mueren del todo.

—Así había de ser— respondió Quirón—, pero ya los mismos que habían de acabar los males son los que los conservan, porque viven dellos.

Mandó luego ahorcar, sin más apelación, un mosquito y que lo hiciesen cuartos porque había caído el desdichado en la red de la ley. Pero a un elefante que las había atropellado todas, sin perdonar humanas ni divinas, le hizo una gran bonetada al pasar cargado de armas prohibidas, bocas de fuego, buenas lanzas, ganzúas, chuzones, y aun le dijo que aunque estaba de ronda, si era servido, le irían acompañando todos sus ministros hasta dejarle en su cueva. ¡Qué paso éste para Andrenio! Y no paró aquí, sino que a otro desventurado, que encogiéndose de hombros no osaba hablar alto, lo mandó pasear. Y preguntando unos por qué le azotaban, respondían otros:

—Porque no tiene espaldas; que, a tenerlas, él hombreara como aquellos que van allí cargados dellas, con más cargas a más cargos.

Desapareció el juez, cuando comenzó a llevarse los ojos y los aplausos un valiente hombre que pudiera competir con el mismo Pablo de Parada. Venía armado de un temido peto conjugado por todos tiempos, núme-

Don Pablo de Parada

---

1 «*toca* por equívoco entre el tormento así llamado que se daba a los procesados... y el *toca* o coge la dádiva del cohecho». Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 203.

24 *pasear*, en la acepción de *pasear las calles* «que da a entender que a alguno le han sacado a azotar por justicia u a otro castigo semejante». *(Dic. Aut.)*

31 *Pablo de Parada*. Vid. dedicatoria de esta *Primera Parte*.

ros y personas; traía dos pistolas, pero muy dormidas en sus fundas, a lo descansado; caballo desorejado, y no por culpas suyas; dorado espadín en sólo el nombre, hembra en los hechos, nunca desnuda por lo recatada; coronábase de plumas, avechucho de la bizarría, que no del valor.

—Éste —preguntó Andrenio—, ¿es hombre o es monstruo?

—Bien dudas —acudió Quirón— que algunas naciones la primera vez que le vieron le imaginaron todo una cosa, caballo y hombre. Éste es soldado; así lo estuviera en las costumbres: no anduviera tan rota la conciencia.

Soldados al uso

—¿De qué sirven éstos en el mundo?

—¿De qué? Hacen guerra a los enemigos.

—¡No la hagan mayor a los amigos!

—Éstos nos defienden.

—¡Dios nos defienda de ellos!

—Éstos pelean, destrozan, matan y aniquilan nuestros contrarios.

—¿Cómo puede ser eso, si dicen que ellos mismos los conservan?

—Aguarda, yo digo lo que debrían hacer por oficio, pero está ya el mundo tan depravado, que los mismos remediadores de los males los causan en todo género de daños. Éstos, que habían de acabar las guerras, las alargan; su empleo es pelear, que no tienen otros juros ni otra renta, y como acabada la guerra quedarían sin oficio ni beneficio, ellos popan al enemigo, porque papan dél. ¿Para qué han de matar las centinelas al marqués de Pescara, si viven dél? Que hasta el atambor sabe estos primores. Y así, veréis que la guerra que a lo más tirar estas nuestras barras pudiera durar un año, dura doce, y fuera eterna si la felicidad y el valor no se hu-

---

5-6 *...que no del valor.* Gracián pinta aquí al *miles gloriosus*, según el modelo de la época.

28 *popar:* «adular o lisongear a alguno». *(Dic. Aut.)*

30 *Pescara.* En *El Héroe*, XIII, y en *Agudeza*, LVII, ya se había referido a don Fernando Francisco de Avalos (1490-1525), marqués de Pescara, vencedor de los franceses en Pavía (1525), por el que siente viva admiración.

bieran juntado hoy en un marqués de Mortara. Lo mismo sienten todos de aquel otro que también viene a caballo para acaballo todo. Éste tiene por asunto y aun obligación hacer de los malos, buenos; pero él obra tan al revés, que de los buenos hace malos, y de los malos, peores. Éste trae guerra declarada contra la vida y la muerte, enemigo de entrambas, porque querría a los hombres ni mal muertos ni bien vivos, sino malos, que es un malísimo medio. Para poder él comer, hace de modo que los otros no coman; él engorda cuando ellos enflaquecen; mientras están entre sus manos, no pueden comer; y si escapan de ellas, que sucede pocas veces, no les queda que comer. De suerte que ellos viven en gloria cuando los demás en pena. Y así, peores son que los verdugos, porque aquéllos ponen toda su industria en no hacer penar y con lindo aire hacen que le falte al que pernea; pero éstos todo su estudio ponen en que pene y viva muriendo el enfermo; y así, aciertan los que les dan los males a estajo. Y es de advertir que donde hay más doctores, hay más dolores. Esto dice de ellos la ojeriza común, pero engáñase en la venganza vulgar, porque yo tengo por cierto que del médico nadie puede decir ni bien ni mal; no antes de ponerse en sus manos, porque aún no tiene experiencia; no después, porque no tiene ya vida. Pero advertid que no hablo del médico material, sino de los morales, de los de la república y costumbres, que en vez de remediar los achaques y indisposiciones por obligación, ellos mismos los conservan y aumentan, haciendo dependencia de lo que había de ser remedio.

Marqués de Mortara

Médicos

—¿Qué será —dijo Andrenio— que no vemos pasar ningún hombre de bien?

—Ésos —acudió Quirón— no pasan, porque eternamente duran, permanece inmortal su fama. Hállanse

1 Marqués de Mortara, virrey y capitán general del Principado, que puso fin a la guerra de Cataluña.

3 *acaballo. El Discreto*, XXI, hace el mismo juego de palabras.

16-17 *al que pernea.* Se entiende, 'al ahorcado'.

19 *estajo*, por *destajo*, en este caso 'iguala o tanto alzado que se abonaba a los médicos'.

pocos, y éstos están muy retirados: Oímoslos nombrar como al unicornio en la Arabia y la fénix en su Oriente. Con todo, si queréis ver alguno, buscad un cardenal Sandoval en Toledo, un conde de Lemos gobernando Aragón, un archiduque Leopoldo en Flandes. Y si queréis ver la integridad, la rectitud, la verdad y todo lo bueno en uno, buscad un don Luis de Haro en el centro que merece.

Cardenal Sandoval. Conde de Lemos. Señor archiduque Leopoldo. Señor don Luis de Haro

Estaban en la mayor fuga del ver y extrañar monstruosidades, cuando Andrenio, al hacer un grande extremo alzó los ojos y el grito al cielo como si le hicieran ver las estrellas:

—¿Qué es esto? —dijo—: Yo he perdido el tino de todo punto. ¡Qué cosa es andar entre desatinados! Achaque de contagio: hasta el cielo me parece que está trabucado y que el tiempo anda al revés. Pregunto, señores, ¿es día o es noche? Mas no lo metamos en pareceres, que será confundirlo más.

—Espera —dijo el Quirón—, que no está el mal en el cielo, sino en el suelo: que no sólo anda el mundo al revés en orden al lugar, sino al tiempo. Ya los hombres han dado en hacer del día noche, y de la noche día: ahora se levanta aquél, cuando se había de acostar; ahora sale de casa la otra con la estrella de Venus, y volverá cuando se ría della la aurora. Y es lo bueno que los que tan al revés viven, dicen ser la gente más ilustre y la más lucida: Mas no falta quien afirma que, andando de noche como fieras, vivirán de día como brutos.

El día, noche

---

4 *Sandoval.* Don Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal y arzobispo de Toledo, que fue protector de Cervantes. Vid. R. Laínez Alcalá, *Don Bernardo de Sandoval y Rojas,* Salamanca, 1958.

4 Sobre el conde de Lemos, vid. «Censura» de esta *Primera Parte,* número 1.

5 Leopoldo Guillermo (1614-1662), archiduque de Austria, que fue gobernador de los Países Bajos durante el período 1646-1656.

7 Don Luis Méndez de Haro, privado de Felipe IV desde 1643 a 1661, al que Gracián pondrá como modelo de discreción en *El Discreto,* XIV. En efecto, era llamado en su tiempo «el discreto de Palacio». Lastanosa le dedicará la edición del *Oráculo.*

—Esto ha sido —dijo Critilo— quedarnos a buenas noches nosotros; y no me pesa, porque no hay cosa de ver.

—¡Que a éste llamen mundo! —ponderaba Andrenio—. Hasta el nombre miente, calzóselo al revés: llámese inmundo y de todas maneras disparatado.

—Algún día —replicó Quirón— bien le convenía su nombre, en verdad que era definición cuando Dios quería y lo dejó tan concertado.

—Pues ¿de dónde le vino tal desorden? —preguntó Andrenio— ¿Quién lo transtornó de alto a bajo como hoy lo vemos?

—En eso hay mucho que decir —respondió Quirón—. Harto lo censuran los sabios y lo lloran los filósofos. Aseguran unos que la Fortuna, como está ciega y aun loca, lo revuelve todo cada día, no dejando cosa en su lugar ni tiempo. Otros dicen que cuando cayó el lucero de la mañana aquel aciago día, dio tal golpe en el mundo que le sacó de sus quicios, trastornándole de alto a bajo. Ni falta quien eche la culpa a la mujer, llamándola el duende universal que todo lo revuelve. Mas yo digo que donde hay hombres no hay que buscar otro achaque: uno solo basta a desconcertar mil mundos, y el no poderlo era lo que lloraba el otro grande inquietador. Mas digo que, si no previniera la divina sabiduría que no pudieran llegar los hombres al primer móvil, ya estuviera todo barajado y anduviera el mismo cielo al revés: un día saliera el sol por el Poniente y caminara al Oriente, y entonces fuera España cabeza del mundo

Mundo trabucado

5-6 *...llámese inmundo.* El eco del *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* de fray Antonio de Guevara es evidente en este pasaje, por lo que se refiere a la vida trastocada de los cortesanos al hacer «del día noche, y de la noche día» y también en esta denominación del mundo. «¡O mundo inmundo!», dice Guevara. Vid. cr. VI, núm. 1.

18 *aquel aciago día.* «Alude, claro está, a Lucifer, el príncipe de los ángeles rebeldes, quien es asociado en la Biblia con la estrella matutina.» Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 210.

24 *el otro grande inquietador.* Se refiere a Alejandro Magno, del que cuenta en *Agudeza*, XXX: «Lloró el mismo oyendo decir a Anaxágoras, filósofo, que había muchos mundos, y dio la magnánima razón, porque habiendo tantos, él no había aún conquistado el uno.»

sin contradición alguna, que no hubiera quien viviera con ella. Y es cosa de notar que, siendo el hombre persona de razón, lo primero que ejecuta es hacerla a ella esclava del apetito bestial. Deste principio se originan todas las demás monstruosidades, todo va al revés en consecuencia de aquel desorden capital: La virtud es perseguida, el vicio aplaudido; la verdad muda, la mentira trilingüe; los sabios no tienen libros, y los ignorantes librerías enteras; los libros están sin doctor, y el doctor sin libros; la discreción del pobre es necedad, y la necedad del poderoso es celebrada; los que habrían de dar vida, matan; los mozos se marchitan y los viejos reverdecen; el derecho es tuerto; y ha llegado el hombre a tal punto de desatino, que no sabe cuál es su mano derecha, pues pone el bien a la izquierda, lo que más le importa echa a las espaldas, lleva la virtud entre pies, y en lugar de ir adelante vuelve atrás.

—Pues si esto es así, como lo vemos —dijo Andrenio—, ¿para qué me has traído al mundo?, ¡oh Critilo! ¿No me estaba yo bien a mis solas? Yo resuelvo volverme a la cueva de mi nada. ¡Alto: huigamos de tan insufrible confusión, sentina, que no mundo!

—Eso es lo que ya no se puede —respondió Critilo—. ¡Oh cuántos volvieran atrás si pudieran! No quedaran personas en el mundo. Advierte que vamos subiendo por la escalera de la vida, y las gradas de los días que dejamos atrás, al mismo punto que movemos el pie, desaparecen: no hay por donde volver a bajar, ni otro remedio que pasar adelante.

—Pues ¿cómo hemos de poder vivir en un mundo como éste? —porfiaba afligiéndose Andrenio—, y más para mi condición, si no me mudo, que no puedo sufrir cosas mal hechas: yo habré de reventar sin duda.

—¡Eh, que te harás a ello en cuatro días —dijo Quirón—, y serás tal como los otros!

—Eso no: ¿yo loco, yo necio, yo vulgar?

—Ven acá —dijo Critilo— ¿no podrás tú pasar por donde tantos sabios pasaron, aunque sea tragando saliva?

16 *entre pies,* por 'olvidado', en oposición a «llevarlo entre manos».

—Debía estar de otra data el mundo.

—El mismo fue siempre que es: así le hallaron todos y así le dejaron. Vive un entendedor conde de Castrillo y no revienta, un entendido marqués Carreto y pasa. Conde de Castrillo. Marqués de Grana

—Pues ¿cómo hacen para poder vivir, siendo tan cuerdos?

—¿Cómo?: ver, oír y callar.

—Yo no diría de esa suerte, sino ver, oír y reventar.

—No dijera más Heráclito.

—Ahora dime, ¿nunca se ha tratado de adobar el mundo?

—Sí, cada día lo tratan los necios.

—¿Porqué necios?

—Porque es tan imposible como concertar a Castilla y descomponer a Aragón. ¿Quién podrá recabar que unos no tengan nepotes, y otros privados, que los franceses no sean tiranos, los ingleses tan feos en el alma cuan hermosos en el cuerpo, los españoles soberbios y los ginoveses, etc.?

—No hay que tratar, yo me vuelvo a mi cueva y a mis fieras, pues no hay otro remedio.

—Yo te le he de dar —dijo el Quirón— tan fácil como verdadero si me escuchas en la crisi siguiente.

---

1 *data*, cualidad, condición.

3 Don García López de Haro, conde de Castrillo, del Consejo de Estado, al que Gracián cita en su extensa carta sobre el socorro de Lérida.

4 Marqués de Grana del Carreto, embajador del emperador de Alemania en Madrid por los años 1641-1646.

10 *adobar:* «met. ant. Corregir, enmendar, remediar». *(Dic. 1780.)*

15 *descomponer Aragón.* Gracián recuerda sin duda el dicho que trae Melchor de Santa Cruz en su *Floresta española:* «El Rey Católico decía que concertar a Castilla y desconcertar a Aragón es perdellos a entrambos.» Ed. cit., pág. 39, VIII.

CRISI SÉPTIMA

La fuente de los Engaños

Declararon todos los males al hombre por su enemigo común, no más de por tener él razón. Estando ya para darle la batalla, dicen que llegó al campo la Discordia, que venía, no del infierno como algunos pensaron, ni de los pabellones militares, como otros creyeron, sino de casa de la hipócrita Ambición. En estando allí, hizo de las suyas: Movió una reñida competencia sobre quién había de llevar la vanguardia, no queriendo ceder ningún vicio esta ventaja del valor y del valer. Pretendía la Gula, por primera pasión del hombre, que comienza a triunfar desde la cuna. La Lascivia llevábalo por valiente, jactándose de la más poderosa pasión, refiriendo sus victorias y favorecíanla muchos. La Codicia alegaba ser la raíz de todos los males. La Soberbia blasonaba su nobleza, haciéndose oriunda del cielo, y ser el vicio más de hombres, cuando los demás son de bestias. La Ira lo tomaba fuertemente. Desta suerte peleaban entre sí, y todo paraba en confusión. Tomó la mano la Malicia y hízoles una pesadamente grave arenga: encargóles sobre todo la unión, aquel ir encadenados todos, y tocando el punto de la dificultad, les dijo:

—Esa bizarría del embestir, sabida cosa es que toca a mi hija primogénita la Mentira: ¿quién dudó jamás en eso? Ella es la autora de toda maldad, fuente de todo vicio, madre del pecado, arpía que todo lo inficiona,

fitón que todo lo anda, hidra de muchas cabezas, Proteo de muchas formas, centimano que a todas manos pelea, Caco que a todos desmiente, progenitora al fin del Engaño, aquel poderoso rey que abarca todo el mundo entre engañadores y engañados, unos de ignorancia y otros de malicia. La Mentira, pues, con el Engaño embistan la incauta candidez del hombre cuando mozo y cuando niño valiéndose de sus invenciones, ardides, estratagemas, asechanzas, trazas, ficciones, embustes, enredos, embelecos, dolos, marañas, ilusiones, trampas, fraudes, falacias y todo género de italiano proceder; que de este modo, entrando los demás vicios por su orden, sin duda que tarde o temprano, a la mocedad o a la vejez, se conseguirá la deseada vitoria.

Cuánta verdad sea ésta, confírmelo lo que les sucedió a Critilo y Andrenio a poco rato que se habían despedido del sagaz Quirón; el cual, habiéndolos sacado de aquel confuso Babel, registro de todo el mundo y introducídolos en el camino más derecho, volvióse a encaminar otros; y ellos pasaron adelante en el peregrino viaje de su vida.

Iba muy aconortado Andrenio con el único remedio que le diera para poder vivir, y fue que mirase siempre el mundo, no como ni por donde le suelen mirar todos, sino por donde el buen entendedor conde de Oñate: eso es, al contrario de los demás, por la otra parte de lo que parece; y con eso, como él anda al revés, el que le mira por aquí le ve al derecho, entendiendo todas las cosas al contrario de lo que muestran. Cuando vieres un presumido de sabio, cree que es un necio; ten al rico por pobre de los verdaderos bienes; el que a todos manda es esclavo común, el grande de cuerpo no es muy hombre,

Conde de Oñate

Saber discurrir

2 *centímano:* «El que tiene cien manos, como lo fingió la antigüedad del gigante Briareo. Es voz compuesta de ciento y mano, usada regularmente sólo en lo poético.» *(Dic. Aut.)*

21 *aconortado,* aconhortado, arcaísmo, por 'reconfortado, consolado'. En la ed. de 1658 figura *consolado.*

24 Don Íñigo Vélez de Guevara y Tasis, conde de Oñate, embajador de España en diversas cortes europeas y luego virrey de Nápoles y gobernador de Milán. Gracián vuelve a citarle en la Tercera Parte, cr. XII, diciendo: «¡no hay testa como la de Oñate!».

el grueso tiene poca sustancia, el que hace el sordo oye más de lo que querría, el que mira lindamente es ciego o cegará, el que huele mucho huele mal a todos, el hablador no dice cosa, el que ríe regaña, el que murmura se condena, el que come más come menos, el que se burla tal vez se confiesa, el que dice mal de la mercadería la quiere, el que hace el simple sabe más; al que nada le falta él se falta a sí mismo, al avaro tanto le sirve lo que tiene como lo que no tiene; el que gasta más razones tiene menos, el más sabio suele ser menos entendido; darse buena vida es acabar; el que la ama la aborrece, el que te unta los cascos ése te los quiebra, el que te hace fiestas te ayuna; la necedad la hallarás de ordinario en los buenos pareceres; el muy derecho es tuerto, el mucho bien hace mal, el que excusa pasos da más; por no perder un bocado se pierden ciento; el que gasta poco gasta doblado, el que te hace llorar te quiere bien; y al fin, lo que uno afecta y quiere parecer, eso es menos.

Desta suerte iban discurriendo, cuando interrumpió su filosofar otro monstruo, aunque no lo extrañaron, porque en este mundo no se topa sino una monstruosidad tras otra. Venía hacia ellos una carroza, cosa bien rara en camino tan dificultoso, aunque tan derecho; pero ella era tan artificiosa y de tan enteras vueltas, que atropellaba toda dificultad. Las pías que la tiraban, más remendadas que pías, eran dos serpientes, y el cochero una vulpeja. Preguntó Critilo si era carroza de Venecia, pero disimuló el cochero, haciendo del desentendido. Venía dentro un monstruo: digo, muchos en uno, porque ya era blanco, ya negro; ya mozo, ya viejo; ya pequeño, ya grande; ya hombre, ya mujer; ya persona y ya fiera; tanto, que dijo Critilo si sería éste el celebrado Proteo.

13 «*ayunarle a uno* significa *temerle* o *respetarle*». Romera-Navarro, edición cit., I, pág. 217.

19 Gracián ha acumulado en este pasaje las variantes de una serie de refranes conocidos o frases proverbiales.

26 *pía:* «El caballo o yegua cuya piel es manchada de varios colores, como a remiendos.» *(Dic. Aut.)*

27 *pías,* aquí por 'piadosas'.

Luego que llegó a ellos, se apeó con más cortesías que un francés novicio, primera especie de engaño, y con más cumplimientos que una despedida aragonesa les dio la bienvenida, ofreciéndoles de parte de su gran dueño su palacio, donde descansasen algunos días del trabajo de tan enfadoso camino. Agradecidos ambos a tan anticipado favor, le preguntaron quién era el tal señor que, sin conocerlo ni conocerlos, así los obligaba.

—Es —dijo— un gran príncipe que, si bien su señorío se extiende por toda la redondez de la tierra, pero aquí al principio del mundo, en esta primera entrada de la vida, tiene su metrópoli. Es un gran rey y con toda propiedad monarca, pues tiene vasallos reyes: que son bien pocos los que no le rinden parias. Su reino es muy florido, donde, a más de que se premian las armas y se estiman las letras, quien quisiere entender de raíz la política, el modo, el artificio, curse esta corte; aquí le enseñarán el tajo para medrar y valer en el mundo, el arte de ganar voluntades y tener amigos: sobre todo el hacer parecer las cosas, que es el arte de las artes.

Hacer parecer

Picado el gusto, picábanle los pies a Andrenio por ir allá: no veía la hora de hallarse en una corte tan política. Y, obligado del agasajo, estaba ya dentro la carroza, dando la mano a Critilo y estirándole a que entrase; mas éste, como iba con pies de oro, volvió a informarse cómo se nombraba aquel príncipe, que siendo tan grande como decía, no podía dejar de tener gran nombre.

—Muchos tiene —respondió el ministro, mudando a cada palabra su semblante—, nombres y renombres tiene, y aunque en cada provincia el suyo y para cada acción, pero el verdadero, el más propio, pocos le saben: que muy pocos llegan a verle y menos a conocerle. Es príncipe de mucha autoridad, que no es de esos de a docena

---

8 *obligar:* «adquirirse y atraher la voluntad, o benevolencia de otro, con beneficios o agasajos, para tenerle propicio cuando le necesitare». (Ibid.)

10 *pero,* por 'sin embargo'.

23 *dentro la.* Una construcción correcta exigiría *de.*

24 *estirándole a,* por 'tirándole para'.

25 *pies de oro,* no «de plomo», sino, con mayor cautela, es decir, «de oro».

en provincia; guarda gran recato, no se permite así vulgarmente que consiste su mayor estimación en el retiro y en no ser descubierto. Al cabo de muchos años llegan algunos a verle, y eso por gran ventura; que otros, ni en toda la vida.

Ya en esto les había sacado del camino derecho y metido en otro muy intrincado y torcido. Cuando lo advirtió Critilo, comenzó a malearse, pero ya no era fácil volver atrás y desenredarse, asegurándoles la guía que aquél era el atajo del medrar, que le siguiesen, que él les ofrecía sacarlos a lucimiento, y que advirtiesen que casi todos los pasajeros echaban por allí.

—No es eso lo mejor —dijo Critilo—, antes lo trivial le hace sospechoso.

Y previno a Andrenio fuese muy sobre sí y doblase la cautela.

Llegaron ya a la gran fuente de la gran sed, tan nombrada como deseada de todos los fatigados viandantes, famosa por su artificio, injuria de Juanelo, y célebre por la perenidad de sus líquidos cristales. Estaba en medio de un gran campo, y aún no bastante para la mucha gente que concurría solicitando alivio a tanta sed y fatiga. Veíase en aquella ocasión tan coronada de sedientos pasajeros que parecía haberse juntado todo el mundo: que bien pocos de los mortales faltaban. Brollaba el agua por siete caños en gran abundancia, aunque no eran de oro, sino de hierro, circunstancia que la notó bien Critilo, y más cuando vio que, en vez de grifos y leones, eran sierpes y eran canes. No había estanque donde el agua rebalsase, porque no sobraba gota donde se desperdiciaban tantas, asegurando todos cuantos la gustaban era la más dulce que en su vida habían bebido;

---

1 *permitirse:* «Dexarse ver, mostrarse benigno y favorable.» *(Dic. Aut.)*

8 *malearse,* sospechar.

13 *trivial:* «se aplica a el camino trillado y llano». *(Dic. Aut.)*

19 Se refiere al artificio o máquina inventada por Juanelo Turriano para elevar las aguas del Tajo en Toledo, al que cita en diversos lugares de sus obras.

25 *brollaba,* por 'manaba'.

y con este cebillo, sobre el cansancio, no cesaban de brindarse, hidrópicos de su dulzura. Para la gente de cuenta, que siempre éstos son contados, había cálices de oro, que una agradable ninfa, tabernera de Babilonia, con extremada cortesía les ministraba, y las más veces bailándoles el agua delante. Aquí Andrenio, tan apretado de la sed cuan obligado del agasajo, sin más reparo se precipitó al agua. Poca pudo pasar, que le gritó Critilo:

—¡Aguarda, espera, mira primero si es agua!

—Pues ¿qué ha de ser?— replicó él.

—Bien puede ser veneno, que aquí todo es de temer.

—Agua veo yo que es, y muy clara y bien risueña.

—Eso —replicó Critilo— es lo peor; aun del agua clara ya no hay que fiar, pues con todo ese claro proceder adultera las cosas, representándolas mayores de lo que son, y a veces más altas, y otras las esconde en el profundo: ya ríe y ya murmura, que no hiciera más un áulico.

—Déjame siquiera enjaguar — replicó Andrenio—, que estoy que perezco.

—No hagas tal, que el enjaguar siempre fue reclamo de beber.

—¿Siquiera no podría bañarme estos ojos, limpiándome del polvo que me ciega y del sudor que me ensucia?

—Ni aun eso. Créeme y remítete siempre a la experiencia, con enseñanza tuya y riesgo ajeno: nota el efecto que hará en estos que ahora llegan, míralos bien primero antes que beban, y vuelve a reconocerlos después de haber bebido.

Llegaba en esto una gran tropa de pasajeros, que más sedientos que atentos se lanzaron al agua. Comenzaron a bañarse lo primero y estregarse los ojos blandamente; pero, cosa rara y increíble, al mismo punto que les tocó el agua en ellos se les trocaron de modo que, siendo antes muy naturales y claros, se les volvieron de vidrio de todas colores: a uno, tan azules, que todo cuanto veía le parecía un cielo y que estaba en gloria; éste era Satisfecho

18 *áulico*, cortesano.
19 *enjaguar*, enjuagar.

un gran necio que vivía muy satisfecho de sus cosas. A otro se le volvieron cándidos como la misma leche, todo cuanto veía le parecía bueno, sin género alguno de malicia, de nadie sospechaba mal, y así todos le engañaban todo lo abonaba, y más si eran cosas de sus amigos: Malicioso hombre más sencillo que un polaco. Al contrario, a otro se le pusieron más amarillos que una hiel, ojos de suegra y cuñada; en todo hallaba dolo y reparo, todo lo echaba a la peor parte, y cuantos veía juzgaba que eran malos y enfermos: éste era uno más malicioso que juicioso. A otros se les volvían verdes, que todo se lo creían y esperaban conseguir, ojos ambiciosos. Los amartelados cegaban de todo punto y de ajenas legañas. A muchos se les paraban sangrientos, que parecían calabreses. Cosa rara que, aunque algunos daba buena vista, veían bien y miraban mal: debían ser envidiosos.

No sólo se les alteraban los ojos en orden a la calidad, sino a la cantidad y figura de los objetos. Y de suerte que a unos todas las cosas les parecían grandes, y más las propias, a lo castellano; a otros todo les parecía poco, gente de mal contentar. Había uno que todas las cosas le parecían estar muy lejos, acullá cien leguas, y más los peligros, la misma muerte: este era un incauto. Al con- Confiado trario, a otro le parecía que todo lo tenía muy cerca, y los mismos imposibles muy a mano: todo lo facilitaba, pretendiente había de ser. Notable vista era la que les comunicaba a muchos, que todos les parecía reírseles y que todos les hacían fiestas y agasajo: condición de niños. Estaba uno muy contento porque en todo hallaba hermosura, pareciéndole que veía ángeles: éste dijeron que era o portugués o nieto de Macías. Hombre había

---

2 *cándidos*, en su acepción etimológica de 'blancos'.

5 *abonar:* «Aprobar y dar por buena alguna cosa y asegurarla por tal.» *(Dic. Aut.)*

14 *paraban*, ponían.

31 *portugués*, por lo enamorado.

31 Macías el Enamorado, trovador gallego del siglo XIV, que por su trágica muerte pasó a la literatura española como símbolo del amor fiel y desgraciado.

que en todo se veía a sí mismo, necio antiferonte. A otro se le equivocó la vista de modo que veía lo que no miraba: bizco de intención y de voluntad torcida. Había ojos de amigos y ojos de enemigos muy diferentes; ojos de madre, que los escarabajos le parecían perlas, y ojos de madrastra, mirando siempre de mal ojo; ojos españoles, verdinegros, y azules los franceses.

Todos estos monstruosos efectos causó aquel venenoso licor en los que se lavaron con él; que en otros que llegaron a tomarle en la boca y enjaguarse, ya obró más prodigiosas violencias, pues las lenguas que antes eran de carne sólida y sustancial, las trocó en otras de bien extraordinarias materias: unas de fuego, que abrasaban el mundo, y otras de aguachirle muy a la clara; muchas de viento, que parecían fuelles en llenar las cabezas de mentiras, de soplos y de lisonjas. Algunas que habían sido de seda, las volvía de bayeta, y las de terciopelo en raso. Transformaba otras en lenguas de burlas, nada sustanciales, y las más de borra, que se embarazaban mucho en decir lo que convenía. A muchas mujeres les quitó del todo las lenguas, pero no el habla, que antes hablaban más cuanto más deslenguadas.

Lengua de seda

Comenzó uno a hablar muy alto.

Modos de hablar

—Este —dijo Andrenio— español es.

—No es sino un presuntuoso —dijo Critilo—, que los que habían de hablar más quedo, hablan de ordinario más alto.

—Así es —dijo uno con una voz muy afeminada que parecía francés, y no era sino un melindroso.

Salióle al encuentro otro que parecía hablar entre boca de noche, y todos creyeron era tudesco, mas él mismo dijo:

—No soy sino uno destos que, por hablar culto, hablo a escuras.

Ceceaba uno tanto que hacía rechinar los dientes, y todos convinieron en que era andaluz o gitano. Otros se

1 *antiferonte*, es decir, lo contrario de *Pheron*, hijo y sucesor de Sesostris, rey de Egipto. Heródoto (II, III) cuenta que este rey perdió la vista porque en una ocasión en que el Nilo iba desbordado, había disparado, por impiedad, un dardo contra el río.

escuchaban, y eran los que peor decían. Muy alborotado comenzó uno a inquietarlo todo y revolver el mundo, sin saber él mismo porqué: sólo dijo que era su natural; creyeron todos era mallorquín, mas no era sino un bárbaro furioso. Hablaba uno y nadie le entendía; pasó plaza de vizcaíno, mas no lo era, sino uno que pedía. Perdió de todo punto la habla un otro, procurando darse a entender por señas, y todos se reían dél.

—Éste, sin duda —dijo Critilo—, quiere decir la verdad, y no acierta o no se atreve.

Hablaban otros muy ronco y con voz muy baja.

—Éstos —dijo— habían de ser del parlamento, pero no son sino del consejo de sí mismos.

Algunos hablaban gangoso, si bien no faltaba quien les entendía la ganga; tartamudeando, los que negaban, los que ni bien decían de sí, ni bien de no. Muchos no hablaban seguido, y muy pocos se mordían la lengua. Pronunciaban algunos como botijas a lo enfadado, y más a lo enfadoso; éstos entonado, aquéllos mirlado, especialmente cuando querían engañar. Fue de modo que ninguno quedó con su voz, ni buena ni verdadera. No había hombre que hablase llanamente, igual, consiguiente y sin artificio: todos murmuraban, fingían, malsinaban, mentían, engañaban, chismeaban, injuriaban, blasfemaban y ofendían. Desde aquí aseguran que a los franceses, que bebieron más que todos, y les brindaron los italianos, les quedó el no hablar como escriben, ni el obrar lo que dicen; de modo que es menester atenderles mucho a lo que pronuncian y escriben, entendiéndolo todo al revés.

Pero donde mostró su eficacia el licor pestilencial fue en aquellos que bebieron dél, porque al mismo punto que le tragaron (¡cosa lastimosa, pero cierta!) todo el interior se les revolvió y mudó de suerte que no les quedó aquella substancia verdadera que antes tenían,

---

19 *mirlarse:* «Entonarse, afectando gravedad y señorío en el rostro.» *(Dic. Aut.)*

22 *consiguiente,* en consecuencia.

23 *malsinar,* acusar, delatar.

sino que quedaron llenos de aire, rebutidos de borra: hombres de burla, todo mentira y embeleco. Los corazones se les volvieron de corcho, sin jugo de humanidad ni valor de personas, las entrañas se les endurecieron más que de pedernales, los sesos de algodón, sin fondo de juicio, la sangre agua, sin color ni calor, el pecho de cera, no ya de acero, los nervios de estopa, sin bríos, los pies de plomo para lo bueno y de pluma para lo malo, las manos de pez, que todo se les apega, las lenguas de borra, los ojos de papel: Y todos ellos, engaño de engaños y todo vanidad. Hombres de ahora

Al desdichado Andrenio, una sola gota que tragó (que la demás se la hizo verter Critilo) le hizo tal operación, que quedó vacilando siempre en la virtud.

—¿Qué te parece? —le dijo Critilo.

—¡Qué perenidad ésta de engaños, qué manantial de mentiras en el mundo!

—Mira qué bueno hubieras quedado si hubieras bebido a hartar, como hacen los más. ¿Piensas tú que valen poco unos ojos claros, una lengua verdadera, un hombre sustancial, un duque de Osuna, una persona que lo sea, un príncipe de Condé? Créeme, y estima el serlo, que es un prodigio de fénix. Duque de Osuna. Príncipe de Condé

—¿Ay tal suceso —decía Andrenio—, quién tal creyera de una agua tan mansa?

—Ésa es la peor.

—¿Cómo se llama esta fuente? —preguntó a unos y otros.

Y ninguno supo responderle.

—No tiene nombre —dijo el Proteo—, que en no ser conocida consiste su eficacia.

—Pues llámese —dijo Critilo— la Fuente de los Engaños, donde el que una vez bebe, después todo se lo traga y todo lo trueca.

---

11 ...*y todo vanidad*. Eco del conocido versículo del *Eclesiastés*, I, 2.

21 Alude a don Pedro Téllez Girón (1574-1624), duque de Osuna, virrey de Sicilia y Nápoles.

22 Se refiere al príncipe de Condé (1621-1686), militar francés al servicio de España, capitán general en Flandes, en 1653, donde luchó contra sus compatriotas.

Quisiera volver atrás Critilo, mas no pudo, ni vino en ello Andrenio, ya maleado, instando en pasar adelante el Proteo, y diciendo:

Necio con todos

—¡Ea!, que más vale ser necio con todos que cuerdo a solas.

Fuelos desviando, que no guiando, por unos prados amenos donde se estaba dando verdes la juventud. Caminaban a la fresca de árboles frondosos, todos ellos descorazonados, gran señal de infructíferos. Divisábase ya la gran ciudad por los humos, vulgar señal de habitación humana, en que todo se resuelve. Tenía extremada apariencia, y mejor cuanto más de lejos. Era increíble el concurso que de todas las provincias y a todos tiempos acudían a aquel paradero de todos, levantando espesas nubes de polvo que quitaban la vista. Cuando llegaron a ella, hallaron que lo que parecía clara por fuera, era confusa dentro; ninguna calle había derecha ni despejada: modelo de laberintos y centro de minotauros. Fue a meter el pie el arrojado Andrenio, y dióle un grito Critilo:

—¡Abre los ojos primero, los interiores digo, y porque adviertas donde entras, mira!

Bajóse a tierra y, escarbando en ella, descubrió lazos y más lazos de mil maneras, hasta de hilos de oro y de rubios cabellos; de suerte que todo el suelo estaba sembrado de trampas encubiertas.

Regla de vivir

—Nota —le dijo— dónde y cómo entras, considera a cada paso que dieres dónde pones el pie y procura asentarlo. No te apartes un punto de mi lado, si no quieres perderte. Nada creas de cuanto te dijeren, nada concedas de cuanto te pidieren, nada hagas de cuanto te mandaren. Y en fee desta lición, echemos por esta calle, que es la del callar y ver para vivir.

4-5 *que cuerdo a solas* Cfr. *Oráculo*, 133, «Antes loco con todos que cuerdo a solas».

9 *descorazonado*, sin *corazón*. «Lo interior de alguna cosa inanimada, como el corazón de un árbol...» *(Dic. 1780.)*

18 ... *y centro de minotauros*. Alusión al famoso laberinto de Creta, en el cual, una vez que se entraba era imposible salir, y en el cual el rey Minos había encerrado al Minotauro, mitad hombre y mitad toro, devorador de carne humana, que es muerto por Teseo.

Eran todas las casas de oficiales: no se veía un labrador, gente que no sabe mentir. Vieron cruzar de una parte a otra muchos cuervos muy domésticos y muy hallados con sus amos. Extrañólo Andrenio, y aun lo tuvo por mal agüero, mas díjole el Proteo:

—No te espantes, que destas malas aves dijo una muy aguda necedad Pitágoras prosiguiendo aquél su opinado disparate de que Dios castigaba los malos, en muerte, trasladando sus almas a los cuerpos de aquellos brutos a quienes habían simbolizado en vida: Las de los crueles metía a tigres, las de los soberbios a leones, las de los deshonestos a jabalíes, y así de todos. Dijo, pues, que Oficiales las almas de los oficiales, especialmente aquellos que nos dejan en cueros, cuando nos visten, las daba a cuervos; y como siempre habían mentido diciendo: «Mañana, señor, estará acabado: para mañana sin falta», ahora, prosiguiendo en su misma canción, van repitiendo por castigo y por costumbre aquel su *¡cras, cras!*, que nunca llega.

En lo más interior ya de la ciudad, vieron muchos y grandes palacios muy ostentosos y magníficos.

—Aquel primero —les dijeron antes de preguntarlo— es de Salomón: allí está embelesado entre más de trescientas mujeres, equivocándose entre el cielo y el infierno. En aquélla que parece fortaleza, y no es sino una casa bien flaca, mora Hércules, hilando con Onfale la camisa o mortaja de su fama. Acullá, Sardanápalo, vestido de

---

1 *oficiales*, artesanos.

6-7 *...dijo una muy aguda necedad Pitágoras.* Aunque Diógenes Laercio, op. cit., *Pitágoras*, § 9, diga: «Afirman fue el primero que dijo que "el alma, haciendo un necesario giro, pasa de unos animales a otros"», la teoría de la transmigración de las almas es muy anterior, originaria de la India, desde donde pasa a la filosofía griega.

18 *¡cras, cras!* Gracián hace un juego de palabras con *mañana* y *cras*, que en antiguo castellano valía asimismo por *mañana*.

26 En *El Discreto*, XII, se hace ya referencia al afeminamiento de Hércules por Ioles. Hércules mata a Eurito y se casa con su hija Ioles, la cual, deseosa de vengarse, logra afeminar al héroe en su aspecto exterior y «después de haberle traído a toda blandura, le hizo que asentado como mujer en el suelo hilase con sus dueñas. Parecióle a esta mujer ser mayor honra haber afeminado a un hombre tan robusto y valiente, que haberle matado con cuchillo o ponzoña». (Pérez de Moya, op. cit., II, cap. XXII.)

mujer y revestido de su flaqueza. Más hacia acá, Marco Antonio el desdichado, por más que le diga la ventura una gitana. En aquel arruinado alcázar no vive, sino que acaba el godo Rodrigo, desde cuyo tiempo quedaron fatales los condes para España. Aquella otra, la mitad de oro y la mitad de lodo amasado con sangre humana, es la casa áurea de Nerón el extremado, comenzando por una prodigiosa clemencia y acabando en una portentosa crueldad. Acullá hace ruido el más cruel de los Pedros: que no sólo los dientes, pero todos los huesos está crujiendo de rabia. Aquellos otros palacios se están fabricando ahora a toda priesa. No se sabe aún para quién son aunque muchos se lo sospechan: lo cierto es que se edificaron para quien no edifica, y estas obras son para los que no las hacen.

Engañados, engañadores

—Este lado del mundo embarazan los engañados —les dijo un vestido de verde—; aquel otro lo ocupan los engañadores: aquéllos se ríen de éstos, y éstos de aquéllos, que al cabo del año ninguno queda deudor.

Mostró grandes ganas Andrenio de pasar de la otra banda y verlo todo, no estando siempre entre los engañados. Pero no topaban otro que tiendas de mercaderes,

---

1 Sardanápalo, rey fabuloso de los asirios del que se refiere pasaba los días hilando entre las mujeres, cuyas ropas vestía, temiendo lo distinguiesen de ellas.

3 *...una gitana.* Alude a Cleopatra, y así *gitana,* por 'egipcia'.

5 *...para España.* Además de referirse al conde don Rodrigo y al conde don Julián, Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 230, cree hallar una alusión al conde-duque de Olivares.

7 *casa áurea.* No contento con su palacio en el monte Palatino, Nerón se hizo construir uno nuevo al que llamó el Palacio de Oro. Suetonio, *Vidas de los doce césares,* II, *Nerón,* § XXXI, describe con todo pormenor el lujo asiático que acumuló en él.

10 Pedro I de Castilla. «Tres reyes con el nombre de Pedro [Pedro I de Castilla, Pedro I de Portugal, Pedro IV de Portugal] reinaron al mismo tiempo en la Península; todos recibieron de sus contemporáneos el sobrenombre de *Cruel.*» N. Sanz y Ruiz de la Peña, *Don Pedro I de Castilla,* Madrid, 1943, pág. 375.

14 *...para quien no edifica,* es decir, 'para quien no da ejemplo'.

15 *...para los que no las hacen.* Se entiende, 'para quienes no hacen obras meritorias'.

17 *un,* elíptico, sin duda, 'individuo, personaje'.

y muy a escuras. Unas vendían borra y más borra para hacer parecer, para suplir faltas, aun de las mismas personas; otras, cartones para hacer figuras. Había una llena de pieles de raposa, y aseguraban eran más estimadas que las martas cebellinas. Creyéronlo cuando vieron entrar, y salir, en ella hombres famosos, como Temístocles y otros más modernos. Vestíanse muchos de ellas, a falta de pieles de león, que no se hallaban, pero los sagaces servíanse dellas por aforro de los mismos armiños. Vieron en una tienda gran cantidad de antojos para no ver o para que no viesen. Compraban muchos los señores para los que los llevan a cuestas, con que los tienen quietos y enfrenados; las casadas los compraban para que no se viesen sus antojos y hacer creer a los maridos se les antojan las cosas. También había para engrandecer y para multiplicar. De modo que había de viejos y de mozos, de hombres y de mujeres, y éstos eran los más caros. Toparon una tienda llena de corchos para hacer personas, y realmente, aunque se empinaban con ellos y parecían más de lo que eran, pero todo era poca sustancia. Lo que le contentó mucho a Andrenio fue una guantería.

—¡Qué gran invención —dijo— ésta de los guantes, para todo tiempo!, contra el calor y contra el frío, defienden del sol y del aire: aunque no sea sino para dar que hacer a algunos que en todo el día no hacen otro que calzárselos y descalzárselos.

—Sobre todo —dijo Critilo—, para que a poca costa echen buen olor las personas; que de otra suerte cuesta mucho y tal vez un ojo de la cara.

---

1 *borra,* lana grosera.

5 *cebellinas:* «Especie de comadreja o marta del tamaño de un gato pequeño, cuya piel, que tiene este mismo nombre, es muy fina y estimada.» *(Dic. 1780.)*

6 Temístocles, gran general griego, al que Gracián pone como ejemplo de doblez y habilidad políticas.

10 *antojos,* anteojos.

14 *sus antojos.* Dilogía de *antojos,* 'anteojos', y *antojos,* 'caprichos', y seguidamente, paronomasia con *antojan.*

18 *corchos,* chapines con suelas de corcho, que solían tener cuatro dedos de altura.

28 *...las personas.* Alude a que los guantes se perfumaban con ámbar.

—¡Qué bien lo entendéis! —replicó el guantero—. Si dijeradeis que sirven ya para envainar las uñas, que no les puedan mirar a las manos, eso sí; ni falta quien se los calza para cazar.

Cazar con guantes

—¿Cómo puede ser eso —dijo Critilo—, si el mismo refrán lo contradice?

—No hagáis caso de eso, señor mío, que ya hasta los refranes mienten, o los desmienten. Lo que yo sé decir es que más monta ahora lo que se da para guantes que en otro tiempo para un vestido.

—Dadme acá uno solo —dijo Critilo—, que yo quiero asentarlo.

Después de haber pasado las calles de la Hipocresía, de la Ostentación y Artificio, llegaron ya a la Plaza Mayor, que era la de Palacio, porque estuviese en su centro. Era espacioso y nada proporcionado, ni estaba a escuadría: todo ángulos y traveses, sin perspectiva ni igualdad. Todas sus puertas eran falsas y ninguna patente; muchas torres, más que en Babilonia, y muy airosas; las ventanas verdes, color alegre, por lo que promete y el que más engaña. Aquí vivía, o aquí yacía, aquel tan grande como escondido monarca, que muy entretenido asistía estos días a unas fiestas dedicadas a engañar el pueblo no dejándole lugar para discurrir en cosas mayores. Estaba el Príncipe viéndolas bajo celosía, ceremonia inviolable, y más este día que hubo unos juegos de manos, obra de gran sutileza, muy de su gusto y genio, toda tropelía.

Estaba la plaza hecha un gran corral del vulgo, enjambre de moscas en el zumbir y en el asentarse en la

---

6 El refrán que lo contradice es el tan conocido: «Gato con guantes no caza ratones.»

9 *monta,* asciende, importa.

12 *asentar la mano o el guante:* «Dar golpes a alguno, castigarle o corregirle.» *(Dic. 1780.)*

16 *esquadría:* «Llaman los Carpinteros y otros Artífices la disposición de una cosa en ángulos rectos.» *(Dic. Aut.)*

18 *patente,* del lat. *patens, patentis,* 'que está abierto', pero con el doble sentido de 'clara, verdadera'.

27 *tropelía:* «juegos de manos, magia, engaño». (Corominas.)

28 *corral,* en su doble significado de 'lugar que hay junto a las casas y que se utiliza para cercar los animales domésticos' y 'teatro'.

basura de las costumbres, engordando con lo podrido y hediondo de las morales llagas. A tan mecánico aplauso, subió en puesto superior (más descarado que autorizado, cuales suelen ser todos los que sobresalen en las plazas) un elocuentísimo embustero, que después de una bien paloteada arenga, comenzó a hacer notables prestigios, maravillosas sutilezas, teniendo toda aquella inumerable vulgaridad abobada. Entre otras burlas bien notables, les hacía abrir las bocas y aseguraba les metía en ellas cosas muy dulces y confitadas, y ellos se lo tragaban; pero luego les hacía echar cosas asquerorísimas, inmundicias horribles, con gran desaire dellos y risa de todos los circunstantes. El mismo charlatán daba a entender que comía algodón muy blanco y fino, más luego, abriendo la boca, lanzaba por ella espeso humo, fuego y más fuego, que aterraba. Tragaba otras veces papel, y luego iba sacando muchas cintas de seda, listones de resplandor: y todo era embeleco, como se usa.

Gustó mucho a Andrenio y comenzó a solemnizarlo.

—Basta —dijo Critilo—, que tú también te pagas de las burlas, no distinguiendo lo falso de lo verdadero. ¿Quién piensas tú que es este valiente embustero? Este es un falso político llamado el Maquiavelo, que quiere dar a beber su falsos aforismos a los ignorantes. ¿No ves cómo ellos se los tragan, pareciéndoles muy plausibles y verdaderos? Y, bien examinados, no son otro que una confitada inmundicia de vicios y de pecados: razones, no de Estado, sino de establo. Parece que tiene candidez en sus labios, pureza en su lengua, y arroja fuego infernal que abrasa las costumbres y quema las repúblicas. Aquellas que parecen cintas de seda son las políticas leyes con que ata las manos a la virtud y las suelta al vicio; éste es el papel del libro que publica y el que masca, todo

Maquiavelistas

2 *mecánico:* «Meccanico, plebeo.» (Franciosini.)
6 *palotear:* «hablar mucho, y contender sobre alguna especie». *(Dic. Aut.)*
6 *prestigio:* «fantasmagoría, juegos de manos». (Corominas.)
17-18 *listones de resplandor,* cintas anchas de seda plateada o dorada.
33 *mascar:* «pronunciar y hablar con dificultad, cortando las cláusulas o voces; ya sea por natural impedimento o por no querer declarar enteramente alguna cosa, sino dexarla indecisa». (*Dic. Aut.*)

falsedad y apariencia, con que tiene embelesados a tantos y tontos. Créeme que aquí todo es engaño; mejor sería desenredarnos presto dél.

Mas Andrenio apelóse al entretenimiento del otro día, que lo publicaron por de mucho deporte.

No bien amaneció (que allí aun el día nunca es claro) cuando se vio ocupada toda la plaza de un gran concurso de gente, con que no faltó quien dijo estaba de bote en bote vacía. La fiesta era una farsa con muchas tramoyas y apariencias, célebre espectáculo en medio de aquel gran teatro de todo el mundo. No faltó Andrenio, de los primeros, para su gusto, ni Critilo, para su provecho. En vez de la música, ensaladilla del gusto, se oyeron pucheros, y en lugar de los acordes instrumentos y voces regaladas, se oyeron lloros, y al cabo dellos (si se acaban) salió un hombrecillo: digo, que comenzaba a ser hombre. Conocióse luego ser extranjero en lo desharrapado. Apenas se enjugó las lágrimas, cuando se adelantó a recibirle un grande cortesano haciéndosele muy amigo, dándole la bien venida. Ofrecióle largamente cuanto pudiera el otro desear en tierra ajena, y él no cumplir en la propia, con tal sobra de palabras que el extranjero se prometió las obras. Convidóle lo primero a su casa, que se veía allí a un lado tan llena de tramoyas cuan vacía de realidades. Comenzó a franquearle riquezas en galas, que era de lo que él más necesitaba, por venir desnudo; pero con tal artificio, que lo que con una mano le daba, con la otra se lo quitaba con increíble presteza. Calábase un sombrero coronado de diamantes, y prontamente arro-

---

5 *deporte*, placer, entretenimiento.

13 *ensaladilla:* «y porque en la ensalada echan muchas yervas diferentes, carnes saladas, pescados, azeytunas, conservas, confituras, yemas de huevo, flor de borraja, grageas y de mucha diversidad de cosas se haze un plato, llamaron ensaladas un género de canciones que tienen diversos metros, y son como centones, recogidos de diversos autores. Estas componen los maestros de capilla, para celebrar las fiestas de la Natividad; y tenemos de los autores antiguos muchas y muy buenas, como el molino, la bomba, el fuego, la justa, el chilindrón, etc.». (Covarrubias.)

15 *y*. Esta conjunción, que no figura en la edición príncipe, aparece en la de 1658.

jaban un anzuelo sin saber cómo ni por dónde y pescábanselo con sobrada cortesía; lo mismo hicieron de la capa, dejándole gentilhombre. Poníale delante una riquísima joya, mas luego con gran destreza se la barajaba, suponiéndole otra falsa, que era tirarle piedras. Estrenábale una gala muy costosa, y en un cerrar y abrir de ojos se convertía en una triste mortaja, dejándole en blanco. Y todo esto, con gran risa y entretenimiento de los presentes, que todos gustan de ver el ajeno engaño. Faltándoles el conocimiento para el propio, ni advertían que mientras estaban embelasados mirando lo que al otro le pasaba, les saqueaban a ellos las faldriqueras y tal vez las mismas capas. De suerte que, al cabo, el mirado y los que miraban todos quedaban iguales, pues desnudos en la calle y aun en tierra.

Salió en esto otro agasajador, y aunque más humano, hechura del primero. Parecía de buen gusto, y así le dijo tratase de emplearlo. Mandó parar la mesa a quien nunca para. Sacaron muchos platos, aunque los más comen simplato, arrastraron sillas, y al punto que el convidado fue a sentarse en una (que no debiera tomarlo tan de asiento), falseóle a lo mejor; y al caer él, se levantó la risa en todo el teatro. Acudió compasiva una mujer, y por lo joven muy robusta, y ayudándole a levantar, le dijo se afirmase en su rollizo brazo; con esto pudo proseguir, si no hallara falsificada la vianda, porque al des-

---

3 *dejándole gentilhombre,* es decir, con ironía, *a cuerpo gentil,* sin capa.

5 *suponer.* Romera-Navarro, ed. cit., pág. 238, cita la acepción que ofrece Oudin: «mettre une chose faulse au lieu d'une vraye».

5-6 *estrenar,* del «lat. *strena,* 'regalo que se hace con ocasión de alguna solemnidad». (Corominas.)

12 *faldriquera:* «lo mismo que *faltriquera*». *(Dic. Aut.)*

18 *parar:* «Vale también adornar, componer o ataviar alguna cosa.» *(Ibíd.)*

20 *simplato.* En varias de las primeras ediciones, *simplato,* que se enmienda en otras por *sin plato,* pero hay que pensar que Gracián intenta con la primera forma algún juego de palabras, en el que *simplato* representase un alimento burdo y simple, ya que nos parece problemático que intentase aludir a Platón, 'sin Plato'.

23 *teatro,* por 'concurrencia'.

coronar la empanada hallaba sólo el eco, y del pernil el *nihil*. Las aves sólo tenían el nombre de perdiganas. Todo crudo y sin sustancia. Al caer, se quebró el salero, con que faltó la sazón, y el agüero no. El pan, que parecía de flor, era con piedras, que aun no tenía salvados. Las frutas, de Sodoma, sin fruto. Sirviéronle la copa de todas maneras penada, y tanto, que más fue papar viento que beber vino que fue. En vez de música, era la vaya que le daban.

A lo mejor del banquete, cansóse o quiso cansarse el falso arrimo (al fin, por lo femenil, flaco y falso), dejóle caer, y contó al revés todas las gradas hasta llegar a tierra y ponerse del lodo. Ninguno de cuantos asistían se comidió ayudarle. Miró él a todas partes si alguno se compadecería y vio cerca un viejo cano; rogóle que pues no era hombre de burlas, como lo prometía su madurez, quisiese darle la mano. Respondióle que sí y aun le llevaría en hombros; ejecutólo oficioso, mas él se era coxo cuando no volaba, y no menos falso que los demás. A pocos pasos tropezó en su misma muleta, con que cayó en una encubierta trampa de flores y verduras, gran parte de la fiesta; aquí lo dejó caer, cogiéndole de vuelo la ropa que le había quedado: allí se hundió donde nunca más fue visto ni oído pereciendo su memoria con sonido, pues se levantó la grita de todo aquel mecánico teatro. Hasta Andrenio, dando palmadas, solemnizaba la burla de los unos y la necedad del otro. Volvióse hacia Critilo y hallóle que no sólo no reía como los demás, pero estaba sollozando.

---

1 *eco.* El eco de *empanada* sería *nada.*

2 *perdiganas (i. e., perdi-ganas)*, «Lo mismo que *perdigón*. Es voz usada en Aragón». *(Dic. Aut.)*

7 *penada:* «Se aplica al vaso, copa o taza, que da la bebida con dificultad y escasez.» *(Ibid.)*

8-9 *era la vaya que...* Elíptico *lo.*

14 *comedirse:* «ofrecerse a hacer algo, anticiparse espontáneamente a prestar un servicio». (Corominas.)

19 *...cuando no volaba.* Como indica más adelante, se refiere al Tiempo.

22 *vuelo (cogiéndole de)*, por *coger al vuelo:* «vale lograr alguna cosa de passo, o casualmente». *(Dic. Aut.)*

25 *aquel mecánico teatro*, por 'plebeya concurrencia'.

28 *pero*, por 'sino que'.

—¿Qué tienes? —le dijo Andrenio—. ¿Es posible que siempre has de ir al revés de los demás? Cuando los otros ríen, tú lloras, y cuando todos se huelgan, tú suspiras.

—Así es —dijo él—. Para mí, ésta no ha sido fiesta, sino duelo; tormento, que no deporte. Y si tú llegases a entender lo que es esto, yo aseguro me acompañarías en el llanto.

—Pues ¿qué es esto —replicó Andrenio— sino un necio que, siendo extranjero, se fía de todos, y todos le engañan, dándole el pago que merece su indiscreta facilidad? De eso, yo más quiero reír con Demócrito que llorar con Heráclito.

—Y dime —le replicó Critilo—, y si fueses tú ése de quien te ríes, ¿qué dirías?

—¿Yo, de qué suerte? ¿Cómo puedo ser él, si estoy aquí vivo y sano, y no tan necio?

Vida, tragedia

—Ése es el mayor engaño —ponderó Critilo—. Sabe, pues, que aquel desdichado extranjero es el hombre de todos, y todos somos él. Entra en este teatro de tragedias llorando, comiénzanle a cantar y encantar con falsedades; desnudo llega y desnudo sale, que nada saca después de haber servido a tan ruines amos. Recíbele aquel primer embustero, que es el Mundo, ofrécele mucho y nada cumple, dale lo que a otros quita para volvérselo a tomar con tal presteza que lo que con una mano le presenta, con la otra se lo ausenta, y todo para en nada. Aquel otro que le convida a holgarse es el Gusto, tan falso en sus deleites cuan cierto en sus pesares; su comida es sin sustancia, y su bebida venenos. A lo mejor, falta el fundamento de la Verdad, y da con todo en tierra. Llega la Salud, que cuanto más le asegura más le miente. Aquellos que le dan priesa son los Males; las Penas le dan vaya, y grita los Dolores: vil canalla toda de la Fortuna. Finalmente, aquel viejo peor que todos, de malicia envejecida, es el Tiempo, que le da el traspié y le arroja en la sepultura, donde le deja muerto, solo, desnudo y olvidado. De suerte que, si bien se nota, todo cuanto hay

13 *Heráclito.* Vid. cr. V, pág. 68, lín. 19.

se burla del miserable hombre: el mundo le engaña, la vida le miente, la fortuna le burla, la salud le falta, la edad se pasa, el mal le da priesa, el bien se le ausenta, los años huyen, los contentos no llegan, el tiempo vuela, la vida se acaba, la muerte le coge, la sepultura le traga, la tierra le cubre, la pudrición le deshace, el olvido le aniquila: y el que ayer fue hombre, hoy es polvo, y mañana nada. Pero ¿hasta cuándo perdidos habemos de estar, perdiendo el precioso tiempo? Volvamos ya a nuestro camino derecho, que aquí, según veo, no hay que aguardar sino un engaño tras otro engaño.

Mas Andrenio, hechizado de la vanidad, había hallado gran cabida en Palacio. Entraba y salía en él, idolatrando en la fantástica grandeza de un rey sin nada de realidad: estaba más embelesado cuando más embelecado. Vendíanle los favores, hasta la memoria, con que llegó a prometerse una fortuna extraordinaria. Hacía vivas instancias por verle y besarle los pies, que aún no tenía: ofreciéronle que sí una tarde, que sin llegar siempre lo fue.

Volvió Critilo a proponer las conveniencias de su ida, ya persuadiendo, y ya rogando; túvole finalmente, si no convencido, enfadado de tanto «¡Sin falta!» con tantas. Llegaron ya a la puerta de la ciudad con resolución de dejarla; mas, ¡oh desdicha continuada!; hallaron guardas en ella que a nadie dejaban salir, y a todos entrar. Con esto, hubieron de volver atrás: Critilo, apesarado de su poca suerte; y Andrenio, arrepentido de arrepentido. Volvió de nuevo a su necedad en pretensiones; iba y venía a palacio, y aunque para cada día había su excusa, nunca el cumplimiento ni el desengaño. No cesaba Critilo de pensar en su remedio, pero el extraordinario modo como lo consiguió diremos adelante, entretanto que se da noticia de las maravillas de la celebrada Artemia.

CRISI OCTAVA

Las maravillas de Artemia

Buen ánimo contra la inconstante fortuna, buena naturaleza contra la rigurosa ley, buena arte contra la imperfecta naturaleza y buen entendimiento para todo. Es el arte complemento de la naturaleza y un otro segundo ser que por extremo la hermosea y aun pretende excederla en sus obras. Préciase de haber añadido un otro mundo artificial al primero, suple de ordinario los descuidos de la naturaleza, perficionándola en todo: que sin este socorro del artificio, quedara inculta y grosera. Éste fue sin duda el empleo del hombre en el paraíso, cuando le revistió el Criador la presidencia de todo el mundo y la asistencia en aquél para que lo cultivase: esto es, que con el arte lo aliñase y puliese. De suerte que es el artificio gala de lo natural, realce de su llaneza; obra siempre milagros. Y si de un páramo puede hacer un paraíso, ¿qué no obrará en el ánimo cuando las buenas artes emprenden su cultura? Pruébelo la romana juventud, y más de cerca nuestro Andrenio, aunque por ahora tan ofuscado en aquella corte de confusiones, cuya libertad solicitaron los desvelos de Critilo con la felicidad que veremos.

Érase una gran reina, muy celebrada por sus prodigiosos hechos, confinante con este primer rey, y por el consiguiente tan contraria suya que de ordinario traían guerra declarada y muy sangrienta. Llamábase aquélla, que no niega su nombre ni sus hechos, la sabia y discreta

Artemia, muy nombrada en todos siglos por sus muchas y raras maravillas; si bien se hablaba de ella con grande variedad, porque aunque los entendidos sentían (y, entre ellos, el primero el tan valeroso como discreto duque del Infantado) de sus acciones como quien ellos son y ella merece, pero lo común era decir ser una valiente maga, una grande hechicera, aunque más admirable que espantosa. Muy diferente de la otra Circe, pues no convertía los hombres en bestias, sino al contrario, las fieras en hombres. No encantaba las personas, antes las desencantaba.

Duque del Infantado

De los brutos hacía hombres de razón; y había quien aseguraba haber visto entrar en su casa un estólido jumento, y dentro de cuatro días salir hecho persona. De un topo hacer un lince era fácil para ella; convertía los cuervos en cándidas palomas, que era ya más dificultoso, así como hacer parecer leones las mismas liebres, y águilas los tagarotes; de un búho hacía un jilguero. Entregábanle un caballo, y cuando salía de sus manos no le faltaba sino hablar, y aun dicen que realmente enseñaba a hablar las bestias; pero mucho mejor a callar, que no era poco recabarlo de ellas.

Hombres muy hombres

Daba vida a las estatuas y alma a las pinturas: hacía de todo género de figuras y figurillas, personas de substancia. Y, lo que más admiraba de los titibilicios,

---

1 Gracián da a los nombres de sus personajes, como ya hemos visto, un valor simbólico. En este caso, *Artemia*, derivación de *ars*, personificaría al arte, a la sabiduría.

3 *sentían*, opinaban.

4-5 Don Rodrigo Díaz de Vivar, duque del Infantado, embajador en Roma y virrey de Sicilia, había tomado parte en la batalla de Lérida en 1646, donde acaso le hubiese conocido Gracián.

9 «Con estas confecciones y fuerzas de hierbas, convertía los hombres en varios animales, como dice Virgilio (*Eneida*, lib. 7)... Daba para hacer esto diversos manjares, según las formas en que le parecía convertir a los hombres, como significa Ovidio (*Metam.*, lib. 14)... y súbito los convertía en fieras. Así los convirtió a los compañeros de Ulises en puercos, como dice Homero (*Odisea*, lib. 3).» Pérez de Moya, op. cit., lib. IV, cap. XLVI.

15 *cándidas*, blancas.

20 *hablar las bestias*, elíptico *a.*

21 *recabar*, alcanzar, conseguir.

24 *titibilicios*, palabra de la que no aparecen antecedentes, similar a *titiritero*, *titirimundi*, hace pensar en un compuesto de *titi*, mico, y *bullicio*,

cascabeles y esquiroles hacía hombres de asiento y muy de propósito, y a los chisgarabises infundía gravedad. De una personilla hacía un gigante, y convertía las monerías en madureces; de un hombre de burlas formaba un Catón severo. Hacía medrar un enano en pocos días, que llegaba a ser un Tifeo. Los mismos títeres convertía en hombres substanciales y de fondo, que no hiciera más la misma prudencia. Los ciegos del todo transformaba en Argos, y hacía que los interesados no fuesen los postreros en saber las cosas. Los dominguillos de borra, los hombrecillos de paja, convertía en hombres de veras. A las víboras ponzoñosas, no sólo les quitaba todo el veneno, pero hacía triaca muy saludable de ellas.

En las personas ejercitaba su saber y su poder con más admiración cuanto era mayor la dificultad, porque a los más incapaces infundía saber, que casi no ha dejado bobos en el mundo, y sí algunos maliciosos. Daba, no sólo memoria a los entronizados, pero entendimiento a los infelices; de un loco declarado hacía un Séneca, y de un hijo de vecino un gran ministro; de

---

del lat. *bullitio*. Romera-Navarro, ed. cit., págs. 244 y sigs., supone que pueda tratarse de una «voz acuñada quizás por Gracián para significar monos de inquieta y desordenada viveza».

1 *cascabel:* «el hombre de poco juicio, bullicioso y que habla mucho». *(Dic. Aut.)*

1 *esquirol*, voz aragonesa que vale por 'ardilla', registrada por Borao, *Dic. voces aragonesas.*

2 *chisgarabís*, 'zascandil, mequetrefe'. «Voz de creación expresiva, según la fórmula rimada *chis-g...bis*, que sugiere un movimiento repetido de alguien que va y vuelve sin cesar.» (Corominas.)

6 *Tifeo:* «la Tierra concibió de Titán y parió a Tifolo o Tifeo, príncipe de los gigantes, y era de tan admirable grandeza de cuerpo, que llegaba con la cabeza a las estrellas y con una mano al Oriente y con otra al Occidente». Pérez de Moya, op. cit., II, cap. VI.

8 *Argos:* «Era Argos un pastor que tenía cien ojos a la redonda de la cabeza, y cuando uno dellos dormía, otros velaban.» Op. cit., II, cap. XI.

10 *dominguillo:* «Cierta figura de soldado desharrapado, hecho de andrajos y embutido de paja, o hecho de un pellejo lleno de ayre y en el asiento plomo para quedar derecho siempre; el qual ponen en la plaza con una lancilla o garrocha, para que se cebe el toro en él y lo levante en las astas.» *(Dic. 1780.)*

un alfenique un capitán general tan valiente como un duque de Alburquerque, y de un osado mozo un virrey excelentísimo del mismo Nápoles; de un pigmeo un gigantón de las Indias; de unos horribles monstruos hacía ángeles, cosa que estimaban mucho las mujeres.

Duque de Alburquerque

Viéronla a veces, de repente hacer de un páramo un pensil, y que prendían los árboles donde no prendieran las varas mismas. Dondequiera que ponía el pie formaba luego una corte y una ciudad tan culta como la misma Florencia; ni le era imposible erigir una triunfante Roma.

Desta suerte y a esta traza, contaban de ella que no acababan cosas tan maravillosas como plausibles. Llegó esta noticia al no sordo Critilo cuando más desahuciado estaba. Informóse muy por menudo de quién era Artemia, dónde y cómo reinaba, y concibió al punto que en hablarla consistía su remedio. No pudo recabar de Andrenio, ni con ruegos ni razones, que le siguiese. Y así él, después de haber velado sobre el caso, trazó huirse; y no tuvo tanta dificultad como imaginaba, que en este orden de cosas el que quiere puede. Rompió con todo, que es el único medio, y saltó por el portillo de dar en la cuenta, aquél que todos cuantos abren los ojos le hallan. Salió, al fin, tan dichoso como contento, y ya libre, metióse en camino para la corte de la deseada Artemia a consultarle el rescate de su amigo, que llevaba más atravesado en su corazón cuando más dél se apartaba.

Remedio, querer

Encontró por el camino muchos que también iban allá, unos por curiosidad y otros por su provecho, que eran más cuerdos. Contaban todos cosas y casos portentosos:

---

1 *alfenique*, con *n* en Covarrubias, aunque al dar sus acepciones lo escriba con su forma actual: «Al que es muy delicado dezimos comúnmente ser hecho de alfeñique.»

2 *Alburquerque*. Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 245, lo identifica con «Don Francisco Fernández de la Cueva, octavo duque de Alburquerque, virrey del Perú, Méjico y Sicilia, quien tras una brillantísima carrera militar sufrió el tremendo revés de la batalla de Rocroi (1643), ganada por los franceses de Condé».

7-8 Juego de palabras entre *prendieran* y *varas* [*de la Justicia*].

18 *velar:* «observar atentamente alguna cosa». *(Dic. Aut.)*

que amansaba los leones y que con dos palabras que les decía los tornaba humanos y sufridos; que desencantaba las serpientes y las hacía andar derechas; tomaba de ojo a los basiliscos, quitándoles las niñas porque no matasen ni miradas ni mirando: que todas eran cosas bien útiles y raras.

Matronas castas

—Todo eso es nada —dijo uno— con el prevalecer contra las mismas sirenas y transformarlas en matronas, aquel convertir en tórtolas las lobas; y lo más que se puede imaginar, que de una Venus bestial hizo una virgen vestal.

—Eso es gran cosa —dijeron todos.

Campeaba ya su artificioso palacio muy superior a todo, y con estar en puesto tan eminente, hacía subir las aguas de los ríos a dar la obediencia a su poderosa maña con un raro artificio, ejemplar de aquel otro del famoso artífice que al mismo Tajo dio un corte de aguas cristalinas. Estaba todo él coronado de flores en jardines, prodigios también fragrantes, porque las espinas eran rosas, y las maravillas de todo el año; hasta los olmos daban peras, y uvas los espinos; de los más secos corchos sacaba jugo y aun néctar; y los peros, en Aragón tan indigestos, aquí se nacían confitados. Oíanse en los estanques cantar los cisnes en todo tiempo; hízosele muy de nuevo a Critilo, porque en otras partes de tal suerte enmudecen que aun en la hora de la muerte, aunque comúnmente se dice que cantan, ninguno se halla que los haya oído.

Desengañados

—Es —le dijeron— que como son tan cándidos, si cantan ha de ser la verdad, y como ésa es tan mal oída, han dado en el arbitrio de enmudecer; sólo en aquel trance, apretados de la conciencia o porque ya no tienen más que perder, cantan alguna verdad. Y de aquí se dijo que tal predicador o tal ministro hablaron claro, el secretario Fulano desbuchó muchas verdades, el otro consejero descubrió su pecho, estando todos para morir.

---

17 Nueva alusión al artificio de Juanelo, al que en *El Discreto*, XX, se referirá con ironía. Cfr. cr. VII, núm. 16.

34 *desbuchar:* «Sacar del buche, por declarar lo que uno sabe y es casi secreto.» (Covarrubias.)

A la puerta estaba un león que le había convertido en una mansísima oveja, y un tigre en un cordero. Por los balcones había muchas parleras, digo aves, en conversación, manteniendo la tela los papagayos, aunque los tordos se picaban de su nombre. Los gatos y los alanos de su casa ya no arañaban apretados ni mordían rabiosos, sino que, reconociendo leales su gran dueño, besaban sus generosas plantas. Estábanles aguardando a la puerta muchas y bien aliñadas doncellas, aunque mecánicas y de escalera abajo; otras más nobles y liberales le subieron arriba y le ensalzaron a la oficina en que la discretísima Artemia, asistida de los varones eminentes (señalándole a cada uno su puesto el grande apreciador de las eminencias, don Vincencio de Lastanosa), estaba actualmente ocupada en hacer personas de unos leños. Tenía un rostro muy compuesto, ojos penetrantes; su hablar, aunque muy medido, muy gustoso; sobre todo, tenía extremadas manos que daban vida a todo aquello en que las ponía; todas sus facciones muy delicadas, su talle muy airoso y bien proporcionado, y en una palabra, toda ella de muy buen arte.

Don Vincencio de Lastanosa

Recibió con agradable bizarría a Critilo, celebrándole por muy de su genio, sacándolo por la pinta, y añadió que con razón se llamó el rostro faz, porque él mismo está diciendo lo que hace y, *facies* en latín, lo que *facies*. Llegó Critilo a saludarla, logrando favores tan agradables. Extrañó ella que un varón discreto viniese, no ya sólo, mas sí tanto; que la conversación, decía, es de entendidos y ha de tener mucho de gracia, y de las gracias, ni más ni menos de tres. Aquí, distilando el corazón en lágrimas, Critilo:

—Otros tantos —respondió— solemos ser un otro camarada que dejo por dejado, y siempre se nos junta otro

---

11 *ensalzaron,* por 'elevaron'.

14 Se trata del gran amigo de Gracián, al cual alude repetidas veces en sus diversas obras, y más adelante con el anagrama de *Salastano.* El nombre de Vincencio aparece en la edición princeps sin la *n* de la primera sílaba.

23 *pinta:* «la señal [o] muestra exterior, por donde se conoce la calidad buena o mala de las cosas». *(Dic. Aut.)*

tercero de la región donde llegamos, que tal vez nos guía, y tal nos pierde, como ahora; que por eso vengo a ti, ¡oh gran remediadora de desdichas!, solicitando tu favor y tu poder para rescatar este otro yo, que queda mal cautivo, sin saber de quién ni cómo.

—Pues si no sabes dónde le dejas, ¿cómo le hemos de hallar?

—Aquí entran tus prodigios —replicó él—: a más de que ahí queda en la corte (juráralo yo que ahí había de ser su perdición) de un rey famoso sin ser nombrado, poderoso por lo universal y singular por lo desconocido.

—¡Tate! —dijo ella—, ya estás entendido (que fue favor substancial): él queda sin duda en la Babilonia, que no corte, de mi grande enemigo Falimundo, porque ahí perece el mundo entero y todos acaban porque no acaban. Pero, mejor ánimo en la peor fortuna, que no nos ha de faltar ardid contra el engaño.

Mandó llamar uno de sus mayores ministros, gran confidente suyo, que acudió tan pronto como voluntario; parecía hombre de propósito, y aun ilustre, por lo claro y verdadero. A éste le confió la empresa, informándole muy bien Critilo de lo pasado y Artemia de lo hacedero. Entrególe juntamente un espejo de purísimo cristal, obra grande de uno de los siete griegos, explicándole su manejo y eficacia. Y él empeñó su industria: vistióse al uso de aquel país, con la misma librea que los criados de Falimundo, que era de muchos dobleces, pliegues, aforros y contraforros, senos, bolsillos, sobrepuestos, alforzas y capa para todas las cosas. Desta suerte se partió pronto a cumplir el preciso mandato.

Quedó Critilo tan hallado como favorecido en la corte de Artemia, muy entretenido y aun aprovechado, vién-

---

14 *Falimundo,* de *Fali,* 'fallir, engañar' y *mundo,* es un nuevo nombre creado por Gracián, al que da, asimismo, un valor simbólico, como 'Falsedad o engaño del mundo'.

27 *aforrar:* «Doblar la vestidura o la tela por de dentro con otra, para más abrigo, o dura para que haga más bulto y cuerpo. *Aforro,* la tal dobladura de tela. Y díxose de *a,* que aquí vale contra, y *foro,* fuera; contra lo de fuera, y el aforro por de dentro.» (Covarrubias.)

28 *alforzas,* pliegues que solían ponerse en la vestimenta de la época.

dola cada día obrar mayores prodigios: porque la vio convertir un villano zafio en un cortesano galante, cosa que parecía imposible; de un montañés hizo un gentilhombre, que fue también gran primor del arte, y no menor hacer de un vizcaíno un elocuente secretario. Convertía las capas de bayeta raídas en terciopelos, y aun en felpas, un manteo deslucido de un pobre estudiante en una púrpura eminente, y una gorra en una mitra. Los que servían en una parte hacía mandasen en otra y tal vez el mundo todo, pues de un zagal que guardaba una piara hizo un pastor universal: obrando con más poder a mayor distancia, porque se le vio levantar un mozo de espuelas a Belengabor, y de un lacayo un señor de la Tenza.

Cortesanos

Y de tiempos pasados contaban mayores cosas, pues la vieron transformar las aguijadas en cetros y hacer un

---

10-11 *un pastor universal.* Alusión al pontífice Sixto V.

13 *Belengabor,* príncipe de Transilvania llamado Gábor Bethlen, que llega a proclamarse rey de Hungría en 1618. Oliver Brachfeld («Un curioso error de Gracián», en *RFE,* 1929, XVI, págs. 276 y sigs.) dice que Gracián «equivoca su apellido tanto como su historia». «Bethlen era todo lo contrario de un *parvenu:* hijo de una familia de antigua nobleza, aunque no tenemos la seguridad de que fuera cierto lo que él pretendía, a saber: que sus antepasados tenían el título y la dignidad de *voivoda;* sabemos que su padre había sido un distinguido capitán de caballería, y que le fueron concedidas altas dignidades públicas. Sabemos también que, nacido en 1580, Bethlen recibió una educación muy cuidada, que poseía el idioma latino a la perfección.» Por su parte, Leo Spitzer («Bethlengabor, une erreur de Gracián?», en *RFE,* 1930, XVIII, págs. 173 y sigs.) cree que «*l'appellativisation* des noms propres rentre tout à fait dans les habitudes stylistiques de Gracián, qui aime a donner un sens nouveau aux mots, à leur insuffler, pour ainsi dire, une nouvelle ame semantique: le nom propre employé comme apellatif, acquiert une aception nouvelle: Belengabor 'le type de Bethlen Gabor', 'le type du prince puisant'».

13 *señor de la Tenza,* denominación que Gracián pudo tomar de las *Relationi Universali* de Botero (Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 252), vale por 'emperador del Japón'. Alude a Taikosama (1536-1598), que desde un origen oscuro y habiendo ejercido los más humildes oficios —vender en la ciudad la leña que cortaba en el bosque, criado de un caballero, bufón del emperador—, llegó a ser un valeroso guerrero, que logró dominar a los reyezuelos del Japón y ser nombrado emperador en 1582. Conquistó gran parte de Corea e hizo tributario suyo al emperador de la China. Gracián le había recordado anteriormente en *El Discreto,* XVIII.

15 *transformar las aguijadas en cetros.* Acaso aluda a Wamba.

César de un escribano. Mejoraba los rostros mismos, de modo que de la noche a la mañana se desconocían, mudando los pareceres de malos en buenos, y éstos en mejores. De hombres muy livianos hacía hombres graves, y de otros muy flacos, hombres de mucha substancia. Y era de modo que todos los defectos del cuerpo suplía: hacía espaldas, era pies y manos para unos, y daba ojos a otros, dientes y cabellos; y lo que es más, remendaba corazones, haciéndolos de las mismas tripas: que todos eran milagros de su artificio. Pero lo que más admiró a Critilo fue verla coger entre las manos un palo, un tronco, y irle desbastando hasta hacer dél un hombre que hablaba de modo que se le podía escuchar; discurría y valía, al fin, lo que bastaba para ser persona.

Pero dejémosle tan bien entretenido y sigamos un rato al prudente anciano que camina en busca de Andrenio a la corte del famoso rey Falimundo.

Duraban aún los juegos bacanales. Andaban las máscaras más validas que en la misma Barcelona; no hubo hombre ni mujer que no saliese con la suya, y todas eran ajenas. Había de todos modos, no sólo de diablura, pero de santidad y de virtud, con que engañaban a muchos simples: que los sabios claramente les decían se las quitasen. Y es cosa notable que todos tomaban las ajenas y aun contrarias, porque la vulpeja salía con máscara de cordero, la serpiente de paloma, el usurero de limosnero, la ramera de rezadora y siempre en romerías, el adúltero de amigo del marido, la tercera de saludadora, el lobo del que ayuna, el león de cordero, el gato con

Hombres fingidos

1 *de un escribano.* Se refiere a Julio César, que de *escribano,* por 'escritor' (aludiendo a sus escritos de juventud, que Augusto prohibió se publicasen, como indica Suetonio, *César,* § LVI), llega a ser emperador de Roma.

7 *hacer espaldas:* «favorecer a alguno. Bolver las espaldas, vale desamparar». (Covarrubias.)

28 *siempre en romerías.* Evidente equívoco entre *ramera* y *romerías* o '*ramerías*'.

30 *el león de cordero.* Vuelve a emplear la máscara de cordero, que líneas más arriba asignaba a la vulpeja.

barba a lo romano, con hechos de tal, el asno de león mientras calla, el perro rabioso de risa por tener falda, y todos de burla y engaño.

Comenzó el viejo a buscar a Andrenio por aquellas encrucijadas, que no calles; y, aunque llevaba las señas tan individuales, él estaba ya tan trocado que no le conociera el mismo Critilo, porque ya los ojos no los tenía ni claros ni abiertos como antes, sino muy oscuros y casi ciegos, que los ministros de Falimundo ponen toda su mira en quitarla; ya no hablaba con su voz, sino con la ajena; no oía bien, y todo iba a mal andar: que si los hombres son otros de la noche a la mañana, ¡qué sería en aquel centro de la mentira! Con todo, valiéndose de su industria, y por otras señales más seguras de la ocasión y del tiempo, vino a tener lengua dél. Hallóle un día perdiendo muchos en mirar cómo otros perdían sus haciendas, y aun las conciencias. Había un gran partido de pelota, propio entretenimiento del mundo, y así, se jugaba en su gran calle a dos bandas muy contrarias, porque los unos de los jugadores unos eran blancos y los otros negros, unos altos y otros bajos, éstos pobres, aquéllos ricos, y todos diestros, como quien no hace otro eternamente. Las pelotas eran de viento, tan grandes como cabezas de hombres, que un pelotero llenaba de viento por ojos y por oídos, dejándolas tan huecas como hinchadas. Cogíalas el que las sacaba a plaza, y diciendo que jugaba con toda verdad (pues todo es burla y todo juego), daba con la pelota por aquellos aires con más presteza cuanto más impulso; rebatíala el otro sin dejarla reposar un instante; todos la sacudían de sí con

---

1 *...con hechos de tal* Gracián hace un juego de palabras bastante complejo. Puede tratarse de un gato, y en contraposición *con barba a lo romano,* al estilo romano, como los ancianos de Roma, signo de respetabilidad, pero *con hechos de tal,* es decir, de *gato:* «el ladrón ratero, que hurta con astucia y engaño». *(Dic. Aut.)*

6 *individuales,* particularizadas, detalladas.

10 *...en quitarla,* es decir, *en quitar la mira,* 'la vista'.

15 *lengua,* informe, noticia.

26 *sacar a plaza:* «Publicar y hacer notoria alguna cosa que estaba oculta o se ignoraba.» *(Dic. Aut.)*

notable destreza, que en eso consistía su ganancia: ya estaba tan alta que se perdía de vista, ya tan baja que iba rodando por aquellos suelos entre el lodo y la basura; uno la daba del pie y otro de mano, pero los más con unas que parecían lenguas y eran palas: ya andaba entre los de arriba, ya entre los de abajo, padeciendo grandes altibajos. Gritaba uno que ganaba quince, y era así, que a los quince años suele ser la ganancia del vicio y la pérdida de la virtud. Otro decía treinta, y tenía por ganado el juego, cuando a tanta edad no se sabe. Deste modo la fueron peloteando hasta que cayó en tierra reventada, donde la pisaron: que en esto había de parar, y tan a su costa ganaron unos y se entretenían todos.

—Éstas —dijo Andrenio, volviéndose hacia quien le buscaba— parecen cabezas de hombres.

—Y lo son —respondió el viejo—, y una de ellas es la tuya: de hombres, digo, descabezados, más llenas de viento que de entendimiento, y otras de borra, de enredos y mentiras. Rebútelas el mundo de su vanidad, cógenlas aquellos de arriba, que son los contentos y felicidades, y arrójanlas a los de abajo, que son sus contrarios, los pesares y calamidades con todo género de mal: ya está el hombre miserable entre unos, ya entre otros, ya abatido, ya ensalzado; todos le sacuden y le arrojan, hasta que reventado viene a parar entre la azada y la pala, en el lodo y la hediondez de un sepulcro.

La vida, juego

—¿Quién eres tú, que tanto ves?

—¿Quién eres tú, que estás tan ciego?

Fuésele poco a poco introduciendo, ganóle la voluntad para ganarle el entendimiento. Fuéle descubriendo Andrenio sus esperanzas y las grandes promesas de valer. Vista la sazón, díjole el viejo:

—Ten por cierto que por ese camino jamás llegarás a ver este rey, cuanto menos hablarle; dependes de su

4 Tanto *dar del pie* como *dar de mano*, vale por 'apartar algo con desprecio'.

26 «Una amistad tan arraygada, que es tenida por dificultosa de resolverse, dezimos que no la apartará sino la pala y el açadón, que sinifican la muerte, porque son los instrumentos para abrir y cerrar la sepultura.» (Covarrubias.)

querer, y él nunca querrá: que le va el ser en no ser conocido. El medio que sus ministros toman para que [no] le veas es cegarte; mira tú cuán poco miras. Hagamos una cosa: ¿qué me darás y yo te lo mostraré esta misma tarde?

—¿Burlas de mí?— le dijo Andrenio.

—No, porque siempre estoy de veras. No quiero otra cosa de ti sino que le mires bien cuando te le mostrare.

—Eso es pedirme lo que deseo.

Señalaron hora y acudieron puntuales, el uno como deseoso y el otro verdadero; y cuando Andrenio creyó le llevaría a Palacio y le introduciría por el favor o por el secreto, vio que le sacaba fuera, apartándole más. Quiso volverse, pareciéndole mayor embuste éste que todos los pasados. Detúvole el Prudente, diciendo:

—Advierte que lo que no se puede ver cara a cara, se procura por indirecta. Subamos a aquella eminencia, que levantados de tierra yo sé que descubriremos mucho.

Subieron a lo alto, que caía enfrente de las mismas ventanas de Falimundo. Estando aquí, dijo Andrenio:

—Paréceme que veo mucho más que antes.

De que se holgó harto el compañero, porque en el ver y conocer consistía su total remedio. Hacíase ojos Andrenio mirando hacia Palacio por ver si podía brujulear alguna realidad, más en vano, que estaban las ventanas unas con celosías muy espesas y otras con vidrieras.

—No ha de ser de ese modo —dijo el viejo—, sino al contrario, volviendo las espaldas, que las cosas del mundo todas se han de mirar al revés para verlas al derecho.

Sacó en esto el espejo del seno y, desenvolviéndole de un cendal, púsosele delante, encarándole muy bien a las ventanas contrarias de Palacio.

—Mira ahora —le dijo—, contempla bien y procura satisfacer tu deseo.

¡Cosa rara y inaudita!, comenzó a espantarse y a temer tanto Andrenio, que casi desmayaba.

---

2 [*no*] Partícula que no figura en la primera edición, pero que parece exigir el contexto.

—¿Qué tienes, qué ves? —le preguntó el anciano.

—¡Qué he de ver! Lo que no quisiera ni creyera. Veo un monstruo, el más horrible que vi en mi vida, porque no tiene pies ni cabeza; ¡qué cosa tan desproporcionada, no corresponde parte a parte, ni dice uno con otro en todo él!, ¡qué fieras manos tiene, y cada una de su fiera, ni bien carne ni pescado, y todo lo parece! ¡Qué boca tan de lobo, donde jamás se vio verdad! Es niñería la quimera en su cotejo: ¡qué agregado de monstruosidades! ¡Quita, quítamele [de] delante, que moriré de espanto!

Pero el prudente compañero le decía:

—Cúmpleme la palabra, nota aquel rostro, que a la primera vista parece verdadero, y no es de hombre, sino de vulpeja; de medio arriba es serpiente; tan torcido tiene el cuerpo y sus entrañas tan revueltas, que basta a revolverlas; el espinazo tiene de camello, y hasta en la nariz tiene corcova; el remate es de sirena, y aun peor, tales son sus dejos. No puede ir derecho; ¿no ves como tuerce el cuello?; anda acorvado, y no de bien inclinado. Las manos tiene gafas, los pies tuertos, la vista atravesada. Y a todo esto, habla en falsete, para no hablar ni proceder bien en cosa alguna.

—¡Basta —dijo Andrenio—, que reviento!

—Y basta que a ti te sucede lo que a todos los otros —dijo el viejo—, que en viéndole una vez tienen harto, nunca más le pueden ver: eso es lo que yo deseaba.

—¿Quién es este monstruo coronado? —preguntó Andrenio—, ¿quién este espantoso rey?

—Éste es —dijo el anciano— aquél tan nombrado y tan desconocido de todos, aquél cuyo es todo el mundo por

Engaño

---

5 *ni dice uno con otro* que equivaldría a «*no hay cosa con cosa*, todo está desconcertado». (Covarrubias.)

10 [*de*] Tampoco esta partícula figura en la ed. de 1651.

18 *dejos*, acaso en su doble acepción de 'acento', en este caso el cántico de las sirenas, y el «mal efecto que queda de alguna pasión del ánimo; como... del vicio». *(Dic. Aut.)*

19 *acorvado*, encorvado.

20 *gafo:* «El que tiene contraídos los nervios, de suerte que no puede mover las manos o pies.» *(Dic. Aut.)*

30 *cuyo es*, de quien es.

sola una cosa que le falta; éste es aquél que todos platican y le tratan, y ninguno le quería en su casa, sino en la ajena; éste es aquel gran cazador con una red tan universal que enreda todo el mundo; éste es el señor de la mitad del año, primero, y de la otra mitad después; éste, el poderoso (entre los necios) juez a quien tantos se apelan, condenándose; éste, aquel príncipe universal de todos, no sólo de hombres, pero de las aves, de los peces y de las fieras; éste es, finalmente, el tan famoso, el tan sonado, el tan común Engaño.

—No hay más que aguardar —dijo Andrenio—. Vámonos de aquí, que ya estoy más lejos dél cuanto más cerca.

—Aguarda —dijo el viejo—, que quiero que conozcas toda su parentela.

Ladeó un poco el espejo y apareció una urca más furiosa que la de Orlando, una vieja más embelecadora que la de Sempronio.

—¿Quién es esta meguera? —preguntó Andrenio.

Mentira —Ésta es su madre, la que le manda y gobierna; ésta es la Mentira.

—¡Qué cosa tan vieja!

—Ha muchos años que nació.

—¡Qué cosa tan fea! Cuando se descubre, parece que cojea.

—Por eso la alcanzan luego.

—¡Qué de gente le acompaña!

—Todo el mundo.

—Y de buen porte.

—Ésos son los más allegados.

---

2 *quería*. En la ed. de 1658, *querría*.

5 *y de la otra mitad después*. Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 260, anota oportunamente la fuente de este pasaje: el refrán «Con arte y con engaño se vive el medio año; con engaño y arte se vive la otra parte», que registra Hernán Núñez.

16 *orca, urca*, monstruo marino fabuloso, especie de ballena, que parece un gran pedazo de carne, con dientes muy fuertes y de gran ferocidad.

18 Alusión a la vieja Celestina y a Sempronio, criado de Calixto.

19 *meguera*, «una de las tres furias de que hazen mención los poetas, que son Alecto, Tisíphone y Megera». (Covarrubias.)

—¿Y aquellos dos enanos?

—El Sí y el No, que son sus meninos.

—¡Qué de promesas, qué de ofrecimientos, excusas, cumplimientos, favores! Hasta las alabanzas le acompañan.

Torció el espejo a un lado y a otro, y descubrieron mucha gente honrada, aunque no de bien:

—Aquélla es la Ignorancia su abuela; la otra su esposa la Malicia, la Necedad su hermana; aquellos otros sus hijos y hijas, los Males, las Desdichas, el Pesar, la Vergüenza, el Trabajo, el Arrepentimiento, la Perdición, la Confusión y el Desprecio. Todos aquellos que ¡le están al lado, son sus hermanos y primos, el Embuste, el Embeleco y el Enredo, grandes hijos deste siglo y desta era. ¿Estás contento Andrenio?— le preguntó el viejo.

—Contento no, pero desengañado sí. Vamos, que los instantes se me hacen siglos: una misma cosa me es dos veces tormento, primero deseada y después aborrecida.

Salieron ya por la puerta de la luz de aquel Babel del Engaño. Iba Andrenio a medio gusto, que nunca llega a ser entero. Examinóle el viejo de su nueva pena, y respondióle:

—¡Qué quieres!, que aún no me he hallado todo.

—¿Qué te falta?

—La mitad.

—¿Qué, algún camarada?

—Más.

—¿Algún hermano?

—Aún es poco.

—¿Tu padre?

—Por ahí, por ahí: un otro yo, que lo es un amigo verdadero. Amigos

---

2 *menino:* «El pagecito que entra en palacio, aunque de poco, al príncipe y a las personas reales.» (Ibíd.)

7 *gente honrada.* La aparente paradoja deja de serlo si se tiene en cuenta que entre las acepciones de *honrado,* aparece también la irónica de «bellaco, pícaro, travieso», que ofrece el *Dic. Aut.*

32 Reproduce una frase de Zenón, que recoge Diógenes Laercio, *Zenón,* § 19: «Preguntado qué cosa es el amigo, respondió: "Un otro yo".» En *Agudeza,* XLI, Gracián se la atribuye a Pitágoras.

—Tienes razón, mucho has perdido si un amigo perdiste, y será bien dificultoso hallar otro. Pero, dime, ¿era discreto?

—Sí, y mucho.

—Pues no se habrá perdido para sí. ¿No supiste qué se hizo?

—Díjome iba a la corte de una reina, tan sabia como grande, llamada Artemia.

—Si era entendido, como dices, yo lo creo, allá habrá aportado. Consuélate, que allá vamos también, que quien te sacó del Engaño ¿dónde te ha de llevar sino al Saber?, digo, a la corte de tan discreta reina.

—¿Quién es esta gran mujer y tan señora, nombrada en todas partes? —preguntó Andrenio.

Y el anciano:

—Con razón la llamas señora, que no hay señorío sin saber. Comenzando por su nobilísima prosapia, dícense de ella cosas grandes: aseguran unos que desciende del mismo cielo y que salió del cerebro soberano; otros dicen ser hija del Tiempo y de la Observación, hermana de la Experiencia; ni falta quien, por otro extremo, porfía que es hija de la Necesidad, nieta del Vientre; pero yo sé bien que es parto del Entendimiento. Vivió antiguamente, (que no es niña, sino muy persona en todo), como tan favorecida de las monarquías, en sus mayores cortes. Comenzó en los asirios, pasó a los egipcios y caldeos, fue muy estimada en Atenas, gran teatro de la Grecia, en Corinto y en Lacedemonia; pasó después a Roma con el imperio, donde, en competencia del valor, la laurearon, cediendo los arneses a las togas. Los godos, gente inculta, la comenzaron a despreciar, desterrándola de todo su distrito; apuróla y aun pretendió acabar con ella la bárbara morisma y húbose de acoger a la famosa tetrarquía de Carlo Magno, donde estuvo muy acreditada. Mas hoy, a

10 *aportar:* «llegar a parte no pensada, sino que acaso yendo perdidos llegaron a aquel lugar». (Covarrubias.)

30 *cediendo los arneses a las togas.* Según Romera-Navarro, la frase de Gracián procede de Cicerón (*De officiis*, I, 22): «Cedant arma togae: concedat laurea laudi.»

la fama de la mayor, la más dilatada y poderosa monarquía española, que ocupa entrambos mundos, se ha mudado a este augusto centro de su estimación.

—¿Cómo no habita en su famosa corte, aplaudida de todas las naciones de tan universal imperio, venerada de sus cultos cortesanos, y no aquí en medio de la intolerable villanía? —replicó Andrenio—; que si son dichosos los que habitan las ciudades, más lo serán ellos cuanto mayores ellas.

—Porque quiere probarlo todo —respondió el anciano—. Íbale muy mal en las cortes, donde tiene más enemigos cuanto mayores vicios; vivió ya entre los cortesanos donde experimentó tan a su costa las persecuciones de la infelicidad y de la malicia, la falta de verdad, la sobra de embeleco, y aun averiguó que había allá más necedad cuanto más presumida. Muchas veces la he oído decir que si allí hay más cultura, aquí más bondad, si allí más puestos, aquí más lugar; allí empleos, aquí tiempo; allí se pasa, aquí se logra: y que esto es vivir y aquello acabar.

Vida de Corte

—Con todo eso —replicó Andrenio— yo más quisiera haberlas con bellacos que con tontos; malo es todo, pero de verdad que la necedad es intolerable, y más para entendidos: perdóneme la sabia Artemia.

Relumbraba ya su alcázar, cielo equivocado, bordado todo de inscripciones y coronado de vítores. Fueron bien recibidos, con agradecimientos al viejo, y Andrenio con abrazos, asegurándole certezas quien no le regateaba permisiones. Aquí, en honra de sus dos huéspedes, obró Artemia sus más célebres prodigios; y no sólo en los otros, sino en ellos mismos, y más en Andrenio, que necesitaba de sus realces. Vióse muy persona en poco tiempo y muy instruido para adelante; que si un buen consejo es bastante para hacer dichosa toda la vida, ¿qué obrarían

20 En este pasaje se percibe claramente el eco de una lectura meditada del *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, de fray Antonio de Guevara, autor que Gracián no cita nominalmente, pero que influyó en diversos lugares de sus obras.

25 Es decir, 'que podía *equivocarse* (=confundirse) con un cielo'.

en él tantos y tan importantes? Comunicáronla su vida y su fortuna, noticia de superior gusto para ella, por lo raro. Alternó, curiosa, muchas preguntas a Andrenio, haciéndole repetir una y muchas veces aquella su primera admiración cuando salió a ver el mundo, la novedad que le causó este gran teatro del universo.

—Una cosa deseo mucho oírte —le dijo a Andrenio— y es, entre tantas maravillas criadas como viste, entre tantos prodigios como admiraste, ¿cuál fue el que más te satisfizo?

Lo que respondió Andrenio nos lo diga la otra crisi.

CRISI NONA

Moral anotomía del Hombre

Eternizaron con letras de oro los antiguos en las paredes de Delfos, y mucho más con caracteres de estimación en los ánimos de los sabios, aquel célebre sentimiento de Biante: *Conócete a ti mismo*. Ninguna de todas las cosas criadas yerra su fin, sino el hombre; él sólo desatina, ocasionándole este achaque la misma nobleza de su albedrío. Y quien comienza ignorándose, mal podrá conocer las demás cosas. Pero ¿de qué sirve conocerlo todo, si a sí mismo no se conoce? Tantas veces degenera en esclavo de sus esclavos cuantas se rinde a los vicios. No hay salteadora Esfinge que así oprima al viandante (digo, viviente) como la ignorancia de sí, que en muchos se condena estupidez, pues ni aun saben que no saben, ni advierten que no advierten.

De esta común necedad pareció excepción Andrenio cuando así respondió a la curiosa Artemia:

---

2 *anotomía*, por 'anatomía', vocablo admitido por Covarrubias, Franciosini y *Dic. Aut.*, y usado por los escritores de la época.

6 Versión de la sentencia «Nosce te ipsum», que, según Plinio, se hizo grabar en letras de oro en el templo de Delfos. Gracián tan pronto se la atribuye a Chilón, como en *El Discreto*, I, a Biante, Bías, uno de los siete sabios de Grecia, igual que en este pasaje de *El Criticón*. Diógenes Laercio, *Tales*, § 15, dice: «De Tales es aquella sentencia: "Conócete a ti mismo"; aunque Antístenes en las *Sucesiones* dice es de Femonóe, y se la abrogó Chilón.» Platón, en *Protágoras*, no se decide a atribuirla a ninguno de ellos en particular.

—Entre tanta maravilla como vi, entre tanto empleo como aquel día logré, el que más me satisfizo (dígolo con recelo, pero con verdad) fui yo mismo, que cuanto más me reconocía más me admiraba.

El mayor prodigio

—Eso era lo que yo deseaba oírte —aplaudió Artemia—, y así lo ponderó el augustísimo de los ingenios cuando dijo que entre todas las maravillas criadas para el hombre, el mismo hombre fue la mayor de todas. Así también lo generaliza el príncipe de los filósofos en su tan asentada máxima que siempre es más aquello por quien otro es tal. De modo que si para el hombre fueron criadas tan preciosas las piedras, tan hermosas las flores y tan brillantes las estrellas, mucho más lo es el mismo hombre para quien fueron destinadas: él es la criatura más noble de cuantas vemos, monarca en este gran palacio del mundo, con posesión de la tierra y con expectativa del cielo, criado de Dios, por Dios y para Dios.

—A los principios —proseguía Andrenio— rudamente me reconocía, pero cuando pude verme a toda luz y por extraña suerte acabé de contemplarme en los reflejos de una fuente, cuando advertí era yo mismo el que creí otro, no podré explicarte la admiración y gusto que allí tuve: remirábame, no tanto necio, cuanto contemplativo. Lo primero que observé fue esta disposición de todo el cuerpo, tan derecha, sin que tuerza a un lado ni a otro.

—Fue el hombre —dijo Artemia— criado para el cielo, y así, crece hacia allá; y en esa material rectitud del

---

6 *el augustísimo de los ingenios*, San Agustín, citado a través de la *Introducción al símbolo de la fe*, VI, de fray Luis de Granada: «pudo decir Sant Agustín que con verdad que entre las maravillas que hizo Dios por amor del hombre, la mayor es el mismo hombre». Vid. Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 266.

9 *el príncipe de los filósofos*. Platón. La sentencia a que se refiere pudo conocerla Gracián a través de Diógenes Laercio (*Platón*, § 75), cuyas *Vidas de filósofos ilustres* cita tantas veces.

28 En *Agudeza*, XLIII, reproduce tres versos de Ovidio (*Metam.*, I, versos 84-86), que Gracián comenta: «Tal fue aquella [máxima] de Ovidio, ponderando que entre todos los vivientes sólo el hombre camina con la cabeza levantada, colimando a las estrellas, señal concluyente de que él sólo fue criado para el cielo.»

cuerpo está simbolizada la del ánimo, con tal correspondencia, que al que le faltó por desgracia la primera sucede con mayor faltarle la segunda.

—Es así —dijo Critilo—, donde quiera que hallamos corvada la disposición recelamos también torcida la intención; en descubriendo ensenadas en el cuerpo, tememos haya dobleces en el ánimo; el otro a quien se le anubló alguno de los ojos, también suele cegarse de pasión, y lo que es digno de más reparo, que no les tenemos lástima como a los ciegos, sino recelo de que no miran derecho; los cojos suelen tropezar en el camino de la virtud, y aun echarse a rodar, cojeando la voluntad en los afectos, faltan los mancos en la perfección de las obras, en hacer bien a los demás. Pero la razón, en los varones sabios, corrige todos estos pronósticos siniestros.

Corcovados

Tuertos

—La cabeza —dijo Andrenio— llamo yo, no sé si me engaño, alcázar del alma, corte de sus potencias.

—Tienes razón —confirmó Artemia—, que así como Dios, aunque asiste en todas partes, pero con especialidad en el cielo, donde se permite su grandeza, así el alma se ostenta en este puesto superior, retrato de los celestes orbes. Quien quisiere verla búsquela en los ojos; quien oírla, en la boca; y quien hablarla, en los oídos. Está la cabeza en el más eminente lugar, ya por autoridad, ya por oficio, porque mejor perciba y mande.

Cabeza, cielo

—Y aquí he notado yo con especial atención —dijo Critilo— que aunque las partes desta gran república del cuerpo son tantas, que solos los huesos llenan los días del año, y esta numerosidad, con tal armonía que no hay número que no se emplee en ellas, como, digamos, cinco son los sentidos, cuatro los humores, tres las potencias, dos los ojos: todas vienen a reducirse a la unidad de una cabeza, retrato de aquel primer móvil divino a quien viene a reducirse por sus gradas toda esta universal dependencia.

—Ocupa el entendimiento —dijo Artemia— el más puro y sublime retrete, que aun en lo material fue aventajado como mayorazgo de las potencias, rey y señor

37 *retrete,* por 'breve aposento'.

de las acciones de la vida, que allí se remonta, alcanza, penetra, sutiliza, discurre, atiende y entiende. Estableció su trono en una ilesa candidez, librea propia del alma, extrañando toda oscuridad en el concepto y toda mancha en el afecto, masa suave y flexible, apoyando dotes de docilidad, moderación y prudencia. La memoria atiende a lo pasado y así se hizo tan atrás cuando el entendimiento adelante; no pierde de vista lo que fue, y porque echamos comúnmente atrás lo que más nos importa, previno este descuido haciendo Jano a todo cuerdo.

—Los cabellos me parecieron más para el ornato que que para la necesidad —ponderó Andrenio.

—Son raíces deste humano árbol —dijo Artemia—: arráiganle en el cielo y llévanle allá de un cabello; allí han de estar sus cuidados y de allá ha de recibir el sustancial sustento. Son librea de las edades por lo que tienen de adorno, variando con los colores los afectos. Es la frente cielo del ánimo, ya encapotado, ya sereno, plaza de los sentimientos; allí salen a la vergüenza los delitos, sobran las faltas y placéanse las pasiones, en lo estirado la ira, en lo caído la tristeza, en lo pálido el temor, en lo rojo la vergüenza, la doblez en las arrugas y la candidez en lo terso, la desvergüenza en lo liso y la capacidad en lo espacioso.

Ojos, miembros divinos

—Pero los que a mí —dijo Andrenio— más me llenaron en esta artificiosa fábrica del hombre fueron los ojos.

—¿Sabes —dijo Critilo— cómo los llamó aquel grande restaurador de la salud, entretenedor de la vida, indagador de la naturaleza, Galeno?

—¿Cómo?

—Miembros divinos, que fue bien dicho, porque si bien se nota, ellos se revisten de una majestuosa divinidad que infunde veneración, obran con una cierta

---

3 *candidez*, por 'blancura'.

10 Alude al privilegio que gozaba Jano bifronte, y del cual le había dotado Saturno, de poder tener siempre presente lo pasado y poder contemplar el porvenir, lo que hacía de él el símbolo de la prudencia.

20 *sobran*, en su valor etimológico, 'abundan'. (Corominas.)

20 *placear:* «Publicar o hacer manifiesta alguna cosa.» *(Dic. Aut.)*

universalidad que parece omnipotencia, produciendo en el alma todas cuantas cosas hay en imágines y especies, asisten en todas partes remedando inmensidad, señoreando en un instante todo el hemisferio.

—Con todo, reparé yo mucho en una cosa —dijo Andrenio— y es que, aunque todo lo ven, no se ven a sí mismos, ni aun las vigas que suelen estar en ellos, condición propia de necios: ver todo lo que pasa en las casas ajenas, ciegos para las propias. Y no fuera poca conveniencia que el hombre se mirara a sí mismo, ya para que se temiera y moderara sus pasiones, ya para que reparara sus fealdades.

—Gran cosa fuera —dijo Artemia— que el colérico viera su horrible ceño y se espantara de sí mismo, que un melindroso y un adamado vieran sus afeminados gestillos, y se correrían el altivo con todos los demás necios. Pero atendió la cauta naturaleza a evitar mayores inconvenientes en el verse: temióle necio, no se enamorara de sí (aun el más monstruo) y, todo ocupado en verse, ninguna otra cosa mirara. Basta que se mire a las manos antes que le miren otros, remire sus obras, que es preciso, y atienda a sus acciones, que sean tan muchas como perfectas; mírese también a los pies, hollando su vanidad, y sepa dónde los pone y dónde los tiene, vea en qué pasos anda, que eso es tener ojos.

—Así es —replicó Andrenio—, mas para tanto ver, poco parecen dos ojos, y esos tan juntos; de una alhaja tan preciosa lleno había de estar todo este animado palacio. Pero ya que hayan de ser dos no más, pudiéranse repartir, y que uno estuviera delante para ver lo que viene y el otro atrás para lo que queda: con eso, nunca perdieran de vista las cosas.

—Ya algunos —respondió Critilo— arguyeron a la naturaleza de tan imaginario descuido y aun fingieron un hombre, a su parecer muy perfecto, con la vista duplicada; y no servía sino de ser hombre de dos caras,

---

2 *imágines*. Es frecuente en Gracián el cambio de la *e* por *i* y al contrario, al gusto popular, ya sea por asimilación o disimilación, como en este caso.

doblado más que duplicado. Yo, si hubiera de añadir ojos, antes los pusiera a los lados, encima de los oídos, y muy abiertos, para que viera quién se le pone al lado, quién se le entremete a amigo; y con eso, no parecieran tantos de aquel mortal achaque del costado, viera el hombre con quién habla, con quién se ladea, que es uno de los más importantes puntos de la vida, y vale más estar solo que mal aconsejado. Pero advierte que dos ojos bien empleados, bastante son para todo: ellos miran derechamente lo que viene cara a cara, y de reojo lo que a traición. Al atento bástale una ojeada para descubrir cuanto hay. Y aun por eso fueron formados los ojos en esferas, que es la figura más apta para el ejercicio de ver: no cuadrada, no haya rincones, no se esconda lo que más importa que se vea. Bien están en la cara, porque el hombre siempre ha de mirar adelante y a lo alto. Y si hubiera otros en el celebro, fuera ocasión de que al levantar los unos al cielo, abatiera los otros a la tierra, con cisma de afectos.

—Otra maravilla he observado en ellos —dijo Andrenio—, que es el llorar, y me parece andan muy necios, porque ¿qué remedia los males el llorarlos? No sirve sino de aumentar penas. El reírse de todo el mundo, aquel no dársele cosa de cuanto hay, eso sí que es saber vivir.

—¡Ah!, que como los ojos —dijo Artemia— son los que ven los males, y tantos, ellos son los que los lloran. Siempre verás que quien no siente, no se siente, mas quien añade sabiduría, añade tristeza. Esa vulgaridad del reír quédese para la necia boca, que es la que mucho yerra. Son los ojos puertas fieles por donde entra la verdad, y anduvo tan atentamente escrupulosa la naturaleza que, para no dividirlos, no se contentó con juntarlos en un puesto, sino que los hermanó en el ejercicio: no permite que vea el uno sin el otro, para que sean verídicos contestes; miren juntos una misma cosa, no

8 Curiosa variante del refrán «...que mal acompañado».
19 *cisma,* por 'separación'.
28 Versión del conocido versículo del *Eclesiastés* (I, 18).
35 *contestes:* «Los testigos que dizen una misma cosa en sustancia.» (Covarrubias.)

vea blanco el uno y negro el otro, sean tan parecidos en el color, en el tamaño y en todo, que se equivoquen entre sí y desmientan la pluralidad.

—Al fin —dijo Critilo— los ojos son en el cuerpo lo que las dos lumbreras en el cielo y el entendimiento en el alma: ellos suplen todos los demás sentidos, y todos juntos no bastan a suplir su falta; no sólo ven, sino que escuchan, hablan, vocean, preguntan, responden, riñen, espantan, aficionan, agasajan, ahuyentan, atraen y ponderan, todo lo obran. Y lo que es más de notar, que nunca se cansan de ver, como ni los entendidos de saber, que son los ojos de la república.

—Notablemente anduvo próvida la naturaleza —dijo Andrenio— en señalar su lugar a cada sentido, más o menos eminente según su excelencia: a los más nobles mejoró en los primeros puestos y puso a vista los sublimes ejercicios de la vida; al contrario, los indecentes y viles, aunque necesarios, los desterró a los más ocultos lugares, apartándolos de la vista.

—Mostróse —dijo Critilo— gran celadora de la honestidad y decoro, que aun los femeniles pechos los puso en puesto que pudiesen alimentar los hijos con decencia.

—Después de los ojos, señaló en segundo lugar a los oídos —dijo Andrenio—, y me parece muy bien que le tengan tan eminente: Pero aquello de estar al lado, te confieso me hizo disonancia, y parece fue facilitar la entrada a la mentira; que, así como la verdad viene siempre cara a cara, ella a traición, injiérese de lado. ¿No estuvieran mejor bajo los ojos, y estos examinaran primero lo que se oye, negando la entrada a tanto engaño? Oídos fieles

—¡Qué bien lo entiendes! —dijo Artemia—. Lo que menos convenía era que los ojos estuvieran con los oídos: tengo por cierto que no quedara verdad en el mundo. Antes, si yo los hubiera de disponer de otro modo, los retirara cien dedos de la vista o los pusiera atrás en el celebro, de modo que oyera un hombre lo que detrás dél se dice, que aquello es lo verdadero. ¡Qué

2 *equivoquen*, por 'confundan'.

buena anduviera la justicia si ella viera la belleza que se excusa, la riqueza que se defiende, la nobleza que ruega, la autoridad que intercede y las demás calidades de los que hablan! Sea ciega, que eso es lo que conviene. Bien están los oídos en un medio, no adelante, porque no oigan antes con antes, ni detrás, porque no perciban tarde.

—Otra cosa dificulté yo mucho —replicó Andrenio—, y es que así como los ojos tienen aquella tan importante cortina de los párpados, que verdaderamente está muy en su lugar para negarse cuando no quieren ser vistos o cuando no gustan de ver muchas cosas que no son para vistas, ¿porqué los oídos no han de tener también otra compuerta, y ésa muy sólida, muy doble y ajustada, para no oír la mitad de lo que se habla? Con esto, excusarseía un hombre necedades y ahorraría pesadumbres, único preservativo de la vida. Aquí, yo no puedo dejar de condenar de descuidada la naturaleza, y más cuando vemos que la lengua la recluyó entre una y otra muralla con razón, porque una fiera bien es que esté entre verjas de dientes y puertas tan ajustadas de los labios. Sepamos porqué los ojos y la boca han de llevar esta ventaja a los oídos, y más estando tan expuestos al engaño.

—Por ningún caso convenía —dijo Artemia— que se le cerrase jamás la puerta al oír: es la de la enseñanza, siempre ha de estar patente. Y no sólo se contentó la atenta naturaleza con quitar esa compuerta que tú dices, pero negó al hombre, entre todos los oyentes, el ejercicio de abatir y levantar las orejas: él sólo las tiene inmobles, siempre alerta; que aun le pareció inconveniente aquella poca detención que en aguzarlas se tuviera. A todas horas dan audiencia, aun cuando se retira el alma a su quietud; entonces es más conveniente que valen estas

---

6 *antes con antes:* «alguna importuna anticipación, u diligencia fuera de tiempo, e intempestiva». *(Dic. Aut.)*

8 *dificultar:* «poner dudas y embarazos». (Covarrubias.) Es decir, 'objetar'.

26 *patente.* Vid. cr. VII, núm. 58.

28 *pero,* por 'sino que también'.

centinelas, y si no, ¿quién avisara de los peligros?; durmiera el alma a lo poltrón; ¿quién bastara a despertarla? Esta diferencia hay entre el ver y el oír, que los ojos buscan las cosas como y cuando quieren, mas al oído ellas le buscan; los objetos del ver permanecen, puédense ver, si no ahora, después; pero los del oír van deprisa, y la ocasión es calva. Bien está dos veces encerrada la lengua y dos veces abiertos los oídos, porque el oír ha de ser al doble que el hablar. Bien veo yo que la mitad, y aun las tres partes de las cosas que se oyen, son impertinentes y aun dañosas; mas para eso hay un gran remedio, que es hacer el sordo, que se puede y es el mejor dellos; esto es, hacer orejas de cuerdo, que es la mayor ganancia. A más de que hay algunas razones tan sin ella, que no bastan párpados, y entonces es menester tapiar los oídos con ambas manos; que, pues suelen ayudar a oír, ayuden también a desoír. Préstenos su sagacidad la serpiente, que cosiendo el un oído con la tierra, tapa el otro con el fin, dando a todo buena salida.

—Esto no me puedes negar —instó Andrenio— que estuviera muy bien un rastillo en cada oído como en guarda, y con eso no entraran tan libremente tantos y tan grandes enemigos, silbos de venenosas serpientes, cantos de engañosas sirenas, lisonjas, chismes, cizañas y discordias, con otros semejantes monstruos escuchados.

—Tienes razón en eso —dijo Artemia— y para eso formó la naturaleza las orejas como coladeros de palabras, embudos del saber. Y si lo notas, ya previno de antemano ese inconveniente disponiendo este órgano en forma de laberinto tan caracoleado, con tantas vueltas y

1 *centinela:* «Úsase también como masculino. En lo antiguo se usó como femenino.» *(Dic. 1780.)*

7 Versión del conocido refrán: «A la ocasión la pintan calva.»

9 La fuente de este pasaje procede, sin duda, de Diógenes Laercio, autor tan aprovechado por Gracián. En sus *Vidas de filósofos ilustres*, y en *Zenón*, § 19, hace decir a este filósofo: «A un joven que hablaba demasiado, le dijo: "Tenemos dos orejas y una boca para oír mucho y hablar poco."»

21 *rastillo:* «Lo mismo que *rastrillo.*» *(Dic. Aut.)*

revueltas, que parecen rastillos y traveses de fortaleza, para que deste modo entren coladas las palabras, purificadas las razones y haya tiempo discernir la verdad de la mentira. Luego hay su campanilla muy sonora donde resuenen las voces y se juzgue por el sonido si son faltas o son falsas. ¿No has notado también que dio la naturaleza despedida por el oído a aquel licor amargo de la cólera? ¿Pensarás tú, a lo vulgar, que fue esto para impedir el paso a algunas sabandijas, que topando con aquella amargura pegajosa se detengan y perezcan? Pues advierte que mucho más pretendió con eso, más alto fin tuvo, contra otras más perniciosas previno aquella defensa: topen las palabras blandas de la Circe con aquella amargura del recatado disgusto, deténganse allí los dulces engaños del lisonjero, hallen el desabrimiento de la cordura con que se templen.

—Y aun porque a muchos se les habían de gastar los oídos de oír dulce —ponderó Critilo—, previno aquel antídoto de amargura. Finalmente, dos son los oídos para que pueda el sabio guardar el uno virgen para la otra parte, haya primera y segunda información, y procure que si se adelantó a ocupar la una oreja la mentira, se conserve la otra intacta para la verdad, que suele ser la postrera.

—No parece —dijo Andrenio— tan útil el olfato cuanto deleitable: más es para el gusto que para el provecho. Y siendo así, ¿porqué ha de ocupar el tercer puesto tan a la vista y aventajándose a otros que son más importantes?

Narices sagaces

—¡Oh, sí! —replicó Artemia—, que es el sentido de la sagacidad, y aun por eso las narices crecen por toda la vida; coincide con el respirar, que es tan necesario como eso; discierne el buen olor del malo y percibe que la buena fama es el aliento del ánimo: daña mucho un

1 *través:* «Obra exterior para estorbar el paso en parajes angostos.» (Casares.)

3 *tiempo discernir.* En la edición de 1658, *de.*

23 En *Agudeza,* XXX, Gracián refiere una anécdota de Alejandro Magno: «Así Alejandro se tapaba una oreja oyendo alguna acusación, y preguntado por qué hacía aquello respondió: "Guardo ésta para el reo."»

aire corrupto, inficiona las entrañas. Huele, pues, atenta sagacidad de una legua la fragrancia o la hediondez de las costumbres, porque no se apeste el alma; y aun por eso está en lugar tan eminente. Es guía del ciego, gusto que le avisa del manjar gastado y hace la salva en lo que ha de comer. Goza de la fragrancia de las flores y recrea el celebro con la suavidad que despiden las virtudes, las hazañas y las glorias. Conoce los varones principales y los nobles, no en el olor material del ámbar, sino en el de sus prendas y excelentes hechos, obligados a echar mejor olor de sí que los plebeyos.

—En gran manera anduvo próvida la naturaleza —dijo Andrenio— en dar a cada potencia dos empleos, uno más principal y otro menos, penetrando oficios para no multiplicar instrumentos. Desta suerte, formó con tal disposición las narices que se pudiesen despedir por ellas con decencia las superfluidades de la cabeza.

—Eso es en los niños —dijo Critilo—, que en los ya varones más se purgan los excesos de las pasiones del ánimo, y así sale por ellas el viento de la vanidad, el desvanecimiento, que suele causar vahídos peligrosos y en algunos llega a trastornar el juicio. Desahógase también el corazón y evapóranse los humos de la fogosidad con mucha espera, y tal vez a su sombra se suele disimular la más picante risa. Ayudan mucho a la proporción del rostro y por poco que se desmanden afean mucho. Son como gnomon del reloj del alma, que señalan el temple de la condición: las leoninas denotan el valor, las aguileñas la generosidad, las prolongadas la mansedumbre, las sutiles la sabiduría y las gruesas la necedad.

---

4 *...ciego, gusto...* Cuesta Dutari, op. cit., propone la siguiente lectura de este pasaje: «Es guía del ciego gusto, ...»

5 *gastado:* «vale a vezes corrompido y también podrido». (Covarrubias.)

5 *salva:* «La prueba que se hace de la comida, o bebida, quando se administra a los Reyes, para assegurar que no hay peligro alguno en ellas.» *(Dic. Aut.)*

14 *penetrando oficios:* «esto es, extendiendo sus empleos». Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 277.

27 *gnomon:* «El estilo o varita de hierro con que se señalan las horas en los reloxes de sol.» *(Dic. Aut.)*

—Después del ver, del oír y del oler, dicho se estaba —ponderó Andrenio— que se había de seguir el hablar poco. Paréceme que es la boca la puerta principal desta casa del alma: por las demás entran los objetos, mas por ésta sale ella misma y se manifiesta en sus razones.

—Así es —dijo Artemia— que en esta artificiosa *fachata* del humano rostro, dividida en sus tres órdenes iguales, la boca es la puerta de la persona real, y por eso tan asistida de la guarda de los dientes y coronada del varonil decoro; aquí asiste lo mejor y lo peor del hombre, que es la lengua: llámase así por estar ligada al corazón.

—Lo que yo no acabo de entender —dijo Andrenio— es a qué propósito juntó en una misma oficina la sabia naturaleza el comer con el hablar. ¿Qué tiene que ver el un ejercicio con el otro? La una es ocupación baja y que se halla en los brutos; la otra es sublime y de solas las personas. A más que de ahí se originan inconvenientes notables; y el primero, que la lengua hable según el sabor que se le pega, ya dulce, ya amargo, agrio o picante; queda muy material de la comida: ya se roza, ya tropieza, habla grueso, se equivoca, se vulgariza y se relaja. ¿No estuviera mejor sola ella, hecha oráculo del espíritu?

Boca necia

—Aguarda —dijo Critilo—, que dificultas bien y casi me haces reparar. Mas con todo eso, apelando a la suma providencia que rige la naturaleza, una gran conveniencia hallo yo en que el gusto coincida con el hablar, para que de esa suerte examine las palabras antes que las pronuncie: másquelas tal vez, pruébelas si son sustanciales, y si advierte que pueden amargar, endúlcelas también; sepa a qué sabe un no y qué estómago le hará al otro: confítelo con el buen modo. Ocúpese la lengua en comer, y aun si pudiera, en otros muchos empleos para que no toda se emplease en el hablar. Siguen a las palabras las obras; en los brazos y en las manos hase de

Manos diligentes

6-7 *fachata*. Ya había hecho uso de esta palabra, en su pronunciación italiana, en *Oráculo*, 48.

10 *el varonil decoro*. Alude al bigote.

21 *habla grueso*, por *hablar gordo:* «Echar fieros y bravatas, amenazando a uno, tratándole con imperio y superioridad.» *(Dic. Aut.)*

obrar lo que se dice, y mucho más, que si el hablar ha de ser a una lengua, el obrar ha de ser a dos manos.

—¿Por qué se llaman así? —preguntó Andrenio—, que según tú me has enseñado, vienen del verbo latino *maneo*, que significa quietud, siendo tan al contrario, que ellas nunca han de parar.

—Llamáronlas, así —respondió Critilo—, no porque hayan de estar quietas, sino porque sus obras han de permanecer o porque de ellas ha de manar todo el bien; ellas manan del corazón como ramas cargadas de frutos de famosos hechos, de hazañas inmortales; de sus palmas nacen los frutos vitoriosos. Manantiales son del sudor precioso de los héroes y de la tinta eterna de los sabios. ¿No admiras, no ponderas aquella tan acomodada y artificiosa composición suya?; que, como fueron formadas para ministras y esclavas de los otros miembros, están hechas de suerte que para todo sirvan; ellas ayudan a oír, son substitutos de la lengua, dan vida con la acción a las palabras, son de la boca ministrando la comida, y al olfato las flores, hacen toldo a los ojos para que vean, hasta ayudar a discurrir, que hay hombres que tienen los ingenios en las manos. De modo que todo pasa por ellas: defienden, limpian, visten, curan, componen, llaman y tal vez, rascando, lisonjean.

—Y porque todos estos empleos —dijo Artemia— vayan ajustados a la razón, depositó en ellas la sagaz naturaleza la cuenta, el peso y la medida. En sus diez dedos está el principio y fundamento del número; todas las naciones cuentan hasta diez, y de ahí suben multiplicando. Las medidas todas están en sus dedos, palmo, codo y brazada. Hasta el peso está seguro en la fidelidad de su tiento, sospesando y tanteando. Toda esta puntualidad fue menester para avisar al hombre que obre siempre con cuenta y razón, con peso y con medida. Y realzando más la consideración, advierte que en ese número diez se incluye también el de los preceptos divinos,

---

5 *maneo*. Gracián, para lograr la contradicción, hace uso de una etimología inexacta, ya que *mano* proviene de *manus*.

32 *sospesar*, forma arcaica de *sompesar* y *sopesar*.

porque los lleve el hombre entre las manos. Ellas ponen en ejecución los aciertos del alma, encierran en sí la suerte de cada uno, no escrita en aquellas vulgares rayas, ejecutada sí en sus obras. Enseñan también escribiendo, y emplea en esto la diestra sus tres dedos principales, concurriendo cada uno con una especial calidad: da la fortaleza el primero y el índice la enseñanza, ajusta el medio, correspondiendo al corazón, para que resplandezcan en los escritos el valor, la sutileza y la verdad. Siendo, pues, las manos las que echan el sello a la virtud, no es de maravillar que, entre todas las demás partes del cuerpo, a ella se les haga cortesía (correspondiendo con estimación) sellando en ella los labios para agradecer y solicitar el bien. Y porque de pies a cabeza contemplemos el hombre tan misterioso, no es menos de observar su movimiento. Son los pies basas de su firmeza, sobre quienes asientan dos columnas, huellan la tierra, despreciándola y tocan della no más de lo preciso para sostener el cuerpo. Van caminando y midiendo su fin, pisan llano y seguro.

Pies firmes

—Bien veo yo y aun admiro —dijo Andrenio— la solidez con que atendió a firmar el cuerpo la naturaleza, que en nada se descuida, y para que no cayese hacia delante, donde se arroja, puso toda la planta, y por que no peligrase a un lado ni a otro le apuntaló con ambos pies. Pero no me puedes negar que se descuidó en asegurarle hacia atrás, siendo más peligrosa esta caída, por no poder acudir las manos a exponerse al riesgo con su ordinaria fineza. Remediárase esto con haber igualado el pie de modo que quedara tanto atrás, como adelante, y se aumentaba la proporción.

—No mientes tal cosa —replicó Artemia—, que fuera darle ocasión al hombre para no ir adelante en lo bueno. Sin eso, hay tantos que se retiran de la virtud: ¿qué fuera si tuvieran apoyo en la misma naturaleza? Éste es el hombre por la corteza; que aquella maravillosa composición interior, la armonía de sus potencias, la pro-

22 *firmar:* «Vale también lo mismo que *Afirmar.*» *(Dic. Aut.)*

porción de sus virtudes, la consonancia de sus afectos y pasiones, ésa quédese para la gran filosofía. Con todo, quiero que conozcas y admires aquella principal parte del hombre, fundamento de todas las demás y fuente de la vida: el corazón.

—¿Corazón? —replicó Andrenio—, ¿qué cosa es y dónde está?

—Es —respondió Artemia— el rey de todos los demás miembros y por eso está en medio del cuerpo como en centro muy conservado, sin permitirse ni aun a los ojos. Llámase así de la palabra latina *cura*, que significa cuidado, que el que rige y manda siempre fue centro dellos. Tiene también dos empleos: el primero, ser fuente de la vida, ministrando valor en los espíritus a las demás partes, pero el más principal es el amar, siendo oficina del querer.

—Ahora digo —ponderó Critilo— que con razón se llama corazón, que exprime el cuidadoso; por eso está siempre abrasándose como fénix.

—Su lugar es en el medio —prosiguió Artemia— porque ha de estar en un medio el querer: todo ha de ser con razón, no por extremos. Su forma es en punta hacia la tierra, porque no se roce con ella, sólo la apunte, bástale un indivisible; al contrario, hacia el cielo está muy espacioso, porque de allá reciba el bien, que él sólo puede llenarle. Tiene alas, no tanto para que le refresquen, cuanto para que le realcen. Su color es encendido, gala de la caridad. Críale mejor sangre, para que con el valor se califique la nobleza. Nunca es traidor, necio sí, pues previene antes las desdichas que las felicidades. Pero lo que más es de estimar en él, que no engendra excrementos

Corazón puro

---

1 *virtud*, acaso en su acepción de «la facultad del alma en orden a las operaciones del cuerpo; y así se dize *virtud* expulsiva, digestiva, etc.». (Ibid.)

10 *permitirse*. Vid. cr. VII, núm. 13.

11-12 *cura*. Se trata de una nueva falsa etimología, ya que *corazón* procede de *cor, cordis*.

18 *exprime*, por 'significa'.

24 *indivisible*, por *punto:* «El ente quantitativo más pequeño que se puede considerar: pues mathemátticamente tomado, es aquel que no tiene partes..., que es indivisible...» *(Dic. Aut.)*

como las otras partes del cuerpo, porque nació con obligaciones de limpieza, y mucho más en lo formal del vivir; con esto está aspirando siempre a lo más sublime y perfecto.

Desta suerte fue la sabia Artemia filosofando, y ellos aplaudiendo. Pero dejémoslos aquí tan bien empleados, mientras ponderamos los extremos que hizo el engañoso y ya engañado Falimundo.

Picado en lo vivo de que le hubiesen sacado del laberinto de sus enredos (con tanta pérdida de reputación) al perdido Andrenio y algunos otros tan ciegos como él, con tal ardid, de tan mala consecuencia para lo venidero, trató de la venganza y con exceso. Echó mano de la Envidia, gran asesina de buenos y aun mejores, sujeto muy a propósito para cualquier ruindad, que siempre anda entre ruines; comunicóla su sentimiento, exageró el daño y diola orden fuese sembrando cizaña en malicias por toda aquella dilatada villanía. No le fue muy dificultoso, porque aseguran ha siglos que la Vulgaridad maliciosa vive y reina entre villanos desde aquella ocasión en que las dos hermanas, la Lisonja y la Malicia, dejando los patrios lares de su nada, las sacó a volar su madre la ruin Intención con ambiciones de valer en el mundo.

Lisonja

La Lisonja, dicen, fue a las cortes, aunque no muy derecha, y que lo acertó para sí, errándolo para todos; porque allí se fue introduciendo tanto, que en pocas horas, no

Malicia

ya días, se levantó con la privanza universal. La Malicia, aunque procuró introducirse, no probó bien ni fue bien vista ni oída; no osaba hablar, que era reventar para ella, andaba sin libertad, y así trató de buscarla; conoció que no era la corte para ella, tomóse la honra (para mejor quitarla) y desterróse voluntariamente. Dio por otro extremo, que fue meterse a villana, y saliola tan bien, que al punto se vio adorada de toda la verídica

2 *formal*, en acepción peculiar de Gracián, que hace uso de ella en distintos lugares, por 'espiritual'.

31 *tomarse la honra*, expresión usada repetidas veces por Gracián (*Héroe*, XI, y más adelante en Tercera Parte, cr. IV), «era desterrarse voluntariamente el caballero que se tenía por agraviado del rey». Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 284.

necedad. Allí triunfa porque allí habla, discurre, aunque a lo zonzo, y pega valientes mazadas de necedades, que ella llama verdades. Llegó esto a tanto exceso de crédito y afecto que, porque no se les hurtasen o matasen, trazaron los villanos meterla dentro de sus entrañas, donde la hallan siempre los que menos querrían.

En tan buena sazón, llegó la Envidia y comenzó a sembrar su veneno. Iba dejándose caer recelos en varillas contra Artemia; decía que era otra Circe, si no peor cuanto más encubierta con capa de hacer bien; que había destruido la naturaleza quitándola en su llaneza su verdadera solidez y, con la afectación, aquella natural belleza; ponderaba que se había querido alzar a mayores, arrinconando a la otra y usurpándola el mayorazgo de primera.

—Advertid que después que esta fingida reina se ha introducido en el mundo, no hay verdad, todo está adulterado y fingido, nada es lo que parece, porque su proceder es la mitad del año con arte y engaño, y la otra parte con engaño y arte. De aquí es que los hombres no son ya los que solían, hechos al buen tiempo y a lo antiguo, que fue siempre lo mejor. Ya no hay niños, porque no hay candidez. ¿Qué se hicieron aquellos buenos hombres, con aquellos sayos de la inocencia, aquella gente de bien? Ya se han acabado aquellos viejos machuchos, tan sólidos y verdaderos: el sí era sí, y el no era no. Ahora, todo al contrario, no toparéis sino hombrecillos maliciosos y bulliciosos, todo embeleco y fingimiento, y ellos dicen que es artificio. Y el que más tiene desto, vale más, ése se hace lugar en todas partes, medra en armas y aun en letras. Con esto, ya no hay niños: más malicia alcanza hoy uno de siete años que antes uno de setenta. Pues las mujeres, de pies a cabeza una mentira continuada, aliño de cornejas, todo ajeno y el

8 *varillas*, insinuaciones. Correas da *tirar varillas*, por 'tirar al soslayo'. Gracián ya había hecho uso de este vocablo en *Oráculo*, 37: «Conocer y saber usar de las varillas.»

19-20 *...y la otra parte con engaño y arte.* Cfr. cr. VIII

25-26 *machucho:* «Maduro, sossegado y juicioso.» *(Dic. Aut.)*

engaño propio. Tiene esta mentida reina arruinadas las repúblicas, destruidas las casas, acabadas las haciendas, porque se gasta el doble en los trajes de las personas y en el adorno de las casas: con lo que hoy se viste una mujer, se vestía antes todo un pueblo. Hasta en el comer nos ha perdido con tanta variedad de manjares y sainetes, que antes todo iba a lo natural y a lo llano. Dice que nos ha hecho personas; yo digo que nos ha deshecho: no es vivir con tanto embeleco, ni es ser hombres el ser fingidos. Todas sus trazas son mentiras y todo su artificio es engaño.

Incitó tanto los ánimos de aquel vulgacho, que en un día se amotinaron todos y dando voces, sin entenderse ni entender, fueron a cercarle el palacio, voceando: «¡Muera la hechicera!» Y aun intentaron pegarla fuego por todas partes.

Aquí conoció la sabia reina cuán su enemiga es la Villanía. Convocó sus valedores; halló que los poderosos ya habían faltado, mas no faltándose a sí mesma, trazó vencer con la maña tanta fuerza. El raro modo con que triunfó de tan vil canalla, el bien ejecutado ardid con que se libró de aquel ejército villano, léelo en la crisi siguiente.

6-7 *sainete*, vocablo que emplea Gracián en múltiples lugares y en sus diferentes acepciones.

10-11 *... y todo su artificio es engaño.* El anterior pasaje es acaso, entre todos los suyos, el más típico modelo de *laudatio temporis acti*, en que tanto se complace Gracián.

CRISI DÉCIMA

El mal paso del salteo

Vulgar desorden es entre los hombres hacer (de los fines) medios y de los medios hacer fines: lo que ha de ser de paso toman de asiento y del camino hacen descanso; comienzan por donde han de acabar, y acaban por el principio. Introdujo la sabia y próvida naturaleza el deleite para que fuese medio de las operaciones de la vida, alivio instrumental de sus más enfadosas funciones: que fue un grande arbitrio para facilitar lo más penoso del vivir. Pero aquí es donde el hombre más se desbarata, pues, más bruto que las bestias, degenerando de sí mismo, hace fin del deleite y de la vida hace medio para el gusto: no come ya para vivir, sino que vive para comer; no descansa para trabajar, sino que no trabaja por dormir; no pretende la propagación de su especie, sino la de su lujuria; no estudia para saberse, sino para desconocerse; ni habla por necesidad, sino por el gusto de la murmuración. De suerte que no gusta de vivir, sino que vive de gustar. De aquí es que todos los vicios han hecho su caudillo al deleite: él es el muñidor de los apetitos, precursor de los antojos, adalid de las pasiones, y el que trae arrastrados los hombres, tirándole a cada uno su deleite.

---

4 En la primera edición *hacer fines de los medios*, que Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 288, altera *hacer de los fines medios*, por considerar la primera forma descuido del autor o incorrección del cajista.

Atienda, pues, el varón sabio a enmendar tan general desconcierto. Y para que estudie en el ajeno daño, oiga lo que le sucedió al sagaz Critilo y al incauto Andrenio.

—¿Hasta cuándo, ¡oh canalla inculta!, habéis de abusar de mis atenciones? —dijo enojada Artemia, más constante cuando más arriesgada—. ¿Hasta cuándo ha de burlarse de mi saber vuestra barbaridad? ¿Hasta dónde ha de llegar en despeñarse vuestra ignorante audacia?

Castigo de necios

Júroos que, pues me llamáis encantadora y maga, que esta misma tarde, en castigo de vuestra necedad, he de hacer un conjuro tan poderoso, que el mismo sol me vengue retirando sus lucientes rayos: que no hay mayor castigo que dejaros a escuras en la ceguera de vuestra vulgaridad.

Tratólos como ellos merecían, y conocióse bien que con la gente vil obra más el rigor que la bizarría, pues quedaron tan aterrados cuan persuadidos de su mágica potencia; y ya helados, no trataron de pegar fuego al palacio, como lo intentaban. Acabaron de perderse de ánimo cuando vieron que realmente el mismo sol comenzó a negar su luz eclipsándose por puntos, y temiendo no se conjurase también contra ellos la tierra en terremotos (que a veces todos los elementos suelen mancomunarse contra el perseguido), dieron todos a huir desalentados, achaque ordinario de motines, que si con furor se levantan, con panático terror se desvanecen; corrían a escuras, tropezando unos con otros, como desdichados.

Tuvo, con esto, tiempo de salir la sabia Artemia con toda su culta familia; y lo que más ella estimó fue el poder escapar de aquel bárbaro incendio los tesoros de

---

7-8 *¿Hasta dónde...?* El sistema interrogativo de este pasaje resulta un eco evidente de la conocida *Catilinaria* de Cicerón.

26 *panático*, tal vez por 'pánico'. Según cuenta Porfirio, cuando el dios Pan se mostraba a los trabajadores, causábales espanto mortal hasta el punto de morir muchos de ellos, de donde provino llamarse *pánicos* estos terrores. Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 289, ofrece la versión de *fanático*, que Gracián emplea más adelante (Parte III, cr. III y V) en *fanática retirada* y *terror fanático*.

30 *escapar:* «librar, libertar, sacar a uno de algún peligro o riesgo». *(Dic. 1780.)*

la observación curiosa que ella tanto estima y guarda en libros, papeles, dibujos, tablas, modelos y en instrumentos varios. Fuéronla cortejando y asistiendo nuestros dos viandantes Critilo y Andrenio. Iba éste espantado de un portento semejante, teniendo por averiguado que se extendía su mágico poder hasta las estrellas y que el mismo sol la obedecía; mirábala con más veneración y dobló el aplauso. Pero desengañóle Critilo diciendo cómo el eclipse del sol había sido efecto natural de las celestes vueltas, contingente en aquella sazón, previsto de Artemia por las noticias astronómicas, y que se valió dél en la ocasión, haciendo artificio lo que era natural efecto.

Discurrióse mucho dónde irían a parar, consultándolo Artemia con sus sabios, resuelta de no entrar más en villa alguna: y así lo cumple hasta hoy. Propusiéronse varios puestos. Inclinábase mucho ella a la dos veces buena Lisboa, no tanto por ser la mayor población de España, uno de los tres emporios de la Europa (que si a otras ciudades se les reparten los renombres, ella los tiene juntos, fidalga, rica, sana y abundante), cuando porque jamás se halló portugués necio, en prueba de que fue su fundador el sagaz Ulises. Mas retardóla mucho, no su fantástica nacionalidad, sino su confusión, tan contraria a sus quietas especulaciones. Tirábala después la coronada Madrid, centro de la monarquía, donde concurre todo lo bueno en eminencias, pero desagradábala otro tanto malo, causándola asco, no la inmundicia de sus calles, sino de los corazones, aquel nunca haber po-

Lisboa

Madrid

4 *espantado*, como en lugares anteriores, por 'asombrado'.

10 *contingente*, posible, previsible.

16-17 *la dos veces buena...* Buena por sí misma, y la mitad de su propio nombre, *boa*, que significa 'buena'.

17-18 *la mayor población de España*. No era Lisboa en la época en que se publica la Primera Parte de *El Criticón*, *la mayor población de España*, sino de la Península, ya que Portugal se había independizado en 1640.

18 *uno de los tres emporios de la Europa*. El mayor, París («la mayor ciudad de la cristiandad», como dice en *El Político*) y el tercero, Madrid.

22 *fue su fundador el sagaz Ulises*. Se trata de una creencia legendaria, basada simplemente en la posible derivación de *Ulisipo* en *Ulisipona*, 'Lisboa'.

23 *su fantástica nacionalidad*, es decir, 'condición presuntuosa'.

dido perder los resabios de villa y el ser una Babilonia de naciones no bien alojadas.

Sevilla De Sevilla no había que tratar, por estar apoderada de ella la vil ganancia, su gran contraria, estómago indigesto de la plata, cuyos moradores ni bien son blancos ni bien negros, donde se habla mucho y se obra poco, Granada achaque de toda Andalucía. A Granada también la hizo la cruz, y a Córdoba un calvario. De Salamanca se dijeron leyes, donde no tanto se trata de hacer personas, cuanto letrados, plaza de armas contra las haciendas.

Zaragoza La abundante Zaragoza, cabeza de Aragón, madre de insignes reyes, basa de la mayor columna y columna de la fe católica en santuarios y hermosa de edificios, poblada de buenos, así como todo Aragón de gente sin embeleco, parecíale muy bien, pero echaba mucho menos la grandeza de los corazones y espantábala aquel proseguir en la primera necedad. Agradábala mucho la alegre, Valencia florida y noble Valencia, llena de todo lo que no es sustancia; pero temióse que con la misma facilidad con que Barcelona la recibirían hoy la echarían mañana. Barcelona, aunque rica cuando Dios quería, escala de Italia, paradero del oro, regida de sabios entre tanta barbaridad, no la juzgó por segura, porque siempre se ha de caminar por ella con la barba sobre el hombro. León y Burgos estaban muy a la montaña, entre más miseria que pobreza. Santiago, cosa de Galicia. Valladolid la pareció muy bien y Valladolid

5 Se entiende, 'de la plata que venía de Indias, centralizada en su Casa de Contratación'.

5-6 *ni bien son blancos ni bien negros.* Gracián parece recordar un dicho que recoge Melchor de Santa Cruz, en su *Floresta española* (ed. cit., página 252): «De Sevilla dixo Alonso Carrillo que parecía a los trabajos de axedrez, tantos prietos como blancos, por los muchos esclavos que hay en aquella ciudad.»

7-8 *hacerle la cruz a alguno:* «Se da a antender que nos queremos librar o guardar de alguno.» *(Dic. 1780.)*

8 *calvario,* es decir, 'le hizo muchas cruces'.

22 *barbaridad,* por 'barbarie'.

24 *traer la barba sobre el hombro:* «Es vivir y andar con cuidado, para que no le coja de sobresalto qualquiera cosa que pueda sobrevenir.» *(Dic. Aut.)*

26 *cosa de Galicia,* parece dicho despectivamente, por 'poca cosa'.

estuvo determinada de ir allá, porque juzgó se hallaría la verdad en medio de aquella llaneza, pero arrepintióse como la Corte, que huele aún a lo que fue y está muy a lo de Campos. De Pamplona no se hizo mención, por tener más de corta que de corte, y como es un punto, toda es puntos y puntillos Navarra. Pamplona

Al fin fue preferida la imperial Toledo, a voto de la Católica Reina, cuando decía que nunca se hallaba necia sino en esta oficina de personas, taller de la discreción, escuela del bien hablar, toda Corte, ciudad toda, y más después que la esponja de Madrid le ha chupado las heces, donde aunque entre, pero no duerme la villanía. En otras partes tienen el ingenio en las manos, aquí en el pico: si bien censuraron algunos que sin fondo y que se conocen pocos ingenios toledanos de profundidad y de sustancia. Con todo, estuvo firme Artemia, diciendo: Toledo

—¡Ea!, qué más dice aquí una mujer en una palabra, que en Atenas un filósofo en todo un libro. Vamos a este centro, no tanto material, cuanto formal de España.

Fuese encaminando allá con toda su cultura. Siguiéronla Critilo y Andrenio, con no poco provecho suyo, hasta aquel puesto donde se parte camino para Madrid. Comunicáronla aquí su precisa conveniencia de ir a la Corte en busca de Felisinda, redimiendo su licencia a precio de agradecimientos. Concedióselа Artemia en bien importantes instrucciones, diciéndoles:

—Pues os es preciso el ir allá, que no conviene de otra suerte, atended mucho a no errar el camino, porque hay muchos que llevan allá.

2-3 *arrepintióse como la Corte.* Alude al traslado definitivo de la Corte desde Valladolid a Madrid en 1606.

3 *que huele aún a lo que fue.* Aquí con la significación de *corte,* 'establo', como en Galicia y otras regiones.

3-4 *muy a lo de Campos.* Alude a la Tierra de Campos, en la que puede situarse a Valladolid, y, con equívoco, a su carácter campesino.

8 Se refiere a una frase que Melchor de Santa Cruz, en *Floresta española* recoge en ed. cit., IX parte, cap. VI, pág. 251, atribuyéndola a Isabel la Católica: «Alabando el ingenio y habilidad que tenían los desta ciudad, con ser como era la de más claro juizio que floreció en su tiempo, dezía: "Nunca me hallo necia, sino cuando estoy en Toledo".»

19 De nuevo, *formal* por 'espiritual'.

—Según eso, no nos podemos perder —replicó Andrenio.

—Antes sí, y aun por eso, que en el mismo camino real se perdieron no pocos; y así, no vais por el vulgar de ver, que es el de la Necedad, ni por el de la Pretensión, que es muy largo, nunca acabar; el del Litigio es muy costoso, a más de ser prolijo; el de la Soberbia es desconocido, y allí de nadie se hace caso y de todos casa; el del Interés es de pocos, y ésos extranjeros; el de la Necesidad es peligroso, que hay gran multitud de halcones en alcándaras de varas; el del Gusto está tan sucio, que pasa de barros y llega el lodo a las narices, de modo que en él se anda apenas; el de Vivir va de priesa, y llégase presto al fin; por el del Servir es morir; por el del Comer nunca se llega; el de la Virtud no se halla, y aun se duda: sólo queda el de la Urgencia, mientras durare. Y creedme que allí ni bien se vive ni bien se muere. Atended también por dónde entráis, que va no poco en esto; porque los más entran por Santa Bárbara y los menos por la calle de Toledo; algunos refinos por la Puente; entran otros y otras por la Puerta del Sol y paran en Antón Martín; pocos por lava piés y muchos por untamanos.

Entradas de la Corte

2-3 *camino real*. Equívoco entre 'ruta principal' y 'camino de los reyes'.

7 «*desconocido*, el desagradecido». (Covarrubias.)

7 *casa*, en la acepción de 'servidumbre'.

10 Gracián juega con las palabras al denominar *halcones*, 'aves rapaces', a los ministros de justicia, apoyados en una *vara*, que además de significar 'alcándara', vale corrientemente por 'insignia de su cargo'.

12 Nuevo juego de palabras entre *apenas* y *a penas*.

15 *urgencia:* «Se toma también por necesidad.» *(Dic. Aut.)*

20-21 Gracián se refiere a las puertas de Madrid, aludiendo con ingenio a cada una de sus características, que Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 299, va identificando. Entrar por Santa Bárbara, en la que se hallaba situado el convento de los descalzos mercenarios, era entrar «como pretendientes y vagabundos», y por la de Toledo, dedicada al comercio, a las posadas y oficios, «con decorosos medios de vida». La puente, es la de Segovia. Entrar por la Puerta del Sol equivaldría a entregarse a los placeres de Venus, por ser entonces «punto de reunión de los galanes de capa y espada y de las tapaditas busconas». «Y paraban en Antón Martín, es decir, en el hospital para los males venéreos que allí había, a cargo de la orden hospitalaria de San Juan de Dios.»

21 Nuevo juego de palabras entre *Lava-pies* y *unta-manos* o *untar las manos:* «adular o lisonjear a alguno, alabándole con afectación». *(Dic. 1780.)*

Y lo ordinario es no entrar por las puertas, que hay pocas y ésas cerradas, sino entremetiéndose.

Con esto se dividieron: la sabia Artemia al trono de su estimación, y nuestros dos viandantes para el laberinto en la Corte.

Iban celebrando en agradable conferencia las muchas y excelentes prendas de la discreta Artemia, muy fundados en repetir los prodigios que habían visto, ponderando su felicidad en haberla tratado, la utilidad que habían conseguido. En esta conversación iban muy metidos, cuando sin advertirlo dieron en el riesgo de todos, uno de los peores pasos de la vida. Vieron que allí cerca había mucha gente detenida, así hombres como mujeres, todos maniatados, sin osar rebullirse viéndose despojar de sus bienes.

Salteo universal

—Perdidos somos —dijo Critilo—. Aguarda, que habemos dado en uñas de salteadores; que los suele haber crueles en estos curiales caminos. Aquí están robando sin duda, y aun si con eso se contentasen, ventura sería en la desdicha, pero suelen ser tan desalmados, que quitan las vidas y llegan a desollar los rostros a los pasajeros, dejándolos del todo desconocidos.

Quedó helado Andrenio, anticipándose el temor a robarle el color y aun el aliento. Cuando ya pudo hablar:

—¿Qué hacemos —dijo—, que no huimos? Escondámonos, que no nos vean.

—Ya es tarde a lo de Frigia, que es lo necio —respondió Critilo—, que nos han descubierto y nos vocean.

Con esto, pasaron adelante a meterse ellos mismos en la trampa de su libertad y en el lazo de su cuello. Miraron a una y otra banda, y vieron una infinidad de pasajeros de todo porte, nobles, plebeyos, ricos, pobres, que ni perdonaban a las mujeres, toda gente moza y todos amarrados a los troncos de sí mesmos. Aquí, suspirando Critilo y gimiendo Andrenio, fueron mirando por todo aquel horrible espectáculo quiénes eran los crueles

9 *en haberla tratado.* Hoy diríamos *por.*

18 *curiales caminos.* Acaso en su doble acepción de 'cortesanos' y 'caminos de la curia, de los que administran justicia'.

salteadores, que no podían atinar con ellos; miraban a unos y a otros, y todos los hallaban enlazados. Pues ¿quién ata? En viendo alguno de mal gesto, que eran los más, sospechaban dél.

—¿Si será éste —dijo Andrenio— que mira atravesado, que así tiene el alma?

Mal gesto, mal hecho

—Todo se puede creer de un mirar equívoco —respondió Critilo—, pero más temo yo de aquel tuerto, que nunca suelen hacer éstos cosa a derechas a juicio de la Reina Católica, y era grande. Guárdate de aquel, muchos labios y mala labia, que nos hace morro siempre. Pues aquel otro de las narices remachadas, tan cruel como iracundo, y si de color de membrillo, cómitre amulatado.

—No será sino aquél del ojo regañado, que tiene andado mucho para verdugo.

—¿Y qué le falta [a] aquel encapotado que mira hosco, amenazando a todos de tempestad?

Oyeron uno que ceceaba y dijeron:

—Éste es, sin duda, que a todos va avisando con su *ce ce* a que se guarden dél. Pero no, sino aquél que habla aspirando, que parece se traga los hombres cuando alienta.

Oyeron a uno hablar gangoso y dieron a huir, entendiéndole la ganga por valiente de Baco y Venus. Toparon con otro peor, que hablaba tan ronco, que sólo se entendía con los jarros. En hablando alguno alterado, presumían dél, y si en catalán, con evidencia. Desta suerte, fueron reconociendo a unos y otros, y a todos los veían rendidos, ninguno delincuente.

—¿Qué es esto —decían—, dónde están los robadores de tantos robados? Pues aquí no hay de aquellos que

---

13 *cómitre:* «Ministro que había en las galeras, a cuyo cargo estaba el mando de la maniobra y castigo de los remeros y forzados.» *(Dic. 1780.)*

15 *ojo regañado:* «fig. El que tiene un frunce que lo desfigura y le impide cerrarse por completo». (Casares.)

17 *encapotar:* «baxar los ojos, cubriéndolos algo con los párpados, poner el rostro muy ceñudo y grave, con visos de enojado». *(Dic. Aut.)*

21 *çe:* «Palabra con que llamamos y hazemos detener al que va delante.» (Covarrubias.)

26-27 *presumían,* por 'sospechaban'.

hurtan a repique de tijera, ni los que nos dejan en cueros cuando nos calzan, los que nos despluman con plumas, los que se descomiden cuando miden ni los que pesan tan pesados. ¿Quién embiste aquí, quién pide prestado, quién cobra, quién ejecuta? Nadie encubre, nadie lisonjea, no hay ministros, no hay de la pluma: pues ¿quién roba? ¿Dónde están los tiranos de tanta libertad? Hurto común

Esto decía Critilo, cuando respondió una gallarda hembra, entre mujer y entre ángel:

—Ya voy, aguardaos mientras acabo de atar estos dos presumidos que llegaron antes.

Era, como digo, una bellísima mujer, nada villana y toda cortesana: hacía buena cara a todos y muy malas obras. Su frente era más rasa que serena; no miraba de mal ojo y a todos hacía dél; las narices tenía blancas, señal de que no se le subía el humo a ellas; sus mejillas eran rosas sin espinas, ni mostraba los dientes, sino otros tantos aljófares al reírse de todos. Tan agradable, que era ocioso el atar, pues con sola su vista cautivaba. Su lengua era sin duda de azúcar, porque sus palabras eran de néctar, y las dos manos hacían un blanco de los afectos, y con tenerlas tan buenas, a nadie daba buena mano ni de mano; y aunque tenía brazo fuerte, de ordinario lo daba a torcer, equivocando el abrazar con el enlazar. De suerte que de ningún modo parecía salteadora quien tan buen parecer tenía. No estaba sola, antes muy asistida de un escuadrón volante de amazonas, igualmente agradables, gustosas y entretenidas, que no cesaban de atar a unos y a otros, ejecutando lo que su capitana les mandaba.

Era de reparar que a cada uno le aprisionaban con las mismas ataduras que él quería, y muchos se las traían consigo y las prevenían para que los atasen. Así, que a Todos locos

1 *a repique de tijera.* Parece aludir a los sastres, como más adelante a los zapateros y a los escribanos.

6 De nuevo, alusión a los *ministros* de justicia y a los curiales.

13 *cortesana,* en sus dos posibles acepciones, de 'la que vive en Corte' y 'la que vive licenciosamente'.

18 *aljófares:* «la perla menudica que se halla dentro de las conchas que las crían y se llaman madre de perlas». (Covarrubias.

unos aprisionaban con cadenas de oro, que era una fuerte atadura; a otros, con esposas de diamantes, que era mayor. Ataron a muchos con guirnaldas de flores y otros pedían que con rosas, imaginando era más coronarles las frentes y las manos. Vieron uno que le ataron con un cabello rubio y delicado, y aunque él se burlaba al principio, conoció después era más fuerte que una gúmena. A las mujeres, de ordinario las ataban, no con cuerdas, sino con hilos de perlas, sartas de corales, listones de resplandor, que parecían algo y valían nada. A los valientes, al mismo Bernardo le aprisionaron después de muchas bravatas, con una banda, quedando él muy ufano. Y lo que más admiró fue que a otros sus camaradas los atraillaron con plumajes y fue una prisión muy segura. Ciertos grandes personajes pretendieron los atasen con unos cordoncillos de que pendían veneras, llaves y eslabones, y porfiaban hasta reventar. Había grillos de oro para unos y de hierro para otros, y todos quedaban igualmente contentos y aprisionados. Lo que más admiró fue que, faltando lazos con que maniatar a tantos, los enlazaban con brazos de mujeres, y muy flacas, a hombres muy robustos; al mismo Hércules, con un hilo delgado y muy al uso, y a Sansón con unos cabellos que le
Avaros cortaron de su cabeza. Querían ligar a uno con una cadena de oro que él mismo traía, y les rogó no hiciesen tal, sino con una soga de esparto crudo, extremo raro de avaricia. A otro camarada déste le apretaron las manos con los cerraderos de su bolsa, y aseguraron eran de hierro. Añudaron a uno con su propio cuello, que era de cigüeña; a otro, con un estómago de avestruz; hasta con sartas de salados, sabrosos eslabones, ataban algunos, y gustaban tanto de su prisión, que se chupaban los dedos.

7 *gúmena:* «La maroma gruesa que sirve en los navíos y embarcaciones, para atar las áncoras y otros usos.» *(Dic. Aut.)*

9-10 *listones de resplandor.* Vid. cr. VII.

17 Alusión a las insignias de las distintas Órdenes de Caballería.

23 Equívoco entre *uso* y *huso,* aludiendo a su vencimiento por Ioles, 'Onfalia', que logra afeminarle. Vid. cr. VII.

28 *cerraderos:* «los cordones con que se cierran y abren las bolsas y bolsillos». *(Dic. Aut.)*

Salían otros de juicio, de contento de verse atados por las frentes con laureles y con yedras, pero ¿qué mucho, si otros se volvieron locos en tocando las cuerdas?

Desta suerte iban aprisionando aquellas agradables salteadoras a cuantos pasaban por aquel camino de todos, echando lazos a unos a los pies, a otros al cuello, atábanles las manos, vendábanles los ojos y llevábanlos atados tirándoles del corazón. Con todo eso, había una muy desagradable entre todas, que cuantos ataba, se mordían las manos, bocadeándose las carnes hasta roerse las entrañas; atormentábalos a éstos con lo que otros se holgaban, y de la ajena gloria hacían infierno. Otra había bizarramente furiosa, que apretaba los cordeles hasta sacar sangre, y ellos gustaban tanto desto, que se la bebían unos a otros. Y es lo bueno que después de haber maniatado a tantos, aseguraban ellas que no habían atado persona.

Llegaron ya a querer hacer lo mismo de Critilo y de Andrenio. Preguntáronles con qué género de atadura querían ser maniatados. Andrenio, como mozo, resolvióse presto y pidió le atasen con flores, pareciéndole sería más guirnalda que lazo; mas Critilo, viendo que no podía pasar por otro, dijo que le atasen a él con cintas de libros, que pareció bien extraordinaria atadura, pero al fin lo era, y así se ejecutó.

Mandó luego tocar a marchar aquella dulce tirana, y aunque parecía que los llevaban a todos arrastrando de unas cadenillas asidas a los corazones, pero de verdad ellos se iban: que no era menester tirarles mucho. Volaban algunos llevados del viento, casi todos con buen aire, deslizándose muchos, tropezando los más y despeñándose todos. Halláronse presto a las puertas de uno que ni bien era palacio ni bien cueva, y los que mejor lo entendían dijeron era venta, porque nada se da de balde y todo es de paso. Estaba fabricada de unas pie-

Venta del mundo

10 *bocadear:* «Partir en bocados alguna cosa.» *(Dic. 1780.)*

28 *pero de verdad.* Esta construcción, muy usada por Gracián, resultaría hoy más correcta al sustituir la conjunción adversativa *pero* por *a pesar de eso.*

dras tan atractivas, que atraían a sí las manos y los pies, los ojos, las lenguas y los corazones como si fueran de hierro, con lo cual se conoció eran imanes del gusto, trabadas con una unión tan fuerte, que les venía de perlas. Era sin duda la agradable posada tan centro del gusto cuan páramo del provecho y un agregado de cuantas delicias se pueden imaginar: dejaba muy atrás la casa de oro de Nerón, con que quiso dorar los hierros de sus aceros; escurecía tanto el palacio de Heliogábalo, que lo dejó a malas noches; y el mismo alcázar de Sardanápalo parecía una zahurda de sus inmundicias. Había a la puerta un gran letrero que decía: *El bien deleitable, útil y honesto*. Reparó Critilo y dijo:

—Este letrero está al revés.

—¿Cómo al revés? —replicó Andrenio—. Yo al derecho lo leo.

—Sí, que había de decir al contrario: *El bien honesto, útil y deleitable*.

—No me pongo en eso; lo que sé decir es que ella es la casa más deliciosa que hasta hoy he visto: ¡qué buen gusto tuvo el que la hizo!

Tenía en la fachada siete columnas, que aunque parecía desproporción, no era sino emulación de la que erigió la sabiduría. Éstas daban entrada a otras siete estancias y habitaciones de otros tantos príncipes de quienes era agente la bella salteadora; y así, todos cuantos cautivaba con sumo gusto los iba remitiendo allá, a elección de los mismos prisioneros. Entraban muchos por el cuarto del oro, y llamábase así porque estaba todo enladrillado de tejos de oro, barras de plata, las paredes de piedras preciosas; costaba mucho de subir, y al cabo era gusto con piedras. El más eminente y superior a todos era el más arriesgado, y no obstante eso, la gente más grave quería subir a él. El más bajo era el más gustoso,

Estancias de los vicios

9 Vuelve a aludir al Palacio de Oro de Nerón (vid. cr. VII) y a sus crímenes.

25 Alude a los siete pecados capitales, como se va viendo por el contexto.

31-32 *y al cabo era gusto con piedras*. Gracián trata de simbolizar la Avaricia.

34 *quería subir a él*. Se refiere a la Soberbia.

tanto, que tenía las paredes comidas: que decían eran de azúcar sus piedras, la argamasa amerada con exquisitos vinos y el yeso tan cocido que era un bizcocho. Muchos gustaban de entrar en éste y se preciaban ser gente de buen gusto. Al contrario, había otro que campeaba rojo, empedrado de puñales, las paredes de acero, sus puertas eran bocas de fuego y sus ventanas troneras, los pasamanos de las escaleras eran pasadores, y de los techos, en vez de florones, pendían montantes; y con todo eso, no faltaban algunos que se alojaban en él tan a costa de su sangre. Otro se veía de color azul cuya hermosura consistía en deslucir los demás y desdorar ajenas perfecciones; adornábase su arquitectura de canes, grifos y dentellones; su materia eran dientes, no de elefante, sino de víboras, y aunque por fuera tenía muy buena vista, pero por dentro aseguraban tenía roídas las entrañas de las paredes; mordíanse por entrar en él unos a otros. El más cómodo de todos era el más llano, y aunque no había en todo él escalera que subir, estaba lleno de rellanos y descansos, muy alhajado de sillas, y todas poltronas; parecía casa de la China, sin ningún alto; su materia era de conchas de tortuga; todo el mundo se acomodaba en él, tomándolo muy de asiento: Con esto, iban tan poco a poco, y él era tan largo, que nunca llegaban al cabo, con ser todo paraderos. El más hermoso era el verde, estancia de la primavera, donde campeaba la belleza; llamábase el de las flores, y todo era flor en él, hasta la valentía y la de la edad, ni faltaba la del berro;

2 *amerarse:* «Hablando de la tierra o de alguna fábrica, vale introducirse poco a poco el agua en ella, recalarse de la humedad.» *(Dic. 1780.)*

5 *...gente de buen gusto:* Símbolo de la Gula.

8 *pasadores,* especie de saetas.

9 *montante:* «Espada de dos manos..., excede la estatura del hombre.» (Covarrubias.)

10-11 *...a costa de su sangre:* La Ira.

17-18 *...unos a otros.* La Envidia.

25 *...paraderos.* La Pereza.

27 *flor.* «Entre los fulleros significa la trampa y el engaño que se hace en el juego.» *(Dic. 1780.)*

28 *flor del berro (la):* «Andarse a la flor del berro es darse al vicio y a la ociosidad, entreteniéndose en una parte y en otra, como haze el ganado

había muchos Narcisos, alternados con las violas; coronábanse todos, en entrando, de rosas, que bien presto se marchitaban, quedando las espinas, y aun todas sus flores paraban en zarzas y sus verduras en palo; con todo era una estancia muy requerida, donde todos los que entraban se divertían harto.

Obligábanles a Critilo y Andrenio a entrar en algunas de aquellas estancias, la que más fuese de su gusto. Éste, como tan lozano y en la flor de su vida, encaminóse a la de las flores, diciendo a Critilo:

—Entra tú por donde gustares, que al cabo de la jornada todos vendremos a un mismo paradero.

Instábanle a Critilo que escogiese, cuando dijo:

—Yo nunca voy por donde los demás, sino al revés. No me excuso de entrar, pero ha de ser por donde ninguno entra.

—¿Cómo puede ser eso —le replicaron—, si no hay puerta por donde no entren muchos cada instante?

Reíanse otros de su singularidad, y preguntaban:

—¿Qué hombre es éste, hecho al revés de todos?

—Y aun por eso pienso serlo —respondió él—; yo he de entrar por donde los otros salen, haciendo entrada de la salida: nunca pongo mira en los principios, sino en los fines.

Dio la vuelta a la casa, y ella la dio tal, que no la conocía, pues toda aquella grandeza de la fachada se había trocado en vileza, la hermosura en fealdad y el agrado en horror, y tal, que parecía por esta parte, no fachada, sino echada, amenazando por instantes su ruina. No sólo no atraían las piedras a los huéspedes, sino que se iban

---

quando está bien pacido y harto, que llegando al berro corta dél solamente la florecita.» (Covarrubias.)

1 *violas*, violetas.

4 *palo*, por «*palo santo, o de las Indias*. Legno santo, ò legno assolutamente assai noto à chi ha il mal francese». (Franciosini.)

6 *...se divertían harto*. La Lujuria, sobre la que Gracián ha hecho diversos juegos de palabras.

14 *...sino al revés*. Vuelve a recordar un dicho de Diógenes Cínico, que se halla en Laercio, *Diógenes*, § 32.

29 *echada*, por 'caída'.

tras ellos, sacudiéndoles, que hasta las del suelo se levantaban contra ellos. No se veían jardines por esta acera tan azar, campos sí de espinas y de malezas.

Advirtió Critilo, con no poco espanto suyo, que todos cuantos viera entrar antes riendo, ahora salían llorando. Y es bien de notar cómo salían: arrojaban a unos por las ventanas que correspondían al cuarto de los jardines, y daban en aquellas espinas tal golpe, que se les clavaban por todas las coyunturas, quedando llenos de dolores, tan agudos que estando en un infierno levantaban el grito hasta el cielo. Los que habían subido más altos daban mayor caída. Uno déstos cayó de lo más alto de palacio, con tanta fruición de los demás como pena suya, que todos estaban aguardando cuándo cairía; quedó tan mal parado, que no fue más persona ni pudo hacer del hombre.

—¡Bien merece —decían todos los de dentro y fuera— tanto mal quien a nadie hizo bien.

El que causó gran lástima fue uno que tuvo más de luna que de estrella; éste, al caer, se clavó un cuchillo por la garganta, escribiendo con su sangre el escarmiento sin segundo. Vio Critilo que por la ventana antes del oro y ya del lodo, despeñaban a muchos desnudos y tan abrumados que parecían haberles molido las espaldas con saquillos de arenas de oro; otros, por las ventanas de la cocina, caían en cueros; y todos daban de vientre en aquel suelo abominando tales crudezas. Sólo uno vio salir por la puerta, y admirado Critilo únicamente, se fue para él, dándole la singular norabuena; al saludarle, reparó que quería conocerle. Sabio

—¡Válgame el cielo! —decía—, ¿dónde he visto yo este hombre? Pues yo le he visto, y no me acuerdo.

—¿No es Critilo? —preguntó él.

—Sí, y tú, ¿quién eres?

---

3 *azar (tan)*, azarosa.

18 *...quien a nadie hizo bien.* Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 311, cree se trata de una clara alusión a la caída del conde-duque de Olivares, en 1643.

21-22 *...el escarmiento sin segundo.* Don Álvaro de Luna, decapitado por orden de don Juan II.

—¿No te acuerdas que estuvimos juntos en casa de la sabia Artemia?

—Ya doy en la cuenta: ¿tú eres aquél de *Omnia mea mecum porto?*

—El mismo, y aun eso me ha librado deste encanto.

—¿Cómo pudiste escapar una vez dentro?

—Fácilmente —respondió—, y con la misma facilidad te desataré a ti, si quieres. ¿Ves todos aquellos ciegos nudos que echa la voluntad con un sí? Pues todos los vuelve a deshacer con un no; todo está en que ella quiera.

Quiso Critilo, y así, se vio luego libre de libros.

—Mas, dime, ¡oh Critilo!, y tú ¿cómo no entraste en este común cautiverio?

—Porque, siguiendo otro consejo de la misma Artemia, no puse el pie en el principio hasta tocar con las manos el fin.

—¡Oh dichoso hombre!, pero mal dije hombre, que no eres sino entendido. ¿Qué se hizo aquel tu compañero más mozo y menos cauto?

—Ahora te quería preguntar dél si le viste allá dentro, que sin freno de razón se abalanzó allá, y temo que como tal será arrojado.

—¿Por qué puerta entró?

—Por la de su gusto.

—Es la peor de todas: saldrá tarde, echarle ha el tiempo consumido de todas maneras.

—¿No habría algún medio para su remedio? —replicó Critilo.

—Sólo uno, y ése fácilmente dificultoso.

—¿Cómo es eso?

—Queriendo: que haga como yo, que no aguarde a que le echen, sino tomándose la honra, y más el provecho, salir él, que será por la puerta, despenado, y no por las ventanas, despeñado.

4-5 Frase de Bías, que Gracián había ya comentado en *Oráculo*, 137.

11 *...libre de libros*. Critilo se había atado, como se recordará, con cintas de libros.

32 *tomarse la honra*, giro que Gracián emplea con frecuencia, por 'ausentarse, retirarse'.

—Una cosa te quisiera suplicar, y no me atrevo, porque parece más necedad que favor.

—¿Qué es?

—Que pues tienes ya tomado el tino a la casa, volvieses a entrar, y como sabio lo desengañases y librases.

—No será de provecho, porque aunque le halle y le hable, no me dará crédito sin el afecto. Mejor se moverá por ti, y pues te ves obligado, que te pedirán la palabra, mejor es que tú entres y le saques.

—Bien entraría —dijo Critilo—, aunque lo siento, pero temo que como me falta la experiencia, me he de cansar en balde y no lo podré hallar, corriendo riesgo de ahogarnos todos. Hagamos una cosa: vamos los dos juntos, que bien es menester la industria doblada; tú, como noticioso, me guiarás, y yo, como amigo, le convenceré, y saldremos todos con vitoria.

Parecióle bien el ardid; fueron a ejecutarlo, mas la guarda, que la hay a la salida, teniendo por sospechoso al Sabio, le detuvo.

—Aquél, sí —dijo señalando a Critilo—, que tengo orden de que entre y que le inste.

Mas él, volviendo atrás, se retiró con el Sabio al reconsejo. Fuese informando de las entradas y salidas de la casa, de sus vueltas y revueltas; y ya muy determinado iba a entrar, cuando de medio camino volvió atrás y dijo al Sabio:

—Una cosa se me ha ofrecido, y es que troquemos de vestidos ambos: toma el mío, conocido de Andrenio, que será recomendación, y así disfrazado podrás desmentir la guarda entre dos luces; quedaré yo con el tuyo, ayudando al disimulo y aguardando por instantes siglos.

No le desagradó al sabio la invención. Vistióse a lo de Critilo, con que pudo entrar rogado. Quedóse éste viendo caer unos y otros, que no paraban un punto por aquellos

---

27 *ofrecido*, por 'ocurrido'.

29 *desmentir*, por 'engañar'.

32 *a lo de*, por 'a la manera, al modo'.

33 *entrar rogado*, acaso con el valor de 'fácilmente' a no ser que se piense en *arrogado*, del lat. *arrogare*, 'apropiarse'.

Despeñadero de los vicios

despeñaderos del dejo. Vio un pródigo, que lo despeñaban mujeres por el ventanaje de las rosas en las espinas, y como venía en carnes el desdichado, maltratóse mucho, hízose las narices, cuando más se las deshizo: comenzó a hablar gangoso y duróle toda la vida, diciendo todos los que le oían:

—No es cosa rara que éste hable con las narices, por no tenerlas, justo castigo es de sus imprudentes mocedades.

Fue tal el asco que éste y todos los de su séquito tuvieron de su misma inmundicia, que no paraban de escupir al vil deleite en venganza y por remedio; que hubiera sido mejor antes. Los que rodaban por las espaldas del descanso tardaban en el mismo caer, pero mucho más en el levantarse, que de pereza aun no vivían; gente muy para nada, sólo sirven para hacer número y gastar los víveres; nada hacen con buen aire, y en él se paraban al caer, apoyando mórulas a Zenón, pero una vez caídos, siempre quedaban por tierra. Daban fieros gritos los que rodaban por el cuarto de las armas, que parecía el de los locos; venían muy maltratados, y eran tales los golpes que daban y recibían, que escupían luego sangre de sus valientes pechos, vomitando la que habían bebido antes a sus enemigos: que es bravo quebradero de cabeza una venganza. Solos los del cuarto del veneno se estaban a la mira, holgándose de lo que los demás se lamentaban; y había hombres de éstos que, porque se quebrase el otro un brazo y se sacase un ojo, perdía él los dos; reían de lo que los otros lloraban y lloraban de lo que reían; y era cosa rara que lo que a la entrada enflaquecieron,

---

4 «*hacerse las narices*. Phrase con que irónicamente se da a entender que alguno recibió algún golpe grande en las narices, de suerte que se las deshizo. Y por metáphora vale suceder alguna cosa en contra o perjuicio en lo que se pretende». *(Dic. Aut.)*

7-9 Se alude a las bubas del mal francés, que se manifestaban especialmente en las narices.

18 «*mórula:* latinismo, significa *detención*, y a decir que se paraban en el aire al caer y agregar que apoyaban o confirmaban mórulas a Zenón, alude a la doctrina de la inmovilidad, de Zenón de Elea». Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 316.

engordaban a la salida, gustando mucho de hacer aplauso de desdichas y campanear ajenas desventuras.

Estaba Critilo mirando aquel mal paradero de todos. Al cabo de un día de siglos, vio asomar a Andrenio a la ventana de las flores en espinas; asustóse mucho, temiendo su despeño; no le osaba llamar, por no descubrirse, pero ceñábale acordándole el desengaño. Cómo bajó y por dónde, adelante lo veremos.

7 *ceñar,* hacer señas o gestos.

CRISI UNDÉCIMA

El golfo cortesano

Visto un león, están vistos todos, y vista una oveja, todas; pero visto un hombre, no está visto sino uno, y aun ése no bien conocido. Todos los tigres son crueles, las palomas sencillas, y cada hombre de su naturaleza diferente. Las generosas águilas siempre engendran águilas generosas, mas los hombres famosos no siempre engendran hijos grandes, como ni los pequeños, pequeños. Cada uno tiene su gusto y su gesto, que no se vive con sólo un parecer. Proveyó la sagaz naturaleza de diversos rostros, para que fuesen los hombres conocidos, sus dichos y sus hechos, no se equivocasen los buenos con los ruines, los varones se distinguiesen de las hembras, y nadie pretendiese solapar sus maldades con el semblante ajeno. Gastan algunos mucho estudio en averiguar las propiedades de las hierbas: ¡cuánto más importaría conocer las de los hombres, con quienes se ha de vivir o morir! Y no son todos hombres los que vemos, que hay horribles monstruos y aun acroceraunios en los golfos de las grandes poblaciones: sabios sin obras, viejos sin prudencia, mozos sin sujeción, mujeres sin vergüenza, ricos sin misericordia, pobres sin humildad, señores sin

---

20 *acroceraunio,* nombre de un cabo, llamado hoy *Capo della Chimera* o *della Languetta,* que se halla situado en el mar Jónico en los confines de Albania, cuyo nombre se convirtió en sinónimo de 'lugar peligroso'.

nobleza, pueblo[s] sin apremio, méritos sin premio, hombres sin humanidad, personas sin subsistencia.

Esto ponderaba el Sabio a vista de la corte, después de haber rescatado a Andrenio con un tan ejemplar arbitrio. Cuando Critilo le aguardaba a la puerta libre, le atendió a la ventana empeñado en el común despeño. Mas consolóse con que nadie le impelía, antes, quitándose la guirnalda de la frente, la fue destejiendo, y atando unas ramas con otras, hizo soga, por la cual se guindó y, sin daño alguno, se halló en tierra por gran felicidad. Al mismo tiempo asomó por la puerta el Sabio, doblándole a Critilo el contento; pero sin detenerse ni aun para abrazarse, picaron, como tan picados; sólo Andrenio, volviendo la cabeza a la ventana dijo:

—Quede ahí pendiente ese lazo, escala ya de mi libertad, despojo eternizado del desengaño.

Tomaron su derrota para la corte a dar, decía el Sabio, de Caribdis en Scila; acompañóles hasta la puerta, llevado de la dulce conversación, el mejor viático del camino de la vida.

—¿Qué cosa y qué casa ha sido ésta? —decía Critilo—. Contadme lo que en ella os ha pasado.

Tomó la mano el Sabio, a cortesía de Andrenio, y dijo:

—Sabed, que aquella engañosa casa, al fin venta del mundo, por la parte que se entra en ella es el gusto, y por la que se sale, del gasto. Aquella agradable salteadora es

---

1 *pueblo[s]*. En la ed. de 1651, *pueblo*, que parece exigir su forma en plural.

6 *atendió*, por 'observó, vio'.

7 *impelía*, empujaba.

9 *guindarse*, descolgarse.

10 *por*. Hoy diríamos *con*.

13 *picar:* «Andar de prissa, apretar el passo el que va acaballo.» *(Dic. Aut.)*

16 *del*. En la ed. princeps, *al*.

18 Sobre Scila y Caribdis, vid. cr. V.

19 *viático*, provisiones para el viaje.

23 *tomar la mano:* «Si dice di colui che comincia a dar principio ad un ragionamento.» (Franciosini.)

Tiranía del deleite

la famosa Volusia, a quien llamamos nosotros delectación, y los latinos *voluptas*, gran muñidora de los vicios, que a cada uno de los mortales le lleva arrastrado su deleite. Ésta los cautiva, los aloja (o los aleja) unos en el cuarto más alto de la soberbia, otros en el más bajo de la desidia, pero ninguno en el medio, que en los vicios no le hay. Todos entran como visteis, cantando, y después salen sollozando, si no son los envidiosos, que proceden al revés. El remedio para no despeñarse al fin es caer en la cuenta al principio: gran consejo de la sabia Artemia que a mí me valió harto para salir bien.

—Y a mí mejor para no entrar —replicó Critilo—, que yo con más gusto voy a la casa del llanto que de la risa, porque sé que las fiestas del contento fueron siempre vigilias del pesar. Créeme, Andrenio, que quien comienza por los gustos acaba por los pesares.

—Basta que este nuestro camino —dijo él— todo está lleno de trampas encubiertas, que no sin causa estaba el Engaño a la entrada. ¡Oh casa de locos, y cómo lo es quien hace de ti caso! ¡Oh encanto de cantos imanes, que al principio atraen y a la postre despeñan!

—Dios os libre —ponderaba el Sabio— de todo lo que comienza por el contento, nunca os paguéis de los principios fáciles; atended siempre a los fines dificultosos y al contrario. La razón desto supe yo en aquella venta de Volusia en este sueño que os ha de hacer despertar. Contáronme tenía dos hijos la Fortuna muy diferentes en todo,

Mellizos de la Fortuna

pues el mayor era tan agradablemente lindo cuanto el segundo desapaciblemente feo; eran sus condiciones y propiedades muy conformes a sus caras, como suele acontecer. Hízoles su madre dos vaquerillos con la misma atención: al primero, de una rica tela que tejió la Prima-

---

1 *Volusia*, que Gracián hace sinónimo de *voluptas*, parece aludir a Volupia, diosa de los placeres voluptuosos, a la cual levantaron los romanos un templo cerca de la puerta Rumina, representándola con figura de reina sentada en su trono, teniendo a sus pies la Virtud.

20 Evidente dilogía de *cantos*, 'canciones' y *cantos*, 'minerales', con propiedades de imán.

31 *vaquero:* «sayo o vestidura largas, por ser parecidos a los que los pastores usan, y es traje de niños y mujeres». *(Dic. Aut.)*

vera sembrada de rosas y de claveles, y entre flor y flor alternó una *G*, tantas como flores, sirviendo de ingeniosas cifras en que unos leían gracioso, otros galán, gustoso, gallardo, grato y grande, aforrado en cándidos armiños, todo gala, todo gusto, gallardía y gracia; vistió al segundo muy de otro genio, pues de un bocací funesto recamado de espinas y entre ellas otras tantas efes donde cada uno leía lo que no quisiera, feo, fiero, furioso, falto y falso, todo horror, todo fiereza. Salían de casa de su madre a la plaza o a la escuela, y al primero en todo, todos cuantos le veían le llamaban, abríanle las puertas de sus corazones, todo el mundo se iba tras él, teniéndose por dichosos los que le podían ver, cuanto más haber. El otro desvalido no hallaba puerta abierta, y así andaba a sombra de tejados; todos huían dél; si quería entrar en alguna casa, dábanle con la puerta en los ojos, y si porfiaba, muchos golpes, con lo cual no hallaba dónde parar: vivía (o moría) quien tan triste llegó al no poderse sufrir él a sí mismo, y así tomó por partido despeñarse para despenarse, escogiendo antes morir para vivir, que vivir para morir. Mas como la discreción es pasto de la melancolía, pensó una traza, que siempre valió más que la fuerza: conociendo cuán poderoso es el Engaño y los prodigios que obra cada día, determinó ir en busca suya una noche, que hasta la luz y él se aborrecían. Comenzó a buscarle, mas no le podía descubrir: en mil partes le decían estaría, y en ninguna le topaba. Persuadióse le hallaría en casa de los engañadores, y así fue primero a la del Tiempo. Éste le dijo que no, que antes él procuraba desengañar a todos, sino que le creen tarde. Pasó a la del Mundo, tenido por embustero, y respondióle que por ningún caso, que él a nadie engaña, aunque lo desea: que los mismos hombres son los que se engañan a sí mismos, se ciegan y se quieren engañar. Fue a la misma

Casa del Engaño

6 *bocací:* «Tela de lino engomada, más gorda y basta que la dandilla.» *(Dic. 1780.)*

6 *funesto,* negro.

15 *andar a sombra de tejado:* «Es ocultarse, ir con cuidado y recelo: lo que ordinariamente se dice de los delinqüentes que temerosos de la justicia se ocultan y recelan, porque no los prendan.» *(Dic. Aut.)*

Mentira, que la halló en todas partes; díjola a quién buscaba, y respondióle ella:

—Anda, necio, ¿cómo te tengo yo de decir la verdad?

—Según eso, la Verdad me lo dirá —dijo él—; pero ¿dónde la hallaré? Más dificultoso será eso, que si al Engaño no le puedo descubrir en todo el mundo, ¡cuánto menos la Verdad!

Fuese a casa la Hipocresía teniendo por cierto estaría allí; mas ésta le engañó con el mismo engaño, porque torciendo el cuello a par de la intención, encogiéndose de hombros, frunciendo los labios, arqueando las cejas, levantando los ojos al cielo que todo un hombre ocupa, con la voz muy mirlada le aseguró no conocía tal personaje ni le había hablado en su vida, cuando estaba amigada con él. Partió a casa de la Adulación, que era un palacio, y ésta le dijo:

—Yo, aunque miento, no engaño, porque echo las mentiras tan grandes y tan claras, que el más simple las conocerá: bien saben ellos que yo miento, pero dicen que con todo eso se huelgan, y me pagan.

—¡Que es posible, se lamentaba, que esté el mundo lleno de engaños y que yo no le halle! Parece ésta pesquisa de Aragón. Sin duda estará en algún casamiento: vamos allá.

Casamiento con eco

Preguntó al marido, preguntó a la mujer, y respondiéronle ambos habían sido tantas y tan recíprocas de una y otra parte las mentiras, que ninguno podía quejarse de ser el engañado. ¿Si estaría en casa los mercaderes, entre mohatras paliadas y desnudos acreedores? Res-

---

8 *...a casa la Hipocresía.* Gracián hace uso aquí, y en otros lugares, de un vulgarismo al aliminar la preposición *de.*

13 *mirlada,* por 'afectada'.

14 *cuando,* por 'aun cuando'.

15 *amigada.* En la ed. de 1658, *amancebada.*

21 *Que es...* Con frecuencia Gracián intercambia el uso del subjuntivo —*sea,* en este caso— por el indicativo *es.*

27-28 *...casa los mercaderes.* De nuevo, elimina la preposición *de,* como indicamos anteriormente.

28 *mohatras paliadas,* préstamos usurarios disimulados, aunque *paliadas,* acaso con el valor de 'vestidas' (como el *palio* que vestían los prelados en el siglo IV, tejido de lana, que les cubría desde el cuello a los talones), para el equívoco con 'desnudos acreedores'.

pondiéronle que no, porque no hay engaño donde ya se sabe que le hay. Lo mismo dijeron los oficiales, que fue de botica en botica, asegurándole en todas que al que ya lo sabe y quiere, no se le hace agravio. Estaba desesperado sin saber ya dónde ir.

—Pues yo le he de buscar —dijo—, aunque sea en casa del diablo.

Fuese allá, que era una Génova, digo una Ginebra. Mas éste se enojó fieramente, y dando voces endiabladas decía:

—¿Yo engaño, yo engaño? ¡Qué bueno es eso para mí! Antes yo hablo claro a todo el mundo, yo no prometo cielos, sino infiernos acá, y allá fuegos, que no paraísos; y con todo eso, los más me siguen y hacen mi voluntad; pues ¿en qué está el engaño?

Conoció decía esta vez la verdad y quitósele delante. Echó por otro rumbo, determinó ir a buscarle a casa los engañados, los buenos hombres, los crédulos y cándidos, gente toda fácil de engañar. Mas todos ellos le dijeron que por ningún caso estaba allí, sino en casa de los engañadores; que aquellos son los verdaderos necios, porque el que engaña a otro, siempre se engaña y daña más a sí mismo.

Engañador engañado

—¿Qué es esto? —decía—; los engañadores me dicen que los engañados se lo llevaron; estos me responden que aquellos se quedan con él. Yo creo que unos y otros le tienen en su casa, y ninguno se lo piensa.

Yendo desta suerte, le topó a él la Sabiduría, que no él a ella, y como sabedora de todo, le dijo:

—Perdido, qué buscas otro que a ti mismo, ¿no ves tú que el Engaño no le halla quien le busca, y que en descubriéndole ya no es él? Ve a casa alguno de aquellos que se engañan a sí mismos, que allí no puede faltar.

---

3 *botica,* con la significación más general de 'tienda'.

8 *una Ginebra.* Gracián considera a Italia como país del engaño y de la charlatanería fácil, y entre sus ciudades, de modo especial a Génova. A base de este concepto, y valiéndose acaso de la semejanza de su nombre con *Genève,* Ginebra, alude según parece al calvinismo y al significado metafórico de *ginebra:* «ruido confuso de voces humanas, sin que ninguna pueda percebirse con claridad y distinción». *(Dic. Aut.)*

31 *a casa alguno.* En la ed. de 1658, *de.*

Entró en casa de un confiado, de un presumido, de un avaro, de un envidioso, y hallóle muy disimulado con afeites de verdad. Comunicóle sus desdichas y consultóle su remedio. Miróselo el Engaño muy bien, cuanto peor, y díjole:

—Tú eres el Mal, que tu mala catadura te lo dice; tú eres la maldad, más fea aún de lo que pareces. Pero ten buen ánimo, que no faltará diligencia ni inteligencia. Huélgome se ofrezcan ocasiones como ésta para que luzga mi poder. ¡Oh qué par haremos ambos! Anímate, que si el primer paso en la medicina es conocer la raíz del mal, yo la descubro en tu dolencia, como si la tocase con las manos. Yo conozco muy bien los hombres, aunque ellos no me conocen a mí; yo sé bien de qué pie cojea su mala voluntad, y advierte que no te aborrecen a ti por ser malo, que no por cierto, sino porque lo pareces por ese mal vestido que tú llevas; esos abrojos son los que les lastiman, que si tú fueras cubierto de flores, yo sé te quisieran. Pero déjame hacer, que yo barajaré las cosas de modo que tú seas el adorado de todo el mundo y tu hermano aborrecido; ya la tengo pensada, que no será la primera ni la última.

Asiéndole de la mano, se fueron pareados a casa de la Fortuna. Saludóla con todo el cumplimiento que él suele y encandilóla tan bien, que fue menester poco para una ciega. Ofreciósele por mozo, de guía, representándola su necesidad y las muchas conveniencias; abonóle el hijuelo de fiel y de entendido (pues sabe muchos puntos más que el diablo su discípulo); sobre todo, que no quería otra paga sino sus venturas. Y no se engañaba, que no hay renta como la puerta falsa de la ambición. Calidades eran todas muy a cuento, si no muy a propósito para mozo de ciego, y así le admitió la Fortuna en su casa, que es todo el mundo. Comenzó al mismo instante a revolverlo todo, sin dejar cosa en su lugar, ni aun tiempo. Guíala siempre al revés: si ella quiere ir a casa un virtuoso, él la lleva a la de un malo y otro peor; cuando había de

Mozo de la Fortuna

9-10 *luzga,* forma arcaica todavía usada en el siglo XVII.
26 *representándola.* En la ed. de 1658, *representándole.*

correr, la detiene, y cuando había de ir con tiento, vuela; barájale las acciones, trueca todo cuanto da; el bien que ella quería dar al sabio, hace lo dé al ignorante; el favor que va a hacer al valiente, lo encamina al cobarde. Equivócale las manos cada punto para que reparta las felicidades y desdichas en quien no las merece; incítala a que esgrima el palo sin razón, y a tontas y a ciegas la hace sacudir palos de ciego en los buenos y virtuosos; pega un revés de pobreza al hombre más entendido, y da la mano a un embustero, que por eso están hoy tan validos. ¡Qué de golpes la ha hecho errar! Acabó de uno con un don Baltasar de Zúñiga, cuando había de comenzar a vivir; acabó con un duque del Infantado, un marqués de Aitona y otros semejantes cuando más era menester. Dio un revés de pobreza a un don Luis de Góngora, a un Agustín de Barbosa y otros hombres eminentes. Cuando debiera hacerles muchas mercedes, erró el golpe también. Y excusábase el bellacón diciendo:

Don Baltasar de Zúñiga

—Vivieran ésos en tiempo de un León Décimo, de un rey Francisco de Francia, que éste no es su siglo.

¡Qué disfavores no hizo a un marqués de Torrecuso! Y jactábase dello diciendo:

—¿Qué hiciéramos sin guerra? Ya estuviera olvidada.

---

12 Don Baltasar de Zúñiga, personaje destacado en la época de Felipe IV, durante cuyo reinado fue primer ministro, embajador en Roma y presidente del Consejo de Italia.

13 *Infantado.* Vid. cr. VIII.

13-14 Don Francisco de Moncada, marqués de Aytona, que fue gobernador de los Países Bajos en 1633.

19 Juan de Médicis (1475-1521), pontífice con el nombre de León X. Al igual que su padre, Lorenzo el Magnífico, fue un generoso mecenas de artistas y letrados, como Rafael y Miguel Ángel.

20 Francisco I de Francia fue, asimismo, un gran protector de las letras y las ciencias. El propio Gracián, en la Tercera Parte de *El Criticón*, crisi XII, lo recuerda al poner en boca del Mérito que, a la entrada de la Isla de la Inmortalidad, investiga los valores de cada uno que intenta penetrar en ella: «Pero entrad, siquiera por haber favorecido siempre a los eminentes hombres en todo.»

21 Carlos Andrea Caracciolo, marqués de Torrecuso (escrito indistintamente por sus contemporáneos Torrechiusa, Torrechusa o Torrecusa, como lo hace Gracián en *El Discreto*, XX), militar napolitano al servicio de Es-

Don Martín de Aragón

También fue errar el golpe darle un balazo a don Martín de Aragón, conociéndose bien presto su falta. Iba a dar la Fortuna un capelo a un Azpilcueta Navarro, que hubiera honrado el Sacro Colegio, mas pególa en la mano un tal golpazo, que lo echó en tierra, acudiendo a recogerlo un clerizón, y riéndose el picarón, decía:

—¡Eh!, que no pudiéramos vivir con estos tales; bástales su fama. Estos otros sí, que lo reciben humildes y lo pagan agradecidos.

España

Fue a dar a la monarquía de España muchas felicidades por verla tan católica, como había hecho siempre dándole las Indias y otros muchos reinos y victorias, y el belitre, la dio tal encontrón, que saltaron acullá a Francia con espanto de todo el mundo. Él se excusaba con decir que se había acabado ya la semilla de los cuerdos en España y de los temerarios en Francia. Y por desmentir el odio que le acumulaba ya su malicia, dio algunas vitorias a la república de Venecia contra el poder otomano, y sola, sin Liga, cosa que ha admirado al mundo: excusándose con el Tiempo, que se cansa ya de llevar a cuestas la felicidad otomana más a fuerza que de industria. Desta suerte fue barajando todas las cosas y casos, tanto, que así las dichas como las desdichas se hallaban en los que menos las merecían. Llegando ya a ejecutar su primer intento, observó allá a la noche, cuando la Fortuna desnudaba sus dos hijos (que de nadie los fiaba), dónde ponía los vestidos de cada uno: que eso siempre era con cuidado en diferentes

Venecia

Casa otomana

---

paña, que lucha en Fuenterrabía contra las tropas del príncipe de Condé en 1638, acude al socorro de Perpignan en 1639, y muere en compañía de su hijo, al asaltar los muros de Barcelona en 1641.

2 Don Martín de Aragón, general en las campañas de Italia que muere en 1639 al tomar una plaza en el Piamonte.

3 Don Martín Azpilcueta (1491-1586), natural de Navarra, que falleció cuando iba a ser nombrado cardenal.

6 *clerizón:* «El que por otro nombre llamamos monaguillo o monacillo y moço de coro, que sirve en el coro y en el altar a los clérigos y beneficiados.» (Covarrubias.)

13 *belitre:* «pícaro, ruin, de poco o ningún valor y estimación, y de viles procederes». *(Dic. Aut.)*

14 *espanto,* de nuevo por 'asombro'.

puestos, porque no se confundiesen; acudió, pues, el Engaño y sin ser sentido trocó los vestidos, mudó los del Bien al puesto del Mal y los del Mal al del Bien. A la mañana, la Fortuna, tan descuidada como ciega, vistió a la Virtud del vaquerillo de las espinas sin más reparar, y al contrario, el de las flores púsoselo al Vicio, con que quedó éste muy galán, y él que se ayudó con afeites del Engaño. No había quien lo conociese, todos se iban tras él, metíanle en sus casas, creyendo llevaban el Bien. Algunos lo advirtieron a costa de la experiencia, y dijéronlo a los otros; pocos lo creyeron, y como le veían tan agradable y florido, prosiguieron en su engaño. Desde aquel día la Virtud y la Maldad andan trocadas y todo el mundo engañado o engañándose: los que abrazan la Maldad por aquel cebillo del deleite, hállanse después burlados, dan tarde en la cuenta y dicen arrepentidos:

Principios del vicio

—No está aquí el verdadero bien, éste es el mal de los males: luego errado habemos el camino.

Al contrario, los que desengañados apechugan con la Virtud, aunque al principio les parece áspera y sembrada de espinas, pero al fin hallan el verdadero contento y alégranse de tener tanto bien en sus conciencias, ¡Qué florida le parece a éste la hermosura, y qué lastimado queda después con mil achaques! ¡Qué lozana al otro la mocedad, pero cuán presto se marchita! ¡Qué plausible se le representa al ambicioso la dignidad, vestido viene el cargo de estimación, mas qué pesado le halla después gimiendo so la carga! ¡Qué gustosa imagina el sanguinario la venganza, cómo se relame en la sangre del enemigo, y después, si le dejan, toda la vida anda basqueando lo que los agraviados no pueden digerir! Hasta

Fines de la virtud

Cargos, cargas

---

13 En *Agudeza*, LV, Gracián había expuesto en síntesis cambios semejantes entre el Engaño y la Verdad y el Contento y el Descontento, tomado este último del *Guzmán de Alfarache*, I, I, 7.

22 La construcción *aunque... pero*, muy usada por Gracián, resultaría hoy más correcta diciendo: *aunque... sin embargo* o eliminando el segundo término adversativo.

29 *so:* «lo mismo que *debaxo*». *(Dic. Aut.)*

el agua hurtada es más sabrosa. Chupa la sangre del pobrecillo ricazo de rapiña, mas después, ¡con qué violencia la trueca al restituirla!: dígalo la madre del milano. Traga el glotón exquisitos manjares, saboréase con
Gota grita los preciosos vinos, y después ¡cómo lo grita en la gota! No pierde el deshonesto coyuntura en su bestial deleite y pagólo con dolor de todas las de su flaco cuerpo. Abraza espinas en riquezas el avaro, pues no le dejan dormir, y sin poderlas gozar deja en ellas lastimado el corazón. Todos éstos pensaron traer a su casa el Bien vestido del Gusto, y de verdad que no es sino el Mal solapado; no el contento, sino el tormento tan bien merecido de su engaño. Pero, al contrario, ¡qué dificultosa y cuesta arriba se le hace al otro la virtud, y después qué satisfacción la de la buena conciencia! ¡Qué horror el de la abstinencia! y en ella consiste la salud del cuerpo y alma. Intolerable se le representa la continencia, y en ella se halla el contento verdadero, la vida, la salud y la libertad. El que se contenta con una medianía, ése vive. El manso de corazón, posee la tierra: desabrido se le propone el perdón del enemigo pero ¡qué paz se le sigue y qué honra se consigue! ¡Qué frutos tan dulces se cogen de la raíz amarga de la mortificación! Melancólico parece el silencio, mas al sabio nunca le pesó de haber callado. De suerte que desde entonces la Virtud anda vestida de espinas por fuera, y de flores por dentro, al contrario del Vicio. Conozcámoslos y abracémonos con aquélla a pesar del engaño tan común cuan vulgar.

A vistas estaba[n] ya de la Corte, y mirando Andrenio a Madrid con fruición grande, preguntóle el Sabio:

—¿Qué ves en cuanto miras?

—Veo —dijo él— una real madre de tantas naciones, una corona de dos mundos, un centro de tantos reinos,

---

1 Había utilizado ya esta sentencia de los *Proverbios* (IX, 17) en *Agudeza*, XXIII: «...que aun allá dijo el Espíritu Santo: *Aquae furtiva dulciores*».

3-4 *dígalo la madre del milano*. Alude al emblema de Alciato «Male parta male dilabuntur», que había reproducido en *Agudeza*, XVIII, dando una versión de su contenido.

21 *propone*, representa.

un joyel de entrambas Indias, un nido del mismo fénix y una esfera del Sol Católico, coronado de prendas en rayos y de blasones en luces.

—Pues yo veo —dijo Critilo— una Babilonia de confusiones, una Lutecia de inmundicias, una Roma de mutaciones, un Palermo de volcanes, una Constantinopla de nieblas, un Londres de pestilencias y un Argel de cautiverios.

—Yo veo —dijo el Sabio— a Madrid, madre de todo lo bueno, mirada por una parte, y madrastra por la otra, que así como en la Corte acuden todas las perfecciones del mundo, mucho más todos los vicios, pues los que vienen a ella nunca traen lo bueno, sino lo malo, de sus patrias. Aquí yo no entro aunque se diga que me volví del puente Milvio.

Madrid, madre, madrastra

Y con esto, despidióse. Fueron entrando Critilo y Andrenio, como industriados, por la espaciosa calle de Toledo. Toparon luego una de aquellas tiendas donde se feria el saber. Encaminóse Critilo a ella y pidió al librero si tendría un Ovillo de oro que venderles. No le entendió, que leer libros por los títulos no hace entendidos, pero sí un otro, que allí estaba de asiento, graduado cortesano por años y suficiencia:

—¡Eh!, que no piden —le dijo— sino una aguja de marear en este golfo de Circes.

—Menos lo entiendo ahora —respondió el librero—. Aquí no se vende oro ni plata, sino libros, que son mucho más preciosos.

—Eso, pues, buscamos —dijo Critilo—, y entre ellos

---

5 *Lutecia*, antiguo nombre de París, que Gracián carga de significación, al pensar en las formas latinas *lutensis*, *luteus*, como observa Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 332.

7 Al referirse a *inmundicias*, *nieblas*, *pestilencias* puede sospecharse que Gracián alude a la confusión religiosa que existía en París, Constantinopla y Londres.

15 «El puente Molo, en otro tiempo *Milvius*, está fuera de Roma y es célebre por la victoria de Constantino *El Grande* contra el tyrano Magencio, que se ahogó allí en las aguas del Tibre.» (*Dic.* Moreri.)

17 *industriados*, adiestrados, instruidos.

20 *un ovillo de oro*. Alusión al mito de Ariadna.

alguno que nos dé avisos para no perdernos en este laberinto cortesano.

—De suerte, señores, que ahora llegáis nuevos. Pues aquí os tengo este librillo, no tomo, sino átomo, pero que os guiará al norte de la misma felicidad.

—Esa buscamos.

—Aquí la tenéis; a éste le he visto yo hacer prodigios, porque es arte de ser personas y de tratar con ellas.

Tomóle Critilo, leyó el título, que decía: *El Galateo Cortesano*.

—¿Qué vale?— preguntó.

Libros libres —Señor —respondió el librero—, no tiene precio: mucho le vale al que le lleva. Estos libros no los vendemos, sino que los empeñamos por un par de reales, que no hay bastante oro ni plata para apreciarlos.

Oyendo esto el cortesano, dio una tan descompuesta risada, que causó no poca admiración a Critilo y mucho enfado al librero. Y preguntóle la causa.

—Porque es digno de risa lo que decís —respondió él— y cuanto este libro enseña.

—Ya veo yo —dijo el librero— que el *Galateo* no es más que la cartilla del arte de ser personas y que no enseña más del a b c, pero no se puede negar que sea un brinquiño de oro, tan plausible como importante; y aunque pequeño, hace grandes hombres, pues enseña a serlo.

Galateo al revés —Lo que menos hace es eso —replicó el cortesano—. Este libro (dijo tomándole en las manos) aún valdría algo si se practicase todo al revés de lo que enseña. En

---

10-11 Aunque Gracián contamine el título del libro con el de Castiglione, se trata del *Galateo español. De lo que se debe hacer y guardar en la común conversación para ser bien quisto y amado de las gentes* (1582), de Lucas (no Tomás, como le llama en *Agudeza*, XLIII) Gracián Dantisco, libro que viene a ser una refundición del *Galateo, overo de costumi*, de Giovanni della Casa (1558). Vid. ed. del *Galateo español* preparada por Margherita Morreale. Madrid, Clásicos Hispánicos, 1968.

17 *risada:* «Risa desmesurada y descompuesta.» *(Dic. Aut.)* Hoy diríamos *risotada*.

24 *brinquiño*, dim. de *brinco:* «también llaman las damas brinco ciertos joyelitos pequeños que cuelgan de las tocas, porque como van en el ayre, parece que están saltando». (Covarrubias.)

aquel buen tiempo cuando los hombres lo eran, digo buenos hombres, fueran admirables estas reglas; pero ahora en los tiempos que alcanzamos, no valen cosa. Todas las liciones que aquí encarga eran del tiempo de las ballestas, mas ahora, que es el de las gafas, creedme que no aprovechan. Y para que os desengañéis, oíd ésta de las primeras: dice, pues, que el discreto cortesano, cuando esté hablando con alguno, no le mire al rostro y mucho menos de hito en hito como si viese misterios en los ojos. ¡Mirad qué buena regla ésta para estos tiempos, cuando no están ya las lenguas asidas al corazón! Pues ¿dónde le ha de mirar? ¿Al pecho? Eso fuera, si tuviera en él la ventanilla que deseaba Momo. Si aun mirándole a la cara que hace, al semblante que muda, no puede el más atento sacar traslado del interior, ¿qué sería si no le mirase? Mírele y remírele, y de hito en hito, y aun plegue a Dios que dé en el hito de la intención y crea que ve misterios; léale el alma en el semblante, note si muda colores, si arquea las cejas: brujuléele el corazón. Esta regla, como digo, quédese para aquella cortesía del buen tiempo, si ya no la entiende algún discreto por activa, procurando conseguir aquella inestimable felicidad de no tener que mirar a otro a la cara. Oíd esta otra, que a mí me da gran gusto siempre

4-5 *el tiempo de las ballestas*, como sinónimo de 'tiempos antiguos, remotos'.

5 *...el de las gafas*. Se entiende que 'por ver mejor, con mayor malicia'.

9-10 *... misterios en los ojos*. Gracián irá glosando, por boca del Cortesano, a partir de este pasaje, distintos consejos y advertencias contenidas en el *Galateo español*.

13 *Momo*. Este pasaje queda aclarado en *Agudeza*, XXIII: [Luciano] «fue el que por boca de Momo dijo que le faltaba al hombre una ventanilla en el pecho para descubrir lo interior del corazón». Gracián se complace mucho en repetir esta idea, porque vuelve a recordarla en *Agudeza*, XXVIII; en *El Discreto*, XIX; en *Oráculo*, 222, y de nuevo en *El Criticón*, III, cr. VII. Luciano de Samosata fue, en efecto, el primero en exponerla en *Hermotino o las sectas filosóficas*, cap. 20, pero lo utilizaron también Bacon y Boccalini, en sus *I Ragguagli di Parnasso* (Venecia, 1612), que acaso sea la fuente directa de Gracián. Mateo Alemán (*Guzmán de Alfarache*, II, I) lo atribuye, a su vez, a Alfonso el Sabio.

17 *dar en el hito*, acertar en alguna cosa o dar en el punto de la dificultad.

que la leo: pondera el autor que es una bárbara asquerosidad, después de haberse sonado las narices, ponerse a mirar en el lienzo la inmundicia, como si echasen perlas o diamantes del celebro.

—Pues ésa, señor mío —dijo Critilo— es una advertencia tan cortesana cuan precisa, si ya no prolija, mas para la necedad nunca sobran avisos.

—Que no —replicó el cortesano—, que no lo entendéis. Perdóneme el autor, y enseñe todo lo contrario. Diga que sí, que miren todos y vean lo que son en lo que echan; advierte el otro presumido de bachiller y conózcase que es un rapaz mocoso que aún no discurre ni sabe su mano derecha, no se desvanezca; entienda el otro que se estima de nasudo y de sagaz que no son sentencias ni sutilezas las que piensa, sino crasicies que distila del alambique de su nariz aguileña; persuádase la otra linda que no es tan ángel como la mienten ni es ámbar lo que alienta, sino que es un albañar afeitado; desengáñese Alejandro que no es hijo de Júpiter, sino de la pudrición y nieto de la nada; entienda todo divino que es muy humano, y todo desvanecido que por más viento que tenga en la cabeza, y por más humo, todo viene a resolverse en asco, y cuando más sonado, más mocoso. Sonado mocoso ¡Eh!, conozcamos todos y entendamos que somos unos sacos de hediondez: cuando niños mocos; cuando viejos flemas, y cuando hombres postemas. Esta otra que se sigue, es totalmente superflua. Dice que por ningún caso el cortesano, estando con otros, se saque la cera de los oídos, ni la esté retorciendo con los dedos, como quien hace fideos. Pregunto, señores, ¿quién hay que pueda hacer esto? ¿A quién han dejado ya cera en los oídos unos y otras, aquéllos y éstas, cuanto menos, que sobre para hacer fideos? Mas sin cera está la era. Lo que él había de encargar es que no nos la sacasen tanto em-

14 *nasudo*, parece una derivación del ital. *nassuto*, «marigudo». (Franciosini.)

15 *distila*, caso de asimilación muy frecuente en Gracián, admitido en los diccionarios, por 'destilar'.

19 *Júpiter*. Vid. *Vidas paralelas* de Plutarco, Alejandro, § XXXVIII y XXXIX.

bestidor, tanta arpía, tanto agarrador, tanto escribano, y otros que callo. Pero con la que estoy muy mal es con aquella otra que enseña que es grande vulgaridad, estando en un corrillo o conversación, sacar las tijerillas del estuche y ponerse muy de propósito a cortar las uñas. Esta la tengo por muy perniciosa doctrina, porque a más de que ellos se tienen buen cuidado de no cortárselas ni aun en secreto, cuanto menos en público, fuera mejor que mandara se las cortaran delante de todo el mundo, como hizo el almirante en Nápoles, pues todo él está escandalizado de ver algunos cuán largas las tienen. Que sí, sí, saquen tijeras, aunque sean de tundir, mas no de trasquilar, y córtense esas uñas de rapiña y atúsenlas hasta las mismas manos cuando las tienen tan largas. Algunos hombres hay caritativos, que suelen acudir a los hospitales a cortarles las uñas a los pobres enfermos: gran caridad es por cierto, pero no fuera malo ir a las casas de los ricos y cortarles aquellas uñas gavilanes con que se hicieron hidalgos de rapiña y desnudaron a estos pobrecitos y los pusieron por puertas y aun los echaron en el hospital. Tampoco tenía que encargar aquello de quitar el sombrero con tiempo: gran liberalidad de cortesía es ésta; no sólo quitan ya el sombrero, sino la capa y la ropilla, hasta la camisa, hasta el pellejo, pues desuellan al más hombre de bien, y dicen que le hacen mucha cortesía; guardan otros tanto esta regla, que se entran de gorra en todas partes. A esta traza, os aseguro que no hay regla con regla. Ésta que leo aquí es sin duda contra toda buena moralidad: yo no sé cómo no la han prohibido. Dice que cuando uno se pasea, no vaya con cuidado a no pisar las rayas, ni atienda a poner el pie en medio, sino donde se cayere. ¡No digo yo! En lugar de aconsejar al cortesano que atienda mucho a no pisar la raya de la razón ni a pasarla, que esté muy a la raya de la ley de Dios, que lo contrario es quemarse, y que no pase los límites de su estado, que por eso tantos han

Señor almirante

Cortesía, engaño

10 Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 338, supone se trate del duque de Medina de Rioseco, almirante de Castilla, que durante los años 1644-1646 desempeña el cargo de virrey de Nápoles con gran rectitud y severidad.

caído; que no pise la regla, sino en espacio, que eso es compasarse y medirse; que no alargue más el brazo ni el pie de lo que puede. Todo esto le aconsejaría yo. Que mire dónde pone el pie y cómo lo asienta, vea dónde entra y dónde sale, pise firme siempre en el medio y no vaya por extremos, que son peligrosos en todo: y eso es andar bien. Señor, que no vaya hablando consigo, que es necedad. Pues ¿con quién mejor puede hablar que consigo mismo? ¿Qué amigo más fiel? Háblese a sí y dígase la verdad, que ningún otro se la dirá; pregúntese y oiga lo que le dice su conciencia, aconséjese bien, dé y tome consigo, y crea que todos los demás le engañan y que ningún otro le guardará secreto, ni aun la camisa al rey don Pedro. Que no pegue de golpes hablando, que es aporrear alma y cuerpo. Dice bien, si el otro escucha; pero ¿si hace el sordo, y a veces a lo que más importa? Pues ¿qué si duerme? Menester es despertarle. Y hay algunos que aun a mazadas no les entran las cosas, ni se hacen capaces de la razón. ¿Qué ha de hacer un hombre, si no le entienden ni le atienden? Por fuerza ha de haber mazos en el hablar, ya que los hay en el entender. Que no hable recio ni muy alto, que desdice de la gravedad. Según con quien habla. Crea que no son buenas palabras de seda para orejas de buriel. Pues qué otra está que

---

1 *espacio*, «cerca de los músicos, es el intervalo que ay entre una regla y otra donde se ponen las figuras, unas en regla y otras en espacio». (Covarrubias.)

14 En *Agudeza*, XXX, cuenta Gracián una anécdota del rey Pedro III de Aragón, quien respondiendo al embajador del Papa, que le pregunta contra quién armaba, le dice: «que si supiera que su camisa llegaba a entender el menor secreto de su pecho, al mismo punto se la desnudaría y la abrasaría». También la cuenta Timoneda en *Sobremesa y alivio de caminantes*, atribuyéndola a un capitán, que es preguntado por su amiga sobre un secreto de guerra.

21 *mazo*, «el hombre basto, rústico y grosero». *(Dic. Aut.)*

23-24 Sobre la expresión *palabras de seda*, que Gracián usa reiteradamente (al menos en *Oráculo*, 267; en este pasaje de *El Criticón* y en su Segunda Parte, cr. X), supone Coster, op. cit., págs. 461 y sigs., que pudo tomarla de Nicolás Faret y de su *Honneste-Homme* (1630) o de la traducción que de este libro publicó Ambrosio de Salazar en 1634. Por su parte, Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 341, *n.*, piensa que debió verla en la

no haga acciones con las manos cuando habla, ni bracee, que parece que nada, ni saque el índice, que parece que pesca. No fuera malo aquí distinguir de los que las tienen malas a los que buenas; y las que se precian de ellas toman aquí el cielo con las manos. Con licencia deste autor, yo diría lo contrario, que haga y diga, no sea todo palabras, haya acción y ejecución también, hable de veras; si tiene buena mano, póngala en todo Así, como tiene algunas reglas superfluas, otras tiene muy frías, como lo es ésta: que no se acerque mucho cuando hablare, ni salpique, que verdaderamente hay algunos poco atentos en esto que debrían avisar antes de abrir la boca y decir: *¡Agua va!*, para que se apartasen los oyentes o se vistiesen los albornoces; y de ordinario, éstos hablan sin escampar. Yo, señores, por más dañoso tengo el echar fuego por la boca que agua, y más son los que arrojan llamas de malignidad, de murmuración, de cizaña, de torpeza y aun de escándalo: harto peor es echar espumajos sin decir primero: *¡cólera va!* Reprehenda el vomitar veneno, que ya niñería es el escupir: poco mal puede hacer una rociada de perdigones; Dios nos libre de la bala rasa de la injuria, de la jara de una varilla, de la bomba de una traición, de las picas en picones y de la artillería del artificio maldiciente. También hay algunas muy ridículas, como aquella otra que cuando hablare con alguno, no le esté pasando la mano por el pecho ni madurando los botones de la ropilla, hasta

Dichos y hechos

versión que su admirado paisano Juan Vitrián hizo de las *Memorias* (Amberes, 1643) de Commines: «*Verba byssina,* dijo Plutarco, palabras de seda» (I, 26). Más certera que estas opiniones nos parece la observación de Charles V. Aubrun, en «Gracián contre Faret», en *HaG,* pág. 8, acerca de la curiosa coincidencia de esta frase de *El Criticón* con la de Montaigne, «quand il aposse les paroles de soie aux paroles faites de gros bureau d'Auvergne», que muestra a las claras la lectura de los *Essais* del escritor francés por Gracián.

12 *debrían,* forma irregular usada en la época, que no llegó a generalizarse como *podrían,* por ejemplo.

22 *jara,* saeta o palo arrojadizo, de punta muy delgada y sutil.

22 *varilla,* indirecta maliciosa, insinuación.

23 *picón:* «El chasco, zumba o burla que se hace para picar e incitar a otro a que execute alguna cosa.» *(Dic. Aut.)*

hacerlos caer a puro retorcerlos. ¡Eh, que sí! Déjeles tomar el pulso en el pecho y dar un tiento al corazón, déjeles examinar si palpita, tienten también si tienen almilla en los botones, que hay hombres que aun allí no la tienen; tírenle de la manga al que se desmanda y de la aldilla al que se estira, porque no salga de sí. Ésta que se sigue, en ninguna república se platica, ni aun en la de Venecia; era del tiempo antiguo: que no coma a dos carrillos, que es una grande fealdad. Veis aquí una lición que las más lindas la platican menos, antes dicen que están más hermosas de la otra suerte y se les luce más. Que no ría mucho ni muy alto dando grandes risadas. Hay tantas y tales monstruosidades en el mundo. que no basta ya reír debajo de la nariz, aunque frescamente a su sombra. Va otra semejante, que no coma con la boca cerrada. Por cierto sí. ¡Qué buena regla ésta para este tiempo, cuando andan tantos a la sopa! Aun de ese modo no está seguro el bocado, que nos lo quitan de la misma boca: ¡qué sería a boca abierta! No habría menester más el otro que come y bebe de cortesía. A más de que en ninguna ocasión importa tanto tenerla cerrada y con candados que cuando se come y se bebe.

Marqués de Espínola

Así lo observó el célebre marqués Espínola, cuando le convidó a su mesa el atento Henrico. Y para ser nimio y menudo de todas maneras, encarga ahora que su cortesano de ningún modo regüelde, que aunque es salud, es grosería. Créame y déjelos que echen fuera el viento de que están ahítos, y más llenos, cuando más vacíos. ¡Ojalá acabaran de despedir de una vez todo el que tienen en aquellas cabezas!, que tengo para mí que por eso al que estornuda le ayuda Dios a echar el viento

---

4 *almilla*, dim. de *alma*. «Met.: ...todo lo que se mete dentro de alguna cosa de poca consistencia para darle cuerpo y fortaleza.» *(Dic. 1780.)*

6 *aldilla*. En la ed. de 1658, *faldilla*.

10 *lición*, forma arcaica muy usada por Gracián, que todavía alterna con *lección*, en el *Dic. Aut.*

17 *andar a la sopa* o «*ir a la sopa*, acudir a la portería de los monasterios, a donde dan a los pobres quando no tienen más que repartir con ellos caldo, y algunos mendrugos de pan con que hazen sopas». (Covarrubias.)

23-24 Ambrosio Spínola, el vencedor de Breda, y Enrique IV de Francia.

de su vanidad y le damos la norabuena. Conozcan en la hediondez del aliento cómo se gasta el aire, cuando no está en su lugar. Sólo un consejo me contentó mucho del *Galateo* y me pareció muy sustancial, para que se verifique aquel dicho común que no hay libro sin algo bueno: encarga, pues, por capital precepto y como el fundamento de toda su obra cortesana que el galante Galateo procure tener los bienes de fortuna para vivir con lucimiento, que sobre esta basa de oro le han de levantar la estatua de cortesía, discreción, galantería, despejo y todas las demás prendas de un varón culto y perfecto, y advierta que si fuere pobre jamás será ni entendido, ni cortés, ni galante, ni gustoso. Y esto es lo que yo siento del *Galateo*.

—Pues si ése no os contenta —dijo el librero—, porque no instruye sino en la cortesía material, no da más de una capa de personas, una corteza de hombres, aquí está la juiciosa y grave instrucción del prudente Juan de Vega a su hijo cuando le enviaba a la Corte. Realzó esa misma instrucción, que no la comentó, muy a lo señor y portugués, que es cuanto decir se puede, el conde de Portalegre en semejante ocasión de enviar otro hijo a la Corte.

Conde de Portalegre

—Es grande obra —dijo el Cortesano—, y sobrado grande, pues es sólo para grandes personajes, y yo no tengo por buen oficial al que quiere calzar a un enano el zapato de un gigante.

—Creedme que no hay otro libro ni arte más a propósito, que parece la escribió viendo lo que en Madrid pasa.

—Ya sé que me tendréis por paradojo y aun estoico, pero más importa la verdad: digo que el libro que habéis

---

18-19 Don Juan de Vega, personaje importante durante los reinados de Carlos V y Felipe II, fue virrey de Navarra, embajador en Roma, capitán general y virrey de Sicilia, y presidente del Consejo Real. Gracián lo recuerda numerosas veces (*Agudeza*, XXX y XLIII, y *El Criticón*, en este pasaje, y Tercera Parte, cr. VI y XII) por su juiciosa [*Instrucción*] *que Juan de Vega dio a Hernando de Vega su hijo, enviándole a Flandes*.

30 *paradojo*, por 'paradójico', usado reiteradamente por Gracián.

30 *estoico*, por ser como los filósofos de esta escuela, «mui rigurosos en sus opiniones». *(Dic. Aut.)*

de buscar y leerlo de cabo a cabo, es la célebre *Ulisiada* de Homero. Aguardá, no os admiréis hasta que me declare. ¿Qué, pensáis que el peligroso golfo que él describe, es aquél de Sicilia, y que las sirenas están acullá en aquellas Sirtes con sus caras de mujeres y sus colas de pescados, la Circe encantadora en su isla y el soberbio cíclope en su cueva? Sabed que el peligroso mar es la Corte, con la Scila de sus engaños y la Caribdis de sus mentiras. ¿Veis esas mujeres que pasan tan prendidas de libres y tan compuestas de disolutas? Pues ésas son las verdaderas sirenas y falsas hembras con sus fines monstruosos y amargos dejos; ni basta que el cauto Ulises se tapie los oídos; menester es que se ate al firme mastil de la virtud y encamine la proa del saber al puerto de la seguridad, huyendo de sus encantos. Hay encantadoras Circes, que a muchos que entraron hombres los han convertido en brutos. ¿Qué diré de tantos cíclopes, tan necios como arrogantes, con sólo un ojo, puesta la mira en su gusto y presunción? Este libro os digo que repaséis, que él os ha de encaminar para que como Ulises escapéis de tanto escollo como os espera y tanto monstruo como os amenaza.

Circelindas

Tomaron su consejo y fueron entrando en la Corte, experimentando al pie de la letra lo que el Cortesano les había prevenido y Ulises enseñado. No encontraron pariente, ni amigo, ni conocido, por lo pobre. No podían descubrir su deseada Felisinda. Viéndose, pues, tan solos y tan desfavorecidos, determinó Critilo probar la virtud de ciertas piedras orientales muy preciosas, que había escapado de sus naufragios; sobre todo quiso hacer ex-

---

2 Gonzalo Pérez, padre del famoso Antonio Pérez, dio a su traducción de la *Odisea* —título que prevaleció en castellano— el de *La Ulyxea*, que Gracián modifica.

2 *aguardá*. Es muy frecuente que Gracián elimine la *d* final en la segunda persona del plural de imperativo, especialmente cuando hace hablar a sus personajes.

9 Sobre Scila y Caribdis, vid. cr. V.

13 *menester es que*. En la ed. 1658, *menester que*.

30 *escapar:* «algunas veces se suele usar en activa y significa librar, libertar...» *(Dic. Aut.)*

periencia de un finísimo diamante, por ver si vencería tan grandes dificultades su firmeza, y una rica esmeralda, si conciliaba las voluntades, como escriben los filósofos. Sacólas a luz, mostrólas, y al mismo punto obraron maravillosos efectos, porque comenzaron a ganar amigos: todos se les hacían parientes y aun había quien decía eran de la mejor sangre de España, galanes, entendidos y discretos. Fue tal el ruido que hizo un diamante que se les cayó en su empeño de algunos centenares, que se oyó por todo Madrid, con que los embistieron enjambres de amigos, de conocidos y de parientes, más primos que un rey, más sobrinos que un papa.

Pero el caso más agradablemente raro fue el que le sucedió a Andrenio desde la calle Mayor a Palacio. Llegóse a él un pajecillo, galán de librea y libre de desenfado, que desenvainando una hoja en un billete le dejó tan cortado, que no acertó a descartarse Andrenio; antes, brujuleándole, descubrió una prima su servidora en la firma; dábale la bienvenida a la Corte y muchas quejas de que siendo tan propio se hubiese portado tan extraño; suplicábale se dejase ver, que allí estaba aquel paje para que le guiase y le sirviese. Quedó atónito Andrenio, oyendo el reclamo de prima, cuando él no creía tener madre. Y llevado más de su curioso deseo que del ajeno agasajo, asistido del pajecillo, tomó el rumbo para la casa.

Lo que aquí vio en maravillas y le sucedió en portentos, dirá la siguiente crisi.

---

1 *vencería.* En la ed. 1658, *venciera.*

3 La propiedad que Gracián atribuye a la esmeralda no aparece enunciada entre las varias, físicas y espirituales, que Pero Mexía, op. cit., II, página 238, enumera: «Y la sortija, con la *esmeralda*, afirman que ayuda a guardar castidad y a mitigar los estímulos de la carne; y, aun afirman algunos que, si la tiene alguna mujer que pierde su virginidad, se quiebra la piedra; y tiene asimismo propiedad contra el demonio y las tempestades, y contra perlesía y acrescienta la memoria y conserva la vista y cura las mordeduras venenosas.»

11 Alusión a los grandes de España, a los que el rey llama *primos.*

23 *creía.* En la ed. de 1658, *creyera.*

CRISI DUODÉCIMA

Los encantos de Falsirena

Fue Salomón el más sabio de los hombres, y fue el hombre a quien más engañaron las mujeres; y con haber sido el que más las amó, fue el que más mal dijo dellas: argumento de cuán gran mal es del hombre la mujer mala, y su mayor enemigo. Más fuerte es que el vino, más poderosa que el rey, y que compite con la verdad, siendo toda mentira. Más vale la maldad del varón que el bien de la mujer, dijo quien más bien dijo, porque menos mal te hará un hombre que te persiga que una mujer que te siga. Mas no es un enemigo sólo, sino todos en uno, que todos han hecho plaza de armas en ella: de carne se compone, para descomponerle; el mundo la viste, que para poder vencerle a él, se hizo mundo della; y la que del mundo se viste, del demonio se reviste en sus

---

2 El nombre de Falsirena no es invención de Gracián, como pensó Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 351: «claro compuesto de *falsa sirena*, sin antecedente literario que haya venido a mi noticia», sino tomado del poema *Adonis*, de Marino, poeta que Gracián cita tantas veces, como demuestra P. J. Waley en «Giambattista Marino and Gracian's» *Falsirena*, en *BHS*, 1957, XXXIV, 169-171.

9 *...siendo toda mentira.* En *Agudeza*, XXXIX, Gracián se refiere ampliamente a la disputa sobre la cuestión «¿Cuál sea la cosa más fuerte?», que figura en el libro de *Esdras*, III.

10 *...quien más bien dijo.* Versículo del *Eclesiástico*, XLII, 14.

engañosas caricias: Gerión de los enemigos, triplicado lazo de la libertad que difícilmente se rompe. De aquí, sin duda, procedió el apellidarse todos los males hembras, las furias, las parcas, las sirenas y las arpías, que todo lo es una mujer mala. Hácenle guerra al hombre diferentes tentaciones en sus edades diferentes, unas en la mocedad y otras en la vejez, pero la mujer en todas. Nunca está seguro de ellas, ni mozo, ni varón, ni viejo, ni sabio, ni valiente, ni aun santo; siempre está tocando al arma este enemigo común y tan casero, que los mismos criados del alma la ayudan: los ojos franquean la entrada a su belleza, los oídos escuchan su dulzura, las manos la atraen, los labios la pronuncian, la lengua la vocea, los pies la buscan, el pecho la suspira y el corazón la abraza. Si es hermosa, es buscada; si fea, ella busca. Y si el cielo no hubiera prevenido que la hermosura de ordinario fuera trono de la necedad, no quedara hombre a vida, que la libertad lo es.

Trono de la necedad

¡Oh cómo le previno el escarmentado Critilo al engañado Andrenio, mas qué poco le aprovechó! Partió ciego a buscar luz a la casa de los incendios; no consultó a Critilo, temiéndole severo; y así, solo y mal guiado de un pajecillo, que suelen ser las pajuelas de encender el amoroso fuego, caminó un gran rato, torciendo calles y doblando esquinas.

—Mi señora —decía el rapaz—, la honestísima Falsirena, vive muy fuera del mundo, ajena del bullicio cortesano, ya por natural recato, haciendo desierto de la

1 *Gerión:* «Déste se cuenta fabulosamente aver tenido tres cabezas, seys brazos, seys piernas, pero un cuerpo y un solo coraçon y averle vencido Hércules...» (Covarrubias.) El «triplicado lazo de la libertad» parece aludir a los tres pares de brazos que poseía Gerión, o también a los tres enemigos del alma —el mundo, el demonio y la carne—, a los que Gracián se había referido anteriormente.

9 «*tocar al arma*, dar señal de que han sobrevenido enemigos». (Covarrubias.)

13 *vocear:* «llamar a alguno en voz alta, u dándole voces». *(Dic. Aut.)*

17 *a*, por *con*.

23 *pajuela:* «un pedazo delgado de cañaheja o cuerda, mojado en alcrebite o azufre, que se usa en las casas para encender prontamente luz». *(Dic. Aut.)*

Corte, ya por poder gozar de la campaña en sus alegres jardines.

Llegaron a una casa que en la apariencia aún no prometía comodidad, cuanto menos magnificiencia, extrañándolo harto Andrenio. Mas luego que fue entrando, parecióle haber topado el mismo alcázar de la autora, porque tenía las entradas buenas a un patio muy desahogado, teatro capaz de maravillosas apariencias, y aun toda la casa era harto desenfadada. En vez de firmes Atlantes en columnas, coronaban el atrio hermosas ninfas, por la materia y por el arte raras, asegurando sobre sus delicados hombros firmeza a un cielo alternado de serafines, pero sin estrella. Señoreaba el centro una agradable fuente, equívoca de aguas y fuegos, pues era un Cupidillo que cortejado de las Gracias, ministrándole arpones todas ellas, estaba flechando cristales abrasadores, ya llamas, y ya linfas; íbanse despeñando por aquellos nevados tazones de alabastro, deslizándose siempre y huyendo de los que las seguían y murmurando después de los mismos que lisonjearon antes.

Amor, llorando quema

Donde acababa el patio comenzaba un Chipre tan verde, que pudiera darlo al más buen gusto, si bien todas sus plantas eran mas lozanas que frutíferas, todo flor y nada fruto. Coronábase de flores vistosamente odoríferas, parando todo en espirar humos fragrantes. El vulgo de las aves le recibió con salva de armonía, si ya no fue darle la vaya, silbándole a porfía el Céfiro y Favonio, que él

---

1 *campaña:* «El campo igual que no tiene montes, ni peñascos, y generalmente todo el sitio que no tiene casas.» *(Dic. Aut.)*

8 *apariencias,* «las mutaciones y decoraciones que se hacen en el foro del teatro para fingir varias representaciones de objetos». *(Dic. 1780.)*

13 *sin estrella,* por 'sin suerte, sin fortuna'.

15 *ministrándole,* por 'suministrándole'.

17 *linfa,* poét. 'agua'.

23 *frutíferas.* Como en otros casos, Gracián reduce el grupo *ct,* eliminando la *c* etimológica.

27 Los vientos Céfiro y Favonio vienen a ser uno mismo, como aclara Pero Mexía: «Y al viento derechamente contrario a éste, que nace del Poniente, llamaron los griegos *Zéfiro,* que en latín, según algunos, suena *Dador* o *Traedor de vida,* porque ayuda a florecer y criar las plantas, y por esto los latinos lo llaman *Favonio,* a *fovendo,* y en vulgar castellano e ita-

lo tuvo por donaire. Era el jardín con toda propiedad un pensil, pues a cuantos le lograban suspendía. Fuese acercando Andrenio al mejor centro de su amenidad, donde estaba la Primavera deshilando copos en jazmines, digo la vana Venus deste Chipre, que nunca hay Chipre sin Venus. Salió Falsirena a recibirle hecha un sol muerto de risa, y formando de sus brazos la media luna, le puso entre las puntas de su cielo. Mezcló favores con quejas, repitiendo algunas veces:

—¡Oh primo mío sin segundo! ¡Oh señor Andrenio! Seáis tan bien venido como deseado. Mas ¿cómo? —decía, mudando a cada palabra su afecto, ensartando perlas hilo a hilo y mentiras en cadena—, ¿cómo os lo ha permitido el corazón, que estando aquí esta casa tan vuestra, os hayáis desterrado a una posada? Siquiera por las obligaciones de parentesco, cuando no por la conveniencia del regalo. Viéndoos estoy, y no lo creo: ¡qué retrato tan al vivo de vuestra hermosa madre! A fe que no la desmentís en cosa; no me harto de miraros. ¿De qué estáis tan encogido? Al fin, como tan fresco cortesano.

—Señora —respondió—, yo os confieso que estoy turbadamente admirado de oíros decir que seáis mi prima, cuando yo ignoro madre, desconociendo a quien tanto me ha desconocido. Yo no sé que tenga pariente alguno, tan hijo soy de la nada. Mirad bien no os hayáis equivocado con algún otro más dichoso.

—Que no —dijo—, señor Andrenio, no por cierto. Muy bien os conozco y sé quién sois, y cómo nacisteis en una isla en medio de los mares. Muy bien sé que vuestra madre, mi tía y señora... ¡Ah qué linda era, y, aunque por eso tan poco venturosa! ¡Oh qué gran mujer y qué discreta! Pero ¿qué Dánae escapó de un engaño? ¿Qué Elena

---

liano lo llamamos *Poniente*, los marineros *Veste*, y, según otros, por eso tiene el nombre griego *Zéfiros*, porque *Zoros* quiere decir *caída* o Poniente.» Vid. ed. cit., II, «De la historia de los vientos», pág. 393.

2 *pensil*, en su primera significación, valía por 'jardín colgado', como los famosos de Babilonia, acepción que le da Gracián para el juego de palabras con «a cuantos le lograban suspendía».

20 *fresco*, por 'reciente'.

Violencias del amor

de una fuga? ¿Qué Lucrecia de una violencia y qué Europa de un robo? Viniendo, pues, Felisinda, que éste es su dichoso nombre...

Aquí Andrenio se conmovió entrañablemente oyendo nombrar por madre suya la repetida esposa de Critilo. Notólo luego Falsirena y porfió en saber la causa.

—Porque he oído hartas veces ese nombre —dijo Andrenio.

Y ella:

—Ahí veréis que no os miento en cuanto digo. Estaba, pues, Felisinda casada en secreto con un tan discreto cuan amante caballero que quedaba preso en Goa, si bien en su corazón le traía, y a vos por prenda suya en sus entrañas. Ejecutáronla los dolores del parto en una isla, debiendo al cielo dobladas las providencias, con que pudo salvar su crédito, no fiándolo ni de sus mismas criadas, enemigas mayores de un secreto. Sola, pues, aunque tan asistida de su valor y su honra, os echó a luz cuando os arrojó de sus entrañas al suelo, más blando que ellas; allí, mal envuelto entre unas martas, que le servían a ella de galán abrigo, os encomendó en la cuna de la hierba al piadoso cielo, que no se hizo sordo, pues os proveyó de ama en una fiera; que no fue la primera vez, ni será la última, que substituyeron maternas ausencias. ¡Oh cómo me lo contaba ella muchas veces, y con más lágrimas que palabras me ponderaba su sentimiento! ¡Lo que se ha de alegrar cuando os vea! Ahora os restituirá las caricias en abrazos que allí os negó, violentada de su honor.

Estaba atónito Andrenio escuchando el suceso de su vida y careando tan individuales circunstancias con las noticias que él tenía; reventando en lágrimas de ternura, comenzó a distilar el corazón en líquidos pedazos por los ojos.

Lágrimas muelen penas

—Dejemos —dijo ella—, dejemos tristezas ya pasadas, no vuelvan en llanto a moler el corazón. Subamos arriba, veréis mi pobre y ya dichoso albergue. ¡Hola!, prevenid dulces, que nunca faltan en esta casa.

---

30 *carear:* «cotejar, confrontar y comparar una cosa con otra». *(Dic. Aut.)*

Fueron subiendo por unas gradas de pórfidos (ya pérfidos, que al bajar serían ágatas), a la esfera del sol en lo brillante y de la luna en lo vario. Registraron muchas cuadras, muy desenfadadas todas, tan artesonados los techos, que remedando cielos, hicieron a tantos ver a su despecho las estrellas. Había viviendas para todos tiempos, si no para el pasado, y todas eran muy buenas piezas, repitiendo ella:

—Todo es tan vuestro como mío.

Mientras duró la dulcísima merienda le cantaron Gracias y le encantaron Circes.

—En todo caso habéis de quedar aquí —dijo la prima—, aunque tan a costa de vuestro gusto. Dispóngase luego el traeros la ropa, que aunque aquí no os hará falta, pero basta ser vuestra. No tenéis que salir para ello, que mis criados, con una señal, la cobrarán y pagarán lo que se debiere.

—Será preciso —replicó Andrenio— que yo vaya, porque habéis de saber que no soy solo y que la merced que me hacéis ha de ser doblada. Daré razón a Critilo mi padre.

—¿Cómo es eso de padre? —dijo asustada Falsirena.

Y él:

—Llamo padre a quien me hace obras de tal, y tengo por cierto, según vuestras noticias, que es mi padre ver-

1-2 En la ed. princeps, figura *gradas de pérfidos, ya porfidos*, que Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 355, considera evidente errata.

2 *ágatas*. Juego de palabras a base de *ágatas*, piedra preciosa, con *a gatas*.

4 *cuadra:* «La pieça en la casa que está más adentro de la sala, y por la forma que tiene, de ordinario quadrada, se llamó quadra.» (Covarrubias.) Gracián le da el sentido traslaticio de 'establos'.

7-8 Nuevo juego de palabras, entre *buenas piezas*, 'salas o aposentos', y *buena pieza*, «que se aplica y dice del que es mui astuto, bellaco y de malas propriedades». *(Dic. Aut.)*

14 Gracián hace uso repetidas veces, como ya dejamos anotado, de la construcción *aunque... pero*, en la cual —respecto a la expresión moderna— es innecesario el segundo término o de sustitución obligada por *sin embargo*.

22 Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 356, sospecha que el susto de Falsirena puede deberse al doble sentido de *padre*, que en lenguaje de germanía significaba 'el encargado del burdel'.

dadero, porque es el esposo de Felisinda, aquel caballero que en Goa quedó preso.

—¿Eso más? —dijo Falsirena—. Id luego al punto y volved al mismo con Critilo y traed la ropa en todo caso. Mirad, primo, que no comeré un solo bocado ni reposaré un instante hasta volver a veros.

Partió Andrenio, seguido del mismo pajecillo, della espía y del recuerdo. Halló a Critilo, ya cuidadoso, fuese a echar a sus pies, besándole apretadamente las manos, repitiendo muchas veces:

—¡Oh padre!, ¡oh señor mío!, que ya el corazón me lo decía.

—¿Qué novedad es ésta? —preguntó Critilo.

—Que no es nuevo en mí —respondió— el teneros por padre, que la misma sangre me lo estaba voceando en las venas. Sabed, señor, que vos sois quien me ha engendrado y después hecho persona: mi madre es vuestra esposa Felisinda; que todo me lo ha contado una prima mía, hija de una hermana de mi madre, que ahora vengo de verla.

—¿Cómo es eso de prima? —preguntó Critilo—. Ese nombre de prima no me suena bien.

—Sí hará, porque es muy cuerda. Venid, señor, a su casa, que allí volveremos a oír esta novedad siempre gustosa.

Estaba suspenso Critilo entre el oír tan individuales circunstancias y el temer tantos engaños en la Corte, pero como es fácil creer lo que se desea, dejóse convencer a título de informarse, y así se fueron juntos a casa de Falsirena.

Parecía ya otra, siempre mejorada, y aunque ahora muy a lo grave y autorizado, pero siempre con apariencias de un cielo.

—Seáis muy bien llegado —dijo ella—, señor Critilo, a esta vuestra casa, que sólo ignorarla os ha podido excusar de no haberla honrado antes. Ya os habrá referido

---

22 *prima.* Además de su acepción: «en algunos instrumentos de cuerda, la más delgada, a la que corresponden los sonidos más agudos» (Casares), *prima,* venía a tener en el lenguaje picaresco de la época un significado de 'mujer pública'.

23 *Sí hará,* por 'sí os sonará'.

mi primo las obligaciones recíprocas de nuestro parentesco, y cómo su madre y vuestra esposa la hermosa Felisinda era mi tía y mi señora, y mucho más amiga que parienta. Harto sentí yo su falta, y aún la lloro.

Aquí, sobresaltado Critilo:

—Pues ¿cómo —dijo— es muerta?

—Que no, señor —respondió—, no tanto mal; basta la ausencia. Sus padres sí murieron, y aun de pena de ver que nunca quiso elegir esposo entre ciento que la competían. Quedó a la sombra y tutela de aquel gran príncipe que hoy asiste en Alemania embajador del Católico; allá pasó con la marquesa, como parienta y encomendada, donde sé que vive y muy contenta: así Dios nos la vuelva, como espero. Quedé yo aquí con mi madre, hermana suya, y aunque solas, muy acomodadas de honra y hacienda; mas como no vienen solas las desdichas, de cobardes, faltóme también mi madre, sin duda del sentimiento de su ausencia. Asístenme los parientes y a todo el mundo debo harto. Es la virtud mi empleo, procuro conservar la honra heredada, que deben más unas personas que otras a sus antepasados. Ésta, señores, es mi casa; de hoy adelante vuestra para toda la vida, y sea la de Néstor. Ahora quiero que veáis lo mejor de mis galerías.

Y fuelos conduciendo hasta desembarcar en un puerto de rosas y de claveles. Aquí les fue mostrando en valientes tablas, obra de prodigiosos pinceles, todo el suceso de su vida y sus tragedias, con no poco espanto de ambos, correspondiendo a extremos del arte con extremos de admiración. No ya sólo Andrenio, pero el mismo Critilo quedó vencido de su agasajo y convencido de su informa-

---

11 *al embajador del Católico.* Gracián parece aludir al marqués de Castel-Rodrigo, embajador en Alemania de 1648 a 1656, pero lo creemos más bien un subterfugio del autor para dar lugar a que sus personajes visiten Alemania.

23 Néstor, rey de Pilos, en Arcadia, del cual se dice que vivió trescientos años favorecido de Apolo.

24 *puerto,* tal vez con la acepción que registra Casares: «fig. y fam. Lugar o casa donde, por el mucho desorden, hay riesgo de fraudes o robos».

27 *espanto,* de nuevo, por 'asombro'.

29 *pero.* Hoy diríamos *sino.*

ción. Después de alternar disculpas con agradecimientos, trató de traer su ropa, y entre ella algunas piedras muy preciosas, ruinas ya de aquella su rica casa. Hizo alarde dellas, y como fruta de damas, brindó con todas las de su buen gusto a Falsirena; aquí ella, aunque las celebró mucho, mandó sacar otras tantas y muy a lo bizarro dijo que las gozase todas; replicó Critilo fuese servida de guardarlas, y ella lo cumplió bien.

Suspiraba Critilo por su deseada Felisinda, y así un día, sobre mesa, propuso su jornada para Alemania, donde estaba; mas Andrenio, cautivo ya de la afición de su prima, divirtió la plática, disgustando mucho de la ausencia. Ella, más a lo sagaz, habiendo alabado la resolución, puso largas a título de conveniencia. Mas ofrecióse luego ocasión y sazón de ir sirviendo a la gran Fénix de España, que iba a coronarse de águila al imperio. No tuvo excusa Andrenio, y entre tanto que disponía la partida, propuso Falsirena el preciso lance de ir a ver aquellos dos milagros del mundo, el Escurial del arte y el Aranjuez de la naturaleza, paralelos del Sol de Austria según gustos y tiempos. Pero estaba tan ciego de su pasión Andrenio, que no le quedaba vista para ver otro, aunque fuesen prodigios. Hacía instancias Falsirena, y Critilo esfuerzos, mas en vano, que él dio en sordo, de ciego. Resolvióse al fin Critilo, aunque fuese solo, en pagar a la curiosidad una tan justa deuda, que después ejecuta en tormento de no haber visto lo que todos celebran y aun la propia imaginación castiga toda la vida representando por lo mejor aquello que se dejó de ver.

---

10 *sobre mesa*, expresión habitual en la época, por 'de sobremesa'.
12 *divirtió*, por 'desvió'.
16 *al*. En la ed. de 1658, *del*.
16 *...de águila al imperio*. Alude a doña María Ana de Austria, hija de Felipe III, que se casó con Fernando III de Alemania en 1631.
19 *Escurial*, forma admitida por Covarrubias.
21 Gracián destaca el contraste entre la severidad de El Escorial, fundado por Felipe II, y la exuberancia arquitectónica y floreal de Aranjuez, también creado por él, pero hermoseado por su hijo Felipe III y su nieto Felipe IV.
22 *otro*, por 'otra cosa'.

Partióse solo para admirar por muchos. Halló en aquel gran templo del Salomón Católico, asombro del hebreo, no sólo satisfación a lo concebido, sino pasmo en el exceso; allí vio la ostentación de un real poder, un triunfo de la piedad católica, un desempeño de la arquitectura, pompa de la curiosidad, ya antigua, ya moderna, el último esfuerzo de las artes, y donde la grandeza, la riqueza y la magnificencia llegaron una vez a echar el resto. Escurial

De aquí pasó a Aranjuez, estancia perpetua de la Primavera, patria de Flora, retiro de su amenidad en todos los meses del año, guardajoyas de las flores y centro de las delicias a todo gusto y contento. Dejó en ambas maravillas empeñada la admiración para toda la vida. Aranjuez

Volvió a Madrid muy satisfecho de prodigios. Fuese a hospedar a casa de Falsirena, pero hallóla más cerrada que un tesoro y más sorda que un desierto; repitió aldabadas el impaciente criado, resonando el eco de cada una en el corazón de Critilo. Enfadados los vecinos, le dijeron:

—No se canse, ni nos muela, que ahí nadie vive, todos mueren.

Asustado Critilo, replicó:

—¿No vive aquí una señora principal, que pocos días ha dejé yo sana y buena?

—Eso de buena —dijo uno riéndose— perdonadme que no lo crea.

—Ni señora —añadió otro— quien toda su vida gasta en mocedades.

—Ni aun mujer —dijo el tercero— quien es una arpía, si ya no es peor mujer de estos tiempos.

No acababa de persuadirse Critilo lo que no deseaba; volvió a instar:

—Señores, ¿no vive aquí Falsirena?

Llegóse en esto uno y díjole:

---

2 *el Salomón Católico.* Se entiende Felipe II.

5 *desempeño,* sin duda, por 'triunfo'.

8 *llegaron.* En la ed. de 1658, sigue *de.*

28 *mocedad:* «Tómase regularmente por diversión deshonesta o licenciosa.» *(Dic. Aut.)*

—No os canséis ni recibáis enfado. Es verdad que ha vivido ahí algunos días una Circe en el zurcir y una sirena en el encantar, causa de tantas tempestades, tormentos y tormentas, porque a más de ser ruin, aseguran que es una famosa hechicera, una célebre encantadora, pues convierte los hombres en bestias; y no los transforma en asnos de oro, no, sino de su necedad y pobreza. Por esa corte andan a millares convertidos (después de divertidos) en todo género de brutos. Lo que yo sé decir es que, en pocos días que aquí ha estado, he visto entrar muchos hombres y no he visto salir uno tan sólo que lo fuese. Y por lo que esta sirena tiene de pescado, les pesca a todos el dinero, las joyas, los vestidos, la libertad y la honra; y para no ser descubierta, se muda cada día, no en la condición ni en las costumbres, sino de puestos: del un cabo de la villa salta al otro, con lo cual es imposible hallarla, de tan perdida. Tiene otra igual astucia la brújula con que se rige en este golfo de sus enredos, y es que en llegando un forastero rico, al punto se informa de quién es, de dónde y a qué viene, procurando saber lo más íntimo, estudia el nombre, averíguale la parentela. Con esto, a unos se les miente prima, a otros sobrina, y a todos por un cabo o por otro parienta. Muda tantos nombres, como puestos. En una parte es Cecilia, por lo cila, en otra Serena por lo sirena, Inés porque ya no es, Teresa por lo traviesa, Tomasa por lo que toma y Quiteria por lo que quita. Con estas artes los pierde a todos, y ella gana y ella reina.

Vicios transforman

No acababa de satisfacerse Critilo, y deseando entrar en la casa, preguntó si estaría a mano la llave.

—Sí —dijo uno—, yo la tengo encomendada por si llegan a verla.

Abrió, y al punto que entraron, dijo Critilo:

---

7 Alusión al *Asno de oro* de Apuleyo.

8 Dilogía de *Corte*, 'capital de una nación', y *corte*, 'establo'.

15 *no en la... ni en las*. En la ed. de 1658, *no la... ni las...*

25 Se refiere a Scylla, hija de Niso, rey de Megara, al que traiciona por amor a Minos, rey de Creta, tema que utiliza Ovidio en sus *Metamorfosis*.

—Señores, que no es ésta la casa, o yo estoy ciego; porque la otra era un palacio por lo encantado.

—Tenéis razón, que los más son de esa suerte.

—Aquí no hay jardines, no, sino montones de moral basura; las fuentes son albañares y los salones zahurdas.

—¿Haos pescado algo esta sirena? Decidnos la verdad.

—Sí, y mucho, joyas, perlas y diamantes, pero lo que más siento es haber perdido un amigo.

—No se habrá perdido para ella, sino para sí mismo: habrálo transformado en bestia, con que andará por esa Corte vendido.

—¡Oh Andrenio mío —dijo suspirando—, dónde estarás! ¡Dónde te podré yo hallar! ¡En qué habrás parado!

Buscóle por toda la casa, que fue paso de risa para los otros, y para él de llanto; y despidiéndose dellos, tomó la derrota para su antigua posada. Dio mil vueltas a la Corte preguntando a unos y a otros, y nadie le supo dar razón, que de bien pocos se da en ella. Perdía el juicio alambicándole en pensar trazas cómo descubrirle. Resolvió al cabo volver a consultar a Artemia.

Salió de Madrid como se suele, pobre, engañado, arrepentido y melancólico. A poco trecho que hubo andado, encontró con un hombre bien diferente de los que dejaba: era un nuevo prodigio, porque tenía seis sentidos, uno más de lo ordinario. Hízole harta novedad a Critilo, porque hombres con menos de cinco ya los había visto, y muchos, pero con más, ninguno: unos sin ojos, que no ven las cosas más claras, siempre a ciegas y a tienta paredes, y con todo eso nunca paran, sin saber por dónde van; otros que no oyen palabra, todo aire, ruido, lisonja, vanidad y mentira; muchos que no huelen poco ni mucho, y menos lo que pasa en sus casas, con que arroja harto mal olor a todo el mundo, y de lejos huelen lo que no les importa; éstos no perciben el olor de la buena fama, ni quieren ver ni a oler a sus contrarios, y teniendo nari-

14 *paso:* «lance o sucesso, especial y digno de reparo». *(Dic. Aut.)*
19 «*alambicarse* el cervelo es meterse uno en devaneos que le inquietan y gastan el juicio.» (Covarrubias.)
32 *arroja,* se entiende 'lo que pasa en sus casas'.

ces para el negro humo de la honrilla, no las tienen para la fragrancia de la virtud. También había encontrado no pocos sin género alguno de gusto, perdido para todo lo bueno, sin arrostrar jamás a cosa de substancia, hombres desabridos en su trato, enfadados y enfadosos; otros de mal gusto, siempre aniñado, escogiendo lo peor en todo; y aun otros muy de su gusto, y nada del ajeno. Otra cosa aseguraba más notable, que había topado hombres (si así pueden nombrarse) que no tenían tacto, y menos en las manos, donde más suele prevalecer, y así proceden sin tiento en todas sus cosas, aun las más importantes; éstos de ordinario todo lo yerran apriesa, porque no tocan las cosas con las manos ni las experimentan.

Sexto sentido

Éste de Critilo era todo al contrario, que a más de los cinco sentidos muy despiertos, tenía otro sexto mejor que todos, que aviva mucho los demás y aun hace discurrir y hallar las cosas, por recónditas que estén; halla trazas, inventa modos, da remedios, enseña a hablar, hace correr y aun volar y adivinar lo por venir: y era la necesidad. ¡Cosa bien rara, que la falta de los objetos sea sobra de inteligencia! Es ingeniosa, inventiva, cauta, activa, perspicaz y un sentido de sentidos.

En reconociéndole, dijo Critilo:

—¡Oh cómo nos podemos juntar ambos! Huélgome de haberte topado, que aunque todo me suele venir mal, esta vez estoy de día.

Contóle su tragedia en la Corte.

—Eso creeré yo muy bien —dijo Egenio, que éste era su nombre, ya definición—, y aunque yo iba a la gran feria del mundo publicada en los confines de la juventud y edad varonil, a aquel gran puerto de la vida, con todo, por servirte, vamos a la Corte, que te aseguro de poner

---

4 *arrostrar:* «Hazer rostro a alguna cosa, o dar muestras de apetecella.» (Covarrubias.)

26 *estoy de día,* por 'estoy de suerte'.

29 «Dícelo porque Egenio o egeno significa por su etimología *(egenus)* necesitado, menesteroso.» Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 366.

31 *aquel gran puerto.* Tal vez, más que en la acepción de 'aduana' o 'puerto seco', en la que damos en la nota de la pág. 199, línea 24.

todos mis seis sentidos en buscarle, y que hombre o bestia (que será lo más seguro), le hemos de descubir.

Entraron con toda atención buscándole lo primero en aquellos cómicos corrales, vulgares plazas, patios y mentideros. Encontraron luego unas grandes acémilas atadas unas a otras, siguiendo la que venía detrás las mismas huellas de la que iba delante, sucediéndola en todo, muy cargadas de oro y plata, pero gimiendo bajo la carga, cubiertas con reposteros bordados de oro y seda, y aun algunas de brocados; tremolaban en las testeras muchas plumas, que hasta las bestias se honran con ellas; movían gran ruido de petrales. Señores

—¿Si sería alguna déstas? —dijo Critilo.

—De ningún modo —respondió Egenio—. Éstos son, digo eran, grandes hombres, gente de cargo y de carga, y aunque los ves tan bizarros, en quitándoles aquellos ricos jaeces parecen llenos de feísimas llagas de sus grandes vicios, que los cubría aquella argentería brillante.

—Aguarda, ¿sí sería alguno de estos otros que van arrastrando carretas gruñidoras, por lo villanas?

—Tampoco, ésos tienen los ojos bajo las puntas, y por eso sufren tanto.

—Allí parece que nos ha llamado un papagayo: ¿si sería él? Habladores

—No lo creas, ése será algún lisonjero que jamás dijo lo que sentía, algún político déstos que tienen uno en el pico y otro en el corazón, algún hablador que repite lo que le dijeron, déstos que hacen del hombre y no lo son: todos se visten de verde, esperando el premio de sus mentiras, y lo consiguen de verdad.

—¿Tampoco será aquel compuesto mojigato que esconde uñas y ostenta barbas?

---

9 *repostero:* «Suele algunas vezes significar repostero un paño quadrado con las armas del señor, que se pone sobre las acémilas.» (Covarrubias.)

10 *testera:* «Se llama también la armadura de la frente del caballo.» *(Dic. Aut.)*

12 *petrales,* forma en la que el *Dic. Aut.* remite a *pretal.*

13 *si sería...* Gracián intercambia con frecuencia el potencial con el futuro, dando lugar a un tipo de construcción muy peculiar en su estilo.

—Déstos hay muchos —dijo Egenio— que cazan a lo beato, no sólo cogen lo mal alzado, sino lo más guardado; pero no juzguemos tan temerariamente, digamos que son gente de pluma.

—¿Y aquel perro viejo que está allí ladrando?

Maldicientes

—Aquél es un mal vecino, algún maldiciente, un émulo, un mal intencionado, un melancólico, uno de los que pasan de los sesenta.

—Sé que no sería aquel jimio que nos está haciendo gestos en aquel balcón.

—¡Oh gran hipócrita!, que quiere parecer hombre de bien, y no lo es. Algún hazañero, que suelen hacer mucho del hombre, y son nada; el maestro de cuentos, licenciado del chiste, que como siempre están de burlas, nunca son hombres de veras: gente toda ésta de chanza y de poca sustancia.

—¿Qué tal sería que estuviese entre los leones y tigres del Retiro?

—Dúdolo, que aquélla toda es gente de arbitrios y ejecuciones.

—¿Ni entre los cisnes de los estanques?

—Tampoco, que ésos son secretarios y consejeros que, en cantando bien, acaban.

—Allí veo un animal inmundo que pródigamente se está revolcando en la hediondez de un asquerorísimo cenagal, y él piensa que son flores.

Deshonestos

—Si alguno había de ser, era ése —respondió Egenio—, que estos torpes y lascivos anegados en la inmundicia de sus viles deleites, causan asco a cuantos hay; y ellos tienen el cieno por cielo, y oliendo mal a todo el mundo,

---

2 *beato*, por 'hipócrita', como en el refrán: «Cara de beato y uñas de gato.»

2 *alzar:* «Vale lo mismo que quitar alguna cosa.» *(Dic. Aut.)*

4 *gente de pluma*, escribanos, leguleyos.

21 Sobre el Retiro en el siglo XVII, puede verse *Obras varias al Real Palacio del Buen Retiro* (Madrid, María de Quiñones, 1637, y cuidada edición moderna de Antonio Pérez y Gómez, Valencia, 1949) en las que el poeta portugués Manuel de Gallegos ensalza hiperbólicamente las grandezas de su palacio, estanques y jardines.

27 *era*, por 'sería'.

no lo advierten; antes tienen la hediondez por fragrancia y el más sucio albañar por paraíso. Déjamelo reconocer de lejos. Ahora digo que no es él, sino un ricazo que con su muerte ha de dar un buen día a herederos y gusanos.

—¿Qué es posible —se lamentaba Critilo— que no le podamos hallar entre tantos brutos como vemos, entre tanta bestia como topamos?: ni arrastrando el coche de la ramera, ni llevando en andas al que es más grande que él, ni a cuestas al más pesado, ni al que va dentro la litera en mal latín y tan fuera de ella en buen romance, ni acarreando inmundicia de costumbres. ¿Qué es posible que tanto desfiguren un hombre estas cortesanas Circes?, ¿que así puedan dementar los hijos, haciendo perder el juicio a sus padres?, ¿qué no se contentan con despojarlos de los arreos del cuerpo, sino de los del ánimo, quitándoles el mismo ser de personas? Y dime, Egenio amigo, cuando le hallásemos hecho un bruto, ¿cómo le podríamos restituir a su primer ser de hombre?

—Ya que le topásemos —respondió—, que eso no sería muy dificultoso. Muchos han vuelto en sí perfectamente, aunque a otros siempre les queda algún resabio de lo que fueron. Apuleyo estuvo peor que todos, y con la rosa del silencio curó: gran remedio de necios, si ya no es que rumiados los materiales gustos y considerada su vileza, desengañan mucho al que los masca. Las camaradas de Ulises estaban rematadas fieras, y comiendo las raíces amargas del árbol de la virtud cogieron el dulce fruto de ser personas. Daríamosle a comer algunas hojas del árbol de Minerva, que se halla muy estimado en los

Apuleyo

5 *es*. También hace uso Gracián con cierta frecuencia de tiempos verbales en presente en sustitución de las formas correspondientes del subjuntivo.

9 *dentro la*. Ya hemos anotado como vulgarismo la supresión de la preposición *de*, que Gracián reitera en numerosos pasajes.

10 Juego de palabras entre *litera* y *letra*.

13 *dementar*, por 'enloquecer'.

23 *...la 'rosa del silencio...* Vid. *Agudeza*, LVI, donde Gracián cuenta cómo Apuleyo en su novela *El asno de oro* vuelve a convertirse en hombre al comer una rosa.

28 *...ser personas*. Alusión a un pasaje de la *Odisea*, lib. X.

29 *árbol de Minerva*, el olivo.

jardines del culto y erudito duque de Orleéns; y si no, las del moral prudente, que yo sé que presto volvería en sí y sería muy hombre.

Duque de Orleéns

Habían dado cien vueltas con más fatiga que fruto, cuando dijo Egenio:

—¿Sabes qué he pensado? Que vamos a la casa donde se perdió, que entre aquel estiércol habemos de hallar esta joya perdida.

Fueron allá, entraron y buscaron.

—¡Eh!, que es tiempo perdido —decía [Critilo]—, que ya yo le busqué por toda ella.

—Aguarda —dijo Egenio—, déjame aplicar mi sexto sentido, que es único remedio contra este sexto achaque.

Advirtió que de un gran montón de suciedad lasciva salía un humo muy espeso.

—Aquí —dijo— fuego hay.

Y apartando toda aquella inmundicia moral, apareció una puerta de una horrible cueva. Abriéronla, no sin dificultad, y divisaron dentro, a la confusa vislumbre de un infernal fuego, muchos desalmados cuerpos tendidos por aquellos suelos. Había mozos galanes de tan corto seso cuan largo cabello; hombres de letras, pero necios; hasta viejos ricos. Tenían los ojos abiertos, mas no veían. Otros los tenían vendados con mal piadosos lienzos. En los más no se percibía otro que algún suspiro: todos estaban dementados y adormecidos, y tan desnudos, que

---

1 Gastón de Orleans, duque de Orleans, gran amigo de Lastanosa, en cuyo palacio de Huesca residió una temporada y donde pudo conocerle Gracián, que lo cita repetidas veces en sus obras. Vid. nuestro *Baltasar Gracián* (Madrid, Gredos, 1961), pág. 32.

2 *moral prudente*. «Algunos quieren se diga μωρος, *latine stultus, per antiphrasin*, por ser este árbol discreto y sabio, en esperar a que passen los fríos para brotar y echar sus pimpollos quando los yelos y fríos no le puedan ofender.» (Covarrubias.) Alciato, en su emblema número 209, titulado «Morus» contrapone la prudencia del moral a la impaciencia del almendro que se apresura a florecer.

7 *habemos*, por *hemos*.

10 [*Critilo*]. En las eds. de 1651 y 1658, figura *Egenio*, sin duda por errata corregida en las ediciones posteriores.

13 *del sexto achaque*, la lujuria, que prohíbe el sexto mandamiento.

25 *otro*, por 'otra cosa'.

aun una sabanilla no les habían dejado siquiera para mortaja. Yacía en medio Andrenio, tan trocado, que el mismo Critilo su padre le desconocía. Arrojóse sobre él llorando y voceándole, pero nada oía; apretábale la mano, mas no le hallaba ni pulso ni brío. Advirtió entre tanto Egenio que aquella confusa luz no era de antorcha, sino de una mano que de la misma pared nacía, blanca y fresca, adornada de hilos de perlas que costaron lágrimas a muchos, coronados los dedos de diamantes muy finos, a precio de falsedades; ardían los dedos como candelas, aunque no tanto daban luz cuanto fuego que abrasaba las entrañas.

—¿Qué mano de ahorcado es ésta? —dijo Critilo.

—No es sino del verdugo —respondió Egenio—, pues ahoga y mata.

Removióla un poco y al mismo punto comenzaron a rebullir ellos.

—Mientras ésta ardiere, no despertarán.

Probóse a apagarla alentando fuertemente, mas no pudo, que éste es el fuego de alquitrán, que con viento de amorosos suspiros y con agua de lágrimas más se aviva. El remedio fue echar polvo y poner tierra en medio; con esto se extinguió aquel fuego más que infernal y al punto despertaron los que dormían valientemente, digo aquellos que por ser hijos de Marte son hermanos de Cupido; los ancianos muy corridos, diciendo:

Alquitrán de amor

—¡Basta que este vil fuego de la torpeza no perdona ni verde ni seco!

Los sabios, execrando su necedad, decían:

—Que Paris afrente a Palas, era mozo y ignorante; pero los entendidos, ésa es doblada demencia.

Andrenio, entre los Benjamines de Venus mal heridos, atravesado el corazón de medio a medio, en reconociendo a Critilo se fue para él.

---

4 *voceándole,* por 'llamándole'.

19 *alentando,* soplando.

27 *Basta que...* Como en numerosos pasajes de Gracián, elíptico *decir.*

30 Alusión al juicio de Paris, que entrega la manzana de oro a Venus Afrodita, prefiriéndola a Palas o Minerva, diosa de la Sabiduría.

—¿Qué te parece —le dijo éste—, cuál te ha parado una tan mala hembra? Sin hacienda, sin salud, sin honra y sin conciencia te ha dejado: ahora conocerás lo que es.

Aquí todos a porfía comenzaron a execrarla: Uno la llamaba Scila de marfil, otro Caribdis de esmeralda, peste afeitada, veneno en néctar.

—Donde hay juncos —decía uno— hay agua, donde humo fuego y donde mujeres demonios.

—¿Cuál es mayor mal que una mujer —decía un viejo— sino dos, porque es doblado?

—Basta que no tiene ingenio, sino para mal —decía Critilo.

Pero Andrenio:

—Callad —les dijo—, que con todo el mal que me ha causado, confieso que no las puedo aborrecer, ni aun olvidar. Y os aseguro que de todo cuanto en el mundo he visto, oro, plata, perlas, piedras, palacios, edificios, jardines, flores, aves, astros, luna y el sol mismo, lo que más me ha contentado es la mujer.

—¡Alto! —dijo Egenio—, vamos de aquí, que ésta es locura sin cura, y el mal que yo tengo que decir de la mujer mala es mucho. Doblemos la hoja para el camino.

Salieron todos a la luz de dar en la cuenta, desconocidos de los otros, pero conocidos de sí. Encaminóse cada uno al templo de su escarmiento a dar gracias al noble desengaño, colgando en sus paredes los despojos del naufragio y las cadenas de su cautiverio.

---

10 *...sino dos.* Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 373, recuerda como fuente de esta afirmación una frase de Plauto, en *Curculio,* V, I, 2: «Mulieres duas pejores essequam unam.»

19 Cfr. *Agudeza,* final del disc. LVII, donde Gracián refiere un cuento sobre este mismo tema.

27 Coincide este pasaje con el romancillo de Góngora, que comienza *Noble desengaño...* Vid. ed. Millé, pág. 28.

CRISI DECIMATERCIA

La feria de todo el Mundo

Contaban los antiguos que cuando Dios crió al hombre encarceló todos los males en una profunda cueva acullá lejos, y aun quieren decir que en una de las islas Fortunadas de donde tomaron su apellido; allí encerró las culpas y las penas, los vicios y los castigos, la guerra, la hambre, la peste, la infamia, la tristeza, los dolores, hasta la misma muerte, encadenados todos entre sí. Y no fiando de tan horrible canalla, echó puertas de diamante con sus candados de acero. Entregó la llave al albedrío del hombre, para que estuviese más asegurado de sus enemigos y advirtiese que, si él no les abría, no podrían salir eternamente. Dejó, al contrario, libres por el mundo todos los bienes, las virtudes y los premios, las felicidades y contentos, la paz, la honra, la salud, la riqueza y la misma vida.

Vivía con esto el hombre felicísimo. Pero duróle poco esta dicha; que la mujer, llevada de su curiosa ligereza, no podía sosegar hasta ver lo que había dentro la fatal caverna. Cogióle un día bien aciago para ella y para

---

5-6 No parece que Gracián aluda directamente a las islas Canarias, llamadas en la antigüedad islas Afortunadas. Romera-Navarro, ed. cit., I, página 375, piensa que «el nombre que corresponde a *fortunadas* es *fortunio* (voz de nuestra lengua antigua que significa desdicha, como *fortunoso* era igual a desdichado) o *infortunio*».

todos el corazón al hombre, y después la llave; y sin más pensarlo, que la mujer primero ejecuta y después piensa, se fue resuelta a abrirla. Al poner la llave aseguran se estremeció el universo; corrió el cerrojo y al instante salieron de tropel todos los males, apoderándose a porfía de toda la redondez de la tierra.

España

La Soberbia, como primera en todo lo malo, cogió la delantera, topó con España, primera provincia de la Europa. Parecióla tan de su genio, que se perpetuó en ella, allí vive y allí reina con todos sus aliados: la estimación propia, el desprecio ajeno, el querer mandarlo todo y servir a nadie, hacer del don Diego y vengo de los godos, el lucir, el campear, el alabarse, el hablar mucho, alto y hueco, la gravedad, el fausto, el brío, con todo género de presunción; y todo esto desde el noble hasta el más plebeyo. La Codicia, que la venía a los alcances, hallando

Francia

desocupada la Francia, se apoderó de toda ella, desde la Gascuña hasta la Picardía, distribuyó su humilde familia por todas partes: la miseria, el abatimiento de ánimo, la poquedad, el ser esclavos de todas las demás naciones aplicándose a los más viles oficios, el alquilarse por un vil interés, la mercancía laboriosa, el andar desnudos y descalzos con los zapatos bajo el brazo, el ir todo barato con tanta multitud; finalmente, el cometer cualquier bajeza por el dinero; si bien dicen que la Fortuna, compadecida, para realzar tanta vileza introdujo su nobleza, pero tan bizarra, que hacen dos extremos sin medio. El

Italia

Engaño trascendió toda la Italia, echando hondas raíces en los italianos pechos; en Nápoles hablando y en Génova tratando, en toda aquella provincia está muy valido, con toda su parentela: la mentira, el embuste y el enredo, las invenciones, trazas, tramoyas, y todo ello dicen es política y tener *brava testa*. La Ira echó por otro

África

rumbo. Pasó al África y a sus islas adjacentes, gustando

---

26 Ya en *El Discreto*, XVIII, había hecho Gracián un entusiasta elogio de la nobleza francesa.

28 *trascendió*, penetró.

33 *brava testa*, it. 'gran cabeza'.

34 *adjacente*, adyacente, en su derivación etimológica de *adjacens*.

vivir entre alarbes y entre fieras. La Gula, con su hermana la Embriaguez, asegura la preciosa Margarita de Valois, se sorbió toda la Alemania alta y baja, gustando y gastando en banquetes los días y las noches, las haciendas y las conciencias; y aunque algunos no se han emborrachado sino una sola vez, pero les ha durado toda la vida; devoran en la guerra las provincias, abastecen los campos, y aun por eso formaba el emperador Carlos Quinto de los alemanes el vientre de su ejército. La Inconstancia aportó a la Inglaterra, la Simplicidad a Polonia, la Infidelidad a Grecia, la Barbaridad a Turquía, la Astucia a Moscovia, la Atrocidad a Suecia, la Injusticia a la Tartaria, las Delicias a la Persia, la Cobardía a la China, la Temeridad al Japón, la Pereza aun esta vez llegó tarde, y hallándolo todo embarazado, hubo de pasar a la América a morar entre los indios. La Lujuria, la nombrada, la famosa, la gentil pieza, como tan grande y tan poderosa, pareciéndola corta una sola provincia, se extendió por todo el mundo, ocupándolo de cabo a cabo; concertóse con los demás vicios, aviniéndose tanto con ellos, que en todas partes está tan valida, que no es fácil averiguar en cuál más: todo lo llena y todo lo inficiona. Pero como la mujer fue la primera con quien embistieron los males, todos hicieron presa en ella, quedando rebutida de malicia de pies a cabeza.

Alemania

Inglaterra

Esto les contaba Egenio a sus dos camaradas cuando habiéndolos sacado de la Corte por la puerta de la luz, que es el sol mismo, les conducía a la gran feria del mundo publicada para aquel grande emporio que divide los amenos prados de la juventud de las ásperas montañas de la edad varonil, y donde de una y otra parte

1 *alarbes:* «Lo mismo que *alárabe,* de cuya voz es síncope. El hombre inculto, bárbaro o brutal. Dícese en odio de los Árabes que dominaron en España.» *(Dic. 1780.)*

2-3 Romera-Navarro, ed. cit., I, la identifica con Margarita de Valois (1553-1615), autora de unas *Memorias* y de un famoso libro de cuentos, *El Heptameron,* en cuyos libros no halla el juicio que recoge Gracián.

27 *puerta de la luz.* Se alude a la Puerta del Sol.

acudían ríos de gente, unos a vender, otros a comprar, y otros a estarse a la mira, como más cuerdos.

Entraron ya por aquella gran plaza de la conveniencia, emporio universal de gustos y de empleos, alabando unos lo que abominan otros. Así como asomaron por una de sus muchas entradas, acudieron a ellos dos corredores de oreja, que dijeron ser filósofos, el uno de la una banda, y el otro de la otra, que todo está dividido en pareceres. Díjoles Sócrates, así se llamaba el primero:

—Venid a esta parte de la feria y hallaréis todo lo que hace al propósito para ser personas.

Mas Simónides, que así se llamaba el contrario, les dijo:

—Dos estancias hay en el mundo, la una de la honra

Interés

y la otra del provecho; aquélla yo siempre la he hallado llena de viento y humo, y vacía de todo lo demás; esta otra, llena de oro y plata, aquí hallaréis el dinero, que es un compendio de todas las cosas. Según esto, ved a quién habéis de seguir.

Quedaron perplejos, altercando a qué mano echarían, dividiéronse en pareceres así como en afectos, cuando llegó un hombre que lo parecía, aunque traía un tejo de oro en las manos, y llegándose a ellos, les fue asiendo de las suyas y refregándoselas en el oro, reconociéndolas después.

—¿Qué pretende este hombre? —dijo Andrenio.

—Yo soy —respondió— el contraste de las personas, el quilatador de su fineza.

—Pues ¿qué es de la piedra de toque?

—Ésta es —dijo, señalando el oro.

—¿Quién tal vio? —replicó Andrenio—. Antes el oro es el que se toca y se examina en la piedra lidia.

—Así es, pero la piedra de toque de los mismos hom-

---

1 En la ed. de 1658, *unos a comprar y otros a vender.*

6-7 *corredores de oreja,* por 'oradores'.

22 *tejo:* «el pedazo de oro en pasta a distinción de la plata, que llaman barra». *(Dic. Aut.)*

32 *piedra lidia,* la piedra de toque, llamada por los latinos *ladius lapis.*

bres es el oro: a los que se les pega a las manos, no son hombres verdaderos, sino falsos. Y así, al juez que le hallamos las manos untadas, luego le condenamos de oidor a tocador; el prelado que atesora los cincuenta mil pesos de renta, por bien que lo hable no será el boca de oro, sino el bolsa de oro; el cabo con cabos bordados y mucha plumajería, señal que despluma a los soldados y no los socorre como el valiente borgoñón don Claudio San Mauricio; el caballero que rubrica su ejecutoria con sangre de pobres en usuras, de verdad que no es hidalgo; la otra que sale muy bizarra cuando el marido anda deslucido, muy mal parece: y en una palabra, todos aquellos que yo hallo que no son limpios de manos, digo que no son hombres de bien. Y así, tú, a quien se te ha pegado el oro, dejando el rastro en ellas (dijo a Andrenio), cree que no lo eres; echa por la otra banda. Pero éste (señalando a Critilo), que no se le ha pegado ni queda señalado con el dedo, éste persona es: eche por la banda de la entereza.

Don Claudio San Mauricio

—Antes —replicó Critilo—, para que él lo sea también, importará me siga.

Comenzaron a discurrir por aquellas ricas tiendas de la mano derecha. Leyeron un letrero que decía: *Aquí se vende lo mejor y lo peor.* Entraron dentro y hallaron se vendían lenguas: para callar las mejores, para mordérselas, y que se pegaban al paladar. Un poco más adelante estaba un hombre ceñando que callasen, tan lejos de pregonar su mercadería.

---

1 *...es el oro.* Esta sentencia procede de Chilón: «Por la piedra de toque se examina el oro, dando pruebas de sus quilates, y por el oro se prueba el ánimo del hombre bueno o el del malo. Vid. Diógenes Laercio, *Chilón,* § 3, ed. cit., pág. 34.

5 *... que lo hable,* es decir, 'que predique'.

5-6 *el boca de oro.* Alusión a San Juan Crisóstomo, que vale por 'boca de oro'.

6 *cabo:* «Lo mismo que *caudillo, capitán.*» *(Dic. 1780.)*

9 Claudio Antonio de San Mauricio y Frissaro, nacido en Borgoña, donde sirvió a España como capitán de caballos en 1650.

26 *ceñando,* haciendo señas. «Por ser aragonesismo —dice Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 383— que no habían de entender todos los lectores, la frase fue alterada en la ed. 1773, poniendo: «estaba un hombre tan lexos de pregonar su mercadería, que por ademanes intimaba el silencio».

—¿Qué vende éste? —dijo Andrenio.

Y él al punto le puso en boca.

—Pues deste modo, ¿cómo sabremos lo que vendes?

Secreto —Sin duda —dijo Egenio— que vende el callar.

—Mercadería es bien rara y bien importante —dijo Critilo—. Yo creí se había acabado en el mundo. Ésta la deben traer de Venecia, especialmente el secreto, que acá no se coge. ¿Y quién le gasta?

—Eso estáse dicho —respondió Andrenio—, los anacoretas, los monjes (con *e* digo), porque ellos saben lo que vale y aprovecha.

—Pues yo creo —dijo Critilo— que los más que lo usan no son los buenos, sin[o] los malos: los deshonestos callan, las adúlteras disimulan, los asesinos punto en boca, los ladrones entran con zapato de fieltro, y así todos los malhechores.

—Ni aun esos —replicó Egenio—, que está ya el mundo tan rematado que los que habían de callar hablan más y hacen gala de sus ruindades. Veréis el otro que funda su caballería en bellaquería, que no le agrada la torpeza si no es descarada; el acuchillador se precia de que sus valentías den en rostro, el lindo que se hable de sus cabellos; la otra que se descuida de sus obligaciones y sólo cuida de su cara cara, placea las galas cuando más la descomponen; el mal ladrón pretende cruz, y el otro pide el título que sea sobreescrito de sus bajezas: deste modo, todos los ruines son los más ruidosos.

—Pues, señores, ¿quién compra?

---

2 *...le puso.* Sobrentendido *punto.*

10 Contra la opinión de Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 384, que supone en la frase incidental una corrección de la palabra *monjes* en *menges,* 'médicos', nos parece más bien una reiteración de *monjes* con *e,* no con *a,* que daría *monjas,* incapaces ya, como mujeres, de guardar un secreto, opinión que sostienen también Garasa, «Algunas notas a "El Criticón" de Gracián», en *Fil.,* 1950, II, 80-85, y Cisneros, «Una nota a "El Criticón"», en *RFE,* 1954, XXXVIII, 281-282.

13 *sin[o].* En las ed. de 1651 y 1658, *sin.*

24 *cara cara,* juego de palabras que vale por 'cara querida'.

25-26 *...pretende cruz,* es decir, la *cruz* de alguna orden militar.

—El que apaña piedras, el que hace y no dice, el que hace su negocio y Harpócrates a quien nadie reprehende.

—Sepamos el precio —dijo Critilo— que querría comprar cantidad, que no sé si lo hallaremos en otra parte.

—El precio del silencio —les respondieron— es silencio también.

—¿Cómo puede ser eso? Si lo que se vende es callar, ¿la paga cómo ha de ser callar?

—Muy bien, que un buen callar se paga con otro; éste calla porque aquél calle, y todo dicen callar, y callemos.

Pasaron a una botica cuyo letrero decía: *Aquí se vende una quinta esencia de salud.*

—¡Gran cosa! —dijo Critilo.

Quiso saber qué era, y dijéronle que la saliva del enemigo.

—Ésa —dijo Andrenio— llámola yo quinta esencia de veneno, más letal que el de los basiliscos; más quisiera que me escupiera un sapo, que me picara un escorpión, que me mordiese una víbora: saliva del enemigo, ¿quién tal oyó? Si dijera del amigo fiel y verdadero, esa sí que es remedio único de males.

—¡Eh!, que no lo entendéis —dijo Egenio—. Harto más mal hace la lisonja de los amigos, aquella pasión con que todo lo hacen bueno, aquel afecto con que todo lo disimulan, hasta dar con un amigo enfermo de sus culpas en la sepultura de su perdición. Creedme que el varón sabio más se aprovecha del licor amargo del enemigo bien alambicado, pues con él saca las manchas de su honra y los borrones de su fama; aquel temor de que no lo sepan los émulos, que no se huelguen, hace a muchos contenerse a la raya de la razón.

---

1 *apañar* pudiera ser galleguismo generalizado al castellano de la época, por *coger, recoger*. Gracián utiliza aquí el refrán «Quien calla, piedras apaña», «que se aplica al que en alguna conversación observa sin hablar lo que se dice, para usar de ello a su tiempo». *(Dic. 1780.)*

2 Harpócrates, que los egipcios consideraban como dios del silencio, es utilizado por Boccalini como personaje en uno de sus *Ragguagli*, del que Gracián ofrece un amplio resumen en *Agudeza*, XVII.

11 *botica:* «La tienda del boticario, y también la del mercader, donde tiene los paños y sedas y otras mercaderías.» (Covarrubias.)

Llamáronlos de otra tienda a gran priesa que se acababa la mercadería, y era verdad, porque era la ocasión. Y pidiendo el valor, dijeron:

—Ahora va dada, pero después no se hallará un solo cabello por un ojo de la cara, y menos la que más importa.

Gritaba otro:

—¡Daos priesa a comprar, que mientras más tardáis, más perdéis, y no podréis recuperarlo por ningún precio! Éste redimía tiempo.

—Aquí —decía otro— se da de balde lo que vale mucho.

—¿Y qué es?

—El escarmiento.

—¡Gran cosa! ¿Y qué cuesta?

—Los necios le compran a su costa; los sabios, a la ajena.

—¿Dónde se vende la experiencia? —preguntó Critilo—, que también vale mucho.

Y señaláronle acullá lejos en la botica de los años.

—¿Y la amistad? —preguntó Andrenio.

—Ésa, señor, no se compra, aunque muchos la venden: que los amigos comprados no lo son y valen poco.

Con letras de oro decía en una: *Aquí se vende todo y sin precio.*

—Aquí entro yo —dijo Critilo.

Hallaron tan pobre al vendedor, que estaba desnudo, y toda la tienda desierta: no se veía cosa en ella.

—¿Cómo dice esto con el letrero?

—Muy bien —respondió el mercader.

—Pues ¿qué vendéis?

—Todo cuanto hay en el mundo.

—¿Y sin precio?

—Sí, porque con desprecio: despreciando cuanto hay, seréis señor de todo. Y al contrario, el que estima las

---

3 *pidiendo*, preguntando.
4 *dada*, de balde.
5 *y menos la que...* Parece sobrentenderse *la ocasión*.
9 *redimir:* «comprar alguna cosa que se había vendido, poseído o tenido por alguna razón o título». *(Dic. Aut.)*
26 *cosa*, nada.
27 *decir*, concordar.

cosas no es señor dellas, sino ellas dél. Aquí el que da se queda con la cosa dada, y le vale mucho, y los que la reciben quedan muy pagados con ella. Cortesía

Averiguaron era la cortesía y el honrar a todo el mundo.

—¡Aquí se vende —pregonaba uno— lo que es proprio, no lo ajeno!

—¿Qué mucho es eso? —dijo Andrenio.

—Sí, es, que muchos os venderán la diligencia que no hacen, el favor que no pueden y, aunque pudieran, no le hicieran.

Fuéronse encaminando a una tienda, donde con gran cuidado los mercaderes les hicieron retirar, y con cuantos se allegaban hacían lo mismo.

—¿O vendéis, o no? —dijo Andrenio—. Nunca tal se ha visto, que el mismo mercader desvíe los compradores de su tienda. ¿Qué pretendéis con eso?

Gritáronles otra vez se apartasen y que comprasen de lejos.

—¿Pues qué vendéis aquí? O es engaño, o es veneno.

—Ni uno ni otro; antes la cosa más estimada de cuantas hay, pues es la misma estimación, que en rozándose se pierde, la familiaridad la gasta y la mucha conversación la envilece. Estimación

—Según eso —dijo Critilo—, la honra de lejos, ningún profeta en su patria, y si las mismas estrellas vivieran entre nosotros, a dos días perdieran su lucimiento; por eso los pasados son estimados de los presentes, y los presentes de los venideros.

—Aquélla es una rica joyería —dijo Egenio—. Vamos allá, feriaremos algunas piedras preciosas, que ya en ellas solas se hallan las virtudes y la fineza.

Entraron y hallaron en ella al discretísimo duque de Villahermosa, que estaba actualmente pidiendo al lapidario le sacase algunas de las más finas y de más esti- Duque de Villahermosa

32-33 Don Fernando de Urrea y de Borja (1613-1665), octavo duque de Villahermosa. Fue gran amigo de Uztarroz, que residió en su palacio de Pedrola, consultando el archivo ducal para sus trabajos históricos. Vid. Ricardo del Arco, *La erudición aragonesa en el siglo XVII*, Madrid, 1950, páginas 396 *et passim*.

mación. Dijo que sí, que tenía algunas bien preciosas. Y cuando aguardaban todos algún valax oriental, los diamantes al tope, la esmeralda, que alegra por lo que promete, y todas por lo que dan, sacó un pedazo de azabache, tan negro y tan melancólico como él es, diciendo:

—Ésta, señor excelentísimo, es la piedra más digna de estimación de cuantas hay, ésta la de mayor valor; aquí echó la naturaleza el resto, aquí el sol, los astros y los elementos se unieron en influir fineza.

Quedaron admirados de oír tales exageraciones nuestros feriantes, pero callaban donde el discreto Duque estaba, y él les dijo:

—Señores, ¿qué es esto? ¿Éste no es un pedazo de azabache? Pues ¿qué pretende este lapidario con esto? ¿Tiénenos por indios?

—Ésta —volvió a decir el mercader— es más preciosa que el oro, más provechosa que los rubíes, más brillante que el carbunclo; ¡qué tienen que ver con ella las margaritas! ¡Esta es la piedra de las piedras!

Aquí, no pudiéndolo ya sufrir el de Villahermosa, le dijo:

—Señor mío, ¿éste no es un trozo de azabache?

—Sí, señor —respondió él.

—Pues ¿para qué tan exorbitantes encarecimientos? ¿De qué sirve esta piedra en el mundo? ¿Qué virtudes le han hallado hasta hoy? Ella no vale para alegrar la vista como las brillantes y transparentes, ni aprovecha para la salud, porque no alegra como la esmeralda, ni conforta como el diamante, ni purifica como el zafir; no es contraveneno como el bezar, ni facilita el parto como

---

2 *valax:* «Balax. Piedra preciosa... que no se halla en otra parte, fuera de cierta provincia de la India Oriental, que se llama Balar, de donde la piedra tomó nombre.» (Covarrubias.)

18-19 *margarita:* «Lo mismo que Perla. Aplícase regularmente a las más preciosas.» *(Dic. Aut.)*

30 *bezar, bezoar* o *bezaar:* «Andrés Mathiolo, libro 5 de *Dioscorides*, dice en el capítulo 73: "La piedra Bezaar es notable remedio contra todo veneno, o tomada por la boca, o aplicada por fuera, es contra todas las enfermedades melancólicas y viejas".» Ambrosio de Salazar, *Tesoro de diversa lección* (París, 1636), § 1.

la del águila, ni quita dolor alguno. Pues ¿de qué sirve sino para hacer juguetes de niños?

—¡Oh señor! —dijo el lapidario—, perdone vuestra excelencia, que no es sino para hombres, y muy hombres, porque es la piedra filosofal, que enseña la mayor sabiduría y en una palabra muestra a vivir, que es lo que más importa.

—¿De qué modo?

—Echando una higa a todo el mundo y no dándosele nada de cuanto hay, no perdiendo el comer ni el sueño, no siendo tontos: y eso es vivir como un rey, que es lo que aun no se sabe.

—Dádmela acá —dijo el duque—, que la he de vincular en mi casa.

—¡Aquí se vende —gritaba uno— un remedio único para cuantos males hay!

Acudía tanta gente, que no cabían de pies, aunque sí de cabezas. Llegó impaciente Andrenio y pidió le diesen de la mercadería presto.

—Sí, señor —le respondieron—, que se conoce bien la habéis menester: tened paciencia.

Volvió de allí a poco a instar le diesen lo que pedía.

—Pues, señor —le dijo el mercader—, ¿ya no se os ha dado?

—¿Cómo dado?

—Sí, que yo le he visto por mis ojos —dijo otro.

---

1 *piedra del águila:* «Llámase así porque el águila la lleva a su nido... Si la atan al muslo de la mujer por la parte de dentro a la hora del parto, parirá luego.» Ambrosio de Salazar, loc. cit., § 1, *Alberto Magno de la piedra del águila.*

2 «Colgar a los niños del hombro una higa de azabache es muy antiguo, y comúnmente se ignora su principio. Pudo tener origen de la misma materia, porque el succino o ámbar, y el azabache escriven tener propiedad contra el ojo.» (Covarrubias.)

9 *echar una higa:* «La acción que se hace con la mano cerrado el puño, mostrando el dedo pulgar por entre el dedo índice y el de en medio, con la qual se señalaba a las personas infames y torpes, o se hacía burla y desprecio de ellas. De aquí ha quedado el abuso entre nosotros de hacer la higa... quando queremos despreciar a alguna persona.» *(Dic. 1780.)* Las higas de azabache tenían la forma de una mano, en la posición que se describe.

Enfurecíase Andrenio negando.

—Dice verdad, aunque no tiene razón —respondió el mercader—, que aunque se le han dado, él no la ha tomado: tened espera.

Iba cargando la gente, y el amo les dijo:

—Señores, servíos de despejar y dar lugar a los que vienen, pues ya tenéis recado.

—¿Qué es esto —replicó Andrenio—, burlaisos de nosotros? ¡Qué linda flema, por cierto! Dadnos lo que pedimos y nos iremos.

—Señor mío —dijo el mercader—, andad con Dios, que ya os han dado recado, y aun dos veces.

—¿A mí?

—Sí, a vos.

—No me han dicho sino que tuviese paciencia.

—¡Oh qué lindo! —dijo el mercader, dando una gran risada—, pues, señor mío, ésa es la preciosa mercadería, ésa es la que prestamos y ésa es el remedio único para cuantos males hay; y quien no la tuviere, desde el rey hasta el roque, váyase del mundo: tanto valí cuanto sufrí.

Sufrir

—Aquí lo que se vende —decía otro—, no hay bastante oro ni plata en el mundo para comprarlo.

—Pues ¿quién feriará?

—Quien no la pierda —respondieron.

—¿Y qué cosa es?

—La libertad: gran cosa aquello de no depender de voluntad ajena, y más de un necio, de un modorro, que no hay tormento como la imposición de hombres sobre las cabezas.

Entró un feriante en una tienda y díjole al mercader le vendiese sus orejas. Riéronlo mucho todos, si no Egenio, que dijo:

---

7 *recado*, provisión, abundancia de alguna cosa.

8 *burlaisos*. Salvo en las formas del imperativo, es poco frecuente en Gracián el uso de *os* como pronombre enclítico.

20 *ni rey ni roque*. «Modo de hablar con que se excluye qualquier género de personas, en la materia de que se trata.» *(Dic. Aut.)*

27 *modorro:* «inadvertido, ignorante, que no hace distinción de las cosas». (Ibid.)

30 *orejas de mercader:* «Hazer orejas de mercader, dissimular algunas palabras que contra él dize el acreedor.» (Covarrubias.)

—Es lo primero que se ha de comprar; no hay mercadería más importante; y pues habemos feriado lenguas para no hablar, compremos aquí orejas para no oír y unas espaldas de ganapán o molinero.

Hasta el mismo vender hallaron se feriaba, porque saber uno vender sus cosas vale mucho, que ya no se estiman por lo que son, sino por lo que parecen; los más de los hombres ven y oyen con ojos y oídos prestados, viven de información de ajeno gusto y juicio.

Repararon mucho en que todos los famosos hombres del mundo, el mismo Alejandro en persona, que lo era, los dos Césares Julio y Augusto, y otros deste porte, y de los modernos el invicto señor don Juan de Austria, frecuentaban mucho una botica en que no había letrero. Llevólos a ella su mucha curiosidad. Preguntaron a unos y a otros qué era lo que allí se vendía, y nadie lo confesaba; creció más su deseo. Advirtieron que los sabios y entendidos eran los mercaderes.

Señor don Juan de Austria

—Aquí gran misterio hay —dijo Critilo.

Llegóse a uno y muy en secreto le pidió qué era lo que allí se vendía. Respondióle:

—No se vende, sino que se da por gran precio.

—¿Qué cosa es?

—Aquel inestimable licor que hace inmortales a los hombres, y entre tantos millares como ha habido y habrá los hace conocidos, quedando los demás sepultados en el perpetuo olvido, como si nunca hubiera habido tales hombres en el mundo.

—¡Preciosísima cosa! —exclamaron todos—. ¡Oh qué buen gusto tuvieron Francisco Primero de Francia,

---

4 *unas espaldas Id est,* 'para poder soportarlo todo'. *echar a las espaldas:* «Gettarsi una cosa dietro alle spalle, cioè scordarsene, e non ne far stima.» (Franciosini.)

7 *...por lo que parecen.* Gracián había expresado esta misma idea en el *Oráculo,* afor. 99.

12 *...que lo era.* Sobrentendido *persona.*

15 *botica,* como anteriormente, por 'tienda'.

31 *Francisco I.* Vid. cr. XI.

Matías Corvino y otros! Decidnos, señor, ¿no habría para nosotros siquiera una gota?

—Sí la habrá, con que deis otra.

—¿Otra de qué?

—De sudor propio, que tanto cuanto uno suda y trabaja, tanto se le da de fama y de inmortalidad.

Pudo bien Critilo feriarla, y así les dieron una redomilla de aquel eterno licor. Miróla con curiosidad, y cuando creyó sería alguna confección de estrellas o alguna quinta esencia del lucimiento del sol, de trozos de cielo alambicados, halló era una poca tinta mezclada con aceite; quiso arrojarla, pero Egenio le dijo:

—No hagas tal, y advierte que el aceite de las vigilias de los estudiosos y la tinta de los escritores, juntándose con el sudor de los varones hazañosos y tal vez con la sangre de las heridas, fabrican la inmortalidad de su fama. Desta suerte la tinta de Homero hizo inmortal a Aquiles, la de Virgilio a Augusto, la propia a César, la de Horacio a Mecenas, la del Jovio al Gran Capitán, la de Pedro Mateo a Enrique Cuarto de Francia.

---

1 *Corvino.* En *El Héroe,* XII, Gracián cuenta una anécdota de Matías Corvino (1443-1490), que según Coster, op. cit., pág. 457, pudo tomar de los *Detti* de Botero. En *Agudeza,* XXX, vuelve a referirse a ella: «Matías Corvino, rey de Hungría, que la grandeza real consiste en vencer enemigos, obrar cosas dignas de historia y alargar la mano con los que lo merecen.»

1 *habría.* En la ed. de 1658, *habrá.*

14 *y.* Esta conjunción, que faltaba en la ed. de 1651, aparece en la de 1658.

19 Paulo Giovio (1483-1552), historiador italiano, que practicó la medicina en diversas ciudades de Italia. Autor de numerosas obras de tema histórico, muy leídas por Gracián, que expresa su viva admiración por él en *El Héroe,* XVIII: «Hizo el sílabo de los jubilados Plutarco en sus *Paralelas;* de los modernos, Paulo Jovio en sus *Elogios*», refiriéndose a sus *Elogia doctorem virorum... ingenii illustrium* y *Elogia virorum bellica virtute illustrium,* que tradujo al castellano Gaspar de Baeza con el título de *Elogios e vidas breves* (Granada, 1568). En este pasaje puede aludir Gracián a la versión realizada por Pedro Blas Torrellas con el título *La vida y la chrónica de Gonçalo Hernández de Córdova, llamado por sobrenombre El Gran Capitán* (Zaragoza, 1553).

19-20 Pierre Matthieu (1563-1621), historiador francés, que dedicó varias de sus obras a narrar los sucesos de su tiempo, y cuya *Histoire de France,* su obra más importante, fue publicada en 1631, después de su muerte. Cortesano de Enrique IV, a él dedica el segundo volumen de los dos que

—Pues ¿cómo todos no procuran una excelencia como ésta?

—Porque no todos tienen esa dicha ni ese conocimiento.

Vendía Talés Milesio obras sin palabras y decía que los hechos son varones y las palabras hembras. Horacio carecía especialmente de ignorancia y aseguraba ser la sabiduría primera. Pitaco, aquel otro sabio de la Grecia, andaba poniendo precios a todo, y muy moderados, igualando las balanzas, y en todas partes encargaba su *ne quid nimis*.

Estaban muchos leyendo un gran letrero en una tienda que decía: *Aquí se vende el bien a mal precio*. Entraban pocos.

—No os espantéis —dijo Egenio—, que es mercadería poco estimada en el mundo.

—Entre los sabios —decía el mercader—, que vuelven bien por mal, y negocian con eso cuanto quieren.

—Aquí hoy no se fía —decía otro— ni aun del mayor amigo, porque mañana será enemigo.

—Ni se porfía —decía otro.

Y aquí entraban poquísimos valencianos, como ni en las del secreto. Había al fin una tienda común donde de todas las demás acudían a saber el valor y la estimación de todas las cosas. Y el modo de apreciarlas era bien raro, porque era hacerlas piezas, arrojarlas en un pozo, quemarlas, y al fin perderlas; y esto hacían aun de las más preciosas, como la salud, la hacienda, la honra, y en una palabra, cuanto vale.

—¿Esto es dar valor? —dijo Andrenio.

---

consta. Diversas partes de sus libros fueron traducidas por Fernando Alvia de Castro (*Observaciones de Estado y de Historia*, 1621); Pedro Van der Hammen (*Pedazos de Historia y Razón de Estado*, Madrid, 1624) y Juan Mártir Rizo (*Historia de la muerte de Enrico el Grande, cuarto rey de Francia*, Madrid, 1625) Gracián, que hace grandes elogios de él en *Agudeza*, XXXVIII y LXII, pudo conocer la historia del reinado de Enrique IV, al que tantas veces recuerda, a través de estas versiones.

6 *carecía*. En la ed. de 1651, *carencias*.

9-10 *Ne quid nimis*, 'nada en demasía', que Gracián atribuye a Pítaco, de acuerdo con el emblema «Dicta septem sapientum», de Alciato, pero asignado en la antigüedad a Chilón, Solón y Tales.

—Señor, sí —le respondieron—, que hasta que se pierden las cosas no se conoce lo que valen.

Pasaron ya a la otra acera desta gran feria de la vida humana a instancias de Andrenio y despechos de Critilo, pero muchas veces los sabios yerran para que no revienten los necios. Había también muchas tiendas, pero muy diferentes, correspondiendo en emulación una desta parte a la de la otra. Y así, decía en la primera un letrero: *Aquí se vende el que compra.*

—Primera necedad —dijo Critilo.

—¡No sea maldad! —replicó Egenio.

Iba ya a entrar Andrenio, y detúvole diciendo:

—¿Dónde vas?, que vas vendido.

Miraron de lejos y vieron cómo se vendían unos a otros, hasta los mayores amigos. Decía en otra: *Aquí se vende lo que se da.* Unos decían eran mercaderes, otros que presentes destos tiempos.

—Sin duda —dijo Andrenio— que aquí se da tarde, que es tanto como no dar.

—No será sino que se pide lo que se da —replicó Critilo—, que es muy caro lo que cuesta la vergüenza de pedir, y mucho más el exponerse a un *no quiero*.

Pero Egenio averiguó eran dádivas del villano mundo.

—¡Oh qué mala mercadería! —gritaba uno a una puerta.

Y con todo eso, no cesaban de entrar a porfía; y los que salían, todos decían:

Hacienda —¡Oh maldita hacienda! Si no la tenéis causa deseo, si la tenéis cuidado, si la perdéis tristeza.

Pero advirtieron había otra botica llena de redomas vacías, cajas desiertas, y con todo eso, muy embarazada de gente y de ruido. A este reclamo acudió luego Andrenio, preguntó qué se vendía allí, porque no se veía cosa, y respondiéronle que viento, aire, y aun menos.

—¿Y hay quien lo compre?

—Y quien gasta en ello todas sus rentas. Aquella caja está llena de lisonjas, que se pagan muy bien; en aquella

---

28 Según Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 398, Gracián traduce casi literalmente un proverbio latino: «Divitiarum acquisitio magni laboris, possessio magni timoris, amissio magni doloris.»

redoma hay palabras que se estiman mucho; aquel bote es de favores, de que se pagan no pocos; aquella arca grande está rellena de mentiras, que se despachan harto mejor que las verdades, y más las que se pueden mantener por tres días y *en tempo de guerra*, dice el italiano, *bugía como terra*.

—¿Hay tal cosa? —ponderaba Critilo—. ¡Que haya quien compre el aire y se pague dél!

—¿Deso os espantáis? —les dijeron—. Pues en el mundo ¿qué hay sino viento? El mismo hombre, quitadle el aire y veréis lo que queda. Aun menos que aire se vende aquí, y muy bien que se paga. Todo aire

Vieron que actualmente estaba un boquirrubio dando muchas y muy ricas joyas, galas y regalos, que siempre andan juntos, a un demonio de una fea por quien andaba perdido. Y preguntando qué le agradaba en ella, respondió que el airecillo.

—De modo, señor mío —dijo Critilo—, ¿que aún no llega a ser aire y enciende tanto fuego?

Estaba otro dando largos ducados porque le matasen un contrario.

—Señor, ¿qué os ha hecho?

—No ha llegado a tanto; hame dicho de suerte que por una palabrilla...

—¿Y era afrentosa?

—No, pero el airecillo con que lo dijo me ofendió mucho.

—¡De modo, que aún no llega a ser aire lo que os cuesta tan caro a vos y a él!

Gastaba un gran príncipe sus rentas en truhanes y bufones, y decía que gustaba mucho de sus gracias y donaires. Desta suerte se vendían tan caros puntillos de honra, el modillo, el airecillo y el donaire. Pero lo que

---

6 *bugía, falsità di parole*, «mentira» (Franciosini), *bugía come terra*, 'mentira abundante como tierra'.

13 *boquirrubio:* «Se toma por la persona vana, simple y fácil de engañar.» *(Dic. Aut.)* También [llamamos] «boquirrubio, al moçalbete galán que le empieza a salir el boço rubio y se precia mucho de su gentileza.» (Covarrubias.)

20 *largos*, por 'abundantes'.

les espantó mucho fue ver una mujer tan fiera que pasaba plaza de furia infernal y de arpía en arañar a cuantos llegaban a su tienda, y gritaba:

—¿Quién compra, quién compra pesares, quebraderos de cabeza, quita sueños, rejalgares, malas comidas y peores cenas?

Entraban ejércitos enteros, y era lo malo que haciendo alarde; y salían pasando crujía; y los que vivos, que eran bien pocos, salían corriendo sangre, más acribillados de heridas que un marqués del Borro. Y con verlos, no cesaban de entrar los que de nuevo venían. Estábase Critilo espantado mirando tal atrocidad, y díjole Egenio:

Marqués del Borro

—Sabe que cuantos males hay le ponen algún cebillo al hombre para pescarle: la codicia oro, la lujuria deleites la soberbia honras, la gula comidas, la pereza descansos; sólo la ira no da sino golpes, heridas y muertes, y con todo eso, tantos y tontos la compran tan cara.

Pregonaba uno:

—¡Aquí se venden esposas!

Llegaban unos y otros, preguntando si eran de hierro o mujeres.

—Todo es uno, que todas son prisiones.

—¿Y el precio?

—De balde, y aun menos.

—¿Cómo puede ser menos?

—Sí, pues se paga porque las lleven.

---

8 *pasar crugía* «es verse en peligro de que unos y otros le maltraten, tomada la semejança de cierto castigo que se suele hazer en galera, haziendo passar a uno por la crugia hasta el cabo, de popa a proa, y los remeros o forçados de una y otra vanda le dan tantos porrazos que lo medio matan». (Covarrubias.)

10 Alexandro del Borro, nacido en Arezzo (Florencia) el año 1600. Como militar mercenario y habilísimo ingeniero, sirvió en el ejército de Alemania, fortificó a Viena y Ratisbona, fue herido en Nordlingen; pasó más tarde al servicio de Florencia, para la que obtuvo brillantes victorias, y en 1646 se puso al servicio de España, donde intervino en la guerra de Cataluña, siendo recompensado más tarde con el gobierno militar de Galicia. Los últimos años de su vida sirvió brillantemente como general a la república de Venecia, muriendo en Corfú el año 1659, a consecuencia de las heridas recibidas en un heroico combate naval, sostenido por el único navío en que volvía a Italia, contra tres barcos berberiscos.

—Sospechosa mercadería: ¿mujeres y pregonadas? —ponderó uno—. Ésa no llevaré yo; la mujer, ni vista ni conocida.

—Pero también será desconocida.

Llegó uno y pidió la más hermosa. Diéronsela a precio de gran dolor de cabeza, y añadió el casamentero:

—El primer día os parecerá bien a vos; todos los demás, a los otros.

Escarmentado otro, pidió la más fea.

—Vos la pagaréis con un continuo enfado.

Convidánbale a un mozo que tomase esposa, y respondió:

—Aún es temprano.

Y un viejo:

—Ya es tarde.

Discreción

Otro que se picaba de discreción pidió una que fuese entendida. Buscáronle una feísima, toda huesos y que todos le hablaban.

—Venga una, señor mío, que sea mi igual en todo —dijo un cuerdo—, porque la mujer, me aseguran es la otra mitad del hombre y que realmente antes eran una misma cosa entrambos, mas que Dios los separó porque no se acordaban de su divina providencia: y que ésta es la causa de aquella tan vehemente propensión que tiene el hombre a la mujer, buscando su otra mitad.

—Casi tiene razón —dijeron—, pero es cosa dificultosa hallarle a cada uno su otra mitad: todas andan baraja-

4 *«desconocido»*, el desagradecido». (Covarrubias.)

8 *...a los otros.* La fuente de este pasaje parece proceder de Melchor de Santa Cruz, *Floresta, Onzena parte*, cap. III, XXI, ed. cit., pág. 278: «Hablando un cauallero de los que buscavan mugeres hermosas, dezía assí: "A seis meses, es fea para su marido y hermosa para los otros".»

10 En *Agudeza*, XLI, atribuye a Antístenes, al preguntarle qué mujer escogería, la frase: «Si fea... da enfado; si hermosa, cuidado.» Diógenes Laercio, trad. cit., *Antístenes*, § 2, la asigna a Bion.

15 *Ya es tarde.* Diógenes Laercio da esta frase como de Diógenes Cínico, § 24.

16 *Discreción.* Este subtítulo no figura en la ed. de 1651, pero aparece en la de 1658.

18 *hablaban*, por 'sonaban'.

19 *mi.* En la ed. de 1658, *muy*.

das comúnmente; la del colérico damos al flemático, la del triste al alegre, la del hermoso al feo, y tal vez la del mozo de veinte años al caduco de setenta, ocasión de que los más viven arrepentidos.

—Pues eso, señor casamentero —dijo Critilo—, no tiene disculpa, que bien conocida es la desigualdad de quince años a setenta.

—¡Qué queréis! Ellos se ciegan y lo quieren así.

—Pero ellas ¿cómo pasan por eso?

—Es, señor, que son niñas y desean ser mujeres, y si ellos caducan, ellas niñean. El mal es que, en no teniendo mocos, no gustan de gargajos; mas eso no tiene remedio. Tomad ésta conforme lo deseáis.

Miróla y halló que en todo era dos o tres puntos más corta; en la edad, en la calidad, en la riqueza, en todo; y reclamando no era tan ajustada como deseaba:

—Llevadla —dijo—, que con el tiempo vendrá a ajustarse; que de otra manera pasaría y sería mucho peor. Y tened cuidado de no darla todo lo necesario, porque, en teniéndolo, querrá lo superfluo.

Fue alabado mucho uno que, diciéndole viese la que había de ser su mujer, respondió que él no se casaba por los ojos, sino por los oídos. Y así llevó en dote la buena fama.

Convidáronlos a la casa del Buen Gusto, donde había convitón.

—Será casa de gula —dijo Andrenio.

—Sí será —respondió Critilo—, pero los que entran parecen comedores, y los que salen, comidos.

Príncipes Vieron cosas raras. Había sentado un gran señor rodeado de gentilhombres, enanos, entremetidos, truhanes, valientes y lisonjeros, que parecía el arca de

---

2 *tal vez*, por 'en ocasiones'.

24 En Santa Cruz, *Floresta*, *Sexta parte*, cap. IV, IV, ed. cit., pág. 161: «Dezía uno que se havía de escoger muger con las orejas, y no con los ojos.»

27 *convitón*, gran convite, banquete.

28 *casa de gula*, bodegón.

las sabandijas. Comió bien, pero echáronle la cuenta muy larga, porque dijeron comía cien mil ducados de renta; él, sin réplica, pasaba por ello. Reparó Critilo y dijo:

—¿Cómo puede ser esto? No ha comido la centésima parte de lo que dicen.

—Es verdad —dijo Egenio— que no los come, sino éstos que le van alrededor.

—Pues, según eso, no digan que tiene el Duque cien mil de renta, sino mil, y los demás de dolor de cabeza.

Había bravos papasales, otros que papaban viento y decían que engordaban, pero al cabo todo paraba en aire. Todo se lo tragaban algunos, y otros todo se lo bebían; muchos tragaban saliva, y los más mordían cebolla; y al cabo, todos los que comían quedaban comidos hasta de los gusanos.

En todas estas tiendas no feriaron cosa de provecho; sí, en las otras de mano derecha, preciosos bienes, verdades de finísimos quilates, y sobre todo a sí mismos: que el sabio, consigo y Dios, tiene lo que basta. Desta suerte, salieron de la feria hablando cómo les había ido. Egenio, ya otro, porque rico, trató de volver a su alojamiento, que en esta vida no hay casa propia. Critilo y Andrenio se encaminaron a pasar los puertos de la edad varonil en Aragón, de quien decía aquel su famoso rey que en naciendo fue asortado para dar tan-

---

2-3 *«comer diez mil ducados de renta.* Vale, haver dieci mila ducati d'entrata, cioè sustentar la sua casa, e famiglia con quella entrata». (Franciosini.)

11 *papasal:* «se dice de qualquiera cosa insubstancial, o que solo sirve de entretenida» *(Dic. Aut.)*, que se apoya en este texto de Gracián, aunque en él se refiera a personas. Parece una invención de Gracián, por 'papa sales', como parece darlo a entender la frase que sigue: «otros que papaban viento...».

14-15 *morder cebolla.* Romera-Navarro, ed. cit., I, pág. 403, recuerda la acepción de *morder (mascar, tragar) cebolla* dada por Sbarbi: «Sufrir disgustos de consideración, devorándolos interiormente o no pudiendo ponerles remedio.»

26 *asortado,* vocablo no registrado en los diccionarios, que pudiera equivaler a 'dotado'. Cabe pensar también que se trate de un italianismo, derivado de *assortito,* o *scolto,* 'escogido'. (Franciosini.)

tos Santiagos, para ser conquistador de tantos reinos, comparando las naciones de España a las edades, que los aragoneses eran los varones.

---

1 *Santiago:* «El grito con que los Españoles invocan a Santiago su Patron, al romper la batalla contra los Moros, u otros enemigos de la Fe» y «el mismo acometimiento en la batalla». *(Dic. Aut.)*

1 *...conquistador de tantos reinos.* Alusión a Jaime el Conquistador.

ÍNDICE

Páginas

Introducción VII
Vida de Baltasar Gracián VII
Sus obras XXVII
«El Criticón» XXXVIII
Su estilo XLIX
Sus fuentes LIX
Su fortuna y trascendencia LXV
Nuestra edición LXXV
Abreviaturas y siglas usadas LXXVI
Bibliografía LXXVIII

PRIMERA PARTE

Censura del padre don Antonio Liperi 3
A don Pablo de Parada 5
A quien leyere 7
Crisi primera. — Náufrago Critilo 9
Crisi segunda. — El gran teatro del Universo 18
Crisi tercera. — La hermosa naturaleza 28
Crisi cuarta. — El despeñadero de la vida 42
Crisi quinta. — Entrada del Mundo 58
Crisi sexta. — Estado del Siglo 73
Crisi séptima. — La fuente de los Engaños 94
Crisi octava. — Las maravillas de Artemia 115
Crisi nona. — Moral anotomía del Hombre 133
Crisi décima. — El mal paso del salteo 151
Crisi undécima. — El golfo cortesano 170
Crisi duodécima. — Los encantos de Falsirena 192
Crisi decimatercia. — La feria de todo el Mundo 211

ÍNDICE DE AUTORES

DE LA

COLECCIÓN CLÁSICOS CASTELLANOS

ALDANA (FRANCISCO DE):
143 Poesías. Edición, introducción y notas de Elías L. Rivers.

ALEMÁN (MATEO):
73 Guzmán de Alfarache, tomo I. Edición, introducción y notas de Samuel Gili Gaya.
83 Guzmán de Alfarache, tomo II. Edición, introducción y notas de Samuel Gili Gaya.
90 Guzmán de Alfarache, tomo III. Edición, introducción y notas de Samuel Gili Gaya.
93 Guzmán de Alfarache, tomo IV. Edición, introducción y notas de Samuel Gili Gaya.
114 Guzmán de Alfarache, tomo V. Edición, introducción y notas de Samuel Gili Gaya.

ANÓNIMO:
24 Poema de Mio Cid. Edición, introducción y notas de Ramón Menéndez Pidal.
25 La vida de Lazarillo de Tormes. Edición, introducción y notas de Julio Cejador y Frauca.
108 La vida y hechos de Estebanillo González, tomo I. Edición, prólogo y notas de Juan Millé y Giménez.
109 La vida y hechos de Estebanillo González, tomo II. Edición, prólogo y notas de Juan Millé y Giménez.
128 Poema de Fernán González. Edición, introducción y notas de Alonso Zamora Vicente.

ARCIPRESTE DE HITA:
14 Libro de buen amor, tomo I. Edición, introducción y notas de Julio Cejador y Frauca.
17 Libro de buen amor, tomo II. Edición, introducción y notas de Julio Cejador y Frauca.

ARCIPRESTE DE TALAVERA:
134 Vidas de San Ildefonso y San Isidoro. Edición, introducción y notas del P. José Madoz y Moleres, S. I.

AROLAS (P. JUAN):
95 Poesías. Edición, prólogo y notas de José R. Lomba y Pedraja.

ARTEAGA (ESTEBAN DE):
122 La belleza ideal. Edición, prólogo y notas del P. Miguel Batllori, S. I.

BÉCQUER (GUSTAVO ADOLFO):
158 Rimas. Edición, introducción y notas de José Pedro Díaz.

BERCEO (GONZALO DE):
44 Milagros de Nuestra Señora. Edición, prólogo y notas de Antonio G. Solalinde.

BRETÓN DE LOS HERREROS (MANUEL):

92 MUÉRETE ¡Y VERÁS! EL PELO DE LA DEHESA. Edición, prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CADALSO (JOSÉ):

112 CARTAS MARRUECAS. Edición, prólogo y notas de Juan Tamayo y Rubio.

152 NOCHES LÚGUBRES. Edición, prólogo y notas de Nigel Glendinning.

CALDERÓN DE LA BARCA (PEDRO):

69 AUTOS SACRAMENTALES, tomo I: *La cena del Rey Baltasar. El gran teatro del mundo. La vida es sueño.* Edición, prólogo y notas de Ángel Valbuena Prat.

74 AUTOS SACRAMENTALES, tomo II: *El pleito matrimonial del Cuerpo y el Alma. Los encantos de la Culpa. Tu prójimo como a ti.* Edición, prólogo y notas de Ángel Valbuena Prat.

106 COMEDIAS RELIGIOSAS: *La devoción de la Cruz. El mágico prodigioso.* Edición, prólogo y notas de Ángel Valbuena Prat.

137 COMEDIAS DE CAPA Y ESPADA: *La dama duende. No hay cosa como callar.* Edición, prólogo y notas de Ángel Valbuena Briones.

138 LA VIDA ES SUEÑO. EL ALCALDE DE ZALAMEA. Edición, estudio y glosario de Augusto Cortina.

141 DRAMAS DE HONOR, tomo I: *A secreto agravio, secreta venganza.* Edición, prólogo y notas de Ángel Valbuena Briones.

142 DRAMAS DE HONOR, tomo II: *El médico de su honra. El pintor de su deshonra.* Edición, prólogo y notas de Ángel Valbuena Briones.

CAMPOAMOR (RAMÓN DE):

40 POESÍAS. Edición, introducción y notas de Cipriano Rivas Cherif. Prólogo de Félix Ros.

CASCALES (FRANCISCO):

103 CARTAS FILOLÓGICAS, tomo I. Edición, introducción y notas de Justo García Soriano.

117 CARTAS FILOLÓGICAS, tomo II. Edición, introducción y notas de Justo García Soriano.

118 CARTAS FILOLÓGICAS, tomo III. Edición, introducción y notas de Justo García Soriano.

CASTILLEJO (CRISTÓBAL DE):

72 SERMÓN DE AMORES. DIÁLOGO DE MUJERES. Edición, prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

79 OBRAS DE AMORES. OBRAS DE CONVERSACIÓN Y PASATIEMPO. Edición, prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

88 OBRAS DE CONVERSACIÓN Y PASATIEMPO (conclusión). AULA DE CORTESANOS. Edición, prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

91 OBRAS MORALES. OBRAS DE DEVOCIÓN. Edición, prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

CASTILLO SOLÓRZANO:

42 LA GARDUÑA DE SEVILLA Y ANZUELO DE LAS BOLSAS. Edición, prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuende.

CASTRO (GUILLÉN DE):

15 LAS MOCEDADES DEL CID. Edición, prefacio y notas de Víctor Said Armesto.

CERVANTES (MIGUEL DE):

4 DON QUIJOTE DE LA MANCHA, tomo I. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

6 DON QUIJOTE DE LA MANCHA, tomo II. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

8 DON QUIJOTE DE LA MANCHA, tomo III. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

10 Don Quijote de la Mancha, tomo IV. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
13 Don Quijote de la Mancha, tomo V. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
16 Don Quijote de la Mancha, tomo VI. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
19 Don Quijote de la Mancha, tomo VII. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
22 Don Quijote de la Mancha, tomo VIII. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
27 Novelas ejemplares, tomo I: *La Gitanilla. Rinconete y Cortadillo. La ilustre fregona.* Edición, prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
36 Novelas ejemplares, tomo II: *El Licenciado Vidriera. El celoso extremeño. El casamiento engañoso. Novela y coloquio que pasó entre Cipión y Berganza.* Edición, prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
125 Entremeses. Edición, prólogo y notas de Miguel Herrero García.
154 La Galatea, tomo I. Edición, introducción y notas de Juan Bautista Avalle-Arce.
155 La Galatea, tomo II. Edición, introducción y notas de Juan Bautista Avalle-Arce.

CUEVA (JUAN DE LA):
60 El infamador. Los siete Infantes de Lara. Ejemplar poético. Edición, introducción y notas de Francisco A. de Icaza.

ESPINEL (VICENTE):
43 Vida de Marcos de Obregón, tomo I. Edición, prólogo y notas de Samuel Gili Gaya.
51 Vida de Marcos de Obregón, tomo II. Edición, prólogo y notas de Samuel Gili Gaya.

ESPRONCEDA (JOSÉ DE):
47 Poesías. El estudiante de Salamanca. Edición, prólogo y notas de José Moreno Villa.
50 El diablo mundo. Edición, prólogo y notas de José Moreno Villa.

FEIJOO (PADRE):
48 Teatro crítico universal, tomo I. Selección, prólogo y notas de Agustín Millares Carlo.
53 Teatro crítico universal, tomo II. Selección prólogo y notas de Agustín Millares Carlo.
67 Teatro crítico universal, tomo III. Selección, prólogo y notas de Agustín Millares Carlo.
85 Cartas eruditas. Selección, prólogo y notas de Agustín Millares Carlo.

FERNÁNDEZ DE HEREDIA (JUAN):
139 Obras. Edición, prólogo y notas de Rafael Ferreres.

FERRÁN (AUGUSTO):
164 Obras completas. Edición, introducción y notas de José Pedro Díaz.

FORNER (JUAN PABLO):
66 Exequias de la lengua castellana. Edición, introducción y notas de Pedro Sainz y Rodríguez.
168 Los Gramáticos. Historia chinesca. Edición, introducción y notas de José Jurado.

GARCÍA GUTIÉRREZ (ANTONIO):
65 Venganza catalana. Juan Lorenzo. Edición, prólogo y notas de José R. Lomba y Pedraja.

GIL POLO (GASPAR):
135 DIANA ENAMORADA. Edición, prólogo y notas de Rafael Ferreres.

GIL VICENTE:
156 OBRAS DRAMÁTICAS CASTELLANAS. Edición, introducción y notas de Thomas R. Hart.

GRACIÁN (BALTASAR):
165 EL CRITICÓN, tomo I. Edición, introducción y notas de Evaristo Correa Calderón.
166 EL CRITICÓN, tomo II. Edición, introducción y notas de Evaristo Correa Calderón.
167 EL CRITICÓN, tomo III. Edición, introducción y notas de Evaristo Correa Calderón.

GRANADA (FRAY LUIS DE):
97 GUÍA DE PECADORES. Edición, prólogo y notas de Matías Martínez Burgos.

GUEVARA (FRAY ANTONIO DE):
29 MENOSPRECIO DE CORTE Y ALABANZA DE ALDEA. Edición, prólogo y notas de Matías Martínez Burgos.

HARTZENBUSCH (JUAN EUGENIO):
113 LOS AMANTES DE TERUEL. LA JURA EN SANTA GADEA. Edición, introducción y notas de Álvaro Gil Albacete.

HERRERA (FERNANDO DE):
26 POESÍAS. Edición, introducción y notas de Vicente García de Diego.

IRIARTE (TOMÁS DE):
136 POESÍAS. Edición, prólogo y notas de Alberto Navarro González

ISLA (JOSÉ FRANCISCO DE):
148 FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS, tomo I. Edición, introducción y notas de Russell P. Sebold.
149 FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS, tomo II. Edición, introducción y notas de Russell P. Sebold.
150 FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS, tomo III. Edición, introducción y notas de Russell P. Sebold.
151 FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS, tomo IV. Edición, introducción y notas de Russell P. Sebold.

JOVELLANOS (GASPAR MELCHOR DE):
110 INFORME SOBRE LA LEY AGRARIA. ESPECTÁCULOS Y DIVERSIONES PÚBLICAS, primera parte. Edición, introducción y notas de Ángel del Río.
111 ESPECTÁCULOS Y DIVERSIONES PÚBLICAS, segunda parte. MEMORIA SOBRE EDUCACIÓN PÚBLICA. DEFENSA DE LA JUNTA CENTRAL. Edición, introducción y notas de Ángel del Río.
129 MEMORIA DEL CASTILLO DE BELLVER. DISCURSOS. CARTAS. Edición introducción y notas de Ángel del Río.

LARRA (MARIANO JOSÉ DE):
45 ARTÍCULOS DE COSTUMBRES. Edición, prólogo y notas de José R. Lomba y Pedraja.
52 ARTÍCULOS DE CRÍTICA LITERARIA Y ARTÍSTICA. Edición, prólogo y notas de José R. Lomba y Pedraja.
77 ARTÍCULOS POLÍTICOS Y SOCIALES. Edición, prólogo y notas de José R. Lomba y Pedraja.

LEÓN (FRAY LUIS DE):
28 DE LOS NOMBRES DE CRISTO, tomo I. Edición, introducción y notas de Federico de Onís.

33 De los nombres de Cristo, tomo II. Edición, introducción y notas de Federico de Onís.
41 De los nombres de Cristo, tomo III. Edición, introducción y notas de Federico de Onís.

LÓPEZ DE YANGUAS (FERNÁN):
162 Obras dramáticas. Edición, estudio preliminar y notas de Fernando González Ollé.

LOZANO (CRISTÓBAL):
120 Historias y leyendas, tomo I. Edición, prólogo y notas de Joaquín de Entrambasaguas.
121 Historias y leyendas, tomo II. Edición, prólogo y notas de Joaquín de Entrambasaguas.

MALÓN DE CHAIDE (FRAY PEDRO):
104 La conversión de la Magdalena, tomo I. Edición, prólogo y notas del P. Félix García, O. S. A.
105 La conversión de la Magdalena, tomo II. Edición, prólogo y notas del P. Félix García, O. S. A.
130 La conversión de la Magdalena, tomo III. Edición, prólogo y notas del P. Félix García, O. S. A.

MANRIQUE (JORGE):
94 Cancionero. Edición, estudio y glosario de Augusto Cortina.

MARTÍNEZ DE LA ROSA (FRANCISCO):
107 La viuda de Padilla. Aben Humeya. La conjuración de Venecia. Edición, introducción y notas de Jean Sarrailh.

MELÉNDEZ VALDÉS (JUAN):
64 Poesías. Edición, prólogo y notas de Pedro Salinas.

MENA (JUAN DE):
119 El Laberinto de Fortuna o Las Trescientas. Edición, prólogo y notas de José Manuel Blecua.

MENDOZA (FRAY ÍÑIGO DE):
163 Cancionero. Edición, introducción y notas de Julio Rodríguez-Puértolas.

MENÉNDEZ PELAYO (MARCELINO):
140 Discursos. Edición, prólogo y notas de José María de Cossío.

MENÉNDEZ PIDAL (RAMÓN):
62 Floresta de leyendas heroicas españolas. *Rodrigo, el último godo*, tomo I. Compilación, prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.
71 Floresta de leyendas heroicas españolas. *Rodrigo, el último godo*, tomo II. Compilación, prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.
84 Floresta de leyendas heroicas españolas. *Rodrigo, el último godo*, tomo III. Compilación, prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

MIRA DE AMESCUA (ANTONIO):
70 Teatro, tomo I: *El esclavo del demonio. Pedro Telonario*. Edición, prólogo y notas de Ángel Valbuena Prat.
82 Teatro, tomo II: *El ejemplo mayor de la desdicha. La Fénix de Salamanca*. Edición, prólogo y notas de Ángel Valbuena Prat.

MOLINA (TIRSO DE):
2 Comedias, tomo I: *El vergonzoso en Palacio. El burlador de Sevilla y convidado de piedra*. Edición, prólogo y notas de Américo Castro.
131 Comedias, tomo II: *El amor médico. Averigüelo Vargas*. Edición, prólogo y notas de Alonso Zamora Vicente y María Josefa Canellada de Zamora.

MONCADA (FRANCISCO DE):
54 Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos. Edición, introducción y notas de Samuel Gili Gaya.

MONTEMAYOR (JORGE DE):
127 Los siete libros de la Diana. Edición, prólogo y notas de Francisco López Estrada.

MORATÍN (LEANDRO F. DE):
58 La comedia nueva o El café. El sí de las niñas. Edición, prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuende.

MORETO (AGUSTÍN):
32 El lindo don Diego. El desdén con el desdén. Edición, prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

NIEREMBERG (P. JUAN EUSEBIO):
30 Epistolario. Edición, prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

PEREDA (JOSÉ MARÍA DE):
144 Pedro Sánchez, tomo I. Edición, prólogo y notas de José María de Cossío.
145 Pedro Sánchez, tomo II. Edición, prólogo y notas de José María de Cossío.

PÉREZ DE GUZMÁN (FERNÁN):
61 Generaciones y semblanzas. Edición, introducción y notas de Jesús Domínguez Bordona.

PULGAR (FERNANDO DEL):
49 Claros varones de Castilla. Edición, introducción y notas de Jesús Domínguez Bordona.
99 Letras. Coplas de Mingo Revulgo. Edición, prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

QUEROL (VICENTE W.):
160 Poesías. Edición, introducción y notas de Luis Guarner Pérez.

QUEVEDO (FRANCISCO DE):
5 El buscón, tomo I. Edición, advertencia y notas de Américo Castro.
31 Los sueños, tomo I. Edición, introducción y notas de Julio Cejador y Frauca.
34 Los sueños, tomo II. Edición, introducción y notas de Julio Cejador y Frauca.
56 Obras satíricas y festivas. Edición, introducción y notas de José María Salaverría.

QUINTANA (JOSÉ MANUEL):
78 Poesías. Edición, prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

RIVAS (DUQUE DE):
9 Romances, tomo I. Edición, introducción y notas de Cipriano Rivas Cherif.
12 Romances, tomo II. Edición, introducción y notas de Cipriano Rivas Cherif.

ROJAS (FERNANDO DE):
20 La Celestina, tomo I. Edición, introducción y notas de Julio Cejador y Frauca.
23 La Celestina, tomo II. Edición, introducción y notas de Julio Cejador y Frauca.

ROJAS (FRANCISCO DE):
35 Del rey abajo, ninguno. Entre bobos anda el juego. Edición, prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuende.
153 Morir pensando matar. La vida en el ataúd. Edición, prólogo y notas de Raymond R. MacCurdy.

RUEDA (LOPE DE):

59 *Comedia Eufemia. Comedia Armelina. El deleitoso* (Siete Pasos). Edición, prólogo y notas de José Moreno Villa.

RUIZ DE ALARCÓN (JUAN):

37 La verdad sospechosa. Las paredes oyen. Edición, prólogo y notas de Alfonso Reyes.

146 La prueba de las promesas. El examen de maridos. Edición, prólogo y notas de Agustín Millares Carlo.

147 Los pechos privilegiados. Ganar amigos. Edición, introducción y notas de Agustín Millares Carlo.

SAAVEDRA FAJARDO (DIEGO DE):

46 República literaria. Edición, prólogo y notas de Vicente García de Diego.

76 Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien empresas, tomo I. Edición, prólogo y notas de Vicente García de Diego.

81 Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien empresas, tomo II. Edición, prólogo y notas de Vicente García de Diego.

87 Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien empresas, tomo III. Edición, prólogo y notas de Vicente García de Diego.

102 Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien empresas, tomo IV. Edición, prólogo y notas de Vicente García de Diego.

SALAS BARBADILLO (ALONSO JERÓNIMO DE):

57 La peregrinación sabia. El sagaz Estacio, marido examinado. Edición, prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

SAN JUAN DE ÁVILA:

11 Epistolario espiritual. Edición, prólogo y notas de Vicente García de Diego.

SAN JUAN DE LA CRUZ:

55 El cántico espiritual. Edición, prólogo y notas de Matías Martínez Burgos.

SAN PEDRO (DIEGO DE):

133 Obras. Edición, prólogo y notas de Samuel Gili Gaya.

SANTA TERESA DE JESÚS:

1 Las moradas. Edición, introducción y notas de Tomás Navarro Tomás.

98 Camino de perfección, tomo I. Edición, introducción y notas del P. José María Aguado.

100 Camino de perfección, tomo II. Edición, introducción y notas del P. José María Aguado.

115 Libro de las fundaciones, tomo I. Edición, introducción, apéndice y epistolario del P. José María Aguado.

116 Libro de las fundaciones, tomo II. Edición, introducción, apéndice y epistolario del P. José María Aguado.

SANTILLANA (MARQUÉS DE):

18 Canciones y decires. Edición, prólogo y notas de Vicente García de Diego.

TERRONES DEL CAÑO (FRANCISCO):

126 Instrucción de predicadores. Edición, prólogo y notas del P. Félix G. Olmedo, S. I.

TIMONEDA (JUAN):

101 El Patrañuelo. Edición, prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuende.

TORRE (FRANCISCO DE LA):
124 Poesías. Edición, prólogo y notas de Alonso Zamora Vicente.

TORRES VILLARROEL (DIEGO DE):
7 Vida. Edición, introducción y notas de Federico de Onís.
161 Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la Corte. Edición, introducción y notas de Russell P. Sebold.

VALDÉS (ALFONSO DE):
89 Diálogo de las cosas ocurridas en Roma. Edición, introducción y notas de José F. Montesinos.
96 Diálogo de Mercurio y Carón. Edición, introducción y notas de José F. Montesinos.

VALDÉS (JUAN DE):
86 Diálogo de la lengua. Edición, introducción y notas de José F. Montesinos.

VALERA (JUAN):
80 Pepita Jiménez. Edición, prólogo y notas de Manuel Azaña.

VARIOS:
62 Floresta de leyendas heroicas españolas. *Rodrigo, el último godo*, tomo I. Compilación, prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.
71 Floresta de leyendas heroicas españolas. *Rodrigo, el último godo*, tomo II. Compilación, prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.
84 Floresta de leyendas heroicas españolas. *Rodrigo, el último godo*, tomo III. Compilación, prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

VÁZQUEZ (FRAY DIONISIO):
123 Sermones. Edición, prólogo y notas del P. Félix G. Olmedo, S. I.

VEGA (GARCILASO DE LA):
3 Obras. Edición, introducción y notas de Tomás Navarro Tomás.

VEGA (LOPE DE):
39 El remedio en la desdicha. El mejor alcalde, el rey. Edición, prólogo y notas de J. Gómez Ocerín y R. M. Tenreiro.
68 Poesías líricas, tomo I: *Primeros romances. Letras para cantar. Sonetos.* Edición, introducción y notas de José F. Montesinos.
75 Poesías líricas, tomo II: *Canciones. Epístolas. Romances. Poemas diversos.* Edición, introducción y notas de José F. Montesinos.
157 El villano en su rincón. Las bizarrías de Belisa. Edición, estudio preliminar y notas de Alonso Zamora Vicente.
159 Peribáñez y el Comendador de Ocaña. La dama boba. Edición, prólogo y notas de Alonso Zamora Vicente.

VÉLEZ DE GUEVARA (LUIS):
38 El diablo cojuelo. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
132 Reinar después de morir. El diablo está en Cantillana. Edición, prólogo y notas de Manuel Muñoz Cortés.

VILLEGAS (ESTEBAN MANUEL DE):
21 Eróticas o amatorias. Edición, introducción y notas de Narciso Alonso Cortés.

ZAVALETA (JUAN DE):
169 Errores celebrados. Edición, introducción y notas de David Hershberg.

ZORRILLA (JOSÉ):
63 Poesías. Edición, prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

PB-6437-29-PDX
5-16

Printed in Spain